

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS




# OBRAS

DEL LIC.

D. J. LÓPEZ PORTILLO
Y ROJAS,

Miembro correspondiente
de la
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
é individuo de número de la Mexicana.

TOMO III

## NOVELAS CORTAS.

II

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS EDITOR.
Ia. de Mesones No. 18
1903



# Un momento

¿Qué es este libro? Una colección de imágenes tomadas al paso por un caminante; una serie de cuadros ya tristes, ya alegres, sorprendidos en el seno de la multitud; una sucesión de episodios obscuros, pero acaso no destituídos de interés, arrancados á la historia humana. Figuran en estas páginas niños sencillos ó viejos fatigados, jóvenes enloquecidos por el amor ó corazones desgarrados por los celos, espíritus subyugados por la preocupación ó almas trasfiguradas por la virtud; pero todos alientan la vida nuestra, ni mejores, ni peores, ni más grandes, ni más pequeños que nosotros. Toda es carne humana estremecida por el placer ó crispada por el dolor; tibia, palpitante, ya se muestre ceñida de abrojos ó ya aparezca coronada de flores.

Pulsaciones de vida y latidos del corazón van encerrados en estas hojas; pulsaciones y latidos que andan buscando el ritmo simpático de otros corazones con quienes puedan ponerse al unísono.

Los tipos humanos que pueblan el planeta, desfilan á nuestros ojos, hermosos los unos, feos los otros; épicos aquellos, éstos miserables; resplan-

decientes de virtudes ó comidos de vicios; llevando en el organismo la tacha de degeneraciones ancestrales, ó bien el sello divino de una herencia luminosa. La naturaleza evoluciona en la tierra y en el cielo según sus leyes inmutables, y dibuja en el horizonte auroras victoriosas, y diluye en el ambiente las melancólicas tintas de la tarde, ó arroja sobre el mundo su mortaja de sombras, entre las cuales se desarrollan el drama y la tragedia. Y la vida humana, en el seno de la que alientan las cosas, discurre monótona en conjunto, porque todas las criaturas tienen excelencias ó miserias de un mismo orden; pero es infinitamente variada en sus detalles, porque cada individuo, por humilde que sea, tiene su historia de risas y de lágrimas, y toda biografía, bien considerada, es un pequeño poema.

Quien ha recibido de lo alto el impulso divino de la simpatía hacia todas las cosas y hacia todos los hombres, y se siente conmovido por emociones íntimas al menor contacto con el mundo externo, no puede ver con indiferencia ningún espectáculo, grande ó pequeño, alegre ó triste, de los que ofrece la vida; ni oír, sin extremecerse, el acento regocijado de la risa ó la nota desgarradora de la queja. Va recogiendo en su interior las impresiones que recibe de todos los seres, y, en harmonía perenne con ellos, canta las glorias de lo creado, como las avecillas canoras y como el aura vocinglera de los campos; y vibra con el infortunio ó con la felicidad de los hombres, como tañían, extremecidas por el viento, las liras de Eolia ó las harpas del Eufrates.

Este libro es como una porción del mar de la

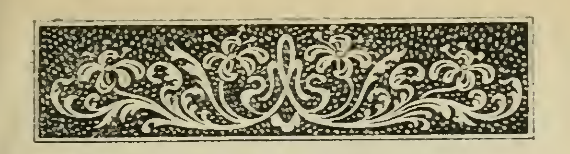
existencia, agitado por el soplo de las pasiones; cada una de las historias que contiene, cada uno de los episodios que relata, es como una ola levantada ó como un extremecimiento dibujado en la superficie del piélago. Paréceme que de su conjunto se levanta un clamor de voces contradictorias, que cantan y gimen un coro confuso, procedente de la variedad de los destinos humanos; como guardan en su claustro las conchas marinas, sordos ecos de la voz de la tempestad en que se mecieron.

¡Ojalá surja de su seno, como se eleva del mío, una santa, una inmensa piedad para el hombre!

---

# El Proscrito

A M. Barrero Argüelles.



# I

Habíamos comido opíparamente y estábamos en la hora del café. Saboreábamos el néctar delicioso en diáfanas tacitas de China, y tomábanos á pequeños sorbos el coñac servido en copas de fino cristal. Feliciano, mi amigo y anfitrión, había libado con alguna abundancia los ricos vinos de su mesa, é íbase tornando á cada instante más locuaz y comunicativo. La volubilidad y falta de reserva de su lenguaje me hubieran sorprendido en cualquiera otra ocasión, pues mi obsequioso comensal era de suyo silencioso y huraño; pero no me causaron entonces la menor extrañeza, porque yo también sentía la cabeza algo mareada por las diversas excelencias, ya sólidas, ya líquidas, del banquete.

Fué el matrimonio el tema principal de nuestra conversación.

Defendía yo la venerable institución, "magnum sacramentum," pintando sus inefables ternuras, sus tranquilos goces y sus glorias purísimas; y con igual arrebato combatíala él, solterón empedernido, que había pasado la edad de los treinta y cinco sin haber llevado á su opulenta mansión una dulce compañera que la llenase con su encanto, con su voz, con el exquisito y embriagador perfume de su alma.

Feliciano se había reído á mandíbula batiente de lo que llamaba "mi romanticismo y mi poesía;" había descrito con horripilantes y negros rasgos diferentes escenas de infidelidad conyugal por él mismo presenciadas, y había concluído por decirme que hablaba yo con encomio del asunto, porque me había tocado en suerte una excelente esposa; pero que era el mío un caso excepcional que no podía establecer regla, supuesto que por un matrimonio dichoso, había centenares de uniones desventuradas. Por de contado que, al tiempo de exponer tales teorías, ensalzaba hiperbólicamente las ventajas del celibato, engreído con la plena libertad que le proporcionaba y con la falta de penas y el perfecto equilibrio de espíritu en que le permitía vivir, sin enfermedades de la esposa ni de los hijos, ni llanto de chicuelos, ni estrépito de juegos infantiles en

la casa, ni libros rotos, ni tinteros volcados en el escritorio, ni otros muchos inconvenientes, que afeaba y abultaba su exaltada imaginación de viejo egoista. Sobre todo, estos puntos se había empeñado el debate, que había sido reñidísimo, y al fin de tres horas de certamen, cada cual había quedado en sus posiciones respectivas, sin ceder un solo palmo de terreno, como sucede á la continua en tales casos. ¡Cuál no sería, por tanto, mi sorpresa cuando, después de un rato de silencio, le oí exclamar suspirando:

—¡Y sin embargo, hubiera podido ser tan dichoso!

—¡Cómo! le dije, ¿pues no lo eres, no dices que lo eres?

—Hombre, repuso, no eches á perder mi confidencia, ni pretendas cantar victoria sobre mí porque te revelo uno de los secretos de mi corazón. El debate está cerrado, y conste que no he llevado en él la peor parte. Ahora se trata de otra cosa. Calla el filósofo y habla el hombre.

—Ni una palabra, pues, sobre el invicto filósofo, agregué riendo, y tomé la palabra el hombre, fuera de toda discusión.

Bebió Feliciano de un sorbo la henchida copa que tenía delante, y repitió la misma frase que tanto me había sorprendido.

—¡Hubiera podido ser tan dichoso!

—Me tienes en ascuas por saber cuál fué el obstáculo que te impidió llegar hasta la dicha.

—¡Cuál había de ser sino yo mismo!
—No comprendo.
—Voy á explicártelo.

## II

—¿Conoces á mi prima Sara?—continuó después de un momento de vacilación.

—¿La esposa de Manuel?

—La misma, ¿qué te parece?

—Encantadora.

—Pues esa mujer pudo ser mía; me quiso con delirio.

—¡Es posible! exclamé estupefacto.

—Sara y yo crecimos juntos, prosiguió. La frecuencia del trato, nuestro parentesco, y acaso su buen corazón, la inclinaron á ser ttierna y bondadosa conmigo desde la niñez. Por mi debilidad física y por el escaso atractivo de mi persona, me hicieron sufrir mucho mis compañeros de infancia: me maltrataban, me pegaban y se burlaban de mí con increíble ferocidad. Sara me defendía de ellos en todas ocasiones, y con el poder que le daban la robustez de su salud, la exuberancia de su belleza y el esplendor de su gracia, me cubría con égida invulnerable. Así pasamos la infancia: yo acostumbrado á

su cariño y á su protección, y hecha ella á quererme y á cuidarme por costumbre inmemorial. Llegó la juventud, y con ella la embriaguez de la vida, el deseo de lo desconocido, la sed de goces, el vago ensueño de la felicidad: todo contenido y sintetizado en el suspiro amoroso, que hondo y prolongado se escapaba de mi pecho. Como las mariposas se lanzan tras la llama, así voló mi corazón tras la hermosura, y lleno de emoción caí de rodillas ante diferentes beldades pidiéndoles mercedes de amor, caridad de miradas y sonrisas; pero ellas no se apiadaban de mis ruegos, desoían mis quejas, y se reían de mis actitudes reverentes, que deben haberles parecido cómicas. Fuí en mi juventud el galán más desventurado de que puedes tener noticia. El trabajo fué que se propagase la de mis malas fortunas: el conocimiento de mi mala estrella amorosa acabó de echar á perder mis empresas. No hay cosa que incite más á las hermosas á menospreciar á un galán, que el saber ha sido desdeñado por las otras señoras de sus pensamientos. Ellas, que son tan dulces y tan buenas, gozan aumentando la aflicción del afligido, contra lo que sería de justicia; mientras que, por el contrario, se dejan avasallar por el hombre feliz en lides galantes. Basta un guiño de los ojos de Don Juan, para que se consuman de amor y vayan tras su carro, como humildes esclavas.

Observaba Sara mis penas y mis derrotas y se dolía de ellas muy de veras. Cada vez que llegaba á sus oídos alguno de mis frecuentes fracasos, enardecíase su ánimo, defendía mi causa con vehemencia, y afeaba por todo extremo la conducta de las jóvenes que no me habían amado. En su concepto, eran mi alma tan noble y tan generoso mi corazón, que merecía yo, no el amor de cualquiera rapazuela del lugar, sino el de una encopetada princesa ó el de una reina coronada; y sólo explicaba el desvío femenil que me perseguía, por la frivolidad increíble de los carateres y la ligereza incalificable de los pensamientos en la sociedad contemporánea. A medida que se multiplicaban mis fiascos, tornábase Sara más dulce y compasiva, más cariñosa y buena para mí, como si hubiera querido á fuerza de finezas, hacerme echar en olvido tantas humillaciones. Era la confidente de mis desventuras, á ella se lo comunicaba todo, ante ella exhalaba mis quejas y me plañía amargamente de mis infortunios; y Sara, grave y pensativa, prestaba oído á mis diarias elegías, y me consolaba haciéndome concebir risueñas esperanzas de felicidad. Y solía terminar sus consejos con el siguiente estribillo:

—Ya verás cómo cualquier día descubres á la mujer que te quiere.

Tanto repitió la frase, que acabó por picar mi curiosidad.

—¿Quién es ella?, le preguntaba con frecuencia.

—Búscala y la hallarás, me respondía.

—Creo que no existe, he nacido con mal sino, nadie me quiere: replicaba desconsolado.

—Eres tonto, tonto de remate, concluía: ¡búscala y verás como la encuentras!

Caí al fin en la cuenta de que era ella quien me amaba, y á poco de preguntárselo, me lo confesó sin reticencias. ¿Creerás acaso que me sentí satisfecho de mi conquista? Pues no señor, no quedé satisfecho.

¡Qué cosa más natural, que el que me quisiera mi prima! Eramos casi hermanos, y tenía por obligación el quererme. Obtener la correspondencia amorosa de una persona de mi familia y de mi casa, no tenía nada de extraordinario. ¡Allí sí que podía hacer de las mías; pero, lo que era más lejos, fuera de las paredes domésticas, eso sí que no! No podía sentirme orgulloso de la aventura. Por otra parte, los amores caseros carecían de atractivo para mí. A la hora que se me antojaba veía á Sara y hablaba con ella; no tenía para qué rondar su casa, ni era racional pelar la pava por la ventana. De este modo, resultaban deslucidos mis amores, sin notoriedad ni resonancia, y yo necesitaba la ostentación exterior, grande y

ruidosa, para que viesen las necias que me habian desairado, que sin su pan se hacían las migas, y que no las necesitaba para nada.

No me permitía mi obcecación reparar en la inmensidad de mi victoria. Era Sara por entonces una joven deliciosa, llena de vida y alegría. Tenía unos ojazos de pestañas rizadas y negras que daban miedo, unas mejillas tan lozanas como rosas que acabasen de romper el botón, y una boquita primorosa, semejante á granada entreabierta. Su gracia y su agudeza eran proverbiales; la seriedad de su carácter y la solidez de su juicio habíanle valido la reputación de discreta; era celebrada por todas partes; volvíanse á ella todas las miradas; imponía silencio, respeto y admiración por donde quiera que aparecía. Pero siendo tan leal y sincera, no daba ocasión para que nadie la requiriese de amores. Vivía consagrada al afecto que me tenía y al tierno afán de envolverme en los esplendores de su aureola. Pero ese mismo respeto con que era vista, esa como veneración que la rodeaba, me sonrojaban en vez de halagarme, porque me hacían pensar que era tan ruin y desdichada mi suerte, que sólo me había otorgado el amor de una mujer olvidada de todos, poco solicitada y disputada por los otros hombres. No tenía rivales, y me decía en mi insensatez, que Sara se había

cogido á mí como al único asidero que le quedaba; y que á no ser por esa circunstancia, acaso no me hubiera aceptado, ó bien que, en presentándose algún otro enamorado en escena, me desdeñaría y me echaría en olvido. Eran tales y de naturaleza tan extravagante mis penas, que hubiera sujetado de buen agrado á Sara á la prueba de la tentación, como el "Curioso Impertinente," si hubiera podido hacerlo; pero como no alcanzaba á disponer de los medios necesarios para someterla á un crisol tan poderoso, propúseme observar una línea de conducta que diese á conocer á las claras, que no era para mí aquella ventura una cosa del otro mundo. ¿Penetraba Sara mis pensamientos, y todo lo sufría por exceso de abnegación; ó bien no comprendía la ruindad de mis ideas y por eso continuaba queriéndome? No sabré decirlo con certeza, pues lo que pasaba en su alma por aquel entonces, ha seguido siendo un misterio para mí; pero se me antoja que miraba claramente las crisis de mi menguado amor propio, y que por exceso de bondad, de compasión mejor dicho, pasaba por alto mis miserias psicológicas. Nadie me quita de la cabeza que se había propuesto redimirme de ellas á fuerza de generosidad y de cariño.

Hallábanse así las cosas, cuando vino un acontecimiento inesperado á poner

punto á situación tan anómala. Dióse una tertulia por aquellos días en la casa de unos parientes, y Sara y yo concurrimos á la fiesta. Nunca olvidaré la belleza de mi prima aquella noche desventurada. Cubierta de blondas y encajes y adornada con flores, no parecía una mujer, sino una visión del cielo.

—Todo lo hago por tí, me había dicho antes de la fiesta: por tí quiero ser hermosa, sólo por tí deseo todas las perfecciones. Mi mayor anhelo es que me quieras, y estés satisfecho de tu Sara.

Cuando lo recuerdo (gimió Feliciano llevándose á los ojos el pañuelo), siento que me ahogan los sollozos. Entonces estaba ciego de vanidad y de soberbia, y no pude apreciar la infinita dulzura de aquel corazón. ¡ Quién me diera remontar el curso de los años y volver á tejer con mano hábil y experta la tela de mi vida!

Bajó por un momento la frente, y pareció abismarse en los recuerdos de su juventud.

—El genio maléfico que me dominaba, continuó á poco, hízome ver con irritación aquellos esplendores. Humillábame pensar que mi prima me amase por lástima, y sentirme como protegido por ella; y me venían ímpetus de decirle que no la quería y que para nada necesitaba sus favores. Sin atreverme á tanto, me limité á darme humos de indiferente durante

aquella noche, bailando poco con ella, é invirtiendo la mayor parte del tiempo en vagar por los salones, charlar con los amigos y tomar copas. Entretanto, me seguía ella con los ojos por todas partes, y solía aparecérseme en la misma sala del refresco con diferentes pretextos, para verme é impedir que me excediese en la bebida. Su solicitud bastó para que me empeñase en hacer más frecuentes libaciones, á manera de los niños mimados á quienes la prohibición de hacer alguna cosa, les sirve de espuela para poner por obra lo vedado. Y acabé por perder el seso, y por entregarme al torrente de torpes deseos.

Recuerdo confusamente que, como á la media noche, estando sentado ante una mesa cargada de botellas, en compañía de mis amigos, movieron éstos conversación acerca de mi prima, y me felicitaron por haber obtenido su amor, tesoro el más codiciado de los que pudiera apetecer el hombre más soñador y romántico.

—A este Feliciano, dijo uno de ellos, le ha sucedido lo que le hubiese pasado al caminante que habiendo pedido en vano hospitalidad á las chozas, hubiese acabado por ser recibido en un palacio, donde se le hubiese sentado en el trono y se le hubiese puesto un cetro en las manos. No lo quisieron las feas, y le ha dado su corazón la mujer más encantadora que se ha conocido.

—Hombre, saltó otro, ¿de qué arte te valiste para seducirla? Ha de haberte costado mucho trabajo. Es seguro que has hecho uso de algún sortilegio. Dime, ¿has firmado algún pacto con el diablo?

Me estremecí de cólera al oir aquellas frases, que manifestaban á las claras la ruin idea que de mí tenian mis amigos, y la pobre figura que hacía yo junto á mi prima. Enloquecí, no supe lo que hice; sólo recuerdo que descorrí ante aquellos profanos el velo de mi vida, y tomé empeño en pintar á Sara como la primeramente enamorada de mí, solicitadora de mis atenciones, y anhelosa de que mis ojos se fijasen en ella. Se me figuraba que de ese modo adquiría á los de mis amigos las grandiosas proporciones de un cinqustador, amado sin esperanza, inspirador de pasiones gratuitas, y capaz de causar tempestades y terremotos en el mundo femenino. Recuerdo también confusamente que mi auditorio, que comenzó por mostrarse asombrado, gustó sobremanera de mi confidencia. Algunos de los oyentes se rieron so pretexto de que les hacían gracia mis donaires, y otros me dirigieron preguntas arteras, con el objeto de obligarme á llevar el relato hasta su término. Empero ninguna frase, ni la más atrevida de todas las que declamé durante aquella larga peroración, causó el efecto de mis palabras finales, que fueron como el "clou

d'or" de mi discurso. Para articularlas levanté la cabeza, ahuequé la voz, y dirigí en torno una mirada soberbia.

—La caballerosidad, dije, me obliga á sostener mis amores; pero maldito lo que me preocupo por Sara.

—Eso nó, exclamó uno de los circunstantes: te tiene sorbido el seso.

—Mentira, repliqué; la cedería al que la quisiese.

—¿De veras? preguntaron varias voces.

—Lo dicho; la cedo al que la quiera.

No bien hube pronunciado estas palabras, oí cerca de mí el "frú frú" de un traje de seda. Volví la cabeza, y alcancé á ver por la puerta una forma femenil que se alejaba á toda prisa. ¿Era mi prima? ¿Me había oído?

Como si se hubiera desgarrado un velo que hubiese tenido en los ojos, adquirí en aquel instante la clara percepción de lo mucho que valía Sara, y de la grandeza de mi desolación en el caso de que ella me abandonara. La torpeza de mi cerebro desapareció como por encanto, y con extraña lucidez comprendí lo vergonzoso de mi proceder. Sentí que el corazón se me desgarraba, que me saltaban las sienes y que una angustia horrible se apoderaba de mi pecho. Me levanté bruscamente y corrí desalado en busca de Sara. Iba dispuesto á darle una satisfacción pública, á caer de rodillas ante ella y á besarle, si era pre-

ciso, los pies para obtener su perdón; pero no pude hallarla en ninguna parte. En vano crucé por los salones y por las alcobas y escudriñé los rincones todos de la casa. Al cabo de inquirir largo tiempo, díjome el portero que la había visto salir sola, tomar asiento en su coche y alejarse de la casa.

No dormí toda esa noche pensando en lo que había pasado, y penetrado de la convicción de que había abierto entre Sara y yo un abismo insondable. A ratos me serenaba, imaginándome que tal vez no me hubiera oído mi prima; y me decía á mí mismo que no había razón para apenarme de aquel modo, y que mis sobresaltos no reconocían más origen que el de mis vanas aprensiones.

Pero al día siguiente, cuando vi á Sara, me convencí de que todo estaba perdido. Aunque triste, ojerosa y con visibles muestras de haber llorado, me recibió con glacial indiferencia, y no profirió una sola queja.

—¿Que tienes? le dije, ¿por qué me tratas con tanta frialdad?

—Nada, repuso, no tengo nada.

—¿Acaso no me quieres ya? insistí.

—Nunca te he querido, repuso. Lo que he sentido y siento por tí, es...lástima...

# III

Hondamente penetraron en mi corazón aquellas palabras, y guardé por varios daís vivo en el pecho, el rencor que me produjeron; pero al fin perdieron gradualmente su fuerza, y acabé por pesuadirme de que habían sido dictadas por el enojo, y de que no eran más que el velo doloroso de una herida profunda. Alimenté algún tiempo la ilusión de vencer aquella resistencia por medio de ruegos, pues reputaba imposible que la mujer que me había querido tanto, pudiese apartarse de mí para siempre. Como de continuo sucede en tales casos, mi afecto por mi prima había ido creciendo á compás de su desvío, y había acabado por tornarse en la adversidad una especie de delirio, una pasión desbordada, una obsesión de todos los momentos. Pero no hubo querella, ni plegaria, ni postración suplicatoria que la moviesen á compasión: inflexible y altiva, soberbia y rencorosa, no volvió á oirme, ni á verme, ni á curar de mí en lo más mínimo. Alma de hierro en cuerpo de mujer, fué para mí tan dura como la roca.

Dos años pasaron de esta suerte, rogando yo y resistiendo ella, hasta que fuí adquiriendo la triste convicción de que su

desamor era irrevocable, eterno su abandono. Desde nuestra ruptura comenzaron á arremolinarse en torno de ella entusiastas adoradores, que le formaban corte humilde y devotísima. Mucho tiempo fué indiferente á tan rendidos obsequios, pero al cabo recibió con agrado los corteses homenajes del más fino y apuesto de sus caballeros. Y devoré en silencio mi despecho, y ví con desesperación que otro mortal dichoso llegase á ocupar el sitio que ella me había destinado en su corazón. Sin derecho para exigir cosa alguna, vime relegado al último término del cuadro, como los sacerdotes indignos, que son lanzados de los altares donde celebraban sacros misterios, para confundirse con la multitud de los espectadores....

Y recibí de su mano el golpe mortal, cuando coronada de azahares y vestida con traje tan blanco como su pureza, dió á su amado la mano de esposa bajo el áurea cúpula del templo, en medio de imponentes ceremonias, y de una atmósfera saturada de perfumes, armonías y suspiros. Desde entonces sentí que me moría, que acababa para mí la verdadera vida, y que el resto de mi peregrinación por la tierra, no era más que un viaje penoso á través de la obscuridad, de la soledad, y del silencio. En vano he procurado renovar el idilio de mis amores consagrando mi adoración á otras mujeres; ni me ha

sido posible quererlas, ni encontrar otra que me quiera como aquélla, y me comprenda, y me perdone. Todo concluyó para mí desde entonces.

La tristeza de mis pensamientos y el apartamiento de mi vida me han convertido en un miserable misántropo. En nada creo, nada aguardo y me río de todo; pero cuando veo á Sara al lado de su esposo, y presencio el cuadro de su ventura conyugal, me siento acometido de mortales congojas, pensando que tanta paz, tanta belleza y tanta dicha habían sido destinadas para que yo las disfrutase. ¡Cuántas veces de pie en el umbral de su puerta, he derramado llanto, al oir su acento musical elevarse como canto en medio del coro de las voces de sus hijos, y oprimiéndome el corazón con ambas manos, me he sentido el más infeliz de los hombres! Me figuro semejante á Otelo, que viejo y negro, fué amado por Desdémona, y la mató, destruyendo su felicidad con mano insensata.

Pero, concluyó Feliciano, estoy bien castigado.

Y ocultó la cara entre las manos, lleno de dolor.

## IV

Cuando terminó la narración, sentí que me asfixiaba en aquel palacio. Me dí prisa para volver á mi hogar, y al llegar á él, respiré con inmensa delicia. Es verdad que no había en mi casa ricos tapices, lujosos artesonados, cuadros preciosos, ni muebles Luis XV; pero irradiaba luz de contento y estaba llena de risas y alegres voces. Necesitaba descanso, y lo hallé al lado de los seres más queridos de mi corazón. El acento de mis tiernos hijos sonó en mis oídos como un himno celestial: fueron para mí sus besos aquella noche más dulces que nunca, y cuando sus manitas sonrosadas me acariciaron, me pareció que la bendición de Dios bajaba sobre mi frente.



# El Rector y el Colegial.

A Victoriano Salado
Alvarez.



# I

Era alumno del Seminario de Guadalajara y comenzaba mi curso de Artes bajo la dirección de un sacerdote bondadoso, muerto en los albores de una brillante carrera, á quien mucho quise, de quien recibí pruebas de afecto y cuyo recuerdo es uno de los más gratos que conservo de mi vida infantil.

En la época á que me refiero, hallábase la ciudad señoreada por las tropas francesas, y el partido conservador empuñaba á su sombra las riendas del gobierno, procurando destruir todo vestigio de la dominación de su rival. Había sido clausurado el Liceo de Varones, fundado recientemente por la administración caída; el Clerical había sido restituído á su prístino objeto de prisión penal y correccional

de clérigos; y el edificio del Liceo, purgado de sus delitos, había recobrado su destino tradicional de Colegio eclesiástico. Los catedráticos de Teología, Derecho Canónico, Filosofía y Latinidad tomaron posesión de sus antiguas aulas; y Billuart, Vinnio, Dmowski, Perrone, Nebrija, el Arte Explicado, Horacio y Virgilio brillaron otra vez deslumbradores y sin competencia en el remozado plantel. Volvieron los corrillos á alegrar los amplios corredores; la lengua latina recobró el uso de la palabra; los silogismos, sorites y entimemas tornaron á cruzarse, retorcerse y enmarañarse en las clases; y el Aula Mayor resonó de nuevo los jueves, con el fragor de las sabatinas.

Celebrábanse éstas con arreglo á anuncios manuscritos que se fijaban en las puertas del Aula Mayor y de la Capilla, y se consignaban en el latín más confuso, enmarañado é inextricable que se hallaba á la mano. Confeccionar galimatías era punto de honor para los catedráticos. Aquel de ellos que daba á luz la redacción más intrincada, cabalística y endemoniada; el que producía el anuncio más obscuro é incomprensible, ese era el que triunfaba. "¡Salve triumphator!" Laboriosísima, por de contado, era la elaboración de tales alumbramientos. Consultábase de sobra la gramática para escoger giros inusitados; poníase á contribución á los clásicos para

pedirles prestadas sus metáforas más atrevidas; y, sobre todo, buscábanse en los abismos del diccionario las voces más peregrinas é incógnitas, las más raras y estupendas, para exornar con ellas, piezas de gusto tan complicado y de tan difícil lectura.

Una vez fijados los avisos en los sitios acostumbrados, formábanse corros delante de ellos, y con avidez eran leídos. ¡Qué rechifla si estaban concebidos en latín fácil, de "carreta carretae!" Pero si lograban dejar en ayunas á los lectores, ¡qué victoria tan espléndida para su autor! Los que se picaban de hábiles latinistas, se sentían molestos y humillados por el logogrifo, y se lanzaban á sus aposentos á compulsar notas y á registrar libros con ansia febril, para salir de sus dudas, y descifrar los terribles enigmas lingüísticos planteados ante ellos por el sibilino redactor de obra tan acabada y perfecta.

## II

Era rector del colegio por aquel tiempo, el doctor don Miguel Escobosa, profundo latinista, canonista renombrado y teólogo de altísimos vuelos.

Por lo que hace á lo físico, era el doctor

un hombre como de cuarenta y cinco años, de estatura mediana, blanco de cutis, pelinegro y de nariz prolongada y astuta. Andaba despacio, con paso firme y sin hacer ruido, como suelen hacerlo los gatos. Tenía voz penetrante é imperiosa, y hablaba en frases cortas y rotundas. Lo que había de más notable en su persona, eran una enorme verruga negra quet tenía en el carrillo derecho, junto al arranque de la nariz, y los inquietos y pequeños ojuelos. Negros como el azabache, brillantes y movibles, todo lo veían y observaban, como hacerlo parecen los que van y vienen con el péndulo, en las órbitas de los rostros humanos pintados en el cuadrante de los antiguos relojes de sala ó comedor. Su mirada era irresistible. Desmayaban instantáneamente en patios y corrillos los mayores alborotos bajo su influencia paralizante; al sentir su magnetismo, cesaban gritos, carreras y retozos, y como por encanto se restablecían el orden y el silencio. Cuando alguna vez, á la hora de estudio ó en el patio de la Bola, se armaba una buena gresca de gritos, silbidos y risotadas, solía aparecer en lo alto del corredor, arrimado á la barda, el vigilante rector, bien peinado, oprimido por sotana de paño y banda de seda, y con un breviario en la mano: y las voces morían en la garganta, quedaban los pies como clavados en el sitio, expresaban los rostros

timidez indecible, y, escorzados los ojos. fijábanse fascinados en aquella figura, sin poder apartarse de ella.

La cualidad característica del rector, según pública voz y fama, era la firmeza de la voluntad. Nadie le disputaba el ta-- lento, todos hacían elogios de su sabiduría; pero lo que más en él se admiraba era la firmeza. Teníasele por hombre de carácter; mejor dicho y más brevemente, po. un carácter. A eso se debía que hubiese sido escogido por el Ordinario para regir el Seminario en aquellas circunstancias difíciles, porque nadie era más á propósito que él para encarrilar por buena senda aquel instituto que, en cierto modo, iba á fundarse de nuevo.

Entre las anécdotas que de él se referían, había una que le pintaba á lo vivo. Años atrás, y durante la profanación del edificio, había cobrado afecto á un joven inteligente y revoltoso llamado Perico Villalón, famoso tanto por su talento, como por sus instintos de calavera. Perico se había fugado varias veces del colegio para lanzarse á vida alegre en compañía de otros tunantes, pero el rector había querido hacer la conquista de aquella alma, y se había propuesto proteger al mancebo para conseguir su reforma y vuelta al camino del deber y de los estudios. Y había logrado, en efecto, que hiciese Perico toda suerte de promesas, y volviese

al Seminario y vistiese otra vez el manto y la beca, y confesase, y comulgase, y empuñase de nuevo ora el incensario, ora los ciriales para acompañar las misas de la capilla. En vista de cambio tan patente operado en la conducta de Villalón, el doctor Escobosa, dejándose llevar de sus buenos sentimientos, habia llegado á ver al estudiante como si hubiera sido su propio hijo.

Así había pasado algún tiempo de paz y de concordia; pero al fin volvió Perico á las andadas, se escapó otra vez del colegio, y unido á sus antiguos camaradas, se entregó al retozo y jaleo de los placeres, con gran asombro y pesadumbre del rector. Todos esperaban que éste, al enterarse del contratiempo, enviase emisarios por todas partes para obtener la vuelta del hijo pródigo; pero no fué así, sin embargo, pues el señor don Miguel no dió paso para ello, ni se quejó del contratiempo, ni volvió á nombrar á su ingrato protegido. Es verdad que á raíz de los sucesos, permaneció dos días encerrado en la Sala Rectoral y sin comunicarse con nadie, y que al darse á ver de nuevo, pareció un tanto flaco y lívido á la muchedumbre de catedráticos; pero no menos cierto es también, que sólo por tales indicios dió á conocer sus sufrimientos aquel varón esforzado.

Aguardaba, sin duda, Villalón, que el

doctor le buscara y llamase; pero como no sucedió tal en varios días, perdió la esperanza, y de solicitado que había sido, se convirtió en solicitante, y por distintos medios y conductos pretendió volver á la gracia del señor Escobosa; sólo que todo fué en vano, porque el doctor no se dejó ablandar ni persuadir por persona alguna. Apenas oía el nombre de Pedro, fruncía el ceño y rogaba hasta á los más encopetados personajes, que no le pronunciasen otra vez en su presencia; y no había más remedio que obedecerle, porque la naturaleza había dotado al rector de ese don que suele llamarse de mando, al cual nadie resiste. Contábase que una vez Pedro en persona había osado presentársele para pedirle perdón, y que don Miguel le había vuelto por toda respuesta las espaldas, sin dignarse siquiera mirarlo.

Perico, que tenía malas entrañas y no buscaba en realidad, sino el medio de obtener cuanto necesitaba para vivir en la holganza, se indignó en sumo grado por el desaire, y se convirtió desde aquel punto y hora en mortal enemigo del rector. Y falto de apoyo para pasarse otro período de regalo é hipócrita recogimiento, se echó de lleno en los vicios, y no cesaba de vociferar en los sitios que frecuentaba, que había de vengarse de su antiguo bienhechor, haciéndole estos y aquellos daños.

Bien sabía don Miguel cuanto pasaba

pero no se daba por entendido de ello, ni se inmutaba, ni tomaba medidas para repeler agresiones. Siguió entrando y saliendo por donde quiera, como lo tenía de costumbre, á pesar de que Villalón era espadachín y capaz de cualquier atentado: como si tuviese cédula de vida y fuese invulnerable.

La turba estudiantil, que todo lo sabía y observaba, hondamente impresionada por aquella entereza, había acabado por persuadirse de que el señor Escobosa era un ser superior, un personaje de leyenda, un hombre verdaderamente extraordinario. Por manera que no había quien chistase delante de él, y que le miraban los colegiales con una especie de terror mezclado de admiración y de respeto.

## III

Una tarde de tantas como fuí á jugar á la plaza principal con mis pequeños camaradas, logré burlar la vigilancia del fiel sirviente que cuidaba de mí, y fuíme de excursión con otros chicos, hasta el lejano atrio de San Francisco. Allí jugamos á nuestras anchas, pedreas tremendas á peladilla limpia, tomando los proyectiles de entre las ruinas de templos destruídos

que en aquel sitio se amontonaban. Entrada ya la noche, é ileso por fortuna, emprendí el camino de mi casa lleno de zozobra, pensando en la inquietud de mis padres y en la dura reprimenda que me aguardaba. Al pasar frente al Seminario, miré iluminada la Sala del señor rector. No había transeuntes; todo estaba mudo y quieto á lo largo de la calle. La pesada mole del Seminario, con puertas y ventanas cerradas, parecía un edificio fantástico á la luz vacilante de los míseros mecheros de aceite del alumbrado público.

La ocasión hace al ladrón. La soledad y el silencio me inspiraron una idea extravagante: coger una piedra y hacerla entrar por el aposento rectoral á través de los cristales. ¿Por qué, sentí ese movimiento selvático? ¿Sería por influjo del reciente combate de piedras? ¿O por el instinto de hacer diabluras que tiene todo chico de doce años? ¿O simplemente por el afán bestial de destruir los objetos brillantes, que hay en el fondo de la naturaleza de todo animal?

No podría decirlo á punto fijo. Quizás mi absurdo deseo se componía de pequeñas dosis de todos esos elementos. El caso es que, después de breve vacilación, me incliné, cogí un guijarro redondo, enarbolé el brazo y lo arrojé á los balcones...; pero con tan mala puntería que, sin llegar hasta ellos, fué á dar al centro del cercano

farol, que se hizo añicos, dejando la calle sumida en completas tinieblas. Rápidamente, y antes de que acudiese algún vecino llamado por el estrépito, cogí un segundo guijarro y lo dirigí al mismo balcón; pero esta vez con tan fino acierto, que, haciendo leve ruido al abrir redonda brecha en uno de los cristales, se introdujo bonitamente en el recinto iluminado. Hecho esto, corrí con toda la ligereza de mis jóvenes piernas, y me oculté detrás de la esquina más próxima, desde donde continué acechando el Seminario. No tardaron en abrirse los cristales de la Sala Rectoral y en aparecer el señor rector en el marco iluminado de uno de los balcones.

Permaneció buen rato en observación, procurando sondear la obscuridad con mirada penetrante; mas persuadido, sin duda, de la inutilidad de sus esfuerzos, entró de nuevo en la Sala, y volvió á cerrar los cristales. Salí entonces de mi escondite y me marché para mi casa, donde hallé una merecida reprimenda y atroces remordimientos que no me dejaron dormir en toda la noche.

IV

A la mañana siguiente, cuando llegué á clase, encontré en gran conmoción el Seminario. No se hablaba de otra cosa más

que del atentado de que había sido víctima el rector. Abultábanse las cosas; decíase que había habido intención de matarle; que incontable era el número de piedras que habían entrado en la Sala Rectoral; y que el agredido había salido del riesgo con varias contusiones en el cuerpo y una herida en la cabeza.

Al oir el relato, si bien me di cuenta de su exageración, supuesto que la piedra bien dirigda no había sido más que una, me llené de alarma pensando pudiera ser cierto lo de la herida de la cabeza; y como el proyectil tenía la consistencia del hierro y había sido arrojado con toda la fuerza de mi brazo, no hallé inverosímil que la lesión fuese profunda y pudiese importar la fractura de algún hueso craneano..... ¿Frontal?.... ¿Parietal?.... ¿Occipital?... "Ecco il problema."

Así es que corría parejas mi gusto con mi remordimiento, hasta el punto de no saber si sentía más lo uno que lo otro. Faltábame investigar si se tenía noticia de quién hubiese sido el malhechor; pero no me atrevía á interrogar á los otros colegiales, por temor de oir mi nombre de sus labios, ó de delatarme por la expresión de mi fisonomía, por la cobardía de mi mirada ó por el temblor de mi acento. Pero aquella situación no podía prolongarse; necesitaba salir de tan fiera incertidumbre, y aca-

bé por decidirme á afrontar el enigma, fuese cual fuese el resultado.

Llevando, pues, aparte á uno de mis condiscípulos, le interpelé con voz entrecortada.

—¿Qué se dice del apedreador? le pregunté.

—Ya se sabe quién es, repuso.

Sentí que me ponía pálido, creyendo que mi interlocutor aludía á mí.

—¿Quién? insistí.

—Piensa y verás como das con él.

—¿Yo? ¡No! balbuceé lleno de confusión.

—Eres el único que no lo adivina.

—Dímelo.

—Perico Villalón, naturalmente. ¿Quién otro había de ser? Es un muchacho malo que aborrece al señor rector, y que ha prometido hacerle todos los males que pueda. ¡Qué tonto eres!

Un inmenso sosiego inundó mi corazón y circuló por mis venas recobré el aplomo, y sentí que la sangre afluía de nuevo á mi semblante.

—Hombre, dices bien, exclamé riendo. Soy un tonto, ¿quién podía ser sino Perico?

Y reforcé las de mi interlocutor con algunas consideraciones de mi cosecha sobre los antecedentes personales del lapidador y del lapidado, que no dejaban lugar á la menor duda tocante á la misma conclusión.

—Claro, concluyó mi colega; pero le ha de pesar. El doctor Escobosa no es un collon ni una vieja. Dicen que se ha quejado á la Prefectura denunciando á Perico como autor de las pedradas. Seguro que lo van á poner preso. Ya conoces al Prefecto; es muy corajudo y muy malo.

Las últimas palabras de mi amigo sacudieron mis nervios. Me alejé sin saber lo que hacía, y busqué el sitio más solitario.

La voz de mi egoísmo me gritaba: "¡Regocíjate, estás salvado! Nadie te vió cuando apedreaste la Sala Rectoral, nadie sospecha de tí, no tienes que temer nada. Ríete de esa turba que no ve más allá de sus narices, y prepárate á mofarte del gravedoso Prefecto, que aprehenderá á Villalón y le impondrá severísimo castigo, creyendo restaurar el orden, cuando no hará más que un disparate."

Pero otra voz más potente que ésta, brotaba del fondo de mi pecho, y me decía: "Tú no puedes permitir que sufra Villalón por salvarte del castigo, porque tú solo lo mereces. Podrías callar si á nadie calumniasen; pero nó cuando hay de por medio una víctima."

En vano arguía mi egoísmo que Villalón era un perdido, que merecía que la justicia le sentase la mano, y que si ahora padecía por un error, se podía abonar su castigo á la cuenta de sus bellaquerías impunes; mi conciencia no se dejaba vencer,

y respondía que, fuese como fuese, si permitía yo que cargase Perico con mi responsabilidad, sería fea y villana mi acción.

## V

Dominado por estas ideas, maquinalmente y sin saber lo que hacía, me dirigí á la escalera y la subí paso á paso, con la cabeza baja y viendo al suelo.

Me pareció despertar de un sueño, cuando me hallé frente á la puerta de la Sala Rectoral. Leve distancia me separaba de la presencia del doctor Escobosa, y bien sabe Dios que me anonadaba la idea de comparecer ante él; pero mi resolución era irrevocable, y, venciendo las cortapisas de la vergüenza y del temor, empuñé la diestra y golpeé la madera con los nudillos.

En el acto vibró una voz penetrante por la parte de adentro.

—¡Pase! dijo.

Empujé la puerta y me encontré delante del rector. Sus ojillos negros me amedrentaron, y sentí que me ponía pálido. Mas observé, con ligero alivio de mi angustia, que la majestuosa cabeza del rector erguíase libre de vendas, esparadrapos

y demás indicios de efusión de sangre y descalabradura.

—¿Qué anda haciendo por acá? preguntóme. (Nunca pronunciaba la palabra "usted," á uso y costumbre de frailes.)

—He sabido, repuse con voz insegura, que anoche ha sido apedreada la Sala Rectoral.

—Sí, contestó fríamente; ahí tiene el cuerpo del delito,—y me mostró con la mano sucesivamente el cristal roto y la peladilla de que se armó mi desapoderado brazo, la cual lucía sobre la mesa consola su redonda, apretada y plomiza mole. Ante aquellas piezas de convicción, sentí que me faltaba el aliento, y creí que iba á darme un vahído.

La voz del rector, dura é irónica, continuó:

—Tuvo el pillete el placer de lapidarme como á un perro, y aun habría tenido el de matarme si no hubiese sido tan mala su puntería.... Me lastimó esta pierna (señalándose la derecha); si me hubiera acertado en la cabeza, se habría salido con la suya... El canto está grande y duro; pero la autoridad lo arreglará todo... Caro le va á costar el deleite.... A mí no me inspira más que desprecio la conducta de mi enemigo; pero el escándalo no debe repetirse, no por mí, sino por el Seminario.

Vislumbré en aquellas palabras una

gran cólera comprimida, y comprendí que no habría piedad para el autor del desacato. Esta idea, en vez de anonadarme, exaltó mi resolución, y quise acabar de una vez.

—¿Sabe usted quién fué el agresor? le pregunté tímidamente.

—¡Vaya que sí! ¿Quién otro, si no el ingrato á quien tendí la mano y me hincó en ella el diente?

Aludía á Perico con claridad; no me había engañado mi amigo.

—Está usted en un error, repuse con viveza: no fué Villalón.

—¿Quién le da derecho de replicarme? Bien sé lo que me digo y no necesito advertencias.

—No sería justo que padeciese Perico.

—¿Qué sabe de eso? ¿A qué ha venido á la Rectoría?.... ¡Márchese á sus estudios!

—He venido á revelar el nombre del culpable.

—¿Lo conoce?

—Sí, señor.

—¡Mucho cuidado con mentir ni calumniar!

—No, señor.

—¿Cómo se llama?

—Soy yo.

Cerré los ojos. Creí que el techo iba á desplomarse sobre mi cabeza, ó á hundirse el suelo bajo mis plantas. Tenía la con-

vicción de que el rector iba á hacerme pedazos.... ¿Cómo?.... ¿Por qué método?... ¿De qué medios se valdría?.... ¿Me mordería?... ¿Me descoyuntaría?... ¿Me reduciría á papilla con los pies y con los puños?

Pasó un rato de indecible ansiedad... Asombrado del silencio que siguió á mis palabras, y de tener vida todavía, abrí los ojos, y me encontré con los del rector, que me miraban de hito en hito. Parecía más asombrado que colérico, como el león que vió á don Quijote abrir la puerta de la jaula.

—¿Me odia? preguntó con acento breve.

—No, repuse.

—¿Quiso vengarse?

—No.

—¿Por qué lo hizo?

—Por el placer de ver entrar una piedra por los cristales del balcón iluminado, nada más.

Siguió examinándome buen espacio con detenida atención. Entretanto, tiritaba yo, como si estuviese dentro de una nevera.

—¿Por qué ha venido á delatarse?

—No quise que Perico fuese castigado por mí.

Meditó un instante, frunció el entrecejo, y con voz indefinible, me dijo:

—Nunca permito que nadie se me adelante. Puesto que confiesa su falta, negocio concluído.

No entendí, ni me moví del sitio.

—¿Qué espera? me preguntó.

—Lo que usted mande.

—¿El castigo?

Callé inclinando la cabeza con humildad.

—Váyase, le perdono.

Me pareció que soñaba, no encontré qué decir, y sin saber por qué, me dieron ganas de llorar.

Llegaba ya á la puerta, cuando oí la voz del rector.

—Un consejo, me decía; guarde reserva sobre esto. Vale má que no se sepa; no le honra.

Hice una señal afirmativa con la cabeza, y salí de la Sala, no sé si más agradecido que humillado, ó más humillado que agradecido.

## VI

Cumplí la recomendación y guardé silencio largos años; hoy lo rompo, lector, por darte esta prueba de confianza, y porque sé que eres discreto.

Por tu vida que á nadie se lo digas.

# "PIA."

---

A Angel de Campo.



# I

Llamábase Pía la niña encantadora cuyos puros hechos voy á relatar en esta historia brevísima. Si recibió tal nombre por azar del almanaque, preciso es convenir en que acertó el acaso, porque había entre Pía y su nombre consonancia perfecta.

No siempre corresponde la etiqueta al contenido del frasco. A veces, bajo título halagador fermentan en cárceles de cristal brevajes inmundos ó tósigos mortales, que trastornan el cerebro y corroen las entrañas; otras, empero, hay verdad en el anuncio, y al amparo de hermosos letreros, ocúltanse perfumadas ambrosías que deleitan el paladar y regocijan el espíritu.

Así pasa también con la etiqueta humana.

Pía era lo que su nombre indicaba: mansa, buena, llena de anhelos divinos y de santa confianza en lo ignoto y ultraterreno. Como viven las aves posadas en las copas de los árboles, ó en los aleros de los tejados, ó en las torres de las iglesias, cuando no hienden el azul espacio y trazan líneas invisibles por la atmósfera; como va el céfiro siempre de paso, soplando por la tierra é impregnando las alas en el perfume de las flores; como duermen las nubes en la cumbre de la montaña, y flotan en la altura purísima, por donde suben como el incienso: así moraba Pía en cimas ideales, atraída por el secreto imán de un sublime destino.

¿Por qué, cuando apenas comenzaba á balbutir las primeras palabras, fijaba ya las inocentes pupilas en las santas imágenes, como si la moviesen á ruego y adoración? ¿Por qué, cuando pequeña, oraba todos los días con las manitas juntas, en la actitud de los ángeles de Fra Angélico de Fiésole? Nadie podría explicarlo, porque en aquella edad bendita en que no tenía idea de lo que era malo, no podía pedir perdón por culpas que no había cometido, ni tenía que implorar ayuda para la lucha que aun no había principiado. Pero su inclinación natural llevábala á esas expansiones místicas, que fueron instinto de su infancia, y arrobo y ensueño de todo el resto de su vida.

## II

Nada hay tan hermoso como una virgen el día de sus bodas. El albo traje que aprisiona su talle fino y gracioso, deslumbra los ojos y fascina el espíritu; la guirnalda de níveos azahares que corona su frente, es símbolo de sus pensamientos castos; el velo sutil que la envuelve, es figura del pudor que embarga sus tímidos movimientos de doncella. A través de la blanca gasa, vislúmbranse los suaves contornos de su rostro, las encendidas rosas de sus mejillas, la grana de sus labios, el marfil de sus dientes y el medroso fulgor de sus ojos, cual se distinguen la luz y el cintilar de las estrellas entre el tenue albor de las nubes. Son las desposadas, sacras figuras; recuerdan á las diosas medio veladas de los antiguos misterios.

Así apareció Pía á los ojos de la multitud, el día en que dió á Alvaro la mano de esposa.

Mientras aquella pareja de predilectos de Dios se mantenía arrodillada ante el altar, unida por el lazo emblemático que encadenaba sus cuellos, y en tanto que las notas de la marcha nupcial llenaban el templo de arrobadora armonía, soñaban las circunstantes con una dicha casta y úni-

ca, anhelo vivísimo y afán constante del corazón humano en este valle de lágrimas.

## III

No se concibe felicidad cumplida para los esposos, cuando Dios no les concede sucesión. Es tan poderoso el deseo de los que se aman, de ver sellado su cariño con el advenimiento de un sér complexo, que tenga algo de ambos y reuna la naturaleza física y moral de uno y otro; es tan irresistible el afán de ver á su amor tomar cuerpo y hacerse carne, y adoptar, como todos los amores, la forma de un niño hermoso, que cuando Dios no les otorga esa dicha, estiman defraudadas sus esperanzas, y se miran con pena y como avergonzados de sí mismos. Y llevan en el pecho un vacío que nada puede llenar, y en el alma el despecho de una ilusión desvanecida.

Alvaro y Pía vieron satisfechos sus deseos con la venida al mundo de dos preciosas criaturas, Julio y Elena. Más que niños, semejaban avecillas parleras que llenaban su hogar de trinos y gorgeos; así que pasaban los felices padres hora tras hora arrobados en la contemplación de

sus hijos, y cuando los miraban agitar las manitas y sonreir alegremente al espacio, como si tuviesen visiones del cielo, no se hubieran cambiado por los reyes más poderosos de la tierra.

## IV

La máquina admirable de aquellos frágiles cuerpecitos fuese desarrollando en virtud de ley misteriosa, que á la vez que alimentaba la vida, promovía el incremento de los órganos, encendía la luz de la inteligencia en el cerebro y hacía brotar en el corazón la llama del sentimiento.

Pronto, muy pronto, como pasan todas las cosas de la vida, como pasa la vida misma, aquellas criaturas pequeñas, incapaces de voluntad y de pensamiento, fueron saliendo del sopor que las embargaba, y despertaron á la existencia como extranjeros recién llegados á tierra desconocida.

Creció Julio bello de espíritu y de cuerpo. Tenía almita de artista; cantaba por propia inspiración con acento tan tierno, que causaba emoción el escucharle, y era tan amante de la oración como los bienaventurados que cercan el trono del Todopoderoso. Entraba en los templos como si fuese á una fiesta, y elevaba á Dios el

alma pensando y pidiendo quién sabe qué cosas luminosas y puras. Y causaba á modo de espanto mirar lo que hacía, porque se vislumbraba en el cerebro del niño un abismo de ideas sorprendente á sus años.

Elena era igualmente adorable. Tímida y dulce como una corderilla, no tenía más afán que halagar y querer á sus padres. Buscaba su calor á todas horas, por todas partes; llamábalos sin cesar, y no quería que se le apartasen un punto. Era tan cariñosa, que cuando no lograba besarles y acariciarles el rostro, acariciábales y besábales las manos ó las ropas, con inefable devoción y ternura. Era la sombra de Pía: por donde ésta andaba, iba también ella, ambas en eterno coloquio. Volcaba Elena en sus pláticas el ánfora celestial de sus gracias é inocencias, y la madre iba formando poco á poco, y sin que se echase de ver, aquel tierno corazón, á imagen y semejanza del suyo, que era todo amor, pureza y plegaria.

Nada había más hermoso para Alvaro que hallar todos los días á los niños al volver del trabajo, apostados en el balcón, á manera de atalayas, para distinguirle desde lejos. Al columbrarle, gritaban llenos de júbilo: "¡papá!" "¡papacito!;" y bajaban corriendo la escalera para encontrarle en la calle, y le abrazaban las rodillas, y se le colgaban de las manos.

Y eran felices los esposos en medio de

aquel paraíso, donde todo hablaba de paz, amor y contento. Alvaro embelesado, no se cansaba de repetir al oído de Pía y en presencia de los niños, aquellos hermosos versos de Lamartine, ligeramente parafraseados:

¡Son un rayo de sol en mi ventana,
Una fiesta perpetua en mis hogares!

Y suspiraba volviendo los ojos al cielo, lleno de gratitud, porque su pensamiento era una constante acción de gracias al Todopoderoso.

Mas Pía llevaba en el corazón el torcedor de un pensamiento triste. En medio de su felicidad, sentía pasar sombras fatídicas por su mente.

—Somos dichosos, se decía; pero ¿si la muerte viene á destruir este cuadro tan bello?

Y sentía que se le helaba la sangre sólo al pensarlo. Escapábase de entre su esposo y de sus hijos, y se refugiaba sollozando en su alcoba, donde se postraba de hinojos ante la imagen ensangrentada de Cristo, y le pedía gracia, sin saber por qué, anonadada por un terror confuso. Pero sucedíale que al decir, rezando, las palabras "hágase tu voluntad," figurábasele que iba á perder á sus hijos, y lloraba mucho y sin consuelo. No obstante, después de

lucha dolorosa, repetía desfallecida: "¡hágase tu voluntad!"

Una de tantas veces como dejó Pía á los suyos para irse á orar y gemir á su aposento, echólo de ver Alvaro, y fuése tras ella para averiguar la causa de su ausencia. Hallóla arrodillada ante el Crucifijo, con las manos enclavijadas y bañada de lágrimas.

—¿Qué pasa?, interrogó alarmado.

—Nada, repuso ella; no me lo preguntes; son cosas de loca.

—Confíame tus penas, porque quiero endulzarlas ó partirlas contigo. Sabes que somos compañeros para la dicha y la desdicha.

Resistió Pía largo tiempo hacerle aquella confidencia, porque no quería amargarle su felicidad; pero tanto rogó Alvaro y con tan finas y cariñosas instancias, que al fin tuvo que ceder y le contó cuáles eran sus íntimas congojas.

—¿No es más que eso?—repuso el joven después de haberla escuchado. Pues no te atormentes, alma mía, porque nuestra dicha es purísima y agradable á los ojos de Dios. El nos la ha de conservar.

Pero Alvaro mismo, desde entonces, vió turbados sus mejores momentos por la angustia de esos mismos temores; y sucedía que, mientras él y ella estaban cogidos de la mano mirando á los niños desplegar el tesoro de sus gracias, caían en hon-

dos abismos de tristeza, y por una cruel irrisión de la suerte, sentían más grande la pena, á medida que su goce era más vivo.

## V

Un día enfermó el niño. No era nada, una calentura pasajera; pero los padres se alarmaron como si hubiesen escuchado la voz lejana de la tempestad. Y sucedió que la calentura fué rebelde á toda medicina. Siguió su curso paso á paso, como el incendio que comienza por ser chispa, y luego se convierte en llama, y acaba por trocarse en tromba devastadora. Así aquella fiebre lenta fué aumentando en intensidad gradualmente, como si las drogas y los cuidados le hubiesen servido de combustible. Soportó el niño por unos días sin doblegarse, la acometida de aquella dolencia; pero luego se fué extenuando rápidamente. Perdió su rostro los lozanos colores que antes ostentaba, brillaban sus ojos hermosísimos con el delirio de la fiebre, hundiéronsele las antes redondas mejillas, y su boca pequeña tornóse lívida y sedienta, como la de un caminante del Sahara.

Pía no abrigó ni un momento la esperanza de salvar á Julio.

—¡Se muere, se muere!, decía llena de espanto.

Y se arrodillaba y besaba el polvo, pidiendo misericordia. Rogaba por la vida de su hijo; pero al tropezar en sus oraciones con la frase "hágase tu voluntad," trastornábasele la razón, y no acertaba á terminar la plegaria. Incapaz en su aturdimiento, de dar forma á las ideas y á los sentimientos que se agolpaban á su cerebro y á su corazón, acababa por abandonarse en manos de Dios, y repetía con e alma llena de angustia, pero confiada en la bondad infinita: "¡hágase tu voluntad!"

—No sé pedir, decía para sí. Dios sabe lo que hace y lo que conviene. A pesar de mis dolores y de mi martirio, debe prevalecer su voluntad soberana. ¡Que sea lo que El quiera!....

Y al cabo espiró Julio, después de largos días de sufrimiento, con los ojos fijos en el cenit, y murmurando frases misteriosas en que se juntaban la Virgen Santísima, los ángeles y sus padres, como si todos fuesen habitantes del mismo reino.

## VI

¡Al menos quedó Elena, que era tan cariñosa y tan dulce! La pobre niña semejaba comprender las congojas de sus padres, conforme los acariciaba y les sonreía con ahinco redoblado. Por aquellos días parecieron despertar su inteligencia y avivarse sus afectos; discurría cosas admirables, y era más tierna y fina que nunca. A su lado hallaron Alvaro y Pía inmenso consuelo, pensando que aquella criatura reunía el alma de sus dos hijos, y que los quería por sí y á nombre de Julio. Y se consagraron desde entonces á ella con mayor y enardecido cariño, y todos sus proyectos y los latidos todos de su corazón convergieron hacia ella.

—Ahora que hemos perdido á Julio, decía Alvaro con lágrimas en los ojos, es preciso querer á Elena por él y por ella. ¡Es lo único que nos queda! Dios nos la ha conservado para nuestro consuelo.

Más Pía estrechaba á su hija contra el corazón, como si quisiera defenderla de un enemigo invisible.

Pasó algún tiempo, y los esposos comenzaron á entrar en sosiego, no porque se olvidasen un punto de su hijo muerto. sino porque habían reconcentrado sus

afectos en la dulce niña que tenían á su lado. Como el náufrago restituído á la playa, acaba por serenarse y por no pensar en los horrores de la tormenta, así Alvaro y Pía fueron perdiendo de vista poco á poco los rasgos más terribles de la pasada tragedia, para caer en un nuevo éxtasis de amor paternal. Bellos colores mostraba en el rostro la niña; echábase de ver en sus ojos el fuego de una infancia dichosa, y en todo ostentaba la fuerza de una salud floreciente. Las aprensiones que por largo tiempo habían atormentado á los padres, acabaron por disiparse á la vista de tanta robustez y lozanía. Confiaban al fin en que Elena, su encanto y su consuelo, los acompañaría mientras durase su peregrinación por la vida, y cerraría sus ojos con mano piadosa, cuando sonara para ellos la hora del eterno descanso.

Pero, como suele desprenderse el rayo de un cielo sereno, con asombro y terror de cuantos le oyen ó miran, así llegó la catástrofe de improviso al hogar de aquellos confiados esposos. Una mañana, al despertar, vió Pía encendido el rostro de Elena, y al tocar sus mejillas, sintiólas tan ardientes, que le abrasaban la mano. Tosía y respiraba fatigosamente la niña. En vano procuraron darse ánimo los míseros padres, pensando que todos los niños enferman, y que su enérgica vitalidad se sobrepone á uno y á otro con-

tratiempo; en el fondo de su corazón se levantaron dolorosos un espantoso recuerdo y un presentimiento cruel.

Volvió con esto Pía á sus antiguas luchas de lágrimas, temores y ruegos, y no hacía más que velar á la niña, y pasar las horas de rodillas ante la imagen de Jesús. Y otra vez, y otra, revolvió en su pensamiento la frase humilde y abnegada: "¡hágase tu voluntad!," repitiéndola con acento de mártir. No pueden ser pintadas ni comprendidas sus congojas. Quería á Elena con todo el corazón, y no concebía sin ella la existencia. Para salvarla de la muerte, habría permitido que la atormentaran, hubiera dado mil veces la vida. El verla sufrir le despedazaba el corazón. ¿Qué había hecho aquella inocente para merecer tan crueles tormentos? Faltábale la respiración, silbábale la garganta, amoratábasele el rostro: parecía que le oprimía el cuello un dogal que á cada momento se iba apretando más y más. Revolvíase en el lecho, como los defensores de la fe en las parrillas donde los quemaban los gentiles, y agitaba las manos pidiendo socorro contra la asfixia que la sofocaba. Miraba á sus padres con ojos de súplica, esperando de ellos auxilio y salvación. ¡Como que estaba acostumbrada á que la protegieran en todo, y la salvasen de todos los riesgos! Y la hubieran salvado á cualquiera costa, si hubiesen

podido salvarla, porque no anhelaban otra cosa ni le pedían á Dios más que eso. Si les hubiera sido dable libertarla del mal haciéndolo suyo, ahogándose, cortándose el aliento con horribles angustias, ¡con cuánto placer hubieran trocado su salud por aquellos padecimientos y aquella agonía! Hubiéranse acercado á su boquita anhelante, y absorbido las emanaciones deletéreas que exhalaba, hasta caer extenuados y moribundos, para que ella se levantase otra vez sana, otra vez fuerte. Pero nada de eso era posible. A ellos, que tanto la amaban, no les era permitido más que ser mudos espectadores de su inmolación. No podían luchar; no veían al enemigo. No podían ofrecerse en holocausto; no había quien aceptara su sacrificio.

Acercábase Pía á la camita donde se retorcía Elena en las torturas de la sofocación, y la llamaba con tiernas palabras, preguntándole lo que sentía. Pero se espantaba al oirla, porque de aquella garganta infantil, manantial de notas argentinas, desprendíanse acentos roncos y desgarradores, que no parecían pertenecerle.

No hay para qué relatar punto por punto los trágicos sucesos que se desarrollaron en aquel hogar con rapidez vertiginosa, ni para qué decir cómo fué aumentando la angustia de la inocente, cómo se

le fué cerrando la garganta y cómo le fué faltando el aire respirable. ¡Imposible detener la marcha precipitada de aquella dolencia! En vano se apoderaron los doctores de aquel cuerpecito exánime, y le abrieron la tráquea para que respirasen los pulmones; no fué eso más que una tregua, porque el mal había invadido los órganos profundos de la respiración, y no fué posible seguirle á un sitio tan recóndito.

¿Cuál no sería el sufrimiento de aquellos padres infelices, que perdían el único consuelo que les quedaba en la vida, su refugio, su amparo y su esperanza? Agitábanse como enajenados por los aposentos, acudiendo con las medicinas, abriendo puertas y ventanas, interrogando á los médicos con labios lívidos, cayendo de rodillas á cada momento. La servidumbre lloraba consternada. Elena era el encanto de cuantos la conocían; la mimada de todos; la alegría del hogar. Ante cada imagen bendita había quien suplicase; por donde quiera resonaban plegarias.

—¡Madre de los desamparados, sálvala!

—¡Jesús crucificado, ten piedad de nosotros!

—¡Señor, un milagro!

Tales eran las voces y preces que resonaban por la casa, en medio de sollozos y gemidos.

Pero todo fué inútil; estéril la lucha, impotentes las oraciones y las lágrimas. El Omnipotente había decretado el fin de aquella tierna existencia, y no fué posible alcanzar la revocación de su fallo.

Como cordero sacrificado espiró Elena blandamente, presa de letargo profundo, que acabó por convertirse en muerte. No penetró ya á su pecho ni un átomo de aire; una mano de hierro se lo oprimió hasta dejarla exánime.

Los míseros padres quedaron como petrificados ante el cadáver de su hija. Allí estaba la niña encantadora, luz de sus ojos, centro de su dicha, resumen de sus ilusiones; allí estaba, inmóvil y aterida, helada y muda para siempre. Amoratado el rostro, contraída la boca, apagados y entrecerrados los ojos, parecía combatiente vencido en terrible batalla; y más aún lo parecía, por la ancha herida abierta que mostraba en la garganta, y por la sangre que manchaba sus ropas. ¡Vencida! ¿No había de serlo, si era tan pequeña? ¡Vencida! ¿No había de serlo si era tan débil?

No les quedaba nada sobre la tierra.

¿Qué iban á hacer en aquella soledad tan espantosa? ¡Adiós los juegos, las risas, las alegrías de antes, de ayer, de hacía todavía pocas horas! La tristeza y el silencio se habían despeñado de un golpe sobre su hogar, antes tan dichoso; y más que

sobre su hogar, sobre sus corazones mudos de espanto y desfallecidos por la angustia.

## VII

Desde que el sacerdote bendijo la unión de Alvaro y Pía, fué creciendo el amor de éstos, momento por momento. Ni la costumbre de verse, ni la posesión de la dicha, ni los contratiempos de la vida lograron enturbiar sus afectos; antes bien, todo cuanto plugo á Dios mandarles de dicha ó de desdicha, fué robusteciendo poderosa y gradualmente los vínculos de su cariño. Eran tan leales y buenos, comprendíanse de tal modo, sabían á tal punto apreciar su mutua nobleza, que su vida en común agrandólos á uno y á otro á sus propios ojos, elevándolos é idealizándolos á un mismo tiempo. Sus almas eran gemelas: Dios las había criado para que se entendiesen y se amasen. Así se lo decían á cada momento, en medio de los transportes de su amor.

¿Qué habrían hecho en su soledad, si no se hubiesen querido tanto? Causábales espanto pensarlo. Consolábanse con palabras cariñosas, y mostraban tal solicitud por aliviarse sus dolores, como si cada cual no

los sufriese, y tuviese por única misión enjugar las lágrimas del otro. Juntos evocaban los recuerdos de sus hijos, lloraban pensando en ellos, y se pasaban de boca á boca, los mechoncitos de pelo ensortijado que ella había cortado sobre la pálida frente de los niños.

Así descansaban de sus penas, comunicándoselas y confundiendo sus lamentos y sus lágrimas. Para eso se habían elegido por compañeros: para gozar y para sufrir el uno al lado del otro. Juntos para el amor y para el dolor; juntos para reir y para llorar; juntos en la felicidad y en la desventura: ¡juntos, siempre juntos! Hallaban un placer melancólico en ser tan desventurados, y en encontrarse unidos en el mismo duelo; los dos con igual título para llorar, ambos igualmente desgraciados. El infortunio había apretado más y más los lazos que los ligaban; se sentían consagrados por el sufrimiento, llevando en la frente la corona de espinas de una misma pasión.

## VIII

Pero la suerte de Pía fué más infausta que la de Alvaro, porque éste llegó más pronto que ella al cabo de la vida. ¡Qué días tan crueles y qué noches tan angus-

tiosas pasó ella junto al lecho de su esposo moribundo! Largo fué el combate, porque la juventud de Alvaro luchó heróicamente con la muerte, y porque Pía le escudaba con su amor y con sus tiernos cuidados; pero venció al cabo la inexorable, porque todo lo vence en este mundo. Y al fin la joven quedó sola, como golondrina rezagada, que no párte con sus compañeras en seguimiento del sol, y se pára temblando en rama de árbol sin hojas, mientras sopla el cierzo iracundo y cubre los campos el sudario del invierno.

Cerró los ojos de su amado con mano conmovida; besóle la noble frente, y allí mismo, al pie del lecho mortuorio, murmuró con la vista puesta en la altura, la eterna frase de su heroísmo:

—"¡Señor, hágase tu voluntad!"

## IX

Todo tiene fin en este mundo perecedero, las risas como los sollozos, la felicidad como la desgracia. La soledad, el abandono, el inmenso infortunio de Pía, fueron minando su salud lentamente, hasta que al fin llegó para ella el día del eterno descanso.

Pasó la viudez pensando en los que tan-

to había querido y que ya no eran; y no volvió á sonreir, ni buscó medio de aliviar su pesadumbre. Entregóse á ella sin reserva, porque, como Raquel, no quería ser consolada. Su ilusión única fué desde entonces salir de este mundo de llanto y de tristeza. Vivió contemplando, acariciando y besando las dulces prendas que pertenecieron á aquellos seres inolvidables, y en constante coloquio con sus espíritus. No le separaba de ellos más que la gastada envoltura que la envolvía; pero con placer la vió irse debilitando diariamente, hasta que su alma inmortal pudo sacudirla y tender las alas por el espacio.

Murió Pía abrazada á un Crucifijo, con los labios pegados á sus pies benditos y taladrados por crueles clavos. Aun no se desprendía de la tierra su espíritu, cuando una gran explosión de luz brilló ante sus ojos. Suaves fragancias llegaron hasta ella, y el aire resonó con acentos de inefable música. Y sonrió tendiendo las manos hacia arriba, y murmuró con inmenso júbilo:

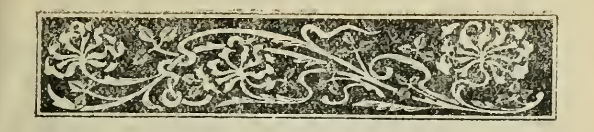
—¡Alvaro, Julio, Elena!

Y cerró los ojos para siempre.

---

# LUZ DE RAYO.

A Salvador Diaz Miron.



# I

Vió con claridad de repente, y tuvo conciencia de sí mismo: le pareció que se había roto un velo que le nublaba los objetos, y se dió cuenta de cuanto le rodeaba.

Se hallaba en un patio cuadrilongo, angosto y de elevados muros. En la línea central que formaba el eje del rectángulo, había cuatro árboles, y un farol sobre sostén de hierro, que marcaba el punto céntrico de aquella extensión. El pavimento estaba formado por tierra pisoneada, suelta á trechos, y las paredes, en parte de piedra y en parte de adobe, carecían de jaharro. Varias puertas sin batientes de madera, perforaban la parte baja de los muros, dándoles un aspecto ruinoso; y en lo alto se abrían algunas ventanillas de di-

versas dimensiones, distribuídas sin plan fijo, y como al acaso, en chocante desorden.

La luz vacilante del crepúsculo vespertino descendía melancólica y fúnebre en aquella hondura, tiñendo los objetos de matices mortecinos y lánguidos. Ráfagas arremolinadas subían al espacio arrastrando en sus espirales espesas capas de polvo, hojas secas y basura. Los árboles sacudían su ramaje polvoriento, haciendo un ruido sordo y plañidero.

El cuadro no podía ser más triste.

Había otros desgraciados, que, como él, se encontraban en aquel mismo sitio; al examinarlos con mirada curiosa, vió un singular espectáculo. Uno de los circunstantes, enteramente encorvado, hasta formar ángulo agudo con la citura, se ocupaba en levantar y poner en el hueco de la mano las basurillas que miraba en torno, y soplaba el suelo con toda la fuerza de sus pulmones para dejarle bien limpio, Otro daba vueltas en derredor del árbol más corpulento, sin interrumpir un punto la rotación; y se colegía que lo hacía así desde largo tiempo atrás, porque había trazado con sus pasos un surco en aquella dirección circular. Otro, de espaldas contra el muro, tenía los brazos caídos, inclinada la cabeza sobre el pecho y colgante la enmarañada y sucia melena; y parecía sumido en prolongada y dolorosa absor-

ción. Otro, trepado en lo alto de una gran piedra, gesticulaba y gritaba pronunciando discursos incoherentes. Y por todas partes bullían extrañas criaturas lívidas, aulladoras, cubiertas de andrajos, extraviada la mirada, crecidas las uñas de pies y manos, horriblemente regocijadas ó desgarradoramente tristes; estrepitosas como una catarata, ó silenciosas como la muerte. Quién llevaba en la cabellera sucios pingajos y plumas de pavo prendidas en las enmarañadas guedejas; quién, simulando manto ostentoso, mostraba sobre los hombros una colcha vieja, de colores marchitos; quién, remangado el pantalón para mostrar los míseros zancajos y blandiendo en la débil mano un mango de escoba, procuraba tomar fieras y heroicas actitudes.

Y todo en torno era un guirigay espantoso, una Babel de gritos, cantos, interjecciones, carcajadas, maldiciones, llantos y gruñidos.

Nuestro hombre se asombró de hallarse en medio de aquel escenario, y trató de explicarse á sí mismo tan extraordinario suceso. Días hacía que le había parecido notar todo aquello de una manera indecisa y como á través de una espesa niebla; poco á poco habían ido delineándose con mayor precisión los objetos; y aquella tarde, de súbito, había sentido como si le hubiesen quitado una venda de los ojos.

¿Quién era él?... Lo recordaba: era Benito Figueroa, dependiente de una tienda de ultramarinos. Joven, honrado, trabajador y lleno de fe, tenía idea de haber confiado en el triunfo, y de haber esperado hacer una fortuna....

De pronto sintió una grande emoción y le vino á los labios un nombre.... ¡El de Aurelia! ¡Qué hermosa era y cuánto la amaba! ¡Y ella también le quería, vaya que sí! Pruebas le había dado; todas las que él le había pedido. Pero.... ¿no se había casado con ella?.... Sí, no cabía duda.... ¿Cuándo?.... El 4 de febrero de 1896, ¡fecha inolvidable! Por cierto que estaba hermosísima aquel día, ciñendo el blanco traje de boda, coronada de azahares, y envuelta en aquel velo enorme, que parecía una nube casta y tenue en la que casi se perdía. ¡Cómo se había extasiado contemplando sus ojos negros de rizadas pestañas, á través de la malla fina y vaporosa; sus mejillas redondas y sonrosadas, como de niño sano y robusto; sus labios carmesíes, y los deliciosos hoyuelos que se dibujaban á uno y otro lado de su boca! Al verla de aquel modo ataviada, esbelta, majestuosa, revelando las artísticas líneas de su talle á través del corpiño, habíase sentido tan trastornado por la emoción, que había tenido miedo de perder el juicio, porque la dicha es tan terrible como la desgracia.

Miraba con extraordinaria precisión de detalles el altar, el sacerdote, los elegantes cojines en que se habían arrodillado, y hasta el monaguillo pizpireta que había sonado la campana á la hora del "Sanctus," y no los había perdido de vista ni á él ni á Aurelia durante toda la misa.

Pero, ¿después?.... ¿Qué había pasado después?.... No lo recordaba. Por más que buscaba en los rincones de la memoria, no hallaba las imágenes subsecuentes, ni podía reconstituir el cuadro que había seguido á aquellas escenas. Todo se volvía confusiones..... Era evidente que, al terminar la ceremonia, se había despeñado en un abismo obscuro y silenciosa..... ¡Oh Dios!..... Al hacerse esta confesión, volvió instintivamente los ojos sobre su persona, y se halló vestido con blusa y pantalón raídos, de dril burdo y azul, y punto menos que descalzo; palpóse la cabeza y se tocó una cabellera enorme, terrosa y endurecida por el desaseo; miróse las manos y las vió sucias, con uñas crecidas y negras.

Tuvo una idea horrible. ¿Estaría loco?... Angustiosamente analizó su estado, pasando en febril revista cosas y objetos, y haciéndose á sí mismo intrincadas y sutiles interrogaciones; y acabó por convencerse de que no lo estaba ahora... Pero, ¿lo habría estado antes?... Frío sudor le brotó de la frente al vislum-

brar que tal vez sí; y sintió que el corazón se le oprimía, y que le daban ganas de llorar.... Sí, aquella obscuridad, aquella inconsciencia, aquella falta de recuerdos, aquel traje, aquel abandono, aquel horrible mundo que le rodeaba, todo eso clamaba su reciente locura.

¿Cuánto tiempo había estado demente?... ¿Habría sido por espacio de días, de meses ó de años?... Aquella incertidumbre le sumió en una meditación dolorosa... ¿Qué habría sido de Aurelia?.... ¿Viviría?.... ¿Moriría?... ¿Cómo habria pasado tan horrible período de abandono y de soledad?.... ¿Qué sombra la habría cobijado?... Sentía honda amargura al pensar en sus lágrimas, en su desolación, en su infortunio, y se echaba en cara sus penas, como si voluntariamente se las hubiera causado... Enternecido con tales pensamientos, dejó caer la cabeza entre las manos, y se echó á llorar á lágrima viva.

## II

En aquellos momentos penetró en el patio el médico del hospital acompañado de varios practicantes.

Era el doctor un hombre de mediana edad; llevaba espejuclos y tenía fisono-

mía inteligente y sonrisa benévola. Al columbrar al joven, se dirigió á él en derechura y le dijo:

—¡Hola!, Maximiliano, ¿por qué estás triste?

—¿Me hablaba usted, señor?, repuso el asilado con gravedad.

—Sí.... ¿No eres el emperador Maximiliano de Austria?

—No, señor, contestó levantando el rostro inundado de lágrimas.

Su mirada era inteligente, suave y llena de congoja. El llanto que humedecía sus mejillas, resbalaba por su barba revuelta y castaña, brillando vivamente con los reflejos pálidos de la tarde.

El doctor le examinó con vivo interés, y siguió interrogándole:

—¿Pues qué, no estás encerrado en Querétaro?

—No, señor.

—¿No es éste el ejército que sostiene la plaza?; y señaló con la mirada y con la mano á los enajenados.

—No,señor. Yo soy Benito Figueroa, he estado loco, y los desgraciados que me rodean son locos también.

El doctor, sin asombro, le hizo todavía otras preguntas, y volviéndose á los practicantes, les dijo:

—Ha sucedido lo que esperábamos. Hace varios días que se venía acentuando la crisis.

Y luego, volviéndose al convaleciente:

—Perfectamente, continuó; felicito á usted, don Benito, y espero en Dios que su salud seguirá progresando.

—Por todos los santos del cielo, señor, exclamó Benito; hágame usted salir de aquí, porque no puedo soportar el cuadro que me rodea, y si continúo en medio de esta pobre gente, perderé de nuevo la razón.

—Verémos, articuló gravemente el doctor; prometo á usted que se hará lo que mejor le convenga.

—¿Cuándo podré volver á mi casa?, interrogó el ex-loco.

—Dentro de algunos días; no muy tarde.

Y se alejó el doctor, seguido por los practicantes.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquella misma noche salió Benito del departamento de enajenados, y quedó instalado en el de los empleados del hospital.

Fué su primer cuidado al siguiente día, bañarse, afeitarse y vestirse decentemente. Cuantos le vieron después, quedaron admirados. El equilibrio de la razón y la conciencia de sí mismo que brillaban en su mirada; la tranquilidad y armonía de sus facciones, y la finura y la moderación de su lenguaje y maneras, habíanle transformado á tal punto, que parecía otro hombre; y hasta los habituados á tratarle hallábanle inconocible.

Preguntaba Benito diariamente á cuantos se le acercaban lo que más le importaba saber, y así fué conociendo poco á poco la triste historia de su desdicha. Eran los últimos días de enero de 1899; por consiguiente, había estado loco tres años. A la salida del templo, después de su enlace con Aurelia, habían aparecido los primeros síntomas de la enfermedad: se tituló Maximiliano de Austria, y ordenó al cochero á voz en cuello, que le condujese al Palacio Nacional. Rápidamente llegó su extravío á una exaltación aguda. El médico, urgentemente consultado, ordenó que se le aislase, pronosticando un acceso furioso. Y vino éste en efecto, sostenido y terrible, hasta el punto de ser preciso ponerle la camisa de fuerza y pensar en el manicomio, porque la vista de la esposa y de los amigos daba extraño y espantoso pábulo á sus arranques frenéticos.

Guardáronse bien los informantes de decirle que el dolor de Aurelia, grande y sincero los primeros días, fué atenuándose paulatinamente; que sus visitas al hospital fueron asiduas únicamente medio año; y que, una vez diagnosticada una locura incurable, cesó de ocuparse de él en lo absoluto. No le dijeron tampoco que los recursos venidos de su casa para que se le diese un tratamiento especial, habían ido menguando poco á poco, y que al fin

habían faltado del todo; por lo que él, Figueroa, en tal desamparo, había caído en la sima común de los insolventes, como una gota de agua en el océano.

—¿Y Aurelia?, preguntaba ansioso á sus interlocutores. ¿Qué noticias hay de mi esposa?.... ¿Vive?... ¿Muere?.... ¿Por qué no viene á verme?

Los interpelados mirábanle con compasivos ojos y contestaban de un modo evasivo. Aurelia vivía, gozaba de salud, y debía tener causa justa para no haberle visitado; pero ellos no estaban bien informados del caso.

Entretanto, ardía el esposo en deseos de volar á su hogar, de ver á su mujer, de estrecharla en sus brazos, de darle la feliz nueva de su restablecimiento, y de hacerla dichosa, muy dichosa. Le debía una indemnización muy larga por las penas que la había hecho sufrir. ¡Pobrecilla! Pero, Dios mediante, había de hacerla olvidar tantas congojas, á fuerza de rendimiento y de finezas.

Mas siempre que suplicaba al doctor le diese su alta para salir del establecimiento, recibía la misma respuesta:

—¿Qué prisa le corre á usted, don Benito? En ninguna parte estará usted mejor que aquí.

—¡Cómo, señor!, respondía él; ¿y mi mujer?

—No piense usted en eso; tiempo sobrará para ello.

Y al pronunciar esas palabras, mirábale el doctor con ojos que le parecían de piedad, y él se quedaba conjeturando lo que podía significar todo aquello.

Sin embargo, poco á poco había ido ganando la confianza y la estimación de los habitantes del hospital, y así lograba ir y venir por todas partes sin que nadie se lo estorbase.

Valido de esta franquicia, y después de varios días de espera impaciente, una mañana, á la hora en que los doctores hacían la visita habitual á los salones, fuése deslizando de patio en patio con el mayor sigilo. Al llegar al portal, temió ser detenido por la guardia; pero los soldados no le conocían, y el portero estaba ocupado dentro de su cuarto. Aprovechó la coyuntura, cogió el primer sombrero que halló en el perchero de entrada, y salió á la calle paso á paso. Nadie lo echó de ver, y se fué alejando sin prisa hasta la esquina para no despertar sospechas; pero tan luego como la dobló, echó á andar con paso precipitado.

## III

Cuando llegó á la puerta de su antigua casa, creyó que iba á salírsele el corazón por la boca: tan ansioso así estaba. Sentía un nudo en la garganta y le cegaban las lágrimas. Por fin, iba á ver á Aurelia. ¡Qué

dicha, oh Dios! La hallaría más hermosa que nunca, como que, á la cuenta, debía tener ahora veintiún años, edad en que alcanzan las mujeres la plenitud de su belleza. Se asombraría al verle, porque ignoraba su restablecimiento; pero pronto le pasaría el susto. Y lloraría de placer al convencerse de que estaba sano, enteramente sano, debido á la misericordia de Dios; y le recibiría con regocijo delirante, y le colmaría de caricias—de aquellas caricias de que se sentía ávido, y que no había gozado todavía.

Empujó la puerta suavemente: estaba abierta. Hubiera debido sonar el aldabón para anunciarse; pero ni aun siquiera lo pensó, ni se le pasó por las mientes que Aurelia pudiese estar enferma, y que la emoción pudiese hacerle daño. No se hallaba en estado de raciocinar ni de obrar con prudencia.

Entró andando de puntillas y sin hacer ruido, y se halló en el patio lleno de macetas y de pájaros, que tres años antes había preparado para ella con tanto esmero y cariño.

Y quiso la fatalidad que no hubiese ningún criado por aquellos sitios; así es que pudo continuar hasta la alcoba de Aurelia sin ser sentido....

Al pisar el umbral, oyó la voz de su esposa... Cantaba bajito... como si arrullase el sueño de un niño.... Algo descon-

certado, vaciló un poco; pero pronto tomó su partido, y penetró rápidamente en la habitación.

¡Y vió con ojos de idiota.... á Aurelia con un niño en los brazos, amamantándole tiernamente, arrullándole y cantándole para que se durmiese!

Al ruido que hizo, levantó Aurelia los ojos y le vió con espanto. Un espectro no le hubiese causado terror más grande; huyó la sangre de su rostro, y pareció que los ojos iban á salírsele de las órbitas.

Pero mayor que su trastorno fué el del esposo: tomó el aspecto de un agonizante, púsose color de cera, afiláronsele instantáneamente las facciones, y sombras terrosas dieron á su fisonomía un aspecto siniestro.

Vió en un punto con los ojos de la imaginación todo cuanto había pasado: la soledad de Aurelia, su juventud y su belleza; las asechanzas del mundo, la seducción y la caída; el menosprecio al pobre demente; la confianza que engendraba una enfermedad juzgada incurable; la traición horrible; la cobardía de la agresión; la fantaseada impunidad del atentado; el idilio criminal de los culpables; la dicha infame que se había elevado sobre su bartolina y se había mofado de su locura. Y cuadros espantosos de infidelidad, placeres, carcajadas y vil escarnio, surcaron por su cerebro en sucesión febril é

instantánea, como eléctricas fulguraciones de tinte fatídico. Y aquel desengaño súbito, mezclado de dolor, rabia, celos, llanto, sorpresa y desesperación, semejante á un mar tempestuoso de encrespadas olas que batiese sus orillas, rugió en su débil cerebro apenas convaleciente, como el fuego de cien ametralladoras sobre un delgado muro acabado de construir.

Entretanto, trataba la madre de ocultar al niño echando mano de la falda; y con voz espantada:

—¡Benito!, gemía.

El mísero Figueroa intentó hablar, pero no pudo; en vez de voz, salióle un gemido por la garganta. Extendió las manos y las adelantó hacia su mujer, apuntó al niño con ellas, y luego las juntó con estrépito, en mímica dolorosa y patética.

—¿Ese niño?, articuló sin saber lo que decía.

—De una amiga, murmuró Aurelia.

—¿Y le amamantas?

—¡Tuyo!, replicó la infeliz fuera de sí.

Al oir aquellas palabras, un resplandor tremendo brilló en los ojos de Figueroa; y Aurelia, aterrada, se retiró al fondo de la alcoba gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Benito se pasó la mano por la frente cubierta de sudor, y recobró la fisonomía del antiguo asilado del hospital. Alargáronse y se dibujaron hacia abajo las comi-

suras de su boca, y en sus labios lívidos apareció espuma sangrienta.

—¡Silencio, emperatriz!, clamó. ¡No me delates! ¡Estoy rodeado de enemigos! Me buscan para matarme. Si gritas, me arrastrarán al patíbulo.

Más y más sobresaltada la joven al ver la mutación de su rostro, gritaba con mayor fuerza.

—¡Calla, te digo!, repetía Benito.

—¡Socorro! ¡Socorro!, suplicaba ella.

—¡Calla! ¡Calla!, seguía rugiendo él.

Y trémulo, y con los ojos inyectados, avanzó hacia el rincón donde se refugiaba su esposa. En vano quiso ésta huir y escapar de sus manos: fué una caza horrible. Giraba Aurelia en torno de las mesas, derribaba las sillas y se agitaba por la estancia como ave espantada dentro de la jaula; y por todas parte le salía al paso Figueroa, arrancándole los cabellos y haciéndole girones el traje. Acabó por no gritar la atribulada mujer; no tenía fuerzas ni para eso, y las piernas, paralizadas por el terror, se negaban á obedecerla.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No fué largo el torneo; al fin pudo asirla Figueroa, y la sujetó con garra de hierro.

Y la derribó en tierra, y poniéndole la rodilla sobre el pecho, cogióle la garganta con entrambas manos, y se la oprimió con violencia furiosa, semejante á un león devorando á un cordero.

Aún quiso gritar la infeliz; pero sólo arrojó gemidos sofocados, y éstos mismos fuéronse debilitando instante por instante. A poco se convirtieron en soplo estertoroso, y acabó por cesar todo ruido.

Quedó inmóvil la joven, asida de los puños de su esposo, abierta la boca, con los ojos despavoridos, amoratado el semblante, y agrandadas en círculo las ventanillas de la nariz.



# SOR MARIA MARGARITA.

[AL SR. LIC. DON VICTORIANO AGÜEROS.



# I

Mateo Bandello tuvo la chocante costumbre de dar títulos desmesurados á sus novelas. Buen ejemplo de ello nos presenta el que puso al relato admirable de donde sacó Shakespeare el argumento de "Julieta y Romeo;" el cual título fué como sigue: "Desventurada muerte de dos infelicísimos amantes, el uno de veneno, el otro de dolor, con otros varios accidentes"

Por no imitar en esto al peregrino Obispo de Agen—ya que en otras muchas cosas bien quisiera seguir sus pasos, mutilo el nombre de la protagonista del suceso que voy á narrar, pues el de la monja ciega á quien aludo, escribiéndose por entero, sería sor María Margarita de Jesús Crucificado.

Era mi tía esta religiosa. En la época á que aludo, aun se conservaban en mi casa vivísimos recuerdos de su vida y sus obras, aunque años hacía faltaba de mi ciudad natal, de donde la obligaron á salir los acontecimientos que conocerá quien estas líneas leyere; los cuales le dieron fama de santa, y la obligaron á florecer, expatriada, en el centro de la República.

Hallándome cierta ocasión en la capital de México, recibí noticia de que sor Margarita se encontraba en grave trance de muerte en ciudad próxima, donde regía y edificaba á una comunidad de religiosas de que era fundadora. Tan pronto como lo supe, púseme en camino hacia la residencia de la monja, pues quería á mi parienta sin conocerla, y me inspiraba sumo interés su persona.

Fría era la mañana del mes de enero en que salí de la metrópoli.

Sentado en el carro de primera clase donde tomé pasaje, solo, sin libros, y viendo por la ventanilla, á través de los cristales, pasar en ronda fantástica los árboles que parecían girar en torno del tren que me conducía, caí bien pronto en profunda abstracción. Y fuí inconscientemente repasando en la memoria la singular historia de la infancia, la adolescencia y la madurez de la monja.

Inclinaciones prematuras á la piedad, gravedad precoz, pureza inmaculada y

temprana decisión por la carrera monástica, formaron la biografía inicial de sor María Margarita. A los catorce años de su edad entró en el convento de las Teresianas, y no tardó para hacer sus votos, sino el tiempo que la regla prescribe al noviciado. Antes de salir del siglo, ni jugó cuando niña, ni concurrió á fiestas. teatros y saraos cuando joven, ni manifestó en caso alguno los gustos y aficiones de los demás; tendió siempre al silencio. á la modestia y á la sumisión, y se permitió por todo regalo frecuentar los sacramentos y asistir asiduamente á los templos en busca de sus místicos ritos y solemnidades. Jamás se le echó de ver afición á galas profanas, ni se supo que alguna vez hubiese fijado los ojos en rostro masculino ó tolerado ser requerida de amores.

Andaba por los rincones de su casa sin hacer ruido y leyendo libros devotos; hablaba poco y reía menos; vestía con suma humildad y daba á los pobres las mejores prendas de su guardarropa. No dejaba de la mano los rosarios, las coronas y las camándulas, cuyas cuentas sonaban en su bolsillo cuando marchaba ó se movía; ni se olvidaba de encender cotidianamente en el altarcito de su alcoba la lámpara consagrada á la Virgen; ni pasaba una semana sin confesar y comulgar; ni dejaba un solo día de asistir á la misa,

ni de leer la vida de algún santo, ni de meditar á solas y con los ojos entrecerrados, quién sabe qué cosas humildes, suaves y etéreas.

Y cuenta que no era ni con mucho una mujer fea aquella tierna asceta; sino antes por el contrario, una belleza peregrina, de esas que por raro caso suelen verse en este mundo pecador. Tal cual mi madre me la ha descrito, era por la época en que entró en el convento, del modo y forma que voy á decirlo. Blanca de color, con la blancura mate del alabastro, sin leve rosicler siquera en las mejillas de curva graciosa; negro más que el ébano el pelo abundoso, suave y ensortijado; obscurisimos los ojos enormes, rasgados y tristes; largas las pestañas sedosas y rizadas; tersa, pura y ovalada la frente; recta y finísima la nariz; pequeña y expresiva la risueña boca; apretada y menuda la dentadura blanca; esbelto y gallardo el talle juvenil; blando y regalado el acento.

Dotada de tales prendas y rodeada de cuantas comodidades pueden disfrutarse en los mejores círculos sociales, bien se comprende que sólo una vocación irresistible haya podido apartarla de aquel mundo elegante, donde hubiera podido lucir como estrella de primera magnitud.

La vida de mi tía, para decirlo de una

vez, hubiera merecido ser escrita por el P. Croiset, y epilogada con el evangelio del día.

Absorto en aquellas reminiscencias, vi desfilar con indiferencia ante mis ojos, campos, arboledas y aldeas, y dibujarse á lo lejos la cumbre cubierta de perpetuos hielos del gigantesco Xinantécatl. Pronto apareció á distancia, entre abundantes juncales, la fuente poderosa donde toma origen el caudaloso Lerma; y pensé que ese gran río, que desde lo más alto de la Mesa Central (después de larga, turbulenta y pintoresca marcha á través de campos, abismos, bosques y florestas), corre á precipitarse en el Pacífico, retrata la vida de los grandes hombres, que tienen cuna humilde, carrera agitada y muerte estruendosa en los abismos del eterno océano.

Muy á poco dejé de contemplar el paisaje y reanudé el hilo interrumpido de mis recuerdos.

## II

Sor María Margarita tomó el hábito en Guadalajara, y vivió dichosa en el claustro varios años, hasta que á ella y á sus místicas compañeras, fué á sacarlas de su retiro la revolución de la Reforma.

Llorando dejaron las monjas su cárcel buscaron refugio en las casas de deudos y amigos, como espantadas palomas que al estallar la tormenta, van á guarecerse bajo el alero de los tejados.

Sor María Margarita lloró como ninguna, y no hallaba qué hacer de su libertad ni para dónde marcharse. Asustábanle las calles y el gentío; no sabía andar con soltura, y se ruborizaba de pensar que los transeuntes pudiesen mirarle el rostro.

Como las aves de cortadas alas que al salir de la jaula no pueden alzar el vuelo y no hacen más que saltar por tierra y rondar en torno de su prisión; así aquella religiosa, que no conocía el mundo ni tenía ánimos para nada, siempre que salía á la vía pública, pasaba frente á la puerta del convento, y se arrodillaba en la iglesia de su orden, regando el suelo con sus lágrimas.

Fuéronle ofrecidas honradísimas casas para que las habitase, pues era tal la fama de sus virtudes, que á honra hubieran tenido las familias más encumbradas el obtener su compañía, no pesada y fastidiosa, sino protectora y risueña. Pero ella prefirió á todas, la modesta casita de su madrina doña Clara, quien le brindó hospitalidad con fineza tan humilde, que le tocó el corazón.

Todo caminó viento en popa durante algunos meses. Se instaló la religiosa en un pobre cuartito limpio y aislado, semejante á una celda, donde cupieron á maravilla dos sillas de paja, la cama de tarimas, una mesita de madera blanca y el nicho de hoja de lata que guardaba la imagen del Niño Dios. Allí pudo continuar el mismo método de vida que había llevado en el convento: se levantaba á media noche, á la hora de maitines, oía misa de madrugada, comía frugalmente (en cuanto mantenía las fuerzas y la vida), frecuentaba los sacramentos y pasaba los días y las noches arrodillada y rezando con extraordinario fervor. Así fué pasando el tiempo, casi sin sentirlo, y aunque lloraba siempre por el amado claustro, como los desterrados por su patria, logró tranquilizar el espíritu y resignarse con la nueva situación, teniéndola por prueba á que Dios la sujetaba, y que era necesario sufrir con paciente humildad.

Por desgracia doña Clara tenía un hijo de vida alegre, llamado don Francisco Ordaz, que se había lanzado á la revolución y hecho carrera en el ejército. Pasada la lucha y llegado el triunfo de su partido, hubo un momento en que los jefes militares pudieron volver al seno de sus familias á descansar de sus trabajos y á recibir en el hogar el premio de sus victorias. Así fué

como don Francisco, ya coronel, tornó á la casa materna, poco tiempo después de ganada la última batalla en que quedó roto y deshecho el ejército reaccionario.

Era el coronel rudo y soberbio, y había traído de la campaña exaltadísimas pasiones é ideas contra todas las cosas, creencias y costumbres del bando adverso.

Fácilmente se comprende que persona de tales convicciones no se dejase imponer por los exteriores místicos ni por los estados religiosos; y claro también que hombre de tantas aventuras como el coronel Ordaz, debiera tener muy desarrollada la vena amatoria: que no en vano la fábula desposó á Venus con Marte, ó sea á las armas con la belleza.

El caso fué que tan pronto como don Francisco se encontró en presencia de sor María Margarita, se le alegraron los ojos, se le iluminó el semblante y tomó todas las actitudes de quien corteja á una dama. A la pobre doña Clara, que hacía tiempo no sabía lo que eran requiebros amorosos, no le pasó por las mientes que su hijo fuese capaz de tan enorme atrevimiento. Ella miraba á la monja como cosa santa, casi impalpable; como formada de luz ó envuelta en un periespíritu luminoso. Para ella la monja era un ser de otro mundo, incapaz de inspirar otros sentimientos que no fuesen asombro y veneración. Pero don

Francisco no opinaba de la misma manera; él analizaba á la religiosa al estilo mundano, y le hallaba desde este punto de vista, un gran mérito positivo. Todos los días la elogiaba con frases atrevidas por sus bellezas corpóreas: ora por el pie, ora por la mano, ora por la garganta, ora por la boca, ora por los ojos. Estos, sobre todo, eran el tema principal de sus alabanzas. Para él, según decía, nada valía cosa alguna comparada con ellos, pues hasta las mismas estrellas salían perdiendo en la comparación. Y la veía y volvía á verla, frente á frente, en el centro de las pupilas; y le decía que sus miradas le penetraban hasta el fondo del corazón, le volvían loco y le obligarían á hacer mil tonterías.

—Margarita, murmuraba á su oído suprimiéndole el sor, si cometo un desacato, no seré yo el culpable, sino los ojos de usted; porque son los más hermosos, tiernos y expresivos que he visto en mi vida.

La religiosa, que no entendía pizca en achaques de galanterías, comenzó por no darse cuenta de lo que le pasaba, y, aunque tímida y sonrojada, soportaba con resignación las impertinencias del oficial; pero las naturalezas virginales tienen misteriosas adivinaciones, y no tardó en comprender que la cosa iba de veras, y que Ordaz había emprendido en toda regla la conquista de su corazón. Alarmada y llena

de congoja, pensó marcharse de aquella casa y refugiarse en alguna otra donde pudiese vivir sin sobresalto. Para ello hubo menester hablar con franqueza á su bienhechora. Desgraciadamente la anciana, incrédula y optimista, se negó á consentir en aquella separación; y la exhortó á que abandonase tal idea, asegurándole que los requiebros de su hijo no pasaban de bromas soldadunas y de mal gusto. Y tanto rogó y suplicó, y tomó tanto empeño en retener á la monja, que ésta, al fin, por gratitud, timidez y repugnancia al escándalo, convino en continuar viviendo en aquella casa; pero bajo ciertas reservas indispensables, como la de no hablar con el coronel, no sentarse á la mesa á la hora que él comía, y mantenerse encerrada en su habitación.

## III

Mas las cosas fueron tomando día á día un carácter más serio. D. Francisco, irritado por el retraimiento de la religiosa, procuraba encontrarse con ella siempre que podía; y tan luego como la miraba, le repetía las frases atrevidas y galantes de costumbre. Y sea porque realmente se

hubiese prendado de sor Margarita desde el principio, ó porque el retraimiento y la moderación de la religiosa hubiesen servido de pábulo á sus deseos, el caso es que fué pasando gradualmente del humor festivo al serio, y del serio al dramático. Quejábase amargamente de los desvíos de sor Margarita, cambiaba de color cuando la miraba y juraba entre sus camaradas que vencería tanta soberbia, ó prendería fuego á la iglesia de Santa Teresa y colgaría á las monjas dispersas de la orden. Y siempre que no le miraba doña Clara, acercábase á la puerta de la alcoba de la monja, y pegando la boca á la cerradura, gritaba:

—Margarita, la amo á usted. Quiero ser visto con amor por esos ojos; me hacen falta para vivir, no puedo vivir sin ellos.

Pero la monja horrorizada y con el rostro descompuesto, caía de rodillas ante la imagen del Niño Dios, y le pedía que no la dejase de la mano, y la libertase de aquella agresión diabólica y de aquel peligro tan grande como corría.

Para poner punto al conflicto, decidió al fin salir de la casa á toda costa, y aun á excusas de doña Clara; pero habiéndose enterado el coronel de su propósito, le estorbó su realización brutalmente, apostando á sus asistentes frente á la cel-

da de la monja para impedir la fuga, y poniendo en conocimiento de la religiosa, que tan luego com pusiese los pies en la calle, sería secuestrada por sus esbirros.

Atemorizada sor Margarita y teniendo por cierto que el oficial haría cuanto decía, no pensó ya en marcharse y se condenó al cautiverio dentro de su propia alcoba.

Doña Clara, por su parte, acabó por convencerse de las perversas intenciones de su hijo; pero tarde en demasía. En vano le reprendió con dureza y le ordenó que dejase en paz á la monja y desistiese de su propósito; Ordaz se encerró en porfiado silencio y continuó en sus trece. Doña Clara apeló entonces al general para que le reprimiese; pero aquel jefe se rió del chascarrillo, y repuso:

—Déjele usted, señora, no se aflija por ello. Si la sor es guapa, se comprende que haya trastornado el juicio á don Francisco; y como él también es buen mozo, puede usted creer que acabará por gustar á la monjita. Todas las mujeres son iguales y agradecen que se les quiera. Ellos se entenderán al fin; los casarémos y todo quedará arreglado.

—Pero ¿cómo casarlos?, exclamó escandalizada la pobre señora. ¿No ve usted que sor María Margarita es religiosa?

—Ese no es inconveniente, contestó el general. La ley no reconoce los votos, y

el matrimonio civil puede unir á todos los frailes con todas las monjas.

El general, que era leído, soñaba tal vez con ver reproducida la hazaña ruidosa de Lutero y Catarina de Bora. Desgraciadamente don Francisco no era fraile como el reformador de Eisleben. Por otra parte, sor María Margarita distaba mucho de parecerse á la monja de Nimptschen, aunque el general quiso hacer el papel de Koppe, dieron en roca viva todos sus esfuerzos.

Espantada por el giro que habían tomado los sucesos, llegó á convenir doña Clara no sólo en que la religiosa se fugase sino aun en proteger su huída en caso necesario; y hasta tramó un plan con este designio. Pero don Francisco, que había sido guerrillero, no se dormía sobre las pajas, y, habiendo echado de ver el complot, redobló su vigilancia y las guardias. A mayor abundamiento, y para reducir á la inacción á la monja, le gritó por la cerradura, que estaba advertido de todo, y le repitió que tan pronto como pusiese un pie fuera de la celda, sería presa de sus esbirros. Sitiada sor Margarita en toda regla, no pudo excusarse de oir requiebros, declaraciones amorosas y propuestas de matrimonio. El tema principal de aquel clamoreo, era éste:

—Los ojos de usted tienen la culpa de todo; era prudente y me han convertido en loco.

La monja callaba obstinadamente, y no hacía más que llorar; pero con esto nada remediaba.

Don Francisco no era hombre que se dejase vencer por el silencio; antes bien, más y más exaltado al ver que eran vanos sus esfuerzos, acabó por clamar:

—Usted no me conoce, si cree que puede dejarme burlado. Juro por mi nombre que ha de ser mía, suceda lo que suceda.

Y debe presumirse que el coronel Ordaz hubiese perdido el seso de veras, pues no se comprendería de otro modo, que se hubiese conducido con la brutalidad de que, en efecto, dió muestras.

Una noche en que subió la marea de su pasión, encerró á su madre en la alcoba, y cuando todos dormían en la casa, asaltó la celda de la monja, como un bandido. Armado de una barra de hierro, emprendió echar abajo la puerta tarea no difícil, dadas la vetustez de la madera y la herrumbre de los goznes.

Sor María Margarita que estaba en vela, al darse cuenta del asalto, rompió despavorida el silencio, suplicando á don Francisco con suaves palabras y acento gemebundo que la dejase en paz, que no ofen-

diese á Dios, que respetase su estado, y que no la martirizase de aquella manera: pero todo fué en vano.

La monja, al fin, sacó fuerzas de flaqueza, y para defenderse de algún modo, procuró reforzar la puerta amontonando tras ella los muebles de su habitación: las sillas, la mesa, la cama y hasta el nicho del Niño Dios. Entretanto, crujían las tablas, rechinaba el herraje, y se torcían y doblaban los pasadores de fierro.

A poco cedió la puerta hecha añicos, saltaron los clavos de la cerradura, y la robusta mano del coronel pudo entreabrir las hojas de madera. La débil barricada formada por los muebles, era un obstáculo irrisorio para el empuje de don Francisco; así que alargando el brazo, derribó el fortín de un puñetazo. El nicho del Niño Dios que estaba en la parte más elevada de la pirámide, se hizo pedazos al caer, con no poco estrépito.

La monja á la sazón estaba arrodillada y con el rostro pegado á tierra; pero se levantó al oir el fracaso y se encontró frente á frente de Ordaz. Al sentir la mirada repugnante de aquel hombre, púsose en pie, se irguió cuan alta era, y hallando resolución y energía en quién sabe qué desconocidos resortes, clamó con energía:

—¡ Fuera, bandido! ¡ Fuera!

Sorprendido el coronel por aquella acti-

tud y aquella voz, que no aguardaba, se detuvo un momento, contempló con admiración á la monja y la analizó de alto á bajo. Estaba soberbia. ¡Qué hermosura la suya! Lívida, con la boca contraída, altiva la frente y fulgurantes los ojos, parecía una reina indignada.

Ordaz se sintió como mareado, agolpósele al cerebro la sangre, y gritó tuteándola:

—¡Tus ojos, Margarita! ¡quiero tus ojos!

Y dió un paso adelante.

La religiosa se estremeció, y empuñando con mano convulsa las tijeras que llevaba pendientes de una cinta sobre el delantal,

—Un momento, dijo con ademán imperativo. ¿Dice usted que quiere mis ojos?

—Sí, repuso don Francisco.

—¿Y que tiene la culpa de lo que usted hace?

—Sí.

—Pues bien, aquí los tiene usted.

Y levantando la armada diestra, hundió con dos golpes rápidos y sucesivos, las agudas hojas de las tijeras en uno y otro ojo, dejándolos convertidos en fuentes horribles de sangre y de viscosos humores.

Fué la escena tan imprevista, tan fiera y tan espantosa, que, aterrado el coronel,

huyó de la monja como de un espectro, y se alejó de la celda dando tumbos como un beodo.

## IV

La serie de mis recuerdos concluyó casi al mismo tiempo que mi viaje. No bien hube llegado á la estación del ferrocarril, tomé mi saco de noche y me dirigí al convento en volandas.

A la diestra de la calle real, como vamos para el centro del pueblo, ábrese apenas la calleja que conduce á dicho instituto. Es tan angosta, que puestos los brazos en cruz, tócanse con las manos las opuestas aceras. A mayor abundamiento, y para evitar el paso de caballos y acémilas por tan estrecho conducto, hállase erigida á su entrada, á manera de "menhir," una piedra delgada y lisa, que apenas permite pasar á los peatones, si se deslizan de costado. A poco andar, ensánchase aquella especie de cuello y se extiende en forma de bolsa. En ese espacio interior hay un jardín público, y frente al jardín un edificio aislado, que forma por sí solo una manzana; la cual, por aquel tiempo era el claustro á donde yo me dirigía.

Contestó mi saludo la hermana tornera con voz gangosa; é impuesta del objeto de mi visita, me hizo entrar en el locutorio.

La revolución de la Reforma arrojó de los conventos á las comunidades; á ellos las restituyó el segundo imperio; pero bien pronto volvió la República tras el efímero reinado de Maximiliano, y tornó á poner en vigor la ley de exclaustración. Esa ley dió por resultado la clausura definitiva de los monasterios. Dormidas impresiones de la infancia aviváronse á la vista del "recibidor," y sentí en el corazón la melancolía de las cosas idas, juntamente con la sosegada emoción que las místicas producen. El aposento era pequeño, pobre y sencillo; pero limpio y esmeradamente cuidado. Suelo de ladrillos rojos y bien dados de lustre por alguna hermana lega; paredes enjabelgadas de blanco; techo de vigas pintadas de azul; un canapé y sillas con asiento de paja; una angosta estera en contorno de la pieza; una mesa consola con un crucifijo; por las paredes dos grandes cuadros que representaban á Santa Teresa orando y con el corazón inflamado, ó escribiendo inclinada sobre un infolio y recibiendo en la cabeza una ráfaga de luz desprendida del Espíritu Santo en forma de paloma; en medio una mesa redonda de pino; y en el fondo la reja ocupando toda la extensión del muro y

cubierta por la parte de adentro con velo tan espeso, que no permitía distinguir nada hacia el interior. Tal era el aspecto del austero aposento.

—Ave María Purísima, dijo á poco una voz del otro lado de la reja. ¿Es el sobrino de la reverenda madre abadesa?

—Sí, hermana, contesté: vengo á visitarla; tuve noticia de su gravedad.

—En efecto, repuso la voz; está próxima á su fin nuestra buena madre, con grandes padecimientos que Dios ha querido enviarle; pero ellos le han servido para su perfección, porque los lleva con paciencia ejemplar. ¿Trae usted el permiso del Obispo?

—Sí, hermana, contesté deslizándolo entre las rejas.

—Bien, repuso.

Una mano blanca, apartando el velo con recato, recogió el documento. Luego sonó de nuevo la voz:

—Puede usted entrar, dijo; pero antes será bueno que tome algún refresco, porque la reverenda madre está tan grave, que después de haber entrado, no tendrá usted tiempo para nada.

No pude resistir la fineza. A poco apareció un mozo trayendo bandejas con bollos, pasteles, confituras y una botella de rico pajarete.

El paladar tiene también memoria. Al

gustar los panecillos suaves y perfumados, recordé los famosos regalos monjiles de antaño, tan elogiados en el seno de todas las familias; los elegantes azafates que salían de los conventos con objeto benévolo, cargados de tortas, bizcochos, almíbares y conservas, en porcelanas albeantes ó en compoteras de cristal limpio y diáfano, y al amparo de servilletas bordadas finísimamente por manos prodigiosas; y el mágico efecto que producían esos presentes en casas de obispos, canónigos, capellanes y seglares. Todo cuanto salía de los claustros femeninos era exquisito, desde los budines hasta los masapanes, desde la repostería hasta la loza de barro impregnada de suaves y delicados olores. Nadie ha hecho pan como las monjas, y por lo que hace á los dulces, parecen haberse llevado el secreto de los más exquisitos.

Filosofaba sobre todo eso con delicia, cuando sonaron pasos precipitados y cuchicheos en el fondo del locutorio. Me puse en pie; á poco sonó la voz.

—Señor, dijo con acento alterado, la madre abadesa se ha puesto muy mala: pase usted sin pérdida de momento.

Entré por la abierta cancela. Penetré por los patios y corredores de la casa, guiado por una religiosa que, cubierta con velo espeso, salió á recibirme. Alcancé por la escalera, subiendo presurosas, á varias

monjas y novicias, y en compañía de ellas llegué á la celda de la abadesa.

Yacía sor Margarita echada sobre un sitial de cuero, vestida con sus hábitos monjiles, recostada la cabeza en grandes almohadones y con los pies hinchados y vendados, alargados sobre un escabel. Tenía el vientre abultado, estaba inerte y una respiración congojosa se escapaba á intervalos de su pecho por la abierta nariz, cuyas ventanillas aleteaban con las agonías de la asfixia. Como todos los enfermos de males cardíacos, tenía un color diáfano y claro, á modo de cristalino, que le daba un aspecto luminoso. Aunque próxima á los sesenta años, conservaba el rostro casi juvenil, sin arrugas, sin ángulos bruscos ni signo alguno de fealdad y decadencia. Dulce y resignada, se extinguía lentamente sin extremos dolorosos ni contracciones aterradoras. No hablaba; estaba bajo el rigor de un síncope que había desconcertado á los doctores. En vano se había recurrido al nitrito de amilo, de cuyo olor penetrante estaba saturada la estancia, para hacerla volver en sí; la crisis se agravaba momento por momento.

La comunidad se arrodilló en torno del sitial. Encendiéronse las velas benditas, y á la vez que el sacerdote decía las preces finales, elevábase en derredor un coro de plegarias y de sollozos.

Yo también caí de rodillas, conmovido a la vista de la moribunda. Era la primera vez que la miraba; la conocía al borde del sepulcro é iba á ser testigo de sus últimos instantes. La solemnidad de la muerte, grande en todos los casos, me pareció mayor en aquél, por tratarse de una mujer buena, probablemente una santa. Haber vivido en el recogimiento y la plegaria; haber renunciado á todos los placeres de la existencia, aun los más dulces é inocentes; haber resistido la tentación elevándose hasta el heroísmo; y llegar, por fin, al término de la existencia en medio de la paz y de la resignación, y de afectos y bendiciones, llevando el alma henchida de fe y de esperanza, ¡qué cosa más grande, más hermosa ni más incomparable! Así pensé mientras, nublados los ojos por el llanto, balbutía también con lengua torpe las oraciones del oficiante.

Entretanto, la respiración de la abadesa se iba haciendo más y más débil. Cesaba á largos intervalos, y aquellos accesos de inercia solían prolongarse de tal suerte, que los circunstantes varias veces creímos que la superiora había dejado de existir; pero tornaba á elevarse la caja torácica y continuaba la salmodia de los rezos.

Al fin cesó todo movimiento respiratorio, pasó una sombra casi inmaterial por el rostro de la monja, y los doctores declararon que la abadesa había muerto.

Luego estalló el coro de las lamentaciones y del llanto. Las buenas religiosas, como tiernas hijas, rodearon el cadáver lanzando frases conmovedoras.

—Madre mía, ruega por mí, decían unas.

—Era una santa, está gozando de Dios, articulaban otras.

—Señora, no me olvides, resérvame un lugar á tu lado, clamaba alguna.

—Protege á la comundad, ya que la fundaste, rogaba otra.

En esto se elevó la voz grave de una monja anciana.

—Hermanas, dijo, no hay que llorar por sor María Margarita; antes debemos envidiarla porque está recibiendo el premio de sus virtudes. Su vida fué una cadena de santos ejemplos que debemos imitar. Sobre todo, no olvidemos que se entregó al martirio, y se condenó á la noche eterna de la ceguera, por librarse del pecado. Esos agujeros que se ven en su rostro y que ocupan el lugar de los ojos más hermosos que ha formado la mano de Dios, nos predican desde sus misteriosas profundidades, la grandeza del deber, la sublimidad del voto y la elevación de la fe. ¡Benditos los ojos que cegaron á la luz del mundo para abrirse á los esplendores de la gloria!

Diciendo esto, se levantó la anciana con paso trémulo, y acercándose al cadáver, le besó los dos ojos.

Las monjas imitaron su ejemplo con solemnidad imponente, y, llenas de respeto, fueron imprimiendo una tras otra sus labios místicos hechos á la plegaria y á la eucaristía, en aquellos hoyos negros y trágicos.



# La Horma de su Zapato.

A Rafael de Alba.



# I

El pueblecito de Zaulán pintorescamente reclinado en la orilla del Zula rumoroso, es, "entre semana," un lugarejo muy miserable, quieto y silencioso. Las casucas que le forman, comienzan apenas á alinearse en calles y á agruparse en manzanas; y esto en tal desorden y con tan poco amor á la simetría, que las primeras, en vez de tirar á la recta, se han resuelto por la sinuosa ó quebrada, y las segundas, en lugar de manifestar amor á la forma rectangular, cuadrada ó cuadrilonga, se han pronunciado por la caprichosa y extravagante, conglomerándose en unas como islas aisladas y de corta extensión, ó en unos como continentes de dimensiones colosales, con istmos, penínsulas, golfos y cuantos

"accidentes" se quiera en sus contornos—con excepción, se entiende, de vahidos, convulsiones y ataques de nervios.

Ibamos diciendo que los días de trabajo parecía la aldehuela casi muerta; y así es á la verdad, pues en el inmenso terreno conocido con el nombre de mercado, no se ven por entonces más que unos cuantos puestos de hortaliza oreada ó de fruta vieja exhibidas sobre esteras y á la sombra de rústicos parasoles formados por palos altos y redondos y por ruedas también de esteras, fijadas en la punta de las varas. Los vendedores se duermen viéndose tan desocupados ó se entretienen en espantar con mano tarda, las moscas importunas que se paran sobre sus mercancías maculándolas impíamente; los parroquianos se presentan uno por uno con intervalos de horas, haciendo compras de á fracción de centavo al menudeo, ó de centavo completo al por mayor; y solamente los perros famélicos, como antes los ciudadanos en las ágoras ó en los foros, parecen darse cita en aquel sitio para tratar los importantes asuntos que atañen á sus mandíbulas y á sus estómagos. El caso es que esos ruidosos cuadrúpedos trotan por aquel campo oliéndolo y hurgándolo todo, en busca de restos y piltrafas olvidados por los míseros comerciantes entre las piedras y el polvo de la terraguera; y que no

bien hallados zancarrón, tripa ó nervio duro, arman entre sí espantosas tremolinas, con pelo hirsuto, dientes desenvainados y garganta hinchada, gruñona y ladradora. Algunas veces se juntan en bandas semejantes á taifas de moros, y se acometen en grupos de un modo feroz y estrepitoso; por lo que los dueños de los puestos se ven obligados de tiempo en tiempo, para salvar su negocio de la invasión de los beligerantes,á batirlos con buenas paladillas de arroyo, que el piso por donde quiera brinda y ofrece á sus ágiles manos.

Pero los días de fiesta, y particularmente los domingos, cambia de todo á todo el aspecto de la plaza de Zaulán. Ese día ostentase el mercado lleno de puestos, henchido de gente y sorprendente de animación. Los serranos acuden de las cañadas de los cerros próximos con perfumados cargamentos de fruta hermosa, dulce y fresca cortada en aquellas ensenadas; los labradores traen abundantes semillas y verduras; los barqueros, pescados recién caídos en la red ó en el anzuelo, algunos palpitantes todavía, y que há poco bogaban en el próximo río de aguas turbias, ó bien en el lago azul donde se arroja el Zula rayando la clara superficie con la faja rojizo-amarillenta de su corriente; los comerciantes sus mantas baratas, sus percales chillones, sus pañuelos de yerbas, sus anillos

de conalina y sus prendedores de oro "doublé" y piedras falsas. Los indios y rancheros de las cercanías, de varias leguas en contorno, se dan cita para reunirse en Zaulán, donde pueden oir misa y hacer compras y provisiones para el resto de la semana. Es una verdadera feria, semejante á las que en la Edad Media se celebraban á la sombra de las iglesias, y que recibieron por eso el nombre de "kermesses." En tales días como esos, el desierto habitual del mercado se trueca en una verdadera Babilonia de gente apiñada, voces clamorosas y ruidos de todo género; y los rústicos y rústicas endomingados se dan gusto por aquellos laberintos devorando fruta y dulces, bebiendo agua fresca, y comprándose zapatos bastos, sombreros con grampas, y telas rumbosas para sus vestidos.

## II

Uno de esos domingos precisamente, y acaso aquel en que la concurrencia de los lugareños comarcanos había sido más numerosa y compacta, fué cuando Patricio Ramos tuvo la mala idea de ponerse una de las monas más descomunales de su vi-

da; y eso que eran incontables las de padre y señor mío que había pescado ya en su no larga existencia. Patricio era un mozo de cuando más veinticinco años "bien dado," como suelen decir los rancheros; esto es, alto, fornido, rebosando salud y satisfacción por todos sus poros. Como guapo, podía rivalizar con los mejores, pues, aunque moreno, tenía facciones correctas, ojos vivaravhos, nariz fina y dentadura blanca y apretada. La escasez de su barba, que no pasaba de un ruin y lacio bigotillo, le daba una apariencia todavía más juvenil que la que reclamaban sus años; pues era un adolecente por su aspecto y parecía estar en los límites indecisos de la infancia y de la juventud.

Pero aquel tierno mancebo que inspiraba interés por los rasgos de su exterior, era mozo pervertido, vicioso y corrupto, que desde su más temprana edad había dado quince y raya á los más atrevidos, desvergonzados y libertinos de Zaulán y de las rancherías inmediatas. El amor que tenía al vino, más que inclinación, más que costumbre, parecía delirio febril, tema de loco, frenesí desencadenado, pues en apurando la primera copa, tenía que apurar la segunda, la tercera, la centésima, como hidrópico que no se sacia de beber agua, ó peregrino que, al pegar los labios á la fuente, parece que no ha de separarlos de

ella hasta dejar agotado el manantial. Ojalá hubiese sido el estado comatoso la consecuencia de aquel desenfreno; todo se hubiera reducido en tal caso, á un pesado y prolongado letargo y á una "cruda" de primer orden, sin quebranto de los intereses ajenos, ni peligro de la vida ó integridad de los cuerpos de las otras personas. Pero nada de eso; por más que empinase el codo, siempre se tenía firme sobre las piernas, sin perder la fuerza del brazo ni el uso de la suelta lengua y de la fácil palabra: que no parecía sino que aquel organismo de roble, había sido hecho para resistir las más recias acometidas de la intemperancia. Pero, como no era posible que su tubo digestivo se convirtiese en cuba alcohólica impunemente, ni hubiera sido natural que los litros de alcohol que ingurgitaba, dejasen de exhalar hacia arriba sus emanaciones; era de ver como aquellas asombrosas cantidades de espíritus que iba almacenado, le subían en derechura al cerebro, todos, en tropel, sin faltar uno solo, y sin que uno solo de ellos tampoco, le bajase á las piernas para debilitárselas, ó se le refugiase en los ojos para adormecérselos, ó en la lengua para paralizársela. De esto se lamentaba todo el mundo, porque Patricio Ramos en aquellas condiciones, era una calamidad en toda regla, un azote para cuantos se hallaban á su alcance.

Un león cuya cueva ha sido invadida, un toro salido del toril con una moña en la frente, un lobo hambriento en medio de las ovejas, no son más feroces, ni más agresivos, ni más espantables que lo era aquel mancebo en esas circunstancias. Naipes, mujeres, machetazos y tiros, todo lo necesitaba Patricio para "pasearse" y á todo apelaba por turno; pero de un modo tan excesivo y desenfrenado, que ponía espanto y horror hasta en los corazones más animosos.

Ya se sabía en Zaulán, que cuando Patricio se embriagaba, tenían que realizarse grandes y ruidosos escándalos, y que era preciso obrar con prudencia y andarse con pies de plomo en aquellos conflictos; pues por quítame allá esas pajas, por una mirada insistente, por una tos casual, ó por cualquier otro hecho insignificante, pero que pareciese desdeñoso ó provocativo, se podía armar la de Dios es Cristo con aquel loco, que no sabía de bromas ni de fanfarronadas estériles. Todo el pueblo conocía las hazañas de Patricio. Contaban que "debía" ya dos muertes, y se hablaba de numerosas heridas y contusiones inferidas por él á valentazos titulados que habían pretendido ponérsele al frente, aunque con éxito tan infeliz, como el de quien hubiese querido detener un torrente con la palma de la mano. Mas ¿por qué no ha-

bía caído en manos de la justicia? Nadie lo sabía á punto fijo. Era probable que fuese por el mismo miedo que á todos les infundía, pues no había quien quisiera echar sobre sí la responsabilidad de una delación ó de una declaración verídica ante juez competente. Si Patricio resultaba absuelto por los tribunales—como suele suceder con tanta frecuencia en tratándose de los más feroces malhechores—,ó bien si no era condenado á muerte y llegaba á salir de la cárcel; ya tendrían sus delatores ó los testigos que hubiesen depuesto en su contra, motivo de alarma é inquietud para el resto de su vida, pues nunca dejaría el rencoroso joven de perseguirlos con su odio. Así era, pues, como aquel desalmado parecía gozar el privilegio exclusivo del desorden, del insulto y de la violencia en Zarlán y en sus cercanías.

El domingo de que hablábamos, había amanecido el tal, desvelado y nervioso, por haberse pasado en un rancho donde hubo fandango, toda la noche; y para soportar la trasnochada, había empinado el codo de lo lindo por más de doce horas consecutivas. Bien entrada la mañana, y cuando el sol estaba ya alto, fastidiado de la música serrana y del baile de los rancheros, montó su caballito moro y se dirigió al pueblo en busca de teatro más vasto y de más amplios horizontes para

sus proezas. A la entrada de Zaulán se detuvo en el tendajo de Don Crisanto Gómez, llamado el "Pavo," por tener en el frontis pintado un volátil de ese género, haciendo la rueda, con la cola de pintadas plumas bien elevada y extendida en forma de abanico.

Luego que don Crisanto le vió venir, se puso lívido y habló por lo bajo á su mujer, que aun no era muy vieja, para que se marchase de la tienda. No bien se había puesto en cobro la amedrentada matrona, entró por la puerta del frente, sin apearse del caballo y como un torbellino, el desaforado jinete.

—¡A la güena de Dios, don Crisanto!, gritó Patricio al hacer irrupción en el estrecho local. ¿Qué es de su güena vida?

—Aquí pasándola, lo mesmo que siempre.

—Sólo que jaciendo munchos pesos con su comercio.

—Ansí lo quijiera Dios; pero no es ansina. Apenas me sostengo yo y mi familia.

—A ver, don Crisanto, tenga la fineza de servime un cacho de vino.

—¿Tequila?

—Sí, del más mejor que tenga; más que sea del viudo de la viuda del frabicante.

El tendero tomó una botella de á litro,

de vidrio verde, que estaba tapada con un pedazo de holote, y puso sobre el mostrador la medida ordinaria de cristal para servir el aguardiente.

—¡ Y yo pa qué quero esa miseria, don Crisanto! Ese dedal sírvaselo á su señora madre; á mi deme como á los hombres, gritó el jinete.

—No te esaltes, Patricio, repuso don Crisanto poniéndose todavía más pálido. ¿Qué tanto queres que te dé? Aquí estoy pa servite.

—Pos écheme de una vez medio cuartillo, no sea tan pedido de por Dios.

El tendero cogió el vaso destinado al agua y lo llenó de aguardiente, no sin hacer ruido de campanitas al golpear con mano trémula vidrio contra vidrio.

Patricio se inclinó, cogió el vaso y le apuró de un sorbo.

—Este vino no es más que una pura tarugada, dijo golpeando el mostrador con la vasija vacía. De buena gana les diera yo una agarrada á esos frabicantes. Ya ni con una botija se puede uno emborrachar; es la viva agua.

Acabando de decir esto, salió á la calle gritando:

—¡ Aquí está Patricio Ramos, desgraciados!

Don Crisanto, aunque no había recibido la paga, se alegró de verle desaparecer.

creyendo que iba á dejarle libre; pero bien pronto salió de su error, pues Ramón tomó su tienda como centro de operaciones para ir y volver, beber dentro, hacer escándalo afuera, y gritar y llamar la atención de vecinos y transeuntes con vociferaciones, insultos y obscenidades.

Por lo pronto, el muchacho ebrio anduvo "calando" el caballo en medio del arroyo. Le hirió los ijares con las agudas espuelas, le aflojó la rienda, inclinó el cuerpo hacia adelante, y se entregó por unos momentos á una carrera vertiginosa. Tan luego como el animal hubo entrado en plena violencia, de pronto, bruscamente, tiró de la brida hacia atrás echando el busto sobre las ancas de la bestia, y ésta al sentirse enfrenada, se sentó sobre los cuartos traseros levantando los delanteros para detenerse, y llegó hasta rozar el polvo con las ancas; pero había sido tan grande la velocidad adquirida, que aun así, no pudo pararse de pronto, y en aquella posición resistente, hecho un ovillo, avanzó todavía corta distancia, dejando en el suelo dos rayas anchas trazadas con las pezuñas posteriores.

Luego volvió Patricio hacia atrás á toda brida, y al llegar en dirección de la tienda, sentó otra vez el caballo y lo "quebró," haciéndolo dar vuelta hacia un lado. La bestia, detenida de pronto, enco-

gida, y resbalando sobre los cuartos traseros, giró rápidamente sobre una pezuña, y como tenía las delanteras en el aire y levantó otra de atrás para obedecer á la mano que le gobernaba, no conservó más punto de apoyo que aquella pata, y sobre ella, como sobre un pivote mecánico, hizo el movimiento rotatorio. Entretanto, el jinete se mantenía tan firme sobre los lomos de la bestia, como si estuviese cogido á ellos con tornillos ó cinchos de hierro. El polvo de la calle sin pavimentar se levantaba en blancas nubes con aquellos escarceos, y Patricio, medio velado por atmósfera caliginosa, aparecía á los ojos de los circunstantes, que en grupos y á distancia miraban la escena, como hombre misterioso, sobrehumano y diabólico.

Y tanto más aumentaba el pavor supersticioso de la gente, cuanto que Ramos, echándose atrás el ancho sombrero de palma que iba sostenido por el tirante barboquejo, no cesaba de gritar:

—¡Aquí está Patricio Ramos, pa servilas! ¡aquí y onde quera!

—¡Soy más hombre que cualquiera, collones!

—¡Aquí tienen á su padre; yo soy su padre, jijos de la desgracia!

Y otras cosas peores y que no son para dichas.

Al "quebrar" el penco, metióse de nuevo y como exhalación por la tienda del Pavo, y allí, en el espacio reducido que quedaba entre el mostrador y los muros exteriores, le obligó á cejar, sin levantar las patas delanteras, haciéndole caminar hacia atrás por todas partes, y á quebrar con estrépito los cántaros y las ollas de barro que amontonadas se veían por los rincones. El moro era un potro criollo, de corta alzada y un poco trasijado, pero tan vivo, nervioso y rápido como un fino resorte de acero. Patricio se miraba en él, como suele decirse, porque no había otro caballo que le llenara tanto el gusto como ese; y hasta parecía que se entendían á maravilla bestia y jinete. Cuando alguna vez era montado el moro por algún otro ranchero, se mostraba tan mañoso y testarudo, que ponía en peligro la vida del valiente, y le dejaba desganado para volver á cabalgarlo. Unas veces se "armaba," clavándose con las cuatro patas inmóviles donde le daba la gana, sin avanzar ni retroceder aunque le destrozasen el hocico tirándole hacia adelante por la brida, ó le azotasen las ancas duramente por detrás; no hacía más en tales casos que balancear el cuerpo con dirección á la retaguardia, y extremercerse de pies á cabeza con temblor de pena y rabia al sentir el azote. Otras veces metía la

cabeza entre los cuartos delanteros y se daba á hacer corcobos tan altos, ondulados y bruscos, que no había jinete que los resistiera. O bien, asustándose de su propia sombra, saltaba de improviso hacia algún lado desarzonando al jinete ó lanzándolo al suelo en un santiamén.

Patricio, por su parte, cuando montaba otro caballo, se sentía incompleto, fuera de su centro é incapaz de hacer las suertes, "galanas" y extravagancias á que era tan dado.

Pero en juntándose él y el moro, iba todo á pedir de boca. El caballo no se "armaba" nunca, ni daba carcobos, ni se asustaba, como si tuviese conciencia de la carga que llevaba á cuestas; y Patricio, á su vez se sentía listo y ligero, capaz de todo, teniendo á su disposición aquel organismo fuerte, raudo y exquisito, que sabía secundar tan perfectamente sus caprichos y locuras.

Ibamos diciendo que el jinete hizo al moro cejar por toda la tienda. No contento con eso, y terminado aquel escarceo, le llevó junto al viejo, mugriento y vacilante mostrador, é hincándole las espuelas, le obligó á alzar en alto las patas delanteras, y á posarlas sobre aquela armazón de madera, que se dió á temblar como si tuviera miedo.

—Aquí tiene otro güen marchante, don Crisanto, dijo con ironía refiriéndose á la

bestia. A ver si me le va dando un trago de vino.

—Patricio, me tumbas el mostrador, exclamó el tendero con angustia.

—¡Y á mí qué diantres me importa! ¡Que se lo lleven los diablos! ¡Ponga vino pa mí y pa mi caballo!

Don Patricio sirvió dos vasos de tequila y los puso sobre la tabla.

—¿Y cómo quere que lo beba el moro ansina? ¿Pos qué le ve trompa de elefante pa metela en el vaso? ¡No me haga tantas y le pegue una cintariada!

—¡Pos cómo queres!

—Pos sírvale media botija en un librillo pa que meta el hocico. Mi penco vale más que usté.

Así lo hizo el tendero. Sacó de debajo del mostrador un barreño rojo, vidriado y de buen fondo, y casi lo llenó de aguardiente. Patricio, sin desmontar, quitó el freno al moro ,dejándolo pendiente de las cabezadas, y la bestia, después de dar algunos resoplidos, metió los belfos en el traste y bebió el líquido corrosivo, como si fuese agua de la fuente. Se conocía que estaba hecho á aquellos tragos.

—Agora, dijo Patricio, póngale el bocado y la barbada.

El tendero procuró obedecer, pero estaba tan emocionado, que no pudo introducir el bocado en el hocico del intratable animal, é hizo tantas tentativas inúti-

les, que el moro comenzó á dar trazas de enfurecerse. Patricio, con un tirón brusco suplió la torpeza, logrando poner en su lugar el bocado, é inclinándose desde la montura, colocó la barbada como era debido. Por desgracia se le había metido en la cabeza que don Crisanto había querido reirse de él, y tratado de asustar al moro para que corriera sin freno y le matara. Y como había apurado un nuevo vaso de aguardiente, estaba ya en el colmo de la exaltación y de la locura. Así que, terminada la faena y puesto el caballo en su posición natural, encarándose con don Crisanto, le apostrofó, diciéndole:

—Ora lo verá, viejo desgraciado, ¡yo le enseñaré á burlarse de los hombres!

—¡Por el amor de Dios, qué te he jecho!, suplicó don Crisanto.

—Esto me ha jecho... ¡esto! ¡esto!

Y acompañando la acción á la palabra, descargó fuertes golpes de plano sobre la cabeza del pobre tendero, que procuraba guarecerse detrás del mostrador. El acero sonaba con ruido metálico sobre el cráneo del infeliz, quien apenas acertaba á defenderse con los brazos. Al ruido de los golpes y de las interjecciones, salió la esposa de la trastienda, y al ver á su marido tan maltrecho, se dió á gritar á voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Y llorando y clamando con estrépito, metió pronto un escándalo enorme.

—Cállese, vieja, no sea tan argüendera, vociferaba Patricio.

Pero la buena mujer esforzaba más la voz, á medida que más le intimaba silencio; é interponiéndose como fiera entre don Crisanto y su agresor, recibió por acaso algunos cintarazos que no le iban dirigidos. Esto la hizo elevar más y más el diapasón de los gritos en demanda de socorro.

—¡Nos matan! ¡nos matan! ¡vecinos!, gemía en altísimas voces.

A Patricio le embrolló la cabeza aquel guirigay y le causó fastidio la escena; así que regalando al matrimonio con algunos enérgicos apóstrofes, hincó las espuelas en la panza del moro, y salió disparado de la tienda. Al verse en la calle, envainó la espada y sacó la pistola. Seguramente la ruidosa aventura que dejaba á la espalda, le había exaltado los nervios; el caso es que por este ó por cualquier otro motivo, buscando algún desahogo á su ira, hizo un disparo al aire y gritó varias veces:

—Aquí está Patricio Ramos, jijos de la tiznada!

Entretanto, el moro enloquecido también por los humos alcohólicos, bailaba, sacudía la cabeza, bufaba, y abierta la na-

riz, parecía aspirar viento de riña y de desórden.

### III

Así llegaron caballo y caballero hasta el mercado, en los momentos en que eran mayores la animación y el gentío en aquel sitio. Como rayo cayó Patricio enmedio de la muchedumbre, gritando, injuriando y atropellando á todo el mundo. Luego se introdujo el desórden, cundió el pánico por todas partes y comenzó la desbandada.

—¡Es Patricio borracho!, gritaban cien voces.

Y hombres, mujeres y chicuelos corrían á más y mejor para ponerse en cobro, con grandes chillidos de niños y de hembras. Unicamente los comerciantes permanecieron firmes en sus puestos para cuidar sus cosas, aunque descoloridos y llenos de susto, como verdaderos mártires.

Ramos hizo irrupción como una tromba por las callejas estrechas del mercado, derribando mesas, techumbres de estera y cuanto al paso se encontraba.

—¡No juigan, que no como gente!, clamaba provocativo.

Y procuraba calmar á las vocingleras expendedoras de legumbres y de frutas, diciéndoles:

—No tengan cuidado, mialmas, que traigo las riendas en las mano. Nada les pasa.

Y metía el caballo por todas partes, como un relámpago, conduciéndolo con mano tan diestra y firme, que á pesar de lo angosto de los caminos y de los mil obstáculos que los embarazaban, pasaba por donde quiera sin hollar las verduras ni reventar las sandías ni los melones. El moro, á pesar de su excitación y de la rapidez de sus movimiento, sabía poner las pequeñas y redondas pezuñas en los intersticios que había por aquellos lugares, con tal premura y precisión, que parecía maravilloso.

En esto concluyó la misa, y comenzó á salir la gente de la iglesia; circunstancia que llamó la atención de Patricio, é hizo cambiar el rumbo de sus ideas.

A rienda suelta se dirigió á la puerta del atrio para ver el desfile, con las mismas vociferaciones y amenazas que lo acompañaban por donde quiera.

Impaciente y anheloso aquel día más que ningún otro, de atropellarlo todo y de causar el mayor escándalo posible, espoleó al moro hacia el espacioso cementerio, y le hizo subir á brincos la gradería

que conduce á la esplanada interior. Al verlo aparecer atropellando á los fieles y gritando palabrotas, corrió despavorida la gente, procurando ponerse á cubierto de la agresión; como suelen las aves de corral dispersarse espantadas en todas direcciones cacaraqueando y agitando las alas, cuando el gavilán, cerrando las espirales que traza en el espacio, se deja caer de improviso en medio del gallinero.

Desgraciadamente asomó en aquella coyuntura por la puerta del templo, la bonita y salerosa preceptora del pueblo Serafina Palomo; doncellita de poco más de veinte años de edad, rosagante y de ojos encantadores.

Venía acompañada de su abuela doña Simona, viejecilla flaca y encorvada, que llevaba á cuestas con visible trabajo la pesada carga de sus años. Patricio, antes de ahora, había visto algunas veces á Serafina, y quedado boquiabierto ante su lindo palmito; pero como en aquellas ocasiones no había absorbido los litros de alcohol que ahora paseaba en el cuerpo, la había contemplado con admiración y respeto, como á ser superior y en el cual no le era dado poner los ojos. Ahora que estaba animado por tantos espíritus malignos, no entendía de consideraciones ni de miedo; lo único que le dominaba era el impulso irresistible de dar rienda suelta

á sus deseos y de satisfacer sus pasiones.

—¡Aquí viene la meistrita!, clamó alegre. ¡Cuánto me cuadra su güena presona por chula y por destruída!

Y se dirigió á ella haciendo saltar al moro y sentándolo de súbito. Serafina y doña Simona, sobrecogidas de susto, gritaron y buscaron auxilio ó refugio en derredor con la mirada. No encontrándolo á la mano ni hallando otra cosa mejor qué hacer, volvieron atrás precipitadamente y se metieron de nuevo en la iglesia. Patricio vaciló un momento; pero al fin, soltando la rienda al caballo, entró en pos de ellas por el postigo del templo. El sacristán, que era un indio descalzo y de calzón blanco, pretendió estorbarle el paso y cerrar el postigo; pero Ramos le atropelló bruscamente y le puso en fuga precipitada. Las pezuñas del moro retumbraron sonoramente en el entablado de madera y fueron repercutidas por las viejas bóvedas donde nunca habían hallado eco tan brutales tropelías.

Al estrépito salió el cura, que acababa de decir la misa, todavía con el alba puesta.

—Es la casa de Dios, dijo á Patricio. ¡No la profane usted, desgraciado!

—Señor cura, contestó Ramos, usté me dispense muncho, pero de esta jecha me

llevo á la meistrita aunque se suba al altar mayor.

Y yendo tras ella, le cerró el paso de la sacristía.

—Meistrita, siguió diciendo, si usté quere que me salga de la ilesia, me salgo; pero se ha de venir conmigo.

La preceptora no contestó ni sabía lo que hacía; todo su empeño era escapar del peligro huyendo por alguna puerta, hendedura ó agujero, ó metiéndose debajo de cualquier mueble.

La abuela intervino.

—¡Borracho!, dijo. ¿Qué no ve dónde estamos?

—Cállese la boca, repuso Patricio desenvainando la espada, si no quere que le pegue una güena cintariada.

—¡Maldito!, prosiguió la anciana, ¿no respeta el templo?

—Maldita usté, vociferó Patricio levantando la diestra para escarmentar á doña Simona.

El cura se interpuso, y acercándose á Ramos, cogió al moro por la brida haciéndole encabritarse. Ramos furioso descargó el cintarazo que destinaba á doña Simona sobre la mano del párroco, obligándolo á soltar la brida.

—A mí ninguno me ningunea, siñor cura, gritó, aunque se ponga casulla.

Entretanto, era indescriptible la agita-

ción que reinaba en la iglesia. Los fieles que todavía no habían salido y los que habían retrocedido para presenciar el escándalo, asistían indignados á la escena inaudita. Algunos corrieron al Ayuntamiento en busca de auxilio. Otros, al ver menospreciados los objetos de su adoración ó de su respeto, gritaban:

—¡ Fuera ! ¡ fuera !

Patricio, de súbito, se vió rodeado por un grupo resuelto; pero no se arredró.

—Me parecen pocos, clamó con fiereza; soy hombre, y tengo pa todos. A puros azotes voy á correlos.

Fué una batida repugnante, nunca vista. Serafina huyendo con su abuela y el párroco; los campesinos procurando rodear, desarzonar y derribar al jinete, y èste corriendo tras los fugitivos, vociferando como energúmeno, y derribando y golpeando opositores á diestra y siniestra.

La brutalidad y el dolor acabaron por introducir el pánico entre los rústicos, que jadeantes y contusos comenzaron á dispersarse.

—¿Ya lo ve, meistrita?, gritó Patricio. Todos esos no me sirven pa nada. Véngase conmigo y se acaba el escándalo.

Serafina, fuera de sí, pensó que tal vez sería mejor obedecer, para que no continuase la violación del templo.

—Está bien, señor, repuso trémula y con acento sumiso y lagrimoso.

—Ansina me cuadra, meistrita, véngase pa la silla, repuso Ramos. Y echándose á las ancas del moro, dejó libre la montura.

## IV

En aquellos momentos entró por la puerta de la iglesia don Roque Guerrero, hombre de pelo en pecho, presidente municipal, y por tanto, suprema autoridad de Zaulán. Venía acompañado de cuatro hombres pertenecientes á la ronda, los cuales portaban enormes fusiles del tiempo de la Independencia. Y juntamente con ellos penetró por el templo un buen golpe de gente.

Al enterarse don Roque de lo que pasaba, detúvose unos instantes para deliberar, y dijo rápidamente á sus subordinados:

—Si no me obedece, hacen ustedes puntería, y le pegan en la chapa del alma.

Pero antes de que llegara el "auxilio" hasta el sitio donde continuaba el escándalo, se presentó en escena otro personaje.

Era un anciano trémulo, débil, de paso vacilante. Vestía chaqueta y calzoneras de

cuero, llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y cogía el ancho sombrero de palma, que se había quitado, con la mano siniestra. A merced del desórden y colándose entre la muchedumbre, logró acercarse al jinete; y esforzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡Qué es eso! ¡Patricio, qué es eso!

Ramos, al verle llegar, levantó la espada é iba á descargarla sobre él, cuando lo reconoció.

—¡Mi señor padre!, murmuró con espanto.

—¡Pie á tierra, malcriado!, ordenó el anciano con imperio. ¡Pie á tierra!

—Sí, señor padre, lo que usté ordene, repuso Patricio, calmándose como por encanto y con tono y semblante de niño obediente. Lo que usté guste, señor padre, lo que usté guste.

—¡Pos abajo, al momento!

Obedeció Patricio.

—¡A ver acá la espada!, intimó el viejo.

—Aquí la tiene su mercé. Y Patricio puso el arma en las manos marchitas de su padre.

—¡A ver las riendas del cuaco!

—Aquí están, señor padre.

—A ver tú, dijo el viejo dirigiéndose á uno de los presentes; agarra esas riendas mientras lo ajusticio. Aquí la jizo y aquí la debe de pagar.

Y empuñando la espada, la descargó sobre el mocetón. Y le derribó el sombrero, y le golpeó el cráneo, y le cruzó el rostro sin miramiento ni consideración, con la parte plana del arma.

Entonces presenciaron los circunstantes una escena extraordinaria. Patricio, que por nada se contenía, que no temía nada y que nada respetaba, ni á los ministros del altar, ni la casa misma de Dios, cayó de rodillas humildemente para recibir aquel aguacero de golpes.

—Su mercé manda, decía, y puede hacerme lo que quera.

Y le besó los pies repetidas veces. Y continuó en aquella actitud reverente hasta que hubo terminado el vapuleo.

Cuando el viejo hubo saciado su cólera, cogió á su hijo por la mano y lo entregó al presidente municipal, diciéndole:

—Yo ya cumplí mi deber; agora falta que la autoridá lo castigue.

Pero don Roque, repuso:

—La autoridad de usted es mejor que la mía. Lléveselo usted y acabe de corregirlo en su casa. Por mi parte quedo satisfecho.

A nadie le pareció mal la alcaldada.

—Es buen hijo, pensaban las gentes.

—Señor, perdónale, sabe honrar á su padre, oraba el cura interiormente.

—Después de todo, no es tan malo co-

mo parece, reflexionaba enternecida Serafina..... ni tiene nada de feo.

Don Roque y sus hombres se apartaron con gravedad; lo mismo hizo el gentío.

Y el viejo, trémulo y encorvado, salió del templo llevando por la mano á su terrible hijo sumiso y con los ojos clavados en el suelo.



# EL DOLOR Y LA HONRA

A C. Junco de la Vega.



# I

Fueron de verse las salutaciones y zalemas que hizo don Joaquín Bermúdez á la taquilla del Banco, cuando el tirante y bien peinado dependiente le entregó seis mazos de decenas de billetes de á cien pesos cada uno, envueltos en blancas fajillas de papel; ó sea seis mil duros bien contados, aunque ligerísimos, insonoros y casi incorpóreos. Y no dejó de pensar que, si antes del establecimiento de las instituciones de crédito, hubiese tenido que recibir esa dinerada, hubiérale sido preciso pasar algunas horas en aquel sitio contando y revisando los pesos, haciendo con ellos un ruido escandaloso, como toque de atención para parientes y sablistas, y teniendo á la postre que valerse de un car-

gador para que le llevase á casa aquel cómulo de monedas; mientras que ahora, convertida la plata en aquella cosa sutíl, en unas cuantas hojas largas y angostas de papel impreso é ilustrado, había sido para él cosa simplísima, fácil y rápida entrar en posesión de tan grande suma, con la mayor reserva, sin necesidad de auxilio extraño y sin cargar las faltriqueras con pesos enormes y peligrosos para las costuras.

Guardó, pues, en los bolsillos llamados de pecho aquellos bultitos preciosos, se abotonó el viejo y usado redingote hasta la barba, hizo una salutación final al ventanillo por donde le habían sido entregados los billetes (á pesar de haberse cerrado ya) y salió del Banco lleno de contento. Su rostro todo afeitado como el de un clérigo, había conservado cierta expresión jovial y bondadosa, casi juvenil y poco compatible con las arrugas y dobleces del cutis y con la blancura de la cabellera; y á ese tenor también se había mantenido el alma de don Joaquín, pues, aunque iluminada por la experiencia y ensombrecida por los desengaños, era sencilla, abierta y generosa.

El primer pensamiento que se le ocurrió á nuestro personaje al verse en la calle, fué el de que nadie sospecharía que bajo aquella apariencia tan modesta, llevase en el

bolsillo miles de pesos; y regocijado por la idea, sonrió satisfecho de la travesura. De esta manera, y sin precipitarse mucho, tanto por no traicionar su secreto, como por la rebeldía de sus piernas débiles y poco listas por obra de los años, se encaminó á la accesoria donde vivía, la cual se hallaba á no corta distancia del centro de la ciudad.

Don Joaquín era empleado del Registro Civil desde que se fundó la institución en México, por los años de 1859. Había caído allí como en una trampa. Jamás se le había presentado la ocasión de salir de ese lugar, ni había mejorado ni empeorado de posición, á pesar de que desempeñaba su cometido con una regularidad y una destreza admirables. Llegaba á la oficina de los primeros, se sentaba ante su papelera, y no cesaba de escribir hasta que sonaba la hora de descanso; y durante aquel largo tiempo de labor mecánica, levantaba y anotaba actas, escribía certificados y contestaba oficios con rapidez vertiginosa. El jefe del negociado le quería bien y le dispensaba una confianza absoluta; pero, como le ayudaba muy eficazmente en todo y le evitaba hacer personalmente muchas cosas, carecía de voluntad de sacarle de la esfera en que se hallaba, y mucho más, de recomendarle para cubrir en otras oficinas, plazas más bien retribuídas.

De esta suerte, jamás hubiera podido aspirar Bermúdez á mejorar de situación, pues sus afanes, aunque rudos, no eran de los que conducen á nada, sino sólo á ganarse el pan cuotidiano; así es que el buen señor desesperaba de tener descanso algún día, y aun solía decir á sus compañeros:

—Aquí donde ustedes me ven, me he de morir con la pluma en la mano y sobre esta papelera.

Pero he aquí que á la hora menos pensada murió sin hacer testamento un su primo, tan viejo como él, que había sido empleado del ayuntamiento por muchos años, y á quien todos habían tenido por pobre de solemnidad; y que á la buena hora se había averiguado poseía como unos diez mil duros depositados en el Banco. Don Joaquín, sabedor de que su primo carecía de ascendencia y descendencia y de colaterales en segundo grado, se había presentado al juez del intestado reclamando la herencia como el pariente más próximo del finado; y todo hubiera ido de perlas, á no haber comparecido también en son de deudos próximos del difunto, algunos otros individuos sucios, desarrapados y desconocidos. De esa oposición de pretensiones se originó un pleito, que duró años y más años; hasta que al fin, el buen anciano, cansado de trámites, discusiones y disgustos, convino en celebrar

una transación con sus contrincantes, por la cual perdió cuatro mil pesos entre c... y sacristanes. Aprobado el arreglo por el juez, fué librada orden al Banco para que entregase á Bermúdez aquella suma; y no queriendo confiar á nadie tan grata misión, ocurrió el mismo interesado á las cajas del establecimiento, é hizo efectivo el mandato judicial en el modo y forma que se ha dicho.

Don Joaquín había echado ya sus trazas para invertir provechosamente los fondos. Con un amigo y compañero de oficina tenía concertada la compraventa de una casita modesta ubicada en Tacubaya, por el precio de dos mil pesos. Se entiende que el inmueble no era ni con mucho un palacio, cosa imposible dada la cortedad de la suma que por él iba á darse; pero sí tenía la capacidad suficiente para albergar en su seno cómodamente á él y á Rafael su hijo, que formaban la totalidad de la familia. Por lo que veía á los otros cuatro mil pesos, los iba á poner en manos de un su conocido farmacéutico, honrado y trabajador, quien le aseguraba que con aquella suma iba á establecer una bótica excelente en cierto barrio lejano y todavía no explotado en la ciudad, donde no haría más que recoger dinero vendiendo por gotas á peso de oro el agua de la fuente, y poniendo precio subido á la violeta, la mal-

va y el gordolobo. El farmacéutico garantizaba á Don Joaquín con la hipoteca de un terreno, el buen resultado de su empresa; de suerte que, si por fin de cuentas, no salía ella liberalmente retribuída, Bermúdez no perdiese ni un solo centavo en la tentativa; en tanto que, si llegaba á dar doscientos pesos mensuales, tendría, amén de un rédito de seis por ciento anual, una parte en las utilidades. Don Joaquín había hallado excesiva la oferta, y hecho convenir al boticario en no darle, por todo, más que cien pesos cada mes, tanto para impedir que se desfalcase el capital, como por equidad y justicia de propósitos.

¡Cien pesos mensuales y casa en que vivir! Don Joaquín se frotaba las manos lleno de satisfacción al pensarlo. Se retiraría de la oficina, se alimentaría mejor, se vestiría mejor y pasaría quieto y tranquilo los últimos años de su vida. En rigor, ni Rafael tendría ya precisión de trabajar, pues los recursos de su padre bastarían ampliamente para su sostén, sólo que don Joaquín era hombre de principios fijos.

—El hombre honrado, debe ser trabajador, decía. La holganza es madre de los vicios. Rafael seguirá trabajando como lo ha hecho hasta ahora; y cuando yo me muera, será heredero de todo, y podrá darse mejor vida. Pero si alguna vez cae enfermo y no puede concurrir al almacén,

no pasará pena por ello, y tendrá cuanto haya menester á mi lado, aunque no gane nada.

Pensando estas cosas, llegó don Joaquín á su accesoria y la halló aquel día hermosa y risueña por la primera vez de su vida; á pesar de ser obscura, mal ventilada, incómoda y triste. Pero no es de extrañarse tal anomalía, si se atiende á que, como lo ha dicho un espíritu observador y sutil, el espectáculo está dentro del espectador.

## II

Rafael Bermúdez, hijo de don Joaquín, era un jovenzuelo apenas mayor de edad; pero muy listo, despierto y barbado, de suerte que tenía todo el aparato y el aspecto de un hombre de vientiocho ó más años. Y así como era precoz su naturaleza física, lo era también su naturaleza moral, pues no sólo era entendido y capaz de todo, como cualquier hombre de larga experiencia, sino también audaz y determinado. La agudeza de su ingenio había encontrado cosa llana y sin importancia todos los estudios á que se había consagrado. Hablaba fácilmente las lenguas francesa é inglesa, conocía la ley de comercio, era un contador

de extremada habilidad, y tenía aquella volubilidad de lenguaje y aquel desplante inaudito que forman la principal recomendación de los cultores de Mercurio.

Así fué como, no por obra del favoritismo, sino por efecto natural de la justicia, aquel mozo apenas salido de la adolescencia, fué recibido en palmas, como suele decirse, por los dueños de tiendas y almacenes de la ciudad. Al abrirse este relato, contaba ya un año de ser cajero en los grandes almacenes llamados "Los Puertos Unidos," vasta negociación importadora de telas y confecciones, que giraba millones de pesos, y tenía un gran movimiento de fondos.

Rafael, que era trabajador y hasta entonces había sido honrado, desempeñaba sus labores con tal exactitud y pureza, que tenía altamente satisfechos á sus principales. Siempre que se hacía un arqueo en las cajas de la compañía, se encontraba todo en su lugar, cabal, claro y sencillo; de tal suerte, que aquel trabajo que en otro tiempo había sido muy complicado, había venido á ser fácil por todo extremo, y á convertirse en una mera formalidad, merced á su talento.

—Vamos á ver, decía sonriente alguno de los jefes. Hoy es día de arqueo, Bermúdez. ¿Cuánto tenemos en caja?

—Doscientos mil pesos, señor.

—¿En cuánto tiempo harémos la visita?

—En dos horas, señor.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—Pues, ea, vamos á verlo.

Y el jefe echaba mano del reloj para medir el tiempo, entregándose á la inspección como quien toma parte en una fiesta.

Y en efecto, tan pronto como se abría la hoja de acero del sótano, aparecían las riquezas guardadas allí tan bien distribuídas y clasificadas, que se comprendía desde luego que podía hacerse su recuento en un periquete. Los billetes de Banco en paquetes enfajillados según su valor; el oro en los cajones del centro; la plata en sacos por la parte de abajo; y los documentos por cobrar en carteras ventrudas, por orden de valores y de vencimientos. Para ahorrarse trabajo, y viendo el inspector á la primera ojeada que todo iba perfectamente, solía no extremar el examen. Contaba los billetes por paquetes, consultando sólo su número y valor, que se veían marcados en las fajillas. Sólo el numerario en oro y plata era objeto de una inspección minuciosa. Volcados con estrépito en las mesas los enormes sacos, se hacía un ruido espantoso con la caída y el retintín de las monedas. Malas lenguas decían que la poderosa sociedad no se abstenía de

meter aquel estrépito, porque trataba de hacer saber "urbi et orbe," que tenía repletas sus cajas, y porque deseaba infundir en el público á la vez que un gran respeto á sus caudales, una ilimitada confianza en su solvencia.

Se entiende que el sueldo de Rafael era bastante bueno. Ganaba tres mil duros anuales.

Cualquiera pensaría, y con razón, que tan ricos emolumentos hubieran sido de alguna utilidad para el viejecito don Joaquín. Porque este buen señor cuando Rafael estuvo en edad de estudiar, no omitió esfuerzo ni sacrificio para hacer de él un muchacho instruído y bien educado. Siempre le tuvo en colegios de primera categoría, pagando por su colegiatura un ojo de la cara, y le trajo vestido con lujo, como si fuese hijo de algún potentado. Don Joaquín había perseguido con esto dos fines: el primero, armar á Rafael con armas de buen temple para el combate de la vida; el segundo, ponerlo en contacto con los jóvenes de la mejor siciedad para que desde niño se fuera formando un buen círculo de amigos, que mucho le valdrían cuando llegase á la virilidad.

Desgraciadamente, los planes del anciano habían salido en parte desacertados, porque aquel trato constante de Rafael con niños acaudalados y aristócratas, ha-

bía viciado la índole de éste de tal modo, que, á trueque de buenas maneras y de exquisito gusto en el vestir, había contraído hábitos de lujo, ostentación y grandeza incompatibles con su situación social. Más tarde, cuando fué joven, se acentuaron más y más en él aquellos defectos. No podía resignarse á vivir en casa pobre y á sufrir las escaseces consiguientes á su estado; y hacía esfuerzos mortales por aparentar lo que no era, obligando á su buen padre á hacer mil locuras para satisfacer sus necesidades ficticias y de prospecto.

Tan desordenadas aspiraciones le sirvieron, es verdad, de acicate para consagrarse á los estudios con ardor y para enriquecer su inteligencia con un gran caudal de conocimientos que más tarde supo aprovechar en el trabajo; pero como sus necesidades de fausto no tenían límite, bastábanle apenas los buenos sueldos que llegaba á ganar, para pagar trajes, relojes, sortijas, botones y otras mil lujosas frovolidades, amén de las comilonas, paseos y placeres á que se consagraba en necia competencia con sus camaradas.

Y sucedió que, como á medida que fueron mejorando sus emolumentos, habían ido creciendo sus gastos, andaba siempre necesitado y discursivo, con facturas que

cubrir, acreedores que apaciguar y vencimientos á que hacer frente. Así se estableció para Rafael una cadena de derroches y de compromisos que de día en día fué creciendo y consolidándose, hasta el punto de envolverlo de pies á cabeza, como la serpiente virgiliana que sofocó á Laoconte y á sus dos hijos.

Nació de aquí, á no dudarlo, el que Rafael, á pesar de sus buenas colocaciones, nunca sirviese á don Joaquín de algo más que no fuese de carga, como cuando era muchacho de escuela; porque reservaba sus pingües sueldos para sí solo, y en la casa paterna vivía, comía y tenía ropa limpia y planchada, sin que le costase un centavo.

La combinación era ingeniosa: á don Joaquín todo el trabajo y para sí mismo todo el beneficio. Era la aplicación de aquella ley llamada vulgarmente del embudo, á sus relaciones filiales. Se entiende que para resolver el problema de un modo tan ventajoso, se había visto precisado á recurrir al engaño; pero como don Joaquín era tan bueno y sencillote, bastó cualquier expediente para envolverle. No sabía defenderse contra la falsía; todo lo creía cierto, y juzgaba sincero á todo el mundo. Así es que Rafael pudo sin esfuerzo persuadirle de que no ganaba más que un sueldo miserable ape-

nas suficiente para cubrir sus gastos de calzado y vestido; logrando por este medio que el viejecito lo eximiera de la obligación de contribuir para los gastos de casa, y le permitiese invertir en atenciones meramente personales, las mesadas de que disponía.

Con todo, había llegado á tal punto el desenfreno de Rafael, que no le bastaba ya ningún dinero para sus dispendios. Ni menos desde que, habiéndose hecho miembro de un casino aristocrático, se aficionó al juego, y se pasaba las noches frente al tapete verde, jugando pocker ó baccara con sus amigos de monóculo, polainas y pantalones de doblados extremos.

Esta afición acabó de dar al traste con los últimos restos de juicio que le quedaban, pues á tal punto llegó á enseñorarse de su albedrío, que bien pronto se tornó en idea fija, en una especie de frenesí sobreagudo. Según sus cálculos, aquella nueva industria iba á proporcionarle recursos para cuanto había menester, y á convertirle de un momento á otro en rico y poderoso.

Largo sería de contar cómo, dominado por tan insensatas ideas, llegó al extremo de tomar de la caja de "Los Puertos Unidos" el primer billete de banco, en calidad de préstamo, y con el propósito de reponerlo muy pronto. Por de

contado que, habiéndolo expuesto al azar del juego, lo perdió en un santiamén. Esto le obligó á tomar otro y otros, aguijoneado más que nunca por el afán de una inmediata restitución; pero como todos se iban quedando en el garito, se veía fatalmente impulsado á continuar la misma práctica y á seguir sustrayendo nuevos y nuevos fondos, de los cuantiosos que habían sido encomendados á su honradez. La gran confianza que le dispensaban sus principales, había facilitado la realización de aquel abuso, pues aunque se habían practicado algunos arqueos en el sótano después de la fecha en que había comenzado á apoderarse de los fondos de la compañía, no se había echado de ver el desfalco, porque los inspectores, según su costumbre, se habían contentado con sumar las cifras marcadas en las fajillas de los billetes, con estudiar bien la cartera, y con contar el numerario.

No obstante, como Rafael no había robado nunca, como había recibido cristiana educación, y como respetaba en el fondo á su bondadoso padre, por más que fuese ingrato con él, no había tenido momento de reposo desde el punto y hora en que se había apropiado el primer billete. No comía casi, pasaba las noches en vela, y se hallaba en tal estado de excitación, que parecía un febricitante. Para calmar los

nervios y olvidar aquellas angustias, había recurrido á otros vicios: bebía con exceso, trasnochaba y buscaba en los brazos de las mujeres perdidas, una felicidad y un reposo que nada podía proporcionarle. Así fué engolfándose, sin saber cómo, en una situación tan tétrica, que, para vislumbrar alguna esperanza, necesitaba levantar mucho los ojos, como quien está en el fondo de un pozo.

## III

Mientras don Joaquín lleno de júbilo aguardaba en pie á su hijo hasta la media noche, afanoso por darle la plausible noticia de haber recibido el dinero del Banco; en todo pensaba Rafael, menos en volver á su casa.

Había pasado el día cavilando y diciéndose á sí mismo que aquella situación no podía prolongarse. Debía ya miles de pesos á la caja, y un día ú otro sería descubierto el desfalco. Le aguardaban la vergüenza, la cárcel, la deshonra. Cuanto había en él de digno todavía, protestaba contra aquel desenlace, y con toda la energía de que era capaz, juraba que había de evitarlo. ¿Cómo? Con emoción formada de rabia y de terror, lo sabía ya.

Al caer la tarde, cansado de tanto devanarse los sesos, salió del almacén, so pretexto de traer entre manos un urgente negocio de familia, y cuidando antes de tomar el sombrero, de abrir la caja y de coger algunos nuevos mazos de billetes.

Al llegar la hora en que se abría la sala de juego, se dirigió al casino, y sin más preámbulo, tomó asiento ante la mesa. Pidió de beber para dominar la emoción, y procuró manifestarse decidor y contento; pero no logró embriagarse del todo, porque era tal la fuerza de sus reflexiones, que no había cadena capaz de, sujetarla. Y fué apostando billete tras billete, y los fué perdiendo todos; y en cada uno de ellos ponía todas sus esperanzas, y todas le salieron fallidas.

Y lleno de congoja, oraba á Dios en su interior, diciéndole:

—Señor, protégeme; haz que recobre cuanto he perdido, para restituirlo á las cajas que custodio, para no perder la honra, para no matar de vergüenza á mi padre. Y no volveré á jugar, y me tornaré bueno.

Pero Dios no oyó sus votos. La suerte continuó volviéndole las espaldas, y en fuga desesperada fueron pasando todos sus fondos á poder del montero.

Sería la una de la mañana cuando lívido, estenuado y medio loco, salió del casino con paso vacilante.

Se había dejado en el bolsillo un último billete de cien pesos.

Por costumbre y casi maquinalmente, se dirigió á la casa de Antonia. Era Antonia una alegre muchacha con quien se había ligado en los últimos tiempos. Costurera sencilla y candorosa, no había sabido resistir á la seducción de Rafael: y éste, con parte del dinero robado, la había instalado en casa lujosa, le había regalado trajes elegantes y le había dado mucho dinero. Y ella, la infeliz, estaba en la embriaguez de su primer cariño, aunque impuro, y de su primer bienestar, aunque adquirido á tanta costa. Y Rafael sin saberlo, la quería también un poco.

La joven, que solía aguardarle hasta la madrugada, estaba todavía en pie cuando llegó Rafael.

—Vamos, la dijo éste al entrar, estoy de buen humor y tengo antojo de cenar bien.

—Me encuentras desprevenida, contestó Antonia, y, además, está dormida la criada.

—Pues vamos al restaurant.

—¿Tan tarde? objetó la joven.

—Para el dinero no hay horas, dijo Rafael. Pagando bien la cena, nos la servirán en cualquier parte.

—Como quieras, dijo Antonia con doci-

lidad, poniéndose el sombrero y el abrigo.

Llegados al restaurant, pidió Rafael una cena riquísima, y vinos de los más caros; y comió y bebió con verdadero furor, como si hubiese tenido hambre y sed de dos ó tres días. Pero por más esfuerzos que hizo, no logró ponerse jubiloso.

Al fin vino el champaña. Rafael se bebió casi solo una botella, entretanto que la joven le contemplaba con asombro mezclado de alarma.

Y levantando Rafael la copa llena del hirviente licor, dijo:

—Antonia, brindo por ti; por tu belleza, por tu gracia, por tu dulzura. Ha sido una dicha para mí haberte encontrado en mi camino, porque has hecho brotar en él algunas flores, las únicas que han embalsamado mi vida en estos últimos tiempos. Pero tú que eras pura cuando te conocí, y que tenías ante tí el porvenir dulce y dichoso de la mujer honrada, no puedes bendecir el día en que me conociste.

Al pronunciar estas palabras, flaqueó la voz del joven.

—¿Qué tienes? interrumpió Antonia. ¿Qué te pasa? Algo extraño hay en ti. En todo lo advierto, y más que verlo, lo adivino.

—Tengo remordimientos, murmuró el joven con amargura.

—No te aflijas, repuso la joven, ya sabes lo que te quiero.

—No me digas que me quieres, dime que me perdonas.

—No, eso nunca, porque sería rebajarte.

—Necesito que me dés tu perdón.

—Mi perdón no, mi cariño sí.

—Antonia, esta es nuestra cena de despedida.

—¿Por qué, Rafael?

—Porque voy á emprender un largo viaje.

—¿Te vas? Pues no me separo de tí; llevame contigo.

—No puedo, tengo que ir solo; él deber me lo ordena.

—Pero ¿á dónde?

—Muy lejos.

—¿A dónde?

—Más allá de los mares.

—¿Y volverás pronto?

—¡Quién sabe! Pero antes de partir, necesito que me perdones.

—Ya te dije que no tengo qué perdonarte.

—¿Me lo rehusas?

—Sí; ven á mis brazos.

—No, á tus plantas. Te besaré los pies para que me perdones.

—¿Qué es eso, Rafael? Vamos, levántate.

Y la joven pugnaba por levantar á su amante, y por ocultar bajo la falda los pies que él buscaba con los labios.

—No, repuso Rafael con firmeza, no me levantaré hasta que me hayas perdonado.

Antonia vaciló todavía; pero viendo que no había otro medio de salir del paso, murmuró:

—Te perdono, Rafael; con todo el corazón te perdono.

El joven se echó á llorar, y le besó las manos con reconocimiento.

## IV.

Comenzaba á clarear la mañana, cuando Rafael dando tumbos de beodo, entró en su habitación. No hacía largo rato que don Joaquín se había quedado dormido. Cansado de esperar, se había metido en la cama, proponiéndose despertar al menor ruido para hablar con su hijo y darle la buena noticia.

Rafael entró en su habitación con el mayor sigilo, escribió unas líneas que metió en una cubierta y dejó sobre la papelera, puso el revólver sobre el buró y se metió en el lecho.

En aquellos momentos sonaron fuertes golpes en la puerta de la accesoria. Don Joaquín despertó en el acto, y creyendo que los daba Rafael, y se apresuró á abrir la puerta.

Era Antonia que acudía jadeante.

—¿Es ésta la habitación de Rafael Bermúdez? preguntó.

—Sí, repuso don Joaquín atónito. ¿Qué se ofrece?

—Quiero ver á su padre. Es urgente.

—Servidor de usted.

—Señor, prosiguió la joven con suma rapidez y casi sollozando, señor, es preciso vigilar á Rafael, se lo vengo á decir á usted.

—¿Por qué? interrogó el pobre anciano perdiendo el color.

—Porque medita algo terrible.

—¿Contra quién?

—Contra él mismo.

El anciano sintió que se le extraviaban las ideas, y siguió preguntando maquinalmente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he adivinado por lo que me ha dicho.

—¿Dónde lo vió usted?

Vivo rubor enardeció las mejillas de la joven.

—No me lo pregunte usted, repuso. Vuele usted á donde está Rafael .

—No ha venido todavía.

—Aquí está, repuso Antonia con exaltación y empujando la puerta para entrar en la accesoria. Le he venido siguiendo; acaba de entrar. Vamos.

Y cogió por la mano á don Joaquín, dirigiéndose al interior de las habitaciones.

En aquel momento se oyó una detonación sorda y ahogada en el fondo de la vivienda.

El anciano y la joven se pararon petrificados. Sus manos, que estaban unidas, se helaron súbitamente.

Antonia fué la primera en sacudir el estupor. Corrió al sitio donde se había oído la detonación. Halló la puerta cerrada; pero era vieja y sólo estaba asegurada con picaporte por la parte de adentro. La abrió con violencia, y entró. Estaba el cuarto lleno de humo y olía fuertemente á pólvora. Corrió al lecho, y vió á Rafael agitado por las últimas convulsiones de la agonía, boca arriba y con la cabeza sobre las almohadas. Su diestra convulsa, que se movía sobre el pecho, tenía asida una pistola todavía humeante. Por la parte superior del cráneo, manaba un mar de sangre negruzca y espesa.

## V

Serían las diez de la mañana cuando don Joaquín, que había sufrido una serie de vértigos y accesos nerviosos, se

sintió con alguna fuerza para volver al cuarto de su hijo. No hubo fuerza capaz de estorbarle el paso. Quería verle por la última vez, quería darle su postrera despedida. Entró arrastrando los pies como un decrépito; había acabado de envejecer en unas cuantas horas.

El joven suicida yacía en su lecho, limpio, afeitado y lujosamente vestido. Piadosas manos le habían envuelto la cabeza con un vendaje negro, y le habían atado las manos, poniendo un crucifijo entre sus dedos crispados.

Don Joaquín cayó sobre el cadáver como cuerpo inerte.

—¡Hijo! ¡hijo mío! gritaba. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo fué eso? No tenías por qué. ¡Yo te quería tanto! Eras mi única esperanza. No puedo vivir sin tí. ¿Por qué has sido tan ingrato? ¿Por qué has desafiado á Dios? El te perdonará, sí, te perdonará. ¡Perdónalo, Dios mío!

Diciendo esto, echó una mirada en torno, como buscando la causa de la terrible determinación de Rafael, como interrogando á los muros, á los muebles, á todos aquellas cosas inanimadas, sobre los antecedentes de tan espantoso misterio; y sus ojos tropezaron con la carta que el joven había dejado sobre la papelera. Tomó el pliego y lo rompió.

Y á través del velo de sus lágrimas, leyó lo siguiente:

"Padre:

"He manchado tu nombre. Robé siete mil ochocientos cincuenta pesos de las cajas del almacén. Conozco mi delito, y me aplico la pena que merezco: por eso me mato. Perdóname.

RAFAEL."

Don Joaquín sintió el aguijón de la deshonra más fiero y punzante que el del dolor. Pareció que alguna mano misteriosa había tocado un oculto resorte de su organismo. Se irguió cuan alto era, cesó de temblar, se secaron sus lágrimas, y una expresión de severidad inusitada, casi de fiereza, contrajo sus marchitas facciones.

Y rechazando el auxilio y la solicitud de cuantos le rodeaban, entró en su cuarto, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Cuando llegó al almacén de "Los Puertos Unidos," encontró el establecimiento en gran alarma y confusión. Acababa de saberse el suicidio de Rafael, y tanto los principales como los dependientes estaban hondamente consternados.

Gran sorpresa causó la presencia de don Joaquín, á quien se creía anonadado

por el golpe. Todos, al verle, le dieron testimonio de simpatía y de respeto, en tanto que él respondía con sequedad y brevemente á las frases que le iban dirigidas, y se dirigía en busca del gerente.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo este al introducirle en el despacho, creyendo que el anciano acudía en solicitud de algún auxilio. Fué un excelente empleado el hijo de usted. Reciba usted nuestro pésame más sentido. Estamos dispuestos á cumplir nuestro deber: disponga usted de nosotros.

—No es eso, señor, repuso don Joaquín. Hágame usted el favor de cerrar esa puerta; quiero hablar á solas con usted.

Hecho esto, y respondiendo á las miradas interrogadoras y atónitas del jefe, continuó don Joaquín:

—Mi hijo ha robado la caja.

—No, señor.

—Sí, señor, por eso se ha matado

El gerente estupefacto, no hizo más que ver á don Joaquín con ojos alelados.

—Aquí tiene usted la prueba, prosiguió el anciano entregando á su interlocutor con mano trémula la carta de Rafael.

El gerente al pasar los ojos por ella, cambió de color y expresó en la contracción de sus facciones la lucha que la indignación, la piedad y la sorpresa se estaban librando en su ánimo.

—¡Nunca lo hubiera creido! exclamó.

—Menos yo, señor, repuso el anciano anonadado y limpiándose los ojos con el pañuelo.

—¿Me permite usted conservar esta carta? prosiguió el principal.

—No, señor, contestó don Joaquín.

—La necesito, prosiguió el jefe.

—¿Para qué?

—Para entregarla á la justicia. Debe hacerse una investigación.

—Precisamente á eso he venido, á evitar la publicidad, á evitar el escándalo. Quiero defender la honra de mi pobre hijo. Ayer he recibido seis mil pesos en el Banco. Aquí los tiene usted. Cubren la mayor parte del desfalco.

Y el anciano sacó de los bolsillos de su redingote, los seis mazos de billetes que no hacía veintecuarto horas le habían sido entregados. En ellos había puesto todas sus ilusiones, toda su esperanza. Al entregarlos se condenaba al trabajo inexorable, á la mendicidad tal vez, al hospital para cuando enfermase, á la fosa común para cuando muriese.

—Aun faltan mil ochocientos cincuenta, agregó, para saldar el crédito; pero soy empleado del Registro Civil y ganó cincuenta pesos mensuales. Abonaré cuatrocientos ochenta anuales, hasta dejar solventada la deuda. Puede usted escribir el pagaré. Lo firmaré en el acto.

El gerente tomó maquinalmente los seis mazos y contó los billetes. Luego, irreflexivamente y siguiendo el curso de sus pensamientos íntimos, preguntó:

—¿De dónde dice usted que viene este dinero?

—Comprendo, señor, repuso don Joaquín. Duda usted de mí, y cavila cómo habré podido reunir esta suma. Acaso se imagina que es parte de los fondos substraídos; acaso halla también sospechosa mi probidad. Tiene usted razón; para todo eso da motivo la desgracia que me aflige. Es lo que más me duele...

Y al pronunciar estas palabras, el mísero anciano, agotada ya la tensión de su sistema nervioso, prorrumpió en llanto desbordado.

—Señor, continuó juntando las manos con estrépito y elevándolas arriba en señal de protesta: en mi casa ha habido siempre pobreza, humildad, pero nunca mala fe, nunca falta de respeto á lo ajeno. Es lo primero que se ve, es lo primero.... Por lo demás, puede usted mandar preguntar al Banco si es cierto que por orden judicial me entregó ayer esos seis mil pesos.... ¿No ve usted que si no fuera honrado, no vendría á traer ese dinero? ¿No ve usted que si no lo fuese, guardaría para mi esos fondos, aun cuando fuesen fruto de un delito? ¿No ve us-

ted que nadie me obliga á dar este paso, y que he dejado el cadáver de mi hijo, y he venido hasta aquí ahogando mi dolor y bebiéndome las lágrimas, sólo por salvar el nombre de Rafael?

El jefe, conmovido por aquellas palabras, por aquel gesto y por aquellos ademanes patéticos, indescriptibles, que retrataban el estado interior de un alma recta, sencilla y hondamente perturbada, se arrepintió de haber dudado, y penetrado de la sinceridad de su interlocutor, le dijo:

—No quise decir eso, señor, usted me ha entendido mal....

—De modo que ¿no duda usted de mí?

—De ningún modo, no se atormente usted con esas ideas. Negocio concluído.

Y se dispuso á guardar los billetes.

—Aun no he firmado el pagaré, objetó don Joaquín.

—¿Cuál?

—El que he ofrecido para saldar la deuda.

El gerente había olvidado aquel detalle para él sin importancia, porque dadas las condiciones pecuniarias de don Joaquín, estimaba inútiles sus promesas de pago.

—No se necesita, repuso: basta con esto. Y señalaba los mazos.

—No, señor, insistió el anciano; permítame usted cumplir lo ofrecido. Abonaré

cuarenta pesos al mes, y en el término de cuatro años, habré acabado de pagar capital é intereses.

—¿Va usted á vivir con diez pesos mensuales?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Yo lo sabré. Es cosa que me incumbe.

—Permítame usted que no acepte. El almacén de "Los Puertos Unidos" es bastante poderoso para prescindir de menos de dos mil pesos sin desequilibrarse. Damos por perdonado ese pico.

Don Joaquín frunció el entrecejo y se puso rojo.

—No he venido á eso, dijo, ni acepto el perdón. Lo robado se restituye.

—¿Pero si nosotros renunciamos á nuestro derecho?

—Yo rechazo la generosidad como una ofensa; para quedar satisfecho y poder alzar la frente, necesito pagar.

—En ese caso, repuso el gerente convencido de la inutilidad de su insistencia, que sea como usted lo quiere.

—Pues hágame el favor de escribir el documento.

El gerente tomó la pluma y escribió. .

—Ahora sí, exclamó el anciano al subscribir el pagaré y respirando con fuerza, ya podré decansar de esta pena. ¿Me asegura usted que no se sabrá nada?

—Sí, señor, se lo aseguro.

—¿Por la salvación de su alma?

—Por la salvación de mi alma.

—Dios se lo ha de pagar... Con permiso de usted, vuelvo con mi pobre Rafael, que me espera.

Y acompañado por el principal hasta la puerta del establecimiento, salió de allí el buen anciano más pobre que nunca, y ya sin esperanzas; pero satisfecho por haber salvado de la deshonra su nombre y el de su hijo.

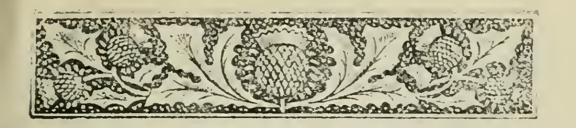
El principal al despedirle, ordenó en voz alta á los dependientes:

—¡Vamos! ¡A entornar las puertas y á colgar de crespón la fachada del almacén! La casa ha sufrido una gran pérdida con la muerte de su cajero.



# EGOISMO TRAGICO

A Rafael Delgado.



# I

# EL BAZAR

A la salida del teatro, mi viejo amigo Eustaquio Alcázar y yo nos dirigimos al restaurant del Bazar para tomar algún refrigerio.

Eustaquio, que vive todavía—y por muchos años si á Dios le place,—es lo que se llama un hombre del pasado, asi por sus ideas como por sus gustos, que no han podido amoldarse á las nuevas circunstancias de la época. Floreció él, poco más ó menos, en el período de restauración que siguió á la caída del segundo imperio. Entonces fué cuando su juven-

tud llegó á pleno desarrollo, cuando triunfó en la calle de Plateros por el lujo de sus trajes, y cuando hizo sus mejores conquistas amorosas. Algo literato, algo artista y dotado de un poco de imaginación y de otro poco de sensibilidad, que nunca tuvo aplicación seria y continuada á cosa alguna—obra literaria ó artística,—había pasado la vida rondando en torno de cuantos se consagraban de verdad á las letras ó á las artes, contentándose con el placer de codearse con los iniciados, aun cuando fuese en calidad de comparsa. Había conocido y tratado á Peredito, á Altamirano y á Prieto, y contaba una multitud de episodios de las vidas de Acuña y Flores. Tengo para mi que muchos de ellos han de haber sido parto de su magín, pues á creer sus narraciones, la existencia de esos poetas habría sido un tejido continuado de sucesos románticos y novelescos; siendo así que la vida de los poetas, vista de cerca, suele ser igual á la de los otros mortales. De ellos puede decirse lo que tan finamente observa Pascal respecto de los filósofos: "de ordinario no podemos imaginarnos á Platón y á Aristóteles, sino envueltos en amplios ropajes y siempre graves y serios. ¡Eran buenas gentes que reían con sus amigos!" ¡A la buena de Dios! Así se necesita para que los nervios pierdan

su rigidez sibilina y se refresque la máquina puesta á las veces á una tensión demasiado alta.

Complacíame por todo extremo la conversación de mi amigo, porque era instructiva y llena de interés. A su conjuro aparecían ante mi vista con los colores de la verdad, épocas y personajes ya desaparecidos, y desconocidos episodios y anécdotas de hombres notables. Ora me refería la entrada de Juárez en México designando las calles por donde pasó hasta llegar al palacio de gobierno; ora me relataba menudamente los festejos organizados con ese motivo, sin omitir la descripción de la estatua colosal de yeso que representaba la Libertad y la Victoria la República, y que fué erigida en la Plaza de la Constitución. El vió á don Juan José Baz de melena larga y á caballo, al entrar en la capital, y al General Riva Palacio á caballo también, vestido de militar, con pantalón blanco, bota fuerte, chaquetín azul y kepis bordado de oro.

En tocándole la cuerda literaria, era incansable su verba. ¡Qué recuerdos del "Renacimiento" de 1868! ¡Cuántas anécdotas de sus redactores! ¡Cómo se atropellaban en su recuerdo Altamirano y Acuña, los dos Sierras y Franz Cosmes! Aquello había sido literatura, no la que hoy se estila. En ese tiempo Justo Sierra

llevaba cabellera romántica, escribía las "Memorias de un pianista" y componía odas de metáforas desmesuradas, á la Víctor Hugo; Altamirano adquiría la reputación de maestro, en medio de una pléyade de jóvenes entusiastas que le amaban y aplaudían; Santiago Sierra pasmaba por su erudición á la Pico de la Mirándola; Franz Cosmes hacía hermosos versos amatorios ó filosóficos, que aun no se olvidan; y Acuña se revelaba poeta de primer orden en medio de una existencia febril de estudio, amores volcánicos y cantos admirables.

Hablando de estas cosas, animábase Eustaquio de un modo increíble. Chispeábanle los ojos, temblábale la voz y daba muestras de una emoción muy honda y muy sincera. En realidad, aunque vivo todavía, adivinábase que se sentía dislocado de su sitio en la edad actual, y que su existencia se alimentaba de recuerdos. Apenas fijaba la atención en los sucesos contemporáneos, por distracción y por desdén. Aun en su traje lo demostraba. Hombre acomodado y que vivía de sus rentas, andaba vestido á la moda arcaica, como si hubiese improvisado su traje en la casa de un prendero de viejo. Y lucía amplios pantalones recogidos en angostas entradas y formando pliegues sobre el calzado; botines de alto tacón que

terminaban en plancha redonda y adelgazada; levita acinturada de faldas minusculas; y sombrero de seda de altísimo tubo, echado hacia la oreja derecha. Una bomba de pelo saliente y esponjada sobre la oreja izquierda, parecía destinada á formar equilibrio y simetría con la chistera. Tal era, según los confusos recuerdos de mi adolescencia, la moda de nuestros pisaverdes más conspicuos á la caída de Maximiliano.

Por lo demás, Eustaquio carecía de pretensiones: era un buen hombre en el fondo. Había venido á este mundo á ser satélite, y no había hecho más durante su vida, que girar en torno de escritores y periodistas, sin producir nada, pero formándoles corte, acompañándolos por calles, teatros y paseos, quitándoles el tiempo, haciéndolos rabiar en las redacciones, y fundando todo su orgullo y toda su satisfacción en frecuentar su trato, tutearlos y dárselas de íntimo de ellos.

La época en que gozó de más considerable favor cerca de esa "hélite" prestigiosa, fué por los años de 68 á 77, como si la caída de don Sebastián—no el de Portugal, se entiende—hubiera traído su propia caída. El carácter científico de los escritores modernos y el decadentismo de los poetas jóvenes, le entristecían sobremanera, siendo evidente para él que las

nuevas generaciones retrogradaban y caminaban á una ruina completa.

Al llegar Eustaquio y yo a la fonda, nos instalamos en un gabinete, para estar á nuestras anchas y conversar á nuestro sabor de cosas viejas é idas. La humeante sopera colocada por el criado en medio de la mesa y la botella de burdeos acabada de destapar, que perfumaba el estrecho recinto con su fino "bouquet," como si fuese un ramillete de flores, avivaron al par nuestro apetito gastronómico y el narrativo. Hice un débil esfuerzo para referir un episodio de mi vida en que, por caso raro, figuraba un ministro; pero mi amigo no quiso prestarme atención: monopolizó la palabra, y dió rienda suelta á su repertorio histórico, refiriéndome una multitud de anécdotas divertidas. Por el momento, vibraba su fibra amatoria. Tratábase de una "prima donna" italiana que fué muy aplaudida en el Nacional en 1874; aquella "diva" le prefirió á los "dandís" más famosos de entonces, le amó ardientemente y hasta pretendió ser su esposa. Para lograrlo, se hizo devota y caritativa por una temporada. Trabajo le costó al buen Alcázar defender sus garantías individuales contra tan recia acometida. ¡Casarse con una artista! ¡El, que no se casó con Angela, ni con Dolores, ni con Nicolasa, ni con Josefa, ni con ninguna de tantas otras bel-

dades, lustre y prez de la aristocracia de México! ¡El, que siempre se había propuesto conservar su libertad á toda costa, por ser el mayor beneficio que puede disfrutarse en este mundo!

Hallábase á esta altura en su improvisación, cuando oímos grande algazara en el ambulatorio; pasos que se acercaban, fru-fru de un traje de seda y alegres voces y risas de timbre femenino. Fijamos los ojos en la mal cerrada puerta, y vimos pasar una pareja regocijada: un joven elegante, de naciente bozo y mirada cínica, y una joven lujosamente vestida, de mejillas arreboladas, labios enrojecidos por el bermellón y ojos orlados de líneas obscuras, que servían como de montadura á unas pupilas grandes, negras y brillantes.

Verla Eustaquio y callar, todo fué uno. No bien hubo pasado la pareja, levantóse con ansia febril, y cerró cuidadosamente la puerta.

Sorprendido ante su inexplicable conducta, volví á él los ojos. Tenía el rostro pálido y trastornado.

—¿Qué significa eso, Eustaquio?, le pregunté. ¿Es esa por ventura la "prima donna" de 1874? Confieso que está bien conservada.

—¡Chitón! repuso alarmado; no hables alto, por caridad.

—Explícame el motivo. En verdad nada entiendo.

—Luego te lo diré; pero calla, por Dios. Y extendió la mano en actitud tan imperativa, que me redujo al silencio.

Así pudimos oir que la ruidosa pareja siguió avanzando por la galería, y que al fin se detuvo no muy lejos de nosotros, y se instaló en otro gabinete reservado. Hubo ruido de sillas, pasos precipitados de mozos, y órdenes dadas sobre consumos. Todo lo observamos cuidadosamente. Cuando por el rumor de los muebles removidos, se persuadió Eustaquio de que los recién llegados se habían sentado á la mesa, volvió á mí el rostro desencajado, y me dijo con voz medrosa:

—¡Es Leonor!

—Pero, ¿quién es Leonor? le interrogué perplejo.

—Leonor Rivera. ¿No la conoces?

—Nunca he oído su nombre.

—Es hija del pobre Jaime Rivera, redactor que fué del "Clamor Nacional."

De pronto no comprendí nada; pero el nombre de aquel diario algo decía á mi memoria. No me era desconocido el título. ¿Cuándo le había oído? Poco á poco, del nimbo de las cosas olvidadas fué destacándose un recuerdo.

—¿El que murió en el duelo con el doctor Zermeño?

—Sí, articuló Eustaquio consternado, el 24 de diciembre de 1875, á las seis y cuarto de la mañana.

—Pero, ¿qué tiene que ver ese hecho con la perturbación que manifiestas?

—Ahora lo verás; voy á explicártelo. La mejor manera de contestar tu pregunta, es referirte los antecedentes y pormenores de ese duelo.

Eustaquio tomó de prisa algunas cucharadas de sopa, como para adquirir fuerzas que le sostuviesen durante el relato; apuró un vaso de burdeos como para recobrar el ánimo, y dió principio á su narración.

## II

## EL CUARTO PODER

Debo explicarte, ante todo, díjome, que por una circunstancia que luego te diré, soy poseedor de las notas escritas por Jaime Rivera sobre este asunto, hasta momentos antes de salir para el terreno del honor. Por eso conozco perfectamente todos los hechos, aun los más recónditos que con el suceso se relacionan. Varios de ellos pasaron á mi vista; en algunos

fuí actor; ¡ojalá no lo hubiera sido! Y todos me han dejado hondas y dolorosas memorias.

Jaime era un buen chico, de esos á quienes solemos dar en sociedad el nombre de excelentes sujetos. No tenía gran talento ni gran instrucción, era mediano en todo; pero á fuerza de escribir diariamente y de batallar con editores, cajistas, correctores y prensistas, había acabado por ser un gacetillero verdaderamente útil. Cumplido como un sajón, exacto como un cronómetro, é incansable como una máquina, era en su género una verdadera precea, que se disputaban los dueños de los diarios más célebres. En aquellos tiempos en que no era conocido el reportaje, podía ser considerado Rivera desde el doble punto de vista de colector de noticias y de gacetillero, lo que daba un alto precio á sus servicios. Al dejar la mesa de redacción, bien entrada ya la noche, se iba por esos mundos solo ó en compañía de su esposa en busca de nuevas, rumores y cuchicheos, que almacenaba en la memoria con seguridad asombrosa. Al día siguiente, deslizábase su pluma relatando y poniendo en orden todas esas especies, bien preparadas y sazonadas con títulos intencionados, con

preámbulos aperitivos y con comentarios de "primo cartello."

De esta suerte, mediante un trabajo asiduo y una labor agobiadora, había logrado Rivera hacerse pagar un sueldo mensual de cien duros—cosa inaudita en aquella edad— con los cuales vivía algo menos que medianamente en compañía de su esposa Juana y de su hija Leonor, niña de pecho en la época á que aludo. Jaime, en realidad, era un bohemio. Nunca supo administrar sus fondos, ni dominar sus aficiones, ni medir sus desembolsos. No bien recibía el semanario de veinticinco duros, se iba por las tiendas de ropa ó de ultramarinos comprando telas, cintas y encajes, ó conservas alimenticias, botellas de vino y confituras con que regalar á su adorada familia. Juana, que era prudente, aunque le agradecía las finezas, se llenaba de pena pensando que nada se abonaba á las deudas contraídas, que había que pagar intereses, y que el semanario mermadísimo que llegaba á sus manos, no bastaría para los gastos de los siete días que quedaban en perspectiva antes de un nuevo pago. Pero Jaime no pudo entender nunca tales advertencias, y acostumbraba contestar á su consorte, cuando se las hacía, que no se apenara por tan poca cosa; que él estaba joven, y que así seguirían viviendo hasta que Dios

fuese servido, como habían vivido ya los dos años que llevaban de matrimonio, durante los cuales, y bajo aquel mismo régimen, habían podido pasarla sin que les faltara casa que habitar, sustento sobrado y trajes decentes con qué cubrirse.. ¡Y nada, que no entendía de razones ni oía por ese lado! En vista de lo cual, Juana desalentada, casi no luchaba ya. El ejercicio fiscal del matrimonio, entretanto, andaba siempre desnivelado, con los egresos superando á los ingresos, con cargo de intereses ruinosísimos y sin esperanza de poder llevar á cabo una conversión, obligando á los acreedores á sujetarse á réditos menores y á perder sus derechos en caso de no ajustarse á estos ó aquellos requisitos, como lo hacen los Estados más respetables.

A Jaime, por fortuna, no se le daba un ardite de aquella balumba de dificultades. Amaba á su mujer como Romeo á Julieta y tenía una verdadera adoración por su pequeña Leonor. Nada le importaba el porvenir; estaba seguro de que nunca le faltarían medios para ganarse el sustento.

Era yo concurrente asiduo á la redacción del "Clamor Nacional," y me trataba mano á mano con sus redactores, que eran, aparte de Rivera, tres literatos de gran fuste: Blas Gómez, Liberato Ma-

drigal y Tiburcio Ros. Parece que los veo: eran jóvenes todos, entre los veinte y los treinta años, muy instruídos y llenos de suficiencia. El que descollaba más en el grupo era Gómez, quien escribía editoriales incendiarios haciendo uso del lenguaje de un revolucionario francés. Estaba muy familiarizado con la lectura del "Libro de los Oradores" de Cormenin, y tengo para mí que se juzgaba á veces un Mirabeau, otras un Danton, otras un Odillón Barrot; con la única diferencia de que, en vez de pronunciar sus discursos, los escribía. Liberato Madrigal atacaba las cuestiones financieras al estilo de entonces. Toda su teoría estribaba en echar en cara al gobierno sus gastos inútiles y sus enormes dispendios. Sostenía que los diputados no merecían ganar una peseta, porque eran unos holgazanes; que se debían suprimir los escribientes en las oficinas; y que los sueldos de todos los funcionarios y empleados públicos, del Presidente abajo, eran por todo extremo exagerados. Su tema constante era "¡economías!" "¡economías!" "¡economías!" y no salía de él para nada. Tiburcio Ros era crítico de arte. Tenía tarjeta de favor para entrar gratis en los teatros y se paseaba frecuentemente por la Academia de San Carlos, examinando los cuadros de Juárez, Alcíbar, Clavé y otros maestros,

como si entendiese de pintura. Escribía juicios críticos de dramas, óperas y tragedias; lanzaba fallos olímpicos sobre autores y actores y proclamaba en voz alta que su misión era sagrada—un verdadero sacerdocio.

"El Clamor" era periódico de oposición rabiosa, por de contado. Nada bueno hacía, en su concepto, el gobierno establecido; ni en lo legislativo, ni en lo gubernativo, ni en lo judicial: era el peor de todos los que habían surgido en nuestra historia. Todo era pésimo en derredor: el país caminaba á su ruina; habían llegado los instantes supremos; los patriotas estaban en el deber de agotar sus esfuerzos para salvar la cosa pública. "¡Ahora ó nunca!" gritaba, dando á entender que otra revolución era indispensable.

El elemento oficial no se dormía, entretanto, sobre las pajas. Tenía periódicos subvencionados que le defendían á capa y espada, y briosos escritores que sostenían todos sus actos. Según ellos, jamás había errado en nada la pública administración: eran salvadoras sus medidas, sapientísimas sus leyes y acertadísimos los fallos de sus tribunales. Y, por decirlo de una vez, la oposición, en su concepto, era un "pandemonium" de ambiciosos sin prestigio, intrigantes sin fe y canalla revoltosa formada por la escoria del pueblo.

El resultado de tan opuestos é irritantes escritos, fué, como es fácil comprender, que los redactores de uno y otro bando se pusieran como chupa de dómine á sarcasmos, dicterios é ironías; de tal suerte, que aquella contienda degeneró bien pronto en disputa personal y escandalosa. El público, que nunca pierde el instinto feroz, tomaba grande interés en esos torneos periodísticos, husmeando con delectación algún lance entre escritores; y tanto alentaba á los unos como á los otros, comprando de preferencia los papeles que contenían mayores diatribas y aplaudiendo en cafés y corrillos la energía de lenguaje y el denuedo de los periodistas. Estos entretanto, como los gladiadores antiguos, admitían orgullosos servir de espectáculo á los desocupados, y se mostraban dispuestos á hacerse añicos por obtener el aplauso de los suscritores. ¡Ave, César!

Jaime tomaba muy débil parte en la discusión, entregado al "noticierismo" en cuerpo y alma; así que á él no le tocaban las sátiras y pullas de los ministeriales.

Desgraciadamente, el impetuoso Blas Gómez trabó desde las columnas del "Clamor," una polémica furibunda con el "Paladín," órgano semioficial, según en público se decía, del Ministerio de la Guerra, redactado por el doctor Zerme-

ño, médico de aspecto desmedrado, pero de recia pluma, que arrancaba girones de piel y pedazos de carne día á día á los enemigos del orden establecido. Comprometidos en lucha descomunal Gómez y Zermeño, no tardó éste en zaherir cruelmente al editorialista del "Clamor," quien contestaba sus dicterios con cierta prudente reserva, so pretexto del respeto debido al público, de la incongruencia de las injurias con la sana razón y de una á modo de superioridad innata que se atribuía, y que le alzaba cien codos sobre las ofensas que se le dirigían. Zermeño se burlaba de él y lo desollaba vivo dos ó tres veces por semana.

Así las cosas, un día apareció en la gacetilla del "Clamor," un suelto enconadísimo contra Zermeño. Llamábasele en él mediquillo de tres al cuarto, matasanos y otras cosas capaces de sulfurar á la estatua de la resignación. Rivera, al leerlo, quedó consternado. ¿Quién era el autor de aquel párrafo? El no lo había escrito, ni lo había hallado en la plana donde apareció después, al corregir las pruebas últimas del periódico. Interrogó indignado á los cajistas, y supo por ellos que Gómez los había obligado á última hora á suprimir uno de los sueltos de la plana ya formada, para substituirlo con aquel párrafo atroz.

Jaime echó en cara al editorialista su mal proceder, y le declaró paladinamente que no estaba dispuesto á cargar con responsabilidades ajenas, ni quería servir de parapeto para que manos extrañas asestasen tiros contra enemigos que no lo eran suyos. A lo que repuso el impetuoso Blas Gómez, que no había menester que nadie le ayudase á salir de apuros, ni llamaba á persona alguna en su propio auxilio; que lo que había hecho era tan sólo valerse de un ardid estratégico para que la actitud del "Clamor" fuera homogénea, ya que Rivera se desentendía de cumplir sus deberes de oposicionista; y que no sufriera pena por lo ocurrido pues él sabría cumplir con sus deberes de caballero proclamando ser el autor del escrito, siempre que fuese necesario.

Tranquilo un tanto Rivera con aquella protesta, se limitó á prevenir al editorialista que no volviese á invadir sus terrenos, lo que éste le ofreció de mala gana.

Casi olvidado tenía Jaime el incidente, cuando al recorrer la prensa á la mañana del siguiente día, sentado ante su mesa de redacción, tropezaron sus ojos con un entrefilet del "Paladín," que le iba dirigido.

—Voy á procurar—advirtió Eustaquio —recordar textualmente lo que decía el "entrefilet."—Y meditó un poco.

—Estaba concebido—prosiguió—en los siguientes términos:

"El Clamor Nacional" ha resuelto desencadenar contra nosotros toda una trahilla de perros hidrófobos. Los primeros ladridos salieron de la sección editorial; ahora brotan de la gacetilla. Sólo que más bajos y viles que los que lanzaba el famoso don Blas; pero no estamos por el capítulo de permitir que los reptiles nos ensucien con su baba asquerosa. Preferimos el buldog de los editoriales al falderillo de la gacetilla. Contra el primero emplearíamos el bastón; contra el segundo la punta de la bota. Sépalo el imbécil."

—Al leer aquellas líneas crueles—continuó Alcázar—quedó Jaime como fuera de sí. Se le figuró que de improviso se abría ante sus ojos una boca grande y obscura que le atraía: sintió como un vértigo y circuló por sus nervios una corriente de indignación. Nunca había sido tratado con tanta grosería. Bien se veía que Zermeño no tenía para él más que desprecio.

Dejó su mesa y fuese en busca de Gómez á quien mostró el entrefilet con mano trémula. Leyólo el editorialista y se sintió ufano por verse tratado de buldog en vez de falderillo, y amenazado con el bastón y no con la punta de la bota; y casi se reconcilió "in petto" con Zerme-

ño, que tenía para él tan discretas atenciones. A pesar de todo, protestó que cumpliría lo ofrecido, y que declararía en el próximo número del periódico haber sido él quien había escrito el suelto origen del disgusto. Rivera, muy excitado, le echó en cara haber dado motivo á que le maltratase tan cruelmente el "Paladín": Gómez repuso que no podía pedírsele más de lo que estaba dispuesto á hacer, y que él no tenía la culpa de que, con aquel motivo, hubiese revelado Zermeño la desfavorable opinión que tenía de Jaime. Al ruido del altercado, acudieron el economista Madrigal, y el esteta Ros, quienes, impuestos del caso, y habiendo leído el entrefilet del "Paladín," declararon uniformes que las cosas no quedarían bien arregladas como Gómez lo proponía y Rivera lo aceptaba.

En su concepto, Gómez había hecho muy mal en invadir la gacetilla para atacar á Zermeño, y cumplía el más estricto de los deberes al ofrecer aclarar la verdad de lo sucedido haciendo suya toda la responsabilidad del primer suelto; pero lo cierto era que el entrefilet estaba concebido en términos tan directamente injuriosos contra Rivera, que éste no podía quedar á salvo de sus dardos envenenados con sólo que la contienda siguiese con Gómez. ¿Cómo podría remediar la

crudeza de la frase la "punta de la bota" la confesión del editorialista? Por consiguiente, era absolutamente preciso para el crédito del "Clamor," que Rivera no hiciese orejas de mercader á los insultos de Zermeño; y aun Madrigal y Ros acabaron á poco por cambiar de parecer resolviendo que lo mejor era que Gómez callase por el momento y fuese Rivera el único que tomase la palabra dejando para más adelante la revelación de la paternidad del párrafo. Bien visto el caso, la cuestión actual, fuese cual fuese su origen, era directa con el gacetillero. A pesar de la ira que embargaba á éste, no se dejó cegar fácilmente por aquellas razones, sino que, atendiendo ante todo á sus propios intereses, exigió al editorialista enérgicamente cumpliese desde luego su deber, declarándose autor del suelto provocativo. En vista de su actitud hubieron de ceder los otros redactores, pero obteniendo de Jaime una especie de transacción: Gómez hablaría, pero también él, porque sería humillante que permaneciese en silencio, después de haber sido tan duramente maltratado. Aceptó Jaime el arreglo. Acto continuo se puso á la obra todo el cuerpo de redactores, para confeccionar los párrafos que deberían aparecer subscritos por los interesados. Se hicieron varios borradores, se discutieron

ideas, frases y palabras, y al fin quedó aprobada la forma definitiva de ellos.

Blas Gómez hablaría de esta manera:

"Cumple á mi deber de hombre honrado declarar que el suelto titulado "Matasanos" aparecido en el "Clamor" de antier, fué escrito por mí y no por el gacetillero de este periódico, sobre quien han recaído las consecuencias de aquel escrito, lo que mucho he deplorado. Reconozco el error y presento mis excusas."

A Jaime Rivera se le atribuyó este otro lenguaje:

"Después de la confesión franca de mi estimado compañero de redacción Don Blas Gómez, de haber él escrito el párrafo que tanto ha escocido al doctor Zermeño, cualquier persona medianamente decente que se hallase en lugar de éste, se retractaría de las ofensas que por error hubiese dirigido. ¿Lo hará el redactor del Paladín? En realidad, la duda estriba en no saberse si dicho señor es ó no caballero...."

Rivera objetó las dos redacciones. Las excusas presentadas por Gómez le olían á satisfacción anticipada á Zermeño; y la duda que se atribuía á él, Rivera, sobre la caballerosidad del doctor, le parecía sumamente injuriosa. Pero á todo eso se le contestó: que la satisfacción de Gómez no iba dirigida á Zermeño, pues eso ¡nun-

ca!, sino al gacetillero, como claramente se veía por el enlace de las frases, y que sólo quien no supiese leer no lo comprendería; y que la duda sobre la honorabilidad del editorialista del "Paladín" no era una injuria declarada, (pues no se afirmaba rotundamente que Zermeño careciese de caballerosidad), sino un simple alfilerazo que se le daba en cambio de sus sangrientas provocaciones; que algo tenía que hacer Jaime para no quedar en evidencia ante el público, y que esto era lo menos de que podía echar mano en concepto del cuerpo de redactores; pero que si tenía miedo hasta de aquello, que lo suprimiese en buena hora, pues sus compañeros de tareas no se empeñaban en que lo llevase á cabo sólo porque á ellos les pareciese bien, y se limitaban á dar su opinión sobre el asunto, como amigos del ofendido é interesados en el buen nombre y en la aceptación del "Clamor Nacional."

Rivera se dejó persuadir por aquellos razonamientos, porque necesitaba saciar su rencor de alguna manera. No era cosa para echarse en olvido tan fácilmente, cuanto Zermeño con tan grande altanería y en público le había dicho. Así es que á la mañana siguiente aparecieron ambos párrafos en el periódico.

No se hizo esperar la respuesta del an-

tagonista. Al tercer día fué consignada en el "Paladín" y venía concebida en los siguientes términos:

"Con inaudito cinismo ha confesado el famoso Don Blas habernos injuriado desde las emboscadas de la gacetilla del "Clamor;" pero, supuesto que se muestra arrepentido de su villanía, y que nos lo dice antes de que se lo preguntemos, nada tenemos que hacer con él por ahora, sino dejarle entregado á su propio bochorno. Por lo que respecta á don Jaime Rivera, gacetillero del mismo diario, no tendríamos embarazo en darle una satisfacción cumplida por nuestros ataques, supuesto que no ha sido él nuestro agresor, á no ser por la perversa reticencia con que pone en duda nuestra caballerosidad. Si él nos da explicaciones sobre esto, no irémos á la zaga de su generosidad; si mantiene la ofensa, sabrémos tomar una determinación digna del "Paladín."

La lectura de estas líneas produjo efectos diversos en la redacción del "Clamor." Blas Gómez declaró que el asunto que le atañía debía darse por terminado, supuesto que Zermeño, aunque procuraba zaherirle, no igualaba con su lenguaje la violencia del párrafo titulado "Matasanos," de suerte que en el juego era aquel quien había salido perdiendo; y supuesto también que el mismo adversario no que-

ría continuar con el editorialista la empezada polémica.

Rivera no opinó así, llamando la atención sobre que Zermeño pretendía haber recibido una satisfacción embozada; pero Madrigal y Ros sostuvieron que Zermeño se salía por la tangente, y que era palpable rehuía continuar la cuestión con Gómez. De suerte que quien quedaba en ridículo era Zermeño.

Por lo que hacía á sus propias dificultades con el mismo doctor, Rivera no vacilaba. Ya que Zermeño se daba á partido y ofrecía una satisfacción en el caso de que Rivera explicase el punto indicado, era lógico tranquilizarle á este respecto para cerrar de una vez la discusión. Pero los otros redactores no estuvieron conformes con su modo de raciocinar. Pues qué ¿no valía nada el sangriento desprecio con que Rivera había sido tratado? ¿No era lógico cobrar por él algún desquite? ¿Qué valían las palabras embozadas de Rivera, junto á las rudas, claras y terminantes del "Paladín?" Por otra parte, ser el primero en parlamentar, sería bajo é indigno, y dejaría por los suelos el nombre del "Clamor." En realidad, era evidente que Zermeño contemporizaba, lo que demostraba que no era tan bravo el león como lo pintaban. Así que opinaron en coro que lo mejor que Rivera debería

hacer, era no hacer nada. De esta suerte quedaría dudoso el desenlace, y aun era probable que el público opinase que el campo había quedado por el "Clamor," esto es, por Rivera.

Nunca había pensado Jaime en famas bélicas, ni le habían importado un comino las valentías, pues era manso de carácter, servicial y bondadoso; pero viéndose en ocasión de convertirse en héreo con tanta facilidad—pues se le aseguraba que el episodio no pasaría de allí—aceptó el consejo de sus compañeros, y se propuso guardar un silencio fiero y épico frente al enemigo. Así lo hizo en efecto. Dando impulso á su vena espontánea, continuó ocupándose en la gacetilla de la crónica de la ciudad, sin volver á traer á colación el nombre del doctor Zermeño.

## III

## EL RETO

Pasaron varios días de armisticio, durante los cuales no hubo invectivas ni denuestos del "Paladín." Al fin, bajo el título "Estamos esperando," apareció en ese papel un suelto en que decía el edi-

torialista ministerial que aguardaba la solicitada explicación del gacetillero del "Clamor." A esa excitativa correspondió igual deliberación de los redactores de este periódico, igual impulso pacífico de Rivera, é iguales demostraciones á las anteriores, de parte de sus compañeros, contra todo parlamento.

—No tenga usted cuidado, le decían, no pasará nada. Zermeño no mandará sus padrinos, y si los manda, todo se arreglará amistosamente.

Otro intervalo de silencio que siguió á aquella indicación, sirvió para infundir gran confianza en el ánimo de Jaime, quien llegó á creer concluído el incidente. Durante ese tiempo, voces de lisonja y aplauso sonaron frecuentemente en sus oídos.

—El brabucón de Zermeño sabe batirse ....en retirada, decían los unos.

—Usted le ha tapado la boca, decían los otros.

Los compañeros de redacción se reían á mandíbula batiente de Zermeño y decían á Rivera:

—Lo habíamos anunciado; todo ha quedado en ruido y faramalla. Conocemos á nuestra gente.

Aquellas frases iban poniendo á Jaime como fuera de sí, y á tal punto llegó su engreimiento, que acabó por referir á Juana

lo sucedido, en son de triunfo y pidiendo aplausos. La pobre Juana se azoró al oír el relato; ni siquiera se le ocurrió elogiar el denuedo de su esposo. Lo único que pensó fué que se había puesto en peligro de hacer ó de que le hiciesen algún daño. Tampoco expresó la idea de que la odiosa cuestión estuviese terminada.

—Ni te imagines, dijo á su esposo, que ese señor Zermeño, que ha de tener muy mal corazón, deje las cosas en tal estado. Aun ha de hacerte pasar algunos malos ratos.

—No lo creas, hija, repuso Jaime; pasó ya la oportunidad de que tomase alguna determinación provocativa. Los ánimos se han enfriado por la acción del tiempo.

—No soy de tu opinión. En todo caso, si te provoca á un lance personal, prométeme que no has de aceptarlo.

—No llegará á presentarse la ocasión.

—Pero supongamos que se presente, ¿me lo prometes? No tendré un momento de tranquilidad mientras no lo hagas.

—Te lo prometo, mujer, no te amilanes por tan poca cosa.

—No es poca cosa el peligro á que pudieras exponerte, Jaime: y además, tú no te perteneces. Eres de tu hija y mío. Tu misión es la de velar por nosotros, de servirnos de apoyo en la vida, de ser nuestra providencia en la tierra.... después de Dios, que está en el cielo.

—Cierto, murmuró Jaime caviloso, ¿qué harían ustedes sin mí?

—Irnos al arroyo, no tener que comer, implorar la caridad pública. Mientras ahora, ¡somos tan felices! Es cierto que nada tenemos de sobra, pero, en último resultado, nada nos falta; formamos un grupo muy satisfecho y contento. ¿Verdad que quieres á Leonorcita?

—¡Vaya una pregunta! ¡Como si te perteneciese el privilegio de quererla! La madre es igual al padre, señora. No te dés esos humos de ser la única que quiere á la niña. Con igual título que tú, podría interpelarte sobre el asunto, y decirte: "¿qué, no quieres á tu hija?"

—Es verdad; pero yo no sería capaz de meterme en camisa de once varas, exponiéndome á faltarle á Leonorcita, porque pienso en ella antes que en mí misma. No tengo amor propio, ni vanidad, ni soberbia que se opongan á la consagración de todo mi amor á la niña. ¡Que se rían de mí, que me apunten con el dedo, que me silben, con tal de estar á su lado y poderla arrullar y cuidar, y con tal de velar por ella y de dedicarle todos mis pensamientos, todo mi aliento, toda mi vida!

Jaime se sintió pequeño ante el noble afecto materno. ¿Querría Juana más que él á la niña? No lo podía admitir ni le parecía natural que así fuese; ni consecu-

tía semejante sospecha. Así es que irguiéndose con viveza, repuso á su esposa:

—Tampoco yo me meto en camisa de once varas, señora, ni estoy dispuesto á desertar del campo de mis deberes; á no ser que demos tal nombre á farsas que no valen un ochavo y que carecen hasta de seriedad.

—Como quiera que sea, continuó Juana, has de prometerme que no llevarás adelante esa comedia estúpida. Supuesto que Zermeño aguarda una explicación para presentarte sus excusas, no tardes en dársela para que todo concluya y recobremos el sosiego, para sentarnos á la mesa sin sobresalto y dormir por la noche con la tranquilidad de los justos. Te lo suplico por el angelito que Dios nos ha dado, y hasta por mí, si algo me quieres.... y si te preocupas un poco, nada más que un poco por mí. ¿Me lo prometes, Jaime?

—Te lo prometo, mujer, contestó Jaime con los ojos llenos de lágrimas, te lo prometo.

—Dios te lo pagará, concluyó Juana radiante de gozo.

Bajo aquella impresión llegó Rivera á la redacción del "Clamor," y declaró á sus compañeros que estaba absolutamente resuelto á publicar en su gacetilla que no dudaba de la caballerosidad de Zer-

meño, y que por caballero le tenía; lo que le era tanto más fácil, cuanto que tales eran sus convicciones á ese respecto. Al oirle, pusieron el grito en el cielo sus colegas, diciéndole que con eso iba á perder cuánto había ganado en la opinión pública, y, precisamente, á la hora en que todo peligro de un lance personal había desaparecido. Era evidente que Zermeño no se ocupaba ya del negocio, supuesto el largo tiempo que había guardado silencio; pero la explicación le haría cobrar nuevos bríos y arremetería otra vez y con mayor furia contra el "Clamor" y sus redactores. A pesar de tanta oposición, insistió Jaime en su idea, y como sus colegas pretendiesen disuadirle de su propósito:

—En fin, señores, les dijo, si ustedes quieren seguir la reyerta, síganla por su cuenta; lo que soy yo, me separo de ella porque así me conviene.

Tan terminante declaración obligó á Gómez, Madrigal y Ros á callarse, porque no estaban dispuestos á poner fuego á sus propias casas. Así que, aunque con visibles señales de murria y reprobación, se dirigieron á sus mesas respectivas, y se pusieron á trabajar.

Rivera tomó la pluma para dar forma al suelto explicatorio, cuando entraron en la redacción dos militares: el coronel

Jiménez y el comandante Castellanos, muy conocidos en los círculos sociales de México. Se dirigieron á él, saludáronle con cortesía, y le manifestaron tenían un asunto reservado que comunicarle. Jaime los condujo al saloncito de recibir. Una vez allí, manifestáronle aquellos caballeros que venían en nombre y por comisión de su amigo el doctor Zermeño á pedirle una explicación acerca del sentido de un párrafo en que el gacetillero parecía dudar de la caballerosidad del doctor, que éste había aguardado largo tiempo verla aparecer en el "Clamor;" pero que, cansado de tan nútil espera, había tomado el partido de exigir esa aclaración, que tan justamente se le debía. La cuestión era muy sencilla. ¿Sostenía Rivera que Zermeño no era caballero? En tal caso, los presentes tenían instrucciones de pedir una satisfacción por medio de las armas. ¿No lo sostenía? En tal caso, Rivera debería subscribir una carta en que así lo declarase, y de la cual ellos serían portadores. De este modo, todo quedaría terminado.

El primer impulso de Jaime, bajo la impresión de su reciente conversación con Juana, fué el de allanarse á las exigencias de los militares; pero se sintió lastimado por la altanería de la reclamación. La vista de los galones y de los

entorchados le irritó. ¡Se diría que aquellos oficiales le habían arredrado! El elemente civil quedaría por los suelos; y, vive Dios que, aunque pacífico, á él poco le importaban los coroneles, y hasta los generales. Acabaría por ceder, eso sí, pero poco á poco, con arte, de un modo indirecto y guardando la dignidad hasta lo último. Creyó, pues, conveniente y delicado encomendar el arreglo del negocio á algunos de sus amigos. El aparato seria de mejor efecto, tendría muy buen ver, y se daría tiempo al tiempo. Aun las explicaciones que meditaba, serían menos chocantes en boca de sus apoderados.

Repuso, pues, Rivera á los comisionados que, supuesto que la cuestión tomaba aquel giro, él también nombraría sus representantes y les comunicaría sus instrucciones para que arreglasen la diferencia convenientemente.

Así concluyó la conferencia, y los de Zermeño se despidieron. Rivera los acompañó hasta la cancela, y aguardó en alto la última cortesía, que le fué dirigida desde el descanso de la escalera.

—Fuí testigo de la escena, continuó Eustaquio, porque desde primera hora llegué aquel día, como siempre, á la redacción del "Clamor," para echar un vistazo al "cambio" de la prensa.

Gómez, Madrigal, Ros y yo, que todo

lo observamos, estábamos en ascuas por oír los informes de Rivera; así que recibimos gran contento viendo que éste, al volver á la sala de redacción, se dirigió al grupo que formábamos. Nos refirió cuanto acababa de pasar, sin omitir sus luchas, impresiones, móviles é intenciones secretas.

—Perfectamente, díjole Gómez, ha obrado usted con la cordura que el caso demandaba. Habría sido indecoroso que desde luego hubiese accedido á lo que con tal apremio se le pedía.

—Hubiera sido humillante, agregó Ros con vivacidad.

—Aparte de no ser tan sencilla la cosa como esos señores la pintan, observó Madrigal. ¿Quién ha resuelto que está usted obligado á dar explicaciones?

—En cuanto á eso, repuso Jaime, ya saben ustedes que tengo formada mi decisión. Las daré, pero no tan de repente, ni bajo el rigor de una amenaza.

—Eso es, aprobé yo.

—Se resentiría de ello mi amor propio, continuó Rivera. Por más obscuro é insignificante que sea, tengo mi decoro y á toda costa necesito salvarle.

—Bien dicho, coreamos los presentes.

—En tal virtud, prosiguió Rivera, suplico á ustedes me hagan el favor de ser mis representantes,

—¿Los cuatro?, preguntó Ros. Eso no es posible. Dos deben ser los testigos.

—Los representantes dirá usted, objetó Rivera; los representantes que no llegarán á testigos.

—Como usted guste, contestó Ros.

—En tal caso, continuó Rivera, no sé cómo hacer, pues ustedes cuatro merecen por igual toda mi confianza. Si han de ser dos y ustedes aceptan la molestia, yo no escojo, ustedes resuelvan.

—Por supuesto que aceptamos, dije, nos tiene usted á sus órdenes.

—Como todos pensamos lo mismo, observó Madrigal, no hay más que echar suertes para ver quiénes deben prestar el servicio.

Aceptada la proposición, procedimos inmediatamente á echarlas, y resultamos designados para el caso Blas Gómez y yo. Pero como el editorialista manifestó escrúpulos para tomar cartas en el asunto por sus antecedentes personales con Zermeño, quedó excusado de la comisión y se hizo un nuevo sorteo, que dio por resultado la designación del economista Madrigal.

—Pretesto, dijo el farsante con explosión de buen humor, desempeñar fiel y legalmente mi encargo; y extendió el brazo en ademán de jurar (cosa inútil.... según las leyes vigentes).

Aquella misma tarde comenzaron las conferencias de los padrinos. Madrigal y yo nos vestimos correctamente, y, provistos de una carta credencial de nuestro representado, nos personamos en la redacción del "Paladín," en busca de los padrinos de Zermeño. Allí los hallamos constituídos en sesión permanente al lado del doctor, graves y ceremoniosos.

Los fieros oficiales sentaron desde luego la cuestión en estos términos. Rivera daría una explicación por escrito á Zermeño, ó se batiría con él,; no podía hacerse otra cosa. Madrigal y yo objetamos que el injuriado era Rivera, y que, en todo caso, Zermeño era quien debia presentar primero sus excusas. Nuestros competidores dijeron que eso ya se vería después, y que el doctor cumpliría como bueno sus deberes.... pero á su tiempo; que por el momento el único punto que podía discutirse era el apuntado. Por nuestra parte, creímos de nuestro deber no darnos á partido y continuamos negándonos á complacer á los militares; así fué que las conferencias se prolongaron por tres días.

Esto dió motivo para que el público sospechase lo que pasaba. En tal virtud, Rivera y Zermeño anduvieron en bocas y fueron objeto de vivo interés general. Rivera, sobre todo, lo despertaba muy

grande, sin duda por la moderación habitual de su carácter y por la incapacidad que se le atribuía, aunque por instinto y sin prueba fehaciente, para andar en cuestiones odiosas y ocasionadas á violencias.

Los que no le conocían, se hicieron presentar á él, y algunos que nunca le habían dispensado consideraciones, le saludaban con el sombrero en las manos. Así halagado y alentado por una sociedad superficial y novelera, engañó á su esposa, asegurándole que pronto daría la explicación ofrecida, aunque Zermeño no la pidiese; y fuése dejando embriagar por el vinillo de la notoriedad, que es suave al gusto, pero traidor y capitoso.

Una ó dos veces al día hablaba con nosotros, y nos comunicaba instrucciones. Ni Madrigal ni yo, en obsequio de la verdad, hicimos esfuerzo alguno por serenar su espíritu, perturbado por la vanidad del aplauso callejero; antes bien, le pintábamos la situación como asaz comprometida, é inclinábamos su ánimo cuanto podíamos á la inexorable conservación del ademán provocativo que había asumido. Cuando lo recuerdo, me siento atormentado por el remordimiento; estoy persuadido de que, si nos hubiésemos empeñado, fácilmente hubiéramos obtenido de Jaime la solución pacífica de la diferencia.

Impulsado por nosotros, acabó por atrincherarse ferozmente en esta resolución: no dar explicación alguna antes de recibir satisfacción cumplida. Tenía la certeza, porque se la habíamos infundido, de que al fin cederían los militares, y de que quedaría por las nubes; así es que perseveró en su resolución hasta el último día de nuestras conferencias. Recuerdo que nos la comunicó con tanta firmeza y con ademán tan fiero, que nos sentimos satisfechos y orgullosos los padrinos. ¡Por lo visto, en aquella naturaleza tan dulce y conciliadora, había un fondo de entereza y de energía que nadie hubiera sospechado! ¡Buen chasco iba á llevarse Zermeño si pensaba que iba á habérselas con algún mandria!

Madrigal y yo abrigábamos también la remota esperanza de que los testigos de Zermeño se allanasen á dar la satisfacción previa que solicitábamos; pero no tardamos en ver que nos habíamos equivocado. Al obscurecer del tercer día, celebramos la última junta. En ella se manifestaron enfadados los contrarios, nos acusaron embozada, aunque firmemente, de que prolongábamos deliberadamente aquella situación para embrollar el resultado, y declararon paladinamente que no se prestarían ya á seguir discutiendo los puntos habituales, pues era tiempo de

ahondar otros más conducentes y positivos. Revistiéronse de gran solemnidad, y en altas voces nos dijeron que, agotados les medios pacíficos, no admitían ya de Rivera más que una satisfacción por medio de las armas.

Se inmutó Jaime visiblemente cuando le pusimos al tanto de los últimos sucesos. Comprendió tal vez que había dejado pasar las oportunidades que se le habían presentado para salir airosamente del paso, y que á la sazón, en el estado en que se hallaban las cosas, no era posible más que este dilema: ó dar una satisfacción arrancada por el miedo, ó aceptar el reto y batirse. Repuso, pues, con aparente decisión que, supuesto que las cosas se hallaban en aquel extremo, y que Zermeño insistía en no dar la satisfacción pedida, no cabía más recurso que ir al terreno á donde se le llamaba; qu aunque no era valiente, sabría cumplir su deber de hombre de honor, y que en tratándose de su dignidad, sacrificaría por ella cien vidas si las tuviese. Concluyó dándonos facultades para que arregláse-mos los detalles del lance, de la manera que nos pareciese mejor.

—En manos de ustedes, dijo, pongo mi honor y mi vida. Ustedes sabrán lo que hacen del uno y de la otra.

La frase nos dió calofríos. Eso de te-

ner uno á su disposición el honor y la vida de un hombre, es imponente. Las circunstancias habían ido agravándose gradualmente, y habían acabado por hacerse dramáticas. Cuando entré en la desgraciada aventura, creí que el lance no tendría consecuencias, que Madrigal y yo lograríamos una reconciliación entre los adversarios, y que podría pavonearse con aquel ruidoso asunto, como con un traje á la última moda. Me alarmaba el rumbo que habían tomado los acontecimientos, y aun llegué á pensar eliminarme de la escena, fingiendo un viaje ó con cualquier otro pretexto; pero el deseo mórbido de hacerme notable y una curiosidad malsana—la atracción del abismo podría decirse—me hacían pensar no estaría bien desertar del campo á aquellas horas, ni abandonar á un amigo en trance tan apurado. Así, por medio de soliloquios, llegué á persuadirme de que sería prueba de buena amistad llevar á mi amigo á un lance mortífero y arreglar cuanto fuese necesario para que le matasen.

No obstante, alarmados Madrigal y yo, propusimos hacer cuanto nos fuese dable para impedir que el encuentro tuviese consecuencias funestas. Así fué que, á costa de mil esfuerzos, logramos pactar que el combate fuese á primera

sangre, y, obtenido esto, reclamamos para nosotros el derecho de elegir armas. Los padrinos de Zermeño todo nos lo concedieron, diciendo que, aunque su representado preferiría un duelo más serio, lo aceptaba aun en aquellas condiciones, por tener la satisfacción de medir sus armas con Rivera.

Elegimos, pues, la pistola, pensando que la mayor parte de los duelos con arma de fuego terminan sin efusión de sangre, por la mala puntería de los duelistas. Interrogamos á Jaime sobre si sabía manejarla, y nos contestó que lo hacía regularmente. Y por final de cuentas, nos propusimos llevar á cabo un plan que, á haberse realizado, hubiera evitado la catástrofe y dado fin al negocio á gusto de todos.

Consistía ese plan en cargar las armas por nuestra propia mano, poniéndoles una cantidad tan pequeña de pólvora, que apenas tuviesen fuerza para despedir el proyectil. ¿Cómo lograríamos que los oficiales nos permitiesen desempeñar ese ministerio? Eso ya lo veríamos. La cortesía un tanto desdeñosa con que habían acogido todas nuestras indicaciones, desde que el lance había quedado resuelto, hacíanos abrigar sobre este punto alguna confianza.

Valiéndonos de circunloquios y apa-

rentando que hablábamos de una estratagema urdida en otro caso semejante, por padrinos que "sabían cumplir sus deberes y ser buenos amigos," dimos á entender á Jaime que pensábamos intentar aquel medio de salvación en obsequio suyo. Por más que procuró no darse por entendido y disimular la alegría que tal idea le produjo, vimos claramente retratarse en su rostro congojoso, un rayo de júbilo y un poco de serenidad. De esta manera, aquel incidente que había comenzado por presentarse fácil de arreglo, claro y sencillo, había acabado por ennegrecerse de tal modo, que no quedaba ya más esperanza de salud para nuestro amigo, que aquel manejo poco delicado de nuestra parte, aquel golpe de prestidigitación bien intencionado, pero indigno, que convertiría el combate en una mera comedia. Y aun aquel medio único no era seguro, porque su éxito dependía de que los taimados oficiales nos permitiesen cargar las pistolas y no se enterasen de la superchería.

## IV.

## ANTES DEL LANCE

Las luchas y los tormentos de Jaime durante aquel corto período de tiempo superan á cuanto puede describirse. Se veía obligado á ocultar á su mujer hasta los más leves síntomas de contrariedad ó de tristeza; y como era Juana tan perspicaz y le observaba con tanto esmero, tenía el pobre hombre que estar siempre alerta para no dejarse sorprender el secreto.

Nunca le había ocultado cosa alguna, y llevaba por costumbre obrar de acuerdo con ella en todo, porque tenía fe ciega tanto en su buen juicio como en su cariño. A tal punto llegaba esa especie de sumisión á las resoluciones de Juana, que sus amigos solían echársela en cara en son de broma y hasta de burla pero Jaime no sufría pena por ello, y había acabado por cerrar la boca á los murmuradores, admitiendo sin ambajes que estaba sojuzgado por su mujer.

—Juana me domina por la bondad y por el cariño, les decía. Si echase de ver que me quisiera humillar, por vida mía que no habría de tolerarlo, sino que an-

tes bien bajaría el orgullo y la dejaría por cualquier medio tan suave como la seda. Pero lejos de ella semejantes pensamientos, pues no sólo me respeta y obedece en todo, sino que procura infundir á su derredor una especie de veneración hacia mí. Lo cierto es que discurre con tal discreción, tiene un juicio tan sereno, es tan recta y se interesa por mí de tal modo, que no puedo menos de plegarme á su voluntad, porque piensa lo mejor y lo que más me conviene. Nadie me quiere como ella, por eso á nadie oigo como á ella, y la secundo en todo; que es como si me convirtiese en su aliado para procurar mi propio beneficio. Muy ingrato sería si no la complaciese de continuo. Así es, señores, que no tengo embarazo ni vergüenza en confesar que, en efecto, estoy dominado por mi mujer.

Los amigos se mofaron de él al principio, pero se cansaron á poco y lo olvidaron después. Así le dejaron consagrarse con plena libertad á querer y á respetar á su cónyuge.

¿Cuáles no serían, pues, los soponcios y las angustias del cuitado al obrar por primera vez contra el dictamen de Juana, callándole sus designios, careciendo de sus consejos y sabiendo que hacía mal y que era ella quien tenía la razón?

¡Cuántas veces pensó romper aquel silencio que le torturaba, decírcelo todo y pedirle perdón por su deslealtad! Conocía que entregarse á aquel impulso sería su salvación, porque su mujer le convencería de que estaba haciendo cosas absurdas y le daría fuerzas para salir del atolladero en que se había metido. Pero le detenía el temor de ponerse en ridículo y de convertirse en mofa de la ciudad. Era preciso ser hombre una vez siquiera en la vida. Si sostenía su papel con entereza, se haría respetar una vez por todas, conquistaría fama de hombre resuelto y lograría paz para el resto de su vida; pero si cejaba, si daba muestras de debilidad y cobardía, no habría quien no se le riera en las barbas, y todo el mundo, hasta los más collones, se atreverían en adelante á zaherirle y menospreciarle. ¿Para qué atormentar á su esposa con aquella revelación? ¿Para qué poner obstáculos á la realización del propósito adoptado? Era aquel un asunto varonil, cuyo conocimiento no convenía á las mujeres, tímidas y nerviosas de suyo, y capaces de desalentar á los más valientes á fuerza de lágrimas y de ruegos.

Su reserva le tuvo convertido en mártir durante los días de las conferencias; pero se dió tal maña para disimular su agitación, y se mantuvo tan sobre sí todo ese

intervalo, que Juana no sospechó nada. Estaba acostumbrada á que su marido la secundase en todo, y á que nunca la engañara; así que tuvo por evidente cosa que al día siguiente ó al otro diese Jaime á Zermeño la explicación convenida. Con esto le bastaba á ella para vivir tranquila y confiada.

Jaime entretanto, mostrábase más cariñoso que nunca para ella y para la niña, sin duda por remordimiento de su falsía. Llegaba á su casa temprano, retozón, con la sonrisa en los labios y cargadísimo de juguetes y golosinas. No se apartaba de Juana ni de la niña, llevaba en brazos á Leonorcilla, dábala de comer con su propia mano, la arrullaba haciendo veces de niñera, y, cuando despertaba, jugaba con ella horas y más horas como un bendito. Sentía una renovación de ternura hacia el hogar; nunca se había dado cuenta de lo mucho que quería á los suyos hasta ahora, que se ponía en peligro de perderlos. Juana, con los ojos húmedos por la emoción, posaba la cabeza en el hombro de su marido, y entre juramentos de amor, le hablaba con entusiasmo del porvenir de la niña. ¡Qué hermosa iba á ser y qué buena! ¡Cómo velarían por ella para que no se manchara su alma con las impurezas de la vida! ¡Y qué feliz iba á hacerla Dios sin duda alguna!

No obstante, los sucesos habían tocado su período crítico, y Jaime vió llegar la víspera del combate con gran sorpresa, como si el desenlace que provocaba fuese cosa fantástica, como si despertase de un sueño.

Madrigal y yo quedamos aterrados cuando nos confesó que nunca había disparado una pistola, y que nos había engañado al asegurarnos que la manejaba medianamente. Para remediar el mal en cuanto fuese posible, le llevamos á la escuela de tiro para que ejercitase un poco la puntería. ¡Como si fuese cosa hacedera improvisar certeza en el ojo y en el brazo seguridad con unos cuantos disparos!

Había en aquel sitio variedad de objetos destinados á servir de blanco á distancias diferentes: cuadros de hierro, siluetas humanas del mismo metal, y palomas y cascarones suspensos á hilos invisibles. Rivera demostró que no sabía, lo que se llama no saber, manejar la pistola. En su primer ensayo estuvo á punto de matarme. La cogió, la montó, puso el índice en el fiador, y mientras se miraba los pies para ponerlos en escuadra, apoyó demasiado el dedo y partió el tiro cuando nadie lo esperaba. La bala pasó silbando algunas líneas sobre mi cabeza y fué á inscrustarse en la pared. Mi pobre

amigo se deshizo en disculpas, pálido como la cera. Yo debo haberme puesto cetrino, pues no fué flojo el susto que llevé. Hubo un pánico general entre los circunstantes; me rodearon preguntánme si no había tenido novedad. Pronto me serené y repuse que nada me había pasado y que el suceso no valía gran cosa; y agregué en tono chancero:

—Es que Jaime me confundió con el doctor Zermeño.

Todos rieron de la salida. Sólo el maestro de armas me miró con fijeza, se puso grave y tomó las cosas por lo serio; y no pasó inadvertido para mí que desde aquel momento cogió á Jaime por su cuenta. Le ponía la pistola en la mano enseñándole todo, hasta cómo debía empuñarla.

—¡No ponga usted la mano hacia adelante; coja el mango hacia atrás para que deje el índice en libertad!

—¡No apoye usted el dedo en el fiador sino hasta el momento en que vaya á disparar!

—¡El cuerpo bien perfilado para presentar el menor blanco posible al enemigo! ¡La cabeza erguida; no la incline usted á ningún lado, porque es muy peligroso! ¡No olvide usted esta regla!

—¡Tienda usted bien el brazo, señor, para hacer el tiro; si lo pliega usted, nunca dará en el blanco!

Tales eran las órdenes que daba á grito herido. Rivera las seguía en cuanto le era posible; pero podía bien poco. Apuntaba cuidadosamente tanteando el tiro largo rato; y al disparar, movía el arma, y la bala iba á dar tan lejos del blanco, que ni siquiera tocaba el muro frontero.

Sin embargo, al cabo de dos horas de ensayo, logró que los proyectiles no se saliesen del muro, y poco á poco fué afirmando el pulso de tal suerte, que acabó por dar en el cuadro de hierro. Y aun alguna vez, después de hacer puntería algunos instantes, llegó á dar en el botón é hizo sonar la campana y saltar la banderola, con gran contentamiento suyo y de los presentes.

Obtenida esa ventaja, pasó el maestro á aleccionarle en el tiro al mando. Para que tuviese una idea de cómo se hacían las cosas, tomó él mismo la pistola é hizo varios disparos á tres y dos tiempos, y acabó por hacerlos al descubrir, dejándonos atónitos por la certeza de su vista y la seguridad absoluta de su pulso. Desdeñando tomar por blanco el pizarrón, dirigió el arma desde luego contra las siluetas de fierro y las acribilló á tiros en la cabeza y en el pecho; siguió con las palomas, que hizo pedazos á balazos; y por final de cuentas, destrozó los cascarones de huevo suspensos en el aire sin hacer puntería y al bajar el arma.

Quizás ejemplo tan pasmoso haya servido más para desconcertar que para estimular á Rivera, porque cuando éste tomó la pistola, estuvo á tal grado torpe, que puso nervioso al mismo maestro. Imposible que acertara al pizarrón ni siquiera en tres tiempos. Desde el momento en que oía la primera palmada, comenzaba á danzarle la pistola en el puño como si tuviese alferecía, y al sonar la tercera, ninguno de los circunstantes podía darse cuenta del paradero de la bala. Lo más probable es que el plomo se hubiese clavado en el suelo ó perdido en el espacio. Así que no pudo pasar adelante, y perdimos horas y más horas en ensayos inútiles. Cuando salimos de la escuela, muy cerca de las cuatro de la tarde, no había dado un solo paso nuestro amigo en aquella habilidad, con gran consternación de nosotros y del maestro. Nos acompañó éste hasta la puerta del establecimiento, se despidió de mis compañeros, y reteniéndome un momento por la mano, me dijo en tono confidencial:

—El doctor Zermeño es uno de los mejores tiradores de México.

—¡Cómo!, repuse. ¿Es posible?

—Destroza todos los cascarones que quiere, y escribe á tiros su nombre en la pizarra al descubrir. ¡Ya verá usted si es hábil!

Quedé espantado.

—Pero no es lo mismo—proseguí, dando por sentado el hecho que el maestro parecía haber adivinado—disparar sobre objetos inanimados que sobre individuos de carne y hueso. Tiembla la mano del más valiente al dirigirse contra otro hombre.

—Es cierto, contestó pensativo, pero también lo es que la mano del tirador llega á adquirir tal precisión con el ejercicio, que se mueve mecánicamente y acierta por costumbre.

—Terrible situación, articulé más para mí que para mi interlocutor.

—La única esperanza estriba en lo imprevisto. Suele el acaso desenlazar estas situaciones como menos se piensa.

—Encomendémonos, pues, al acaso, concluí tristemente estrechando la mano del profesor.

No pude apartar de la memoria desde aquellos momentos hasta la mañana siguiente aquel diálogo; me hizo el efecto de un funesto augurio.

Jaime, entretanto, fué cayendo en un abatimiento más y más profundo, sin duda porque adquiría por instinto, la convicción de lo que iba á pasar, y porque su naturaleza se llenaba de angustia bajo el presntimiento del gran peligro que le amenazaba. No sé, verdaderamente no me explicó cómo mi afligido amigo pudo

insistir en la insensata idea de batirse con Zermeño después de haberse persuadido de que no servía para el caso por su falta de destreza, y de que iba sencillamente á inmolarse en aras de un simple punto de amor propio. Lo que pienso á este respecto es, que se hallaba en ese estado de agotamiento moral en que el hombre, incapaz de iniciativa, sigue el impulso adquirido como un cuerpo inerte. Tal vez se sentía envuelto por el hálito de la fatalidad—que no era más que obra suya—y se entregaba á su empuje cruzado de brazos, como el náufrago que, arrollado por la tempestad, cesa de luchar y se abandona al furor de las olas.

Tampoco alcanzo á explicarme cómo pudo escapar á los ojos penetrantes de Juana el estado de abatimiento, tristeza y sobreexcitación en que Jaime se hallaba. Fué inmensa desgracia que en esas circunstancias críticas, hubiese fallado la perspicacia de aquella excelente mujer. Así pasa cuando el destino decreta que se realice una tragedia: ciérranse por mano misteriosa todas las puertas y hendeduras por donde puede entrar la luz, ó bien los ojos no la perciben, aunque brille á torrentes en derredor. Después de pasados los acontecimientos, se reflexiona con amargura, que hubieran podido evitarse sin dificultad con solo haberlos

comprendido; y que esto fué fácil, y que únicamente los ciegos pudieron no haberlo visto.

## V

## LUCHA SOLITARIA

La noche víspera del lance, fué espantosa para Rivera; no cerró casi los ojos: la pasó cavilando, escribiendo y haciendo frecuentes visitas al aposento donde dormían su mujer y su hija.

Sin duda para calmar la agitación que le atormentaba, ó para dar algún empleo á aquellas horas negras, cogió la pluma y fué confiando al papel sus impresiones y sentimientos conforme iban sucediéndose en su mente. El tumulto de sus ideas durante aquella crisis, no estorbó la claridad de su visión interior; así que pudo dejar consignado en sus notas el martirio que le trocó, joven y sano, en mísero agonizante.

Pretextó á su mujer un compromiso de redacción para no meterse en el lecho Habíase obligado, dijo, á escribir una serie de estudios sociales, y al día siguiente debía entregar el primero. Tiempo de

sobra había tenido para forjarle, y ojalá lo hubiera hecho poco á poco. Así hubiera podido pulirlo sin fatiga; pero se había dejado ganar por la pereza y por el deseo de gozar de la compañía de los suyos, y á la hora menos pensada habíase encontrado con que el plazo que se le había dado, iba concluyendo. Pero como no era amigo de dar que decir de su reputación como escritor, ni había sido inexacto en el cumplimiento de sus deberes durante su vida, tenía que respetar la palabra empeñada, fuese como fuese, aun cuando no cerrara los ojos en dos ni tres noches.

—Discúlpate como puedas, rogóle Juana, pero no hagas eso. Bueno es trabajar, pero no matarse con el trabajo. Todo se reducirá á que los artículos salgan dos ó tres días más tarde. No veo mal ninguno en ello.

—Te parece, hija; pero el caso es que cuando un hombre de trabajo como yo, pierde su fama de exacto, todo lo pierde. Los editores me estiman y solicitan por mi costumbre de ser cumplido, lo cual es poco común en México. Por eso me pagan bien y me irán pagando mejor en lo sucesivo. Además, concluyó con tono lúgubre, este trabajo es muy importante y dejará grandes beneficios á mi familia.

Insistió Juana en que se acostase, pero Jaime se mantuvo firme. Así que la mujer tuvo que resignarse.

—Yo tampoco dormiré, le dijo. Estaré viéndote trabajar desde la cama. Deja la puerta entornada para poder distinguirte.

—No, eso no, has de prometerme que no harás aprecio de mí; que te entregarás al sueño como de costumbre. La sola idea de que estuvieses en vela, entorpecería mi cerebro.

—No quieres concederme nada. Está bien. Jaime; pero has de ofrecerme que procurarás acabar pronto y luego te recogerás.

—Sí, mujer, te lo prometo.

Terminado este diálogo, entró Juana en la alcoba, pero tuvo cuidado de dejar una nonada entreabierta la puerta de comunicación con el cuarto de su esposo. de modo de no perderlo de vista. y que éste no lo echase de ver.

Rivera se sentó, en efecto, ante el pupitre, y absorto en sus tormentos, pronto olvidó cuanto le rodeaba, y dejó correr la pluma sobre el papel de un modo maquinal. Las sencillas notas que dejó escritas, graves algunas veces, otras pueriles y triviales, pero dramáticas siempre, demuestran la actividad febril de sus pensamientos, la exaltación enfermiza de su fantasía y los dolores hondísimos

de su corazón, durante aquellas crueles y largas horas. Al pasar los ojos por esas páginas, un viento trágico azota el sistema nervioso; recuerdo que cuando las leí, sentí una angustia indecible, como si fuesen confidencias de ultratumba.

Después de relatar minuciosamente la historia de aquel día, la primera idea que se le ocurrió á Rivera, fué que no era cierto cuanto acaecía, y que se hallaba bajo la impresión de una pesadilla. Era tan grande su turbación, que necesitó pasar en revista punto por punto los incidentes todos de aquella extraña complicación, para convencerse de su realidad objetiva. La luz que penetró en su cerebro, le hizo estremecer.

De aquel estado de estupor vino á sacarle una vislumbre de loca esperanza. Tal vez la autoridad, advertida de lo que pasaba por el rumor público, intervendría oportunamente para evitar el lance. ¡Verdaderamente eran salvadores el oficio de la autoridad y tutelares sus funciones! Sin ella habría desgracias por donde quiera; bajo su intervención toman las cosas su curso debido, restablécese el orden y vuelve el equilibrio al seno de la sociedad perturbada.

No obstante, no había que hacerse ilusiones. La autoridad es casi siempre torpe y desentendida. Nunca está donde se le

necesita, y acude tarde al auxilio de los que la han menester. Fuera necedad confiar en su eficacia... Pero podía suceder otra cosa. ¿Si enfermase Zermeño? ¿Si muriese? Todo era posible; nadie tiene seguras la salud ni la vida..... Un feroz egoísmo llevábale al punto de desear á su antagonista alguna de esas dos calamidades.... Pensaba también que no le saldría mal á él mismo una enfermedad.... La fiebre y la pulmonía presentábanse á su espíritu pusilánime en tan tristes circunstancias, como imágenes salvadoras; pero estaba sano, y una dolencia grave no se improvisa cuando se quiere.

Era, pues, forzoso considerar la situación cara á cara. Pero ¿por qué se amilanaba? ¿Por qué daba por sentado que había de morir? ¡Ojalá fuese herido nada más! Si la lesión no le dejaba inútil para trabajar, aun cuando fuese grave y dolorosa, sería también aceptable el desenlace. Sanaría al cabo, después de una curación más ó menos penosa, y podría continuar sus labores, indemnizar de sus sufrimientos á los suyos, y ganar mucho dinero para ellos. Y acabaría por mostrar con orgullo sus cicatrices, como adquiridas en lance honroso, que le haría famoso para siempre.

Aunque fuese poco probable, podía también acaecer que Zermeño pereciera

en el lance. El camino recorrido por las balas suele ser misterioso y á veces inverosímil. Se le erizaba el cabello de pensarlo al pobre hombre. ¡Privar de la vida á un semejante, á un hermano! ¡Ser el responsable de la terminación súbita, prematura de unos días que tuvieron un objeto y un destino! No sabía Jaime á punto fijo si era casado Zermeño: le parecía que sí, porque alguna vez le había visto por la calle acompañado de unos chicuelos. Si lo era ¡qué crueldad dejar huérfanos á aquellos inocentes que jamás le habían hecho daño! Afligido por tales reflexiones, oía una voz interior que le gritaba "¡homicida! ¡homicida!" Y se acordaba de la pregunta dirigida á Caín: "¿qué has hecho de tu hermano?"

Comprendió en su sencillez que su existencia, después de ese crimen, sería insoportable. ¡Adiós tranquilidad, adiós alegría, adiós dicha! Su alma, conturbada por siniestras imágenes, no disfrutaría un solo momento de paz, de esa paz que tanto ambicionaba. Turbarían su sueño horribles pesadillas; despierto, recordaría siempre la espantosa tragedia; y aun en el santuario del hogar, en medio de Juana y Leonorcilla, se sentiría lleno de zozobra, y no podría gozar la santa dicha del amor, porque se lo impediría la conciencia.

Al llegar á este punto, sintió como un nudo en la garganta, y estuvo á punto de llorar. Púsose en pie y entró en la alcoba.

---¿Has acabado la tarea? preguntóle su mujer.

—Aun no, repuso Jaime, contento de oir aquel acento cariñoso. Vine para echar un vistazo á mi adorada mujer, y á mi querida hija. ¿Por qué no has dormido?

—Sí que he dormido, repuso Leonor mintiendo sin duda alguna; he despertatado al rumor de tus pasos.

—Continúa, pues, prosiguió Rivera. Vuelvo á mi trabajo, que va largo.

—Déjalo para mañana, volvió á rogar Juana.

—¡Imposible! exclamó Rivera con amargura. Tengo que llegar hasta el fin.

Al volver á ocupar de nuevo el pupitre, tornaron sus ideas al antiguo tema.

Bien podía suceder, siguió pensando, que por uno de esos azares frecuentes en los duelos, Zermeño saliese herido tan sólo. Aquel desenlace le convenía. ¡Una herida, una simple herida sin importancia, que no desfigurara el rostro del doctor, ni le apagase un ojo, ni le tornase sordo, ni cojo, ni manco; un simple rasguño que cubriese las apariencias, sin producirle gran dolor, ni tenerle en cama largo tiempo, ni dejarle cicatriz! Así se conciliaría

todo: la victoria de él, Rivera, y el poco sufrimiento de su adversario. Bajo aquella impresión, cegáronle de nuevo los esplendores de su propia apoteosis. Miróse encumbrado á grande altura en medio de un público admirado y reverente, y sumido en sabroso arrobamiento, se quedó medio aletargado con la cabeza sobre el pupitre.

Cuando volvió en sí, había pasado largo rato. Eran las cuatro de la mañana.

Al levantar la cabeza, punzóle en el acto la idea de su situación, y volvió á caer en el mismo estado angustioso de hacía poco. Se acercó de puntillas á la alcoba; esta vez no oyó la voz de su mujer. Rendida por el sueño, se había quedado dormida. Al oir su respiración sosegada en el silencio de la estancia y de cuanto le rodeaba, se le oprimió el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas. Le pareció que estaba abandonado de todos, y que debía resignarse con su destino. Acaso no le quería su mujer tanto como él se lo había imaginado. ¿Cómo, si no, dormía con sueño tan profundo, cuando él era presa de lúgubres angustias? ¿Por ventura los corazones que aman no adivinan? ¿No hay entre ellos una corriente misteriosa que los une é identifica, haciéndolos latir al unísono? Ni siquiera recordó aquellas melancólicas palabras;

"¡Spiritus promptus, caro vero infirma!"

Al tornar á su asiento, sumióse en reflexiones más desconsoladoras todavía. Tenía palpable y claro el presentimiento de su último fin. Sí, aquella tristeza incomparable, aquella angustia mortal, la sombra que se agitaba ante sus ojos como visión temerosa, la postración física que le agobiaba, no podían ser más que el anuncio de su muerte. Aquellos instantes eran sus postrimerías; pocos eran los que le quedaban de vida.

Morir, salir de este mundo tangible, dejar cuanto nos rodea, abandonar lo conocido y caer en lo ignoto, en ese arcano inmenso que hay en el fondo de la tumba. ¡Qué cosa tan aterradora é incomprensible! ¿Qué habría después de la muerte? ¿Sería cierto lo que predicaban los fanáticos? ¿Habría un Dios personal, una eternidad para las almas, premios para los buenos y castigos para los malos? Su criterio de libre pensador le había apartado siempre de analizar estas cuestiones, que por costumbre había visto con desdén, y que le habían hecho sonreir á la continua. Ahora le preocupaban algo más, porque se veía á punto de indagar por sí mismo lo que pudieran tener de verdad. Un frío glacial discurría por sus miembros al pensar que tales afirmaciones pudieran resultar ciertas. Fuera como

fuese, si existía un Dios, tenía que castigar las obras perversas, porque la divinidad debía ser buena y justa... ó no ser. Matar era una acción reprobable, lo mismo que exponer la vida.... Pero ¿para qué atormentarse con puras hipótesis? Lo cierto era que nada de todo aquello estaba averiguado, como que nadie había vuelto del otro mundo para referir lo que había visto. Lo probable era que todo acabase con la muerte, y que al lanzar el hombre el último suspiro, no quedase, desvirtuada la esencia del ser físico, más que restos inertes y en descomposición; agregados químicos sin fuerza harmónica, rebelados contra toda cohesión y en estado de completa anarquía.

Por un esfuerzo de voluntad semejante al del condenado que aparta la vista del patíbulo para no perder la energía, procuró dar un nuevo curso á las ideas. Aquellas reflexiones lo enervaban, y habían hecho brotar un sudor frío en su pálida frente.

Admitido que todo acababa con la muerte, ¿tenía motivo para serenarse? El corazón le dió á gritos una respuesta negativa. No, porque amaba y era amado; no, porque era dichoso y hacía dichosos á otros seres; no, porque tenía la mision de velar por dos criaturas débiles y buenas, cuya existencia se erguía sobre la su-

ya, como un edificio sobre sus cimientos; no, porque era tronco al cual se enredaban plantas débiles necesitadas de su arrimo, y á modo de embarcación á cuyo bordo iba una tripulación de desvalidos. Su sacrificio personal no valía gran cosa, podía resignarse á todo; pero carecía de derecho para abandonar sus deberes de hombre, negándose á proteger á la debilidad, y á sostener, guiar y hacer dichosas á criaturas encomendadas á su patrocinio. ¿Por qué arrojar al torbellino del mundo á aquella mujer y á aquella niña que esperaban de él afecto inextinguible, amparo eficaz, abnegación generosa y tiernas finezas? Recordaba la expresión de los rostros de su mujer y de su hija, y le latía el corazón emocionado. Aquella tenía unos ojos garzos de mirada tan triste, que parecía una eterna súplica. Siempre le habían impresionado sus ojos soñadores y dulces, de mirar intenso, profundamente femenino, que confesaban amor, debilidad, ruego y confianza. Desde el tiempo de sus amores con Jaime, le impresionaban hondamente, y, después de dos años de matrimonio, todavía le inmutaban cada vez que se posaban en los suyos. Leonorcilla parecía un querubín casto y sonriente. Tenía tal expresión, que semejaba bañada por ráfagas de la gloria. Aquella niña que no hablaba, ni podía marchar,

ni pensar, ni defenderse de ningún riesgo, descansaba tranquilamente en su inconsciencia, al abrigo del seno materno y del desvelo paternal. Rivera tenía la intuición del importante papel que desempeñaba en la familia, y se daba cuenta de él por medio de imágenes. A veces se veía como dique poderoso que impedía á un mar—la desdicha—desbordarse sobre aquellos dos seres; otras se miraba retratado en su fuerte columna, que sostenía la construcción. Rota la compuerta, se precipitarían espumosas las aguas del torrente; caída la columna se desplomaría la techumbre y quedaría convertido el edificio en un hacinado de escombros. Así, muerto él, se verían su mujer y su hija solas en el mundo, abandonadas, como hojas secas que danzan por el suelo, y vuelan arrebatadas por la tempestad.

Mirábalas con ojos espantados y proféticos, hambrientas, cubiertas de andrajos, implorando la caridad pública. Su rostro pálido acusaba falta de sueño, de sustento, de descanso; era el emblema de una vida angustiosa, de esa existencia miserable que arrastran en el dolor los desechos sociales.

¿Y qué harían en tan horrible abandono? ¿Cómo podrín defenderse de las acechanzas del mundo en su desamparo?

Rivera, sin poder contenerse, se puso á

sollozar; y las lágrimas que rodaron de sus ojos mancharon las notas que escribía con rondeles patéticos.

¡Y le acusarían de ingrato aquellos seres que tanto amaba! Se quejarían, sin duda, del desamparo en que los había dejado, y pensarían que nunca los había querido. ¡Qué injusticia! ¿Cómo no los había de querer si sufría tanto por ellos? Si estuviese solo, si no llevase tan arraigados en su corazón aquellos afectos, no sería tan dolorosa la situación de su espíritu, no sufriría los espasmos de aquella crisis indescriptible.

Y á pesar de su obcecación, presentóse á su espíritu con toda claridad el verdadero problema que tenía que resolver:

"¡O él; ó su mujer y su hija!"

A su oido le gritaba el dilema una gran voz.

Jaime inclinó la cabeza, se sintió anonadado y continuó sollozando.

Sí, por más que se empeñase en ocultárselo, allí estaba el nudo de la dificultad, aquel era el núcleo de la cuestión. Y era forzoso tomar algún partido. Dentro de poco vendrían á buscarle los padrinos. Era urgente decidirse.

Entró en cuentas consigo mismo. Supuso el caso de dar á Zermeño á última hora la explicación que le pedía. ¿Qué efecto produciría en la ciudad tal desen-

lace? Desastroso. Parecíale oir desde ahora coros de silbidos por todas partes "ahí va el cobarde! ¡no quiso batirse! ¡obligáronle á dar satisfacción con una palmeta!" Tales eran las exclamaciones que escuchaba de antemano, lanzadas para escarnecerle. Y todo cuanto había en él de viril y de enérgico, de orgulloso y de digno, se revelaba con fiereza ante aquellas afrentas. Decididamente, era preferible la muerte á tanta ignominia. Su exaltada fantasía exageraba y abultaba las imágenes y le llevaba á la demencia. El corazón enardecido protestaba contra la humillación, y parecía decir en sus latidos: "No se puede luchar contra el destino; hay que sacrificarlo todo á Moloch."

Pero ¿y su adorada familia? ¿Quién velaría por ella cuando él ya no existiese? La multitud que reclamaba su sacrificio, ¿se encargaría de llenar el hueco que iba á dejar en el hogar?

Ir al lance era consentir en la muerte, separarse quizás para siempre de los suyos, abandonarlos, condenarlos á la miseria, á la desesperación. Moloch no podía pedirle tanto; Moloch ya no imperaba: su santuario monstruoso erigido en el Monte del Escándalo, cayó en ruinas hace miles de años y los siglos barrieron sus escombros.

Púsose en pie de nuevo y entró una vez más en la alcoba. Madre é hija continuaban profundamente dormidas. A la luz de la lámpara, que velaba sobre la escena, parecía aquel aposento un santuario glorioso... Vió á Juana más hermosa que nunca: su cabellera destrenzada caía sobre los redondos hombros de nívea blancura, y doblaba el brazo diestro en torno de la cabeza como para mostrar la pureza escultórica de sus líneas. Sombreadas se veían sus mejillas rosáceas por las negras pestañas luengas y sedeñas; y suavemente agitado su seno bajo el lino de las sábanas, hinchábase acompasado al influjo de una respiración tenue y tranquila. Admirado y lleno de emoción, necesitó un gran esfuerzo de la voluntad para no imprimir un ósculo cariñoso en aquel semblante adorado.

Leonorcilla semejaba un niño de Navidad recostado en el pesebre. Entre las blondas y los encajes de la cuna, que la aguja materna había exornado con los primores de un arte exquisito por medio de randas, calados y bordados finísimos, yacía como un manojo de rosas aquella preciosa criatura con todo el abandono y toda la inconsciencia de su primera edad. Vagaba en sus labios una sonrisa, como si estuviese contemplando visiones plácidas, y juntaba las manecillas como jugan-

do con otros espíritus risueños. Jaime sintió la presencia de los ángeles en derredor de la cuna.

Al volver al pupitre, potro de sus tormentos aquella noche última, trazó en el papel palabras inspiradas por el amor. Nó, no era posible que abandonase á aquellos pedazos de sus entrañas; todo lo sufriría por ellos: la ridiculez, la mofa y el escarnio. ¡De sacrificio á sacrificio, prefería ese, porque era el más elevado y el más noble!

En aquellos momentos dió el reloj de la torre próxima las cinco de la mañana, que era la hora de la cita. Advertido de ello por la campana, volvió á perderse en un dédalo de cavilaciones congojosas, como si aquel grave sonido le llamase al cumplimiento de un deber. Enloquecido, incapacitado para decidir cosa alguna, tomó la resolución de un insensato. Sacó el cronómetro que llevaba en el bolsillo, y le puso sobre la mesa. Si llegaba, se dijo, el coche de sus testigos cinco minutos después de la hora, no se batiría ya; estaba decidido. ¡Nada le haría cambiar de resolución! Con ojos extraviados siguió el curso de la manecilla en derredor del cuadrante, conteniendo el aliento por temor de entorpecer su marcha, y olvidado del cristal que le resguardaba. Pasaron un minuto, dos, tres, cuatro..... Ya res-

piraba satisfecho creyéndose libre de la obsesión, cuando paró nuestro carruaje á la puerta de su casa..........

Las últimas palabras que escribió Rivera al fin de sus notas, fueron estas:

"¡Adiós, Juana! ¡Adiós, Leonor! Os he amado con todo el corazón. Perdonad mi defección y nunca maldigáis mi memoria."

## VI

## MOLOCH.

Momentos después que nuestro coche se detuvo á la puerta de la casa, bajó Jaime envuelto en una larga capa, abrió la puerta con sigilo y tomó asiento á nuestro lado. Al darme la mano, le sentí calenturiento. Adiviné lo que pasaba por él, y, no sabiendo qué decirle, guardé silencio

Era de noche todavía. En las calles solitarias de la ciudad hacía el rodar de nuestro vehículo un ruido estrepitoso, y sentíase á nuestro paso la trepidación del pavimento y de los edificios como si temblase la tierra. Aun ardían las luces de gas de los faroles, y los guardianes del orden, incrustados en los marcos de las puertas y levantado el cuello de los

capotes, dormitaban en pie rendidos por la fatiga.

Interminable me pareció aquella marcha fantástica á través de la obscuridad. Pronto salimos de las calles, y siguió rodando el carruaje por la calzada de la Reforma. Se me figuraba que íbamos á un largo viaje, y pensé en asaltos de bandidos, encuentros con pronunciados, y otras peripecias y contratiempos propios de la época. En el fondo, me hubiera regocijado sobremanera cualquier accidente que nos hubiese detenido.

—¿Qué tal noche?—pregunté á Jaime maquinalmente.

—Pésima, repuso con sequedad.

No me atreví á pedirle explicaciones. Demasiado comprendía la razón de lo que me decía.

No volvimos á articular palabra hasta que llegamos á Chapultepec. Dimos orden al cochero de que torciese á la izquierda, fuera del bosque, y á poco mandamos que parase el vehículo. Habíamos llegado al sitio convenido.

Mal efecto nos hizo ver entre la sombra dos carruajes á poca distancia: Zermeño, sus testigos y el cirujano nos habían ganado la delantera.

Al salir del coche, puso Rivera en mis manos con la mayor reserva un pliego cerrado.

—Son notas que acabo de escribir, me dijo al oído. Las lee usted, y si le parece, las pone en manos de Juana.

Le temblaba la voz. No me atreví á replicarle. Hubiera podido decirle que no llegaría el caso de que cumpliese su encargo, pues dentro de poco volvería á su casa sano y salvo; pero un no sé qué me lo impidió, y me limité á estrecharle la diestra con efusión.

Emprendimos á pie la marcha á campo traviesa, hasta llegar á una plazoleta rodeada de árboles. Comenzaba á sonreir la luz en aquellos momentos, encendiendo en el oriente sus misteriosos fanales. Una penumbra melancólica permitía percibir los objetos, pero indistintos y confusos como si un velo sutil los envolviese. Ocultos aún los colores de las cosas, mirábase todo en derredor medio dibujado por una claridad indecisa y recortado por una obscuridad persistente; blanco y negro: todo fúnebre, como si nos circundase un mundo de sombras. Comenzaban á resonar apenas los ruidos de la mañana. Los pájaros se despertaban unos á otros lanzando de nido á nido y de rama á rama breves píos, que aun no eran gorjeos; y las auras matutinas, que parecían haber dormido entre las frondas, empezaban á columpiarlas con blando vaivén.

Pronto descubrimos el grupo de los

contrarios casi perdido entre la arboleda, y fuimos á su encuentro.

Una vez cambiados los saludos de cortesía, dimos principio á los preparativos del lance. Convenido de antemano que la distancia á que se habían de colocar los combatientes sería de veinticuatro pasos, la medimos, después de localizar la línea procurando que la luz del día naciente no hiriese el rostro de ninguno de los adversarios. La línea, quedó, pues, establecida de Sur á Norte.

Tanto nosotros como los padrinos de Zermeño, llevábamos sendas cajas de pistolas. Hubo alguna vacilación para elegir una ú otra; pero pronto se resolvió la dificultad.

—Se hará uso primeramente de las de ustedes, nos dijo el coronel Jiménez con exquisita urbanidad. En caso de hacerse segundos disparos, serán empleadas las nuestras; y así continuarémos alternando las unas con las otras si fuere necesario.

Sacadas las armas de su caja, cogiéronlas los oficiales y las examinaron con atención, haciendo funcionar varias veces sus muelles.

—Nada tenemos que objetar, prosiguió el coronel, son armas finas y de excelente calidad. ¿Son de usted? me preguntó.

—Sí, señor, repuse, á sus órdenes.

—Muy bien empleadas, continuó. ¿Las compró usted en México?

—No, señor, las hice venir de París.

—Así lo comprendí desde luego, porque aquí no las hay de esa clase. Mire usted las mías; son americanas. En cuanto á ser buenas, lo son; pero no tan finas y bien acabadas como las de usted.

En efecto, notábase diferencia en la forma de unas y otras, apareciendo menos esbeltas y graciosas las del coronel.

—¿Quién carga las armas?

—Nosotros las de ustedes, repuso el comandante Castellanos, y ustedes las de nosotros.

—Como ustedes gusten, repuse con a[illegible]nte indiferencia; pero me parecería m[illegible] lo contrario, esto es, que nosotros ca[illegible]semos las nuestras y ustedes las suyas.

—No hay inconveniente, intervino el coronel. Tal vez sepamos hacerlo mejor unos y otros con las armas conocidas.

Dimos principio á la faena formando grupo con los militares. Me encargué de poner pólvora á las pistolas; Madrigal tomó por su cuenta la introducción de las [illegible]s. Cogí la medida metálica y fingí [illegible]rla cuídadosamente con el polvorín: [illegible]n realidad la dejé muy escasa, más [illegible] de su altura, lo que me fué fácil, [illegible] temprano de la hora. En

seguida Madrigal introdujo los proyectiles golpeando las banquetas con el mazo de madera; y aplicó la ceba y los fulminantes á las chimeneas. Y todo quedó listo para comenzar el combate.

No obstante, fué preciso aguardar un poco, porque no había luz suficiente todavía. Recuerdo que durante aquel intervalo, me afligió sin descanso la dolorosa incertidumbre de los sucesos inminentes, y que el tiempo me pareció largo, muy largo. Ni siquiera me daba cuenta de si deseaba que pasase pronto ó lentamente.

Entretanto, manteníanse separados entre sí los antagonistas. Rivera estaba inmóvil, recargado en el tronco de un árbol, como si fuese una estatua; Zermeño paseaba nerviosamente por el otro lado de la glorieta.

El alba fué creciendo en el horizonte, y reforzada por ráfagas más brillantes, tornóse más y más clara, hasta que aparecieron en los términos lejanos reflejos dorados y rojos semejantes á los de un horno que comenzase á caldearse. Como dardos flamígeros partían de la lontananza los primeros rayos del sol; volaban por el espacio con ricos reflejos y comenzaban á prenderse temblando, en la techumbre del palacio de Chapultepec, y en las rocas abruptas de la histórica montaña.

Una breve conferencia bastó para que

resolviéramos era llegado el momento de que se llevase á efecto el encuentro.

Madrigal y yo nos dirigimos á Rivera y pusimos el arma en sus manos. En voz baja, díjele:

—Madrigal y yo hemos cargado las pistolas.

Se reanimó al oir mis palabras, y avanzó con paso resuelto al sitio que debía ocupar.

Los adversarios quedaron frente á frente con las armas empuñadas. Recuerdo que Jaime daba la espalda á Chapultepec. A pesar de mi turbación, no pude abstenerme de admirar la hermosura del paisaje. Detrás de Jaime y sobre la arboleda próxima, columbrábase la pesada masa del bosque de ahuehuetes; más arriba erguíase el cerro del Chapulín, como mágica peana preparada por la naturaleza al soñado alcázar erigido en su cima. El duelista en el centro de cuadro tan bello, despertaba un elevado interés dramático realzado por el escenario. El pincel de un maestro hubiera tomado motivo de aquella escena para pintar un cuadro patético.

El coronel Jiménez, encargado de marcar los tiempos, dió la primera palmada. Un sudor frío corrió por todos mis miembros. Sonó la segunda, y en el acto, según lo acordado, escucháronse dos detonaciones. Los combatientes permanecieron fir-

mes en su sitio. Estaban ilesos. Nos precipitamos Madrigal y yo á nuestro amigo y le estrechamos la mano. Le hallamos lívido y frío, pero con la sonrisa en los labios. Aquel primer éxito había levantado su espíritu.

—Ahora nos toca á nosotros, dijo el comandante Castellanos, llamándonos á su lado. Esta vez se hará uso de nuestras pistolas, y nosotros las cargarémos.

Nada tuvimos que objetar, pues era lo convenido; pero nos sentimos consternados.

—Cosa rara, articuló el coronel, si no me preciara de conocedor en achaque de armas, diría que las pistolas de ustedes fuesen malas. Acaso hayan tenido una carga muy débil. Apenas se han oido los truenos, y hasta apostaría que, si nos pusiésemos á buscar las balas, las hallaríamos entre la hierba, á medio camino. Pero ahora no sucederá así. Conozco estas pistolas: son poderosas, segurísimas, y están bien apuntadas.

—A lo que vinimos, vinimos, continuó el comandante con gesto feroz: es preciso que no queden en ridículo nuestros ahijados... ni nosotros.

—Sería la primera vez que me sucediese, interrunpió el coronel. Cábeme la gloria de que hasta hoy no he intervenido en ningún lance ridículo. Todos han tenido "resultado."

Y se consagraron él y Castellanos á cargar las armas con gran esmero y atención. Llenaron hasta ponerlas rebosantes las medidas de la pólvora y golpearon bien las baquetas para hundir las balas hasta el fondo de los cañones. Aquellos golpes metálicos repercutían en mi cerebro como si sobre él fuesen descargados.

Por instinto, me volví á Jaime. Estaba como petrificado. La percepción de lo que estaba pasando le había trastornado; comprendió sin duda que los preparativos que se hacían, eran decisivos. Los golpes que á mí tanto me impresionaron, deben haber sonado en sus oídos como martillazos descargados sobre su caja mortuoria.

Volví los ojos á Zermeño. El también estaba pálido y convulso; pero en el fondo de su emoción, mirábase brillar un orgullo satánico, una resolución inquebrantable y feroz. Su cuerpo diminuto y enclenque, su rostro huesoso su color pajizo, se me figuraron rodeados de un halo fosforescente.

Por más que lo reflexiono, no alcanzo á explicarme todavía cómo pudo Jaime, sin doblegarse, recibir las impresiones de aquellos momentos. Imagínome que en aquella sazón agolpáronse á su espíritu el temor de la muerte, el recuerdo de la ado-

rada familia, el sentimiento de su ingratitud, y la previsión del abandono de los suyos; todo rápido, candente, giratorio, como torbellino de sombra y fuego. ¿Cómo no dió voces diciendo que estaba pronto á explicar las palabras que Zermeño había juzgado ofensivas? Sus facciones crispadas revelaban la lucha del momento crítico é irreparable. Por mi parte, hacía votos en el fondo de mi corazón porque estallasen aquellos labios rebeldes y pronunciasen las palabras de paz, que hubieran vuelto la felicidad á tantos seres.

Tampoco me explico cómo pudo su razón sufrir sin flaquear, tantos y tan rudos golpes como se descargaron sobre ella. Lógico me hubiera parecido ver aparecer en aquel semblante trastornado, la mirada magnética del loco, y oir salir de aquella boca contraída, la carcajada estridente, la risa histérica que forma la música de los manicomios.

¿Por qué prodigio de soberbia, por qué maravilla de amor propio logró Jaime dominar su instinto de salvación enmudeciendo, ó mantener hasta el fin las riendas de la razón que se le escapaban?

De todo punto lo ignoro; sólo sé que continuó terco hasta el fin, aunque atenaceado por aquellos martirios, y que, cuando recogió de mi mano la segunda pistola, empuñóla con crispados dedos y me miró con ojos vidriados.

Bien lo recuerdo. En aquel momento solemne, un rayo de sol tamizado por el ramaje, se posó sobre su frente amarillenta. Su cuerpo elevado y robusto encorvábase como si fuera á desplomarse; triste y enjuto me pareció su rostro amplio, franco y regocijado; y la rubicundez de su cutis siempre congestionada, habíase tornado palidez cadavérica, color de agonía y de cementerio.

¡Pobre amigo! No le perdí de vista; me fascinaba su aspecto atormentado.

Vile al sonar la primera palmada levantar la diestra con movimiento de autómata. A la segunda, alcancé á descubrir en su rostro una contracción desesperada, á la vez que sonaron unísonos los disparos potentes y retumbantes como de cañones Armstrong. Encendiéronse dos llamaradas; produjéronse dos nubes pestilentes, y en medio de la humareda ví á Jaime caer de golpe.

Me precipité á él presa de una angustia suprema. Yacía sobre el costado izquierdo, con la cabeza clavada en el musgo y empuñando todavía en la diestra crispada el arma humeante. Agitábanse espasmódicamente sus piernas, y con los pies golpeaba pausadamente la hierba.

Tenía roto el cráneo. Me di cuenta de ello confusamente.

Ví sangre, un mar de sangre, un aguje-

o rojo y negruzco en la frente, substancia blanquecina manando del occipucio una fisonomía desencajada, una nariz adelgazada y diáfana, unos ojos empañados, unos párpados convulsos, una boca que se abría y se cerraba y una sombra plomiza y terrosa que pasaba solemnemente sobre aquel conjunto.

El cirujano se arrodilló, levantó para examinarla aquella cabeza destrozada, y volvió á dejarla caer con gesto desalentado. En ese momento cesó de moverse aquel organismo, y entró en la absoluta quietud de las cosas inanimadas.

## VII

## EPILOGO

Calló Eustaquio de improviso. No hizo un comentario más á la narración ni me refirió lo que había hecho después de aquella escena terrible, ni lo que hubiese sido de la familia del duelista después del fallecimiento de Rivera. No tuvo fuerzas sin duda para contarme su propia consternación, ni el absoluto desampa-

ro de Juana y de Leonor, ni los antros por donde anduvieron rodando largos años ni la horrible miseria de hambre, frío y desnudez que debe haberles seguido por todas partes. Los recuerdos del sangriento drama que acababa de evocar, le habían como anonadado; tal vez remordimientos tardíos le acongojaban por haber contribuido primero á aquella desgracia, y por no haber socorrido después tanta miseria.

Yo también callé con el corazón lacerado por la compasión. Aquel relato había hecho surgir en mi espíritu imágenes desgarradoras, y me abismé en la dolorosa contemplación del cuadro de aquella mísera viudez y de aquella tétrica orfandad, tristísimo corolario de la inmolación de Rivera.

De pronto rompió el silencio una voz de mujer

—¡Champaña! gritaba, ¡quiero más champaña!

—Vamos, repuso una voz varonil, has bebido demasiado, no seas necia.

—¡Quiero emborracharme! prosiguió la mujer.

Siguieron después algunas palabrotas pronunciadas por ambas partes, y luego grandes voces femeninas que resonaron por todo el salón.

—¡Champaña, mozo! ¡Otra botella de champaña!

—Vámonos, dijo Eustaquio, tan lívido como un difunto; esa voz me crispa los nervios. Vámonos.

En aquellos momentos dió las tres de la mañana el reloj del despacho. Salimos precipitadamente, como prófugos.

Los gritos y las risotadas de Leonor, nos siguieron hasta la puerta del café.

Cuando llegamos á la calle, tiritábamos Alcázar y yo, no sé si por la emoción ó por el vientecillo fresco de la noche.



# El Billete de Lotería

A Manuel Jose Othon.



# I

Blas Carranza y Genoveva Villa hubieran formado un matrimonio á pedir de boca, á haber tenido á su disposición todo lo necesario para dar á ésta cuanto hubiese pedido; y lo preciso, además, para pagar al casero, á la lavandera, al sastre, al sombrerero, al zapatero, al confitero y á tantos otros dispensadores de cosas necesarias ó útiles, de nombres de la misma terminación. Pero en el estado que guardaban, careciendo de los fondos indispensables para hacer esos gastos, no eran ni podían ser felices, aunque se quisiesen entrañablemente; porque las penas que causan el sentir el estómago vacío, ó desnudas las carnes, ó descalzos los pies, ú oír

el airado coro de los acreedores, desde el boticario hasta el carnicero, que reclaman el pago de sus créditos, no son para mantener los humores en aquel estado de ponderación y armonía que se necesita para la dicha.

No carecía Blas de aptitudes; pero no había podido desarrollarlas, en parte por falta de recursos pecuniarios, y en parte por timidez y cortedad de carácter. Es cierto que no pocos millonarios, particularmente en los Estados Unidos, han comenzado por los oficios más humildes, como Cornelius Vanderbilt, de quien se cuenta que, cuando adolescente, fué barquero y llevaba granos á Nueva York por el Hudson (lo que no le impidió con el tiempo y á fuerza de trabajo y perseverancia, llegar á ser uno de los primeros capitalista del mundo); pero también es verdad que los luchadores animosos que por fin han triunfado, han tenido un ánimo abierto y emprendedor. Así lo prueba Smiles en su famoso libro "Self-Help;" y por cierto que los personajes que allí cita y menciona como ejemplo de enérgica iniciativa, en nada se parecían á Carranza, quien por corto y apocado, bien hubiera podido ahogarse en un vaso de agua ó ser ahorcado con un cabello.

El caso es que á pesar de los conocimientos de Blas en ingeniería agrícola, de

sus bien fundadas teorías sobre irrigación y cultivo de terrenos y de los sólidos principios que profesaba sobre crianza de todo género de ganado, así lanar como caballar, bovino y porcino; no acertaba á valerse de tan elevada sabiduría, que le hacía intrísecamente acreedor á honra y provecho, para vencer los rigores de la suerte y las fierezas del hambre. El súbito desquiciamiento de la fortuna de su familia, habíale obligado á dejar inconclusos sus estudios, por lo que carecía de título que ofrecer al público como garantía de sus aptitudes profesionales. Pero no por eso había dejado de la mano las ciencias; antes con mayor ahinco que nunca había seguido devorando los libros, hasta aprenderlos de memoria, de pasta á pasta, ó, como suele decirse, de cuero á cuero. Su afición á la agronomía y el deseo de practicarla, le habían inducido á cuidar algunos tiestos semirrotos, que regaba, abonaba y sembraba haciendo en aquellos puñados de tierra todo género de experimentos con diversos guanos, semillas y preparaciones, y á diferentes grados de saturación acuosa; figurándose con el candor de un niño, que aquellas eran vastas haciendas que cultivaba, y que los resultados obtenidos en ellas, eran abundantes cosechas que iban dejando henchidos sus graneros y reventando sus bolsillos.

Cualquiera hubiese dicho que estaba loco.

Así se pasaba los días removiendo tierra, y con la regadera en la mano, soñando con nivelaciones, desecaciones, desmontes, plantíos, presas y pasaderas, entretanto que su cara mitad se desvivía por darles de comer á él y á Lucianito, su tierno heredero, con veinte centavos ó cuando más veinticinco diarios, que el agrónomo solía colectar llevando las cuentas del tendero de al lado. Genoveva barría la accesoria con aquellas manos que parecían manojos de rosas, sacudía paredes y muebles, limpiaba y frotaba ladrillos y vidrios, lavaba la loza, hacía la comida y remendaba la ropa, sin darse mucha prisa, con método y asiento extremados; de suerte que, aunque no parecía que hiciese gran cosa, todo lo dejaba en su lugar y listo á la hora debida. Mientras ella se ocupaba en aquellas faenas, Lucianito trastabillando y con el paso tardo de los niños que comienzan á andar, procuraba descomponer cuanto ella iba arreglando: echaba abajo las sillas, hacía pedazos y sembraba papeles por el suelo, sacaba de la cesta las verduras, volcaba la olla del puchero y llevaba á cabo otras mil diabluras y atrocidades. Con todo eso, no lograba enfadar á la madre: Genoveva se divertía lindamente en medio de aquella

zambra, por más que gritase á toda hora:

—¡Lucianito!.... ¡Ahora lo verás!... ¡Deja el candelero!.... ¡Cuidado con los periódicos!.... ¡No metas la mano en el agua!.... ¡Niño, niño, es el betún de los zapatos!.... ¡Te has puesto como un diablito!

Blas asistía como ausente á aquellas escenas, siempre ensimismado en sus sueños agrícolas. Con todo, de tiempo en tiempo tenía momentos lúcidos y se quedaba absorto contemplando á Genoveva tan joven, tan hermosa, tan alegre.... y tan infeliz. Y se dolía de ver sus faldas hechas guiñapos, sus zapatos y medias dejando ver por los agujeros y hendeduras, el cutis blanco y sonrosado de unos piececitos tan pequeños y hermosos como los de un niño, y aquella abundante cabellera, que parecía diadema imperial, simplemente recogida en nudo ateniense sobre la cabeza y atada con cintas bastas y descoloridas, por falta de lazos de seda ó terciopelo que iba reclamando. Dolíale también el corazón de ver que Lucianito no tenía más que trajes de géneros burdos, solía andar en piernas, y no se ponía zapatos sino para salir á la calle.

Carranza en aquellos momentos suspiraba muy hondamente, y reflexionaba con amargura que era centro y causa de aquellas miserias; pero, cuando iba á llorar ó

á desesperarse, se despeñaba de pronto é inconscientemente en sus acostumbrados idilios. Y miraba con ojos extáticos extensas praderas pobladas de rebaños; oía el bramido de los toros en las dehesas y el mugido de las vacas y de los becerros en los establos; y se quedaba suspenso contemplando el engañoso miraje de abundantes trigales, maizales corpulentos, bosques resonantes, canales de agua cristalina, molinos estridentes, carros cargados de hierbas y de cereales, y movimiento y tragín de vastas negociaciones campestres. Una vez en juego su desenfrenada imaginación, no se paraba ya por ningún motivo. Seguía funcionando con la misma actividad con que arde la del náufrago cuando ve mástiles, velas, chimeneas y humo en los horizontes desiertos del mar, en tanto que se le agotan las fuerzas y siente que la masa cristalina de las olas le llega á los labios, le llena la garganta y va hinchándole el pecho y arrancándole la vida.

## II

En la misma casa de vecindad que habitaban Carranza, Genoveva y Lucianito, vivían, en la vivienda contigua, don Ignacio y Damiana, padre y hermana respec-

tivamente de Genoveva, tanto como desolación, azote y calamidad del hogar de Carranza. El suegro era escribiente en el Ministerio de Comunicaciones y ganaba un sueldo mensual de sesenta duros, con lo cual bastaba y sobraba para que padre é hija gastasen una soberbia inaguantable, se creyesen individuos de familia dinástica y mirasen á Blas y á los suyos como á seres infelices y de estirpe inferior.

Don Ignacio era un viejo bilioso, de cutis cetrino, alto, anguloso, lampiño y de voz estentórea. Cuando él decía una cosa, ¡la hacía y tres más! Cuando él levantaba la voz ¡nadie le alzaba gallo! Y cuando él daba una orden, ¡cartucheras al cañón cupieran ó no cupieran!

Damiana era una parlanchina inaguantable; reñía con los vecinos por la causa más leve, tenía quejas contra todo el mundo, y le decía claridades al lucero del alba. Al matrimonio de su hermana le tenía particular inquina: comenzaba y no acababa hablando de la miseria en que se ahogaba ese hogar, de la pereza de Blas, de la falta de carácter de Genoveva, á quien solía llamar "la esclava," y de lo feo que era, y roto ó figuroso que andaba Lucianito. Malas lenguas decían que la vieja solterona, más pecosa y amarilla que un huevo de pavo, estaba despechada por no haber podido casarse, y que podía te-

nerse por cierto que para salir de la humillación de su doncellez, sería capaz de contraer matrimonio con el hombre despiernado que pedía limosna en la puerta de la Catedral. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el hogar de su hermana era el centro de los pensamientos, de las reflexiones, del desprecio y de las invectivas de la solterona; sin que la consideración del parentesco la humanizara, ni le tocase el corazón la suma pobreza de aquellos míseros seres.

La mañana en que se abre esta verídica historia, era una hermosísima del principio de septiembre. Había llovido la noche anterior; pero se había despejado el cielo á la madrugada y ostentaba ese azul profundo propio de la estación de las lluvias. El sol abrillantaba las gotitas de agua que se mantenían adheridas á los cristales de las ventanas; y el calor que irradiaba de los cielos, hacía subir de las bardas remojadas por la lluvia, vahos azulados apenas perceptibles. De todas las jaulas que adornaban los pasadizos de las accesorias, se escapaban cantos de pájaros, y las muchachas pobres de las viviendas, llenas de bienestar y de contento cantaban trozos de las zarzuelas al uso, ya amorosas, ya picarescas, ya tristes, según el temperamento y el humor de que se sentían poseídas. Era tan radiosa la mañana, que

parecía propia á vencer prolongados marasmos, á sacudir inveteradas tristezas, y á hacer aceptables luchas largo tiempo esquivadas. Las niñas casaderas esperaban hacer aquel día alguna brillante conquista; y los mancebos ardientes soñaban con huríes de ojos negros y buena dote—porque los galanes de hoy día suelen andar afiliados en la escuela positivista.

Don Ignacio, aunque hombre de edad provecta y duros espolones, sentía también la influencia de aquella luz y de aquella frescura atmosféricas; sin que sea posible explicar de qué medios se habían valido el cefirillo blando y suave y el rayo rubio de sol para mejorar y ablandar aquellos miembros anquisolados, aquellos vasos artríticos y aquellos tendones debilitados y laxos. El caso era que el viejo se sentía bien, y que gritaba con voz más fuerte que nunca, juraba de un modo terrible y hacía con cada puñetazo bailar la zarabanda por largo tiempo á los trastos que alhajaban la mesa.

Recrudecencia de nerviosidad, de maledicencia y de hiel había producido también el buen tiempo en el temperamento de Damiana, quien sentía en aquellas horas benditas, más suelta la lengua, más fácil la inventiva y más chispeante la sátira. Es el eterno sistema de la naturaleza: la compensación en todo y por todo, des-

de el gusano en el botón de la rosa hasta la víbora de cascabel en los bosques de los trópicos. La exuberancia de la vida cría la miel en la grieta de las rocas y la ponzoña en la boca de los reptiles.

Don Ignacio y Damiana acababan de almorzar y charlaban estrepitosamente de sobremesa. La voz de ésta, bajita é incesante, parecía la de una fina lluvia inagotable, mientras que la ronca é intermitente de aquél, semejaba la de uno ú otro rayo desprendido de las nubes.

—Padre, decía Damiana, es ya insoportable esta situación. Me da vergüenza vivir al lado de esas gentes (sus deudos) tan dejadas de la mano de Dios y tan buenas para nada. Al ver al muchacho tan desgarrado y á ella tan "pegada" al trabajo, van á suponerse las gentes que nosotros somos como ellos; que yo soy tu criada y que tú eres uno de los siete durmientes, una marmota que no sale nunca de su letargo.

—Al primero que lo diga, le parto el alma, rugió el viejo escribiente.

—No creas que te lo digan. Bien se guardarán de eso, porque saben que tienes dignidad y no permites que nadie te falte; pero lo pensarán para sus adentros y se lo comunicarán entre sí á la sordina. A mí nadie me quita de la cabeza que los vecinos nos ven á poco más ó menos, que

nos siguen con los ojos cuando pasamos, y que se dan al codo en nuestra presencia.

—¿Quiénes son ellos? vociferó don Ignacio más colérico que de costumbre. ¡Dime quiénes son!

—Todo el mundo, padre, no se exalte; no es posible que vd. le calle la boca á todo el mundo. Y se me figura también que nos han de criticar á vd. y á mí porque no mantenemos de todo á todo á esos gorrones. Han de decir que somos egoístas, indolentes y perversos. ¡Como si tuviéramos la obligación de quedarnos en cueros para cubrir las desnudeces ajenas, ó fuese obra meritoria alentar la pereza de los parientes!

—Blas es un holgazán de siete suelas.

—No tiene delicadeza. Pasa el día cuidando plantas y regando macetas como una muchacha romántica, y deja que ruede el mundo, como si en él no estuviesen su mujer y su hijo. Afortunadamente para Blas, se ha unido á una mujer que no parece tu hija ni mi hermana, que no sabe hacerse respetar, ni tiene amor propio; que le sirve de rodillas; y que es al mismo tiempo cocinera, lavandera, costurera, recamarera, mandadera y esclava.

—No sé cómo he podido aguantar todo eso, exclamó don Ignacio cerrando los puños. Mucho tiempo hace que hubiera debido darles una lección.

—Y bien la merecen, padre, porque no he visto nada igual á ellos en toda mi vida. La gente que nos rodea, aunque de clase inferior á nosotros, es de otro modo. El hojalatero de enfrente trabaja de firme y tiene una criadita de siete años para que le ayude á su mujer; el sastre del segundo patio nunca deja de dar á su mujer por lo menos cuatro reales diarios, y ésta, cuando no se los ajusta, no le da de comer; el vagonero que vive junto á la cocina, pasa un peso diario á su esposa, y ésta tiene cocinera y recamarera para hacer el quehacer. ¡Y Blas no gana más que unos cuantos centavos al día, que nunca llegan á treinta, y quiere que su mujer haga milagros con ellos y con todo el peso de la casa!

Don Ignacio estaba en ascuas.

—En realidad, padre, aunque nos duela el decirlo, vale menos Blas que el hojalatero, no sirve ni para descalzar al sastre, y debe besar humildemente los pies al vagonero. Y por lo que hace á Genoveva, es como los zapatos viejos de las mujeres de todos esos hombres, verdaderamente hombres, no como Carranza.

El viejo bufaba. Las palabras de su hija le fueron enardeciendo gradualmente, y acabó por caer en un paroxismo de rabia de toro acalambrado. Quiso levantarse y no pudo, porque le temblaban las piernas y se sentía mareado.

—Ahora mismo voy á darle una paliza á mi yerno, gruñó con los dientes apretados. Ya que es tan afecto á quedarse en casa, yo le obligaré á quedarse también en la cama. ¡Todavía no me conoce!

—No, padre, eso no, objetó Damiana comprendiendo que el efecto de sus palabras había ido demasiado lejos; eso no, porque se armaría un escándalo mayúsculo.

—¡Y eso á mí qué me importa!

—Nuestra posición, por Dios, hay que respetar nuestra posición.

El argumento fué contundente. Luego se dió cuenta don Ignacio de que siendo quienes eran él y su hija en aquella casa, y figurando en primer término entre aquel plebeyo vecindario, no estaba bien desafinar de tal modo, dando motivo para que interviniera el gendarme y le llevase ante el comisario.

—Pero entonces, ¡qué hago! repuso el viejo acosado. Por una parte me excitas con tus reflexiones y me exaltas con tus palabras, y por otra me privas de movimiento.

—Es claro que algo se tiene que hacer; pero algo que remedie la situación, no que la empeore.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Obligar á Blas á que trabaje.

—Sería más fácil poner en marcha al Ixtlacíhuatl.

—A vd. nadie le resiste, ni menos él, que es tan apocado.

—¿De modo que crees que podré lograrlo?

—Estoy segura de ello.

—Puede ser que tengas razón. En tal caso, hay que poner manos á la obra sin pérdida de tiempo. Necesito galvanizar ese muerto antes de entrar en la oficina.

Y como don Ignacio era hombre "impulsivo," se levantó de la silla como movido por un resorte, tomó el sombrero del clavijero, el grueso bastón de encino (que él había bautizado con el descriptivo nombre de "amansa locos") de un rincón de la pieza, y en dos ó tres zancadas se trasladó á la puerta de la habitación contigua, por donde se coló de rondón, sin decir oxte ni moxte.

## III

Acababa Blas en aquellos momentos de salir de su cuchitril y se aprestaba á refrescar las raíces de sus caros vegetales con una regadera vieja que llevaba en la mano, cuando penetró como una racha en la vivienda don Ignacio, golpeando rudamente el pavimento con el bastón á cada

paso que daba. El dilettante agrónomo quedó boquiabierto y suspenso ante la presencia de su augusto suegro, con la regadera en alto, medio inclinada hacia los tiestos, pero mal dirigida por la sorpresa; de suerte que los chorros de agua que se escapaban por los agujeros de la hoja de lata, describían una parábola inútil, y caían á plomo sobre sus pobres zapatos rotos y deslustrados.

—Buenos días, vociferó el viejo con fiereza.

—Buenos días, señor don Ignacio, repuso el joven tímidamente.

—¿Dónde está mi hija?

—Arreglando á bebé.

—Y usted, ¿en qué se ocupa?

—Como siempre, señor, haciendo experiencias....

—¿Experiencias de qué?

—De agricultura, señor.

—Quiere decir, divirtiéndose y perdiendo el tiempo. ¿De qué le sirven ni á usted ni á su familia esos embelecos? ¡Cuánto mejor no sería que se dedicase usted á aserrar madera ó á hacer adobes; siquiera ganaría un sueldo de jornalero y algo descansarían mi hija y mi nieto.

—Pero si llego á tener algún terrenito, si Dios me lo da....

—Lo cultivará vd. conforme á las reglas del arte. ¿No es verdad? (Aquí pro-

rrumpió don Ignacio en una carcajada irónica semejante á un rugido.) Y ¿cuándo será eso? ¿Dentro de un siglo? No hay traza de que pueda ser antes. Pero vd. es capaz de matar un buey á pellizcos y de plantar un árbol de los que fructifican á los cien años. Gasta vd. una pachorra capaz de sulfurar al calendario azteca.

Al decir esto, enarboló el viejo su "amansa locos," y dejándolo caer sobre el repleto vientre de los tiestos, los hizo añicos con estrépito, sembrando el pasadizo de fragmentos de cacharro y de tierra negra de la mejor clase. Los tallos de las tiernas plantas que con tanto esmero había cuidado y protegido el agrónomo, se rompieron y remolieron con la caída. Y quedaron por el suelo lastimosamente descubiertas, preciosas y delicadas raíces, unas largas y sutiles como cabellera de dama, otras gruesas y bulbosas como cimborrios y torres moscovitas.

A Blas se le subió de pronto la sangre al rostro, herido á la vez en su dignidad y en sus aficiones por aquel hecho brutal, y aun llegó á hacer un movimiento significativo para arrojar la regadera á la cabeza de su suegro. En esto apareció Genoveva apresurada y llena de susto, todavía sin peinar y con los papelillos de rizar en la frente.

—¿Qué es eso? ¿qué pasa? interrogó en el colmo de la alarma.

—¡Tu esposo, que quiere lanzarme la regadera á la cabeza! dijo el viejo.

—¡Tu padre, que ha apaleado y roto mis macetas! articuló Blas sollozando.

—Pero ¿por qué?

—¿Y me lo preguntas? contestó don Ignacio. Lo sabes mejor que yo. ¡Porque la flema que gasta tu marido me tiene quemada la sangre! No se mueve, no trabaja, no hace nada que sirva. Gasta su tiempo en regar plantitas.

—¿Y bien padre?

—Que eso no se puede tolerar, que es preciso que concluya, y que tengo determinado que concluya.

—¿Y por eso ha hecho usted... lo que ha hecho? articuló Genoveva, ocultando difícilmente su mal humor.

—Sí, por eso, ¿estamos? Por eso. ¿Te parece mal?

—No, padre, pero....

—¡Qué pero ni qué ocho cuartos! He de arreglar esta casa, aunque sea moliéndoles los huesos á sus habitantes. Ya verán cómo los impulso: las tortugas andan con lumbre.

—Señor, balbuceó Blas, perdidos ya los bríos y vuelto á su habitual apocamiento: bien sabe usted que me sobran deseos de trabajar.

—No, eso no lo sé; no me calumnie vd.

—Sí, señor; lo que pasa es que no ten-

go quien me proteja, ni elementos propios.

—A un hombre digno, le bastan los cuatro elementos naturales: agua, tierra, fuego y aire; pero usted no tiene vergüenza.

—Padre, por Dios, interrumpió Genoveva llorando. Nosotros no le hacemos á usted ningún daño, ni le molestamos con peticiones, ni con quejas.

—¿Crees que tengo sangre de horchata? ¿Quién puede ver con tranquilidad este cuadro?

Blas, nuevamente excitado, pensó contestar á su suegro: "Pues no lo vea usted; váyase y no vuelva." Pero Genoveva lo adivinó, y, adelantándose, repuso:

—Ni mi hijo ni yo nos quejamos; todos estamos contentos.

—¿Con que sí, eh? Pero eso es porque tú y mi nieto tienen alma de esclavos, como dice Damiana.

—Padre, gimió Genoveva, ¡cómo le he de creer á usted que venga á aumentar nuestras penas!

—Porque soy un mónstruo; pero ya me lo agradecerás más tarde. ¡Ea, continuó don Ignacio dirigiéndose á Blas, póngase vd. el jaquet, tome el sombrero y sígame!

—¿A dónde le lleva vd.? preguntó Genoveva.

—¡Al trabajo! gritó don Ignacio.

Blas, intimidado de nuevo, obedeció sin chistar, y se puso el jaquet y el sombrero. Con esto don Ignacio salió por la puerta como una saeta. La joven aprovechó aquel momento para abrazar á su esposo y decirle al oído:

—Dispénsale, Blas, es mi padre. No tardes en volver.

El agrónomo por toda respuesta, besó le frente de Genoveva y voló á reunirse con su suegro.

## IV

No había pasado una hora, cuando volvió Blas á su casa más triste y cariacontecido que nunca.

—¿Por qué has vuelto tan triste? le preguntó su mujer. ¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, dijo el marido, me he quedado sin mi reloj.

—¿Te lo robó algún ratero? investigó la joven, palideciendo.

—No, lo voy á perder por culpa de don Ignacio.

Diciendo esto se echó el infeliz sobre una silla, dejó caer la cabeza entre las manos y lloró como un chiquillo. Aquel

reloj, remontoir, de repetición y de fuerte caja áurea, era la única herencia que había recibido de su padre. Le tenía gran cariño, y nunca, ni en medio de sus mayores miserias, había querido venderle. Varias veces había manifestado á su consorte el deseo de ser enterrado con él.

—¿Por qué dices que por culpa de mi padre? articuló tiernamente Genoveva, apartándole las manos de la cara. ¿Por qué dices eso?

—Porque él la tiene, prosiguió el joven con irritación; porque es imposible sacar el reloj de donde está ahora.

—¿Lo empeñaste?

—Sí, en veinte pesos.

—Eso no es nada; cualquier día lo recobras.

—No, no, murmuró Blas moviendo la cabeza con desconsuelo; nunca reuniré esa dinerada para sacarlo del montepío. Vencerá el término de la boleta, y lo perderé.

Genoveva comprendió que su esposo tenía razón, y, á falta de palabras de aliento que prodigarle, procuró distraer su imaginación con nuevas preguntas.

—¿Cómo pasó eso? No me lo has dicho. ¿Quiso papá que te proveyeras de fondos para nuestros gastos?

—No fué eso. Quiso que me proveyera de fondos para trabajar, que me hiciese

de un puntalito que me sirviese de apoyo.

—De modo que ahora vienes rico, dijo la joven fingiendo buen humor. ¡Oh! ¡señor adinerado!

Y con amable confianza golpeó con la punta de sus rosados dedos, los bolsillos del chaleco de Blas; pero asombrada, no palpó ninguna moneda.

—¡Qué dinero ni qué niño muerto! gimió Carranza. Eso es lo más triste del caso. Vuelvo como me fuí: sin un centavo en las faltriqueras.

Genoveva abrió desmesuradamente los ojos.

—Pues entonces ¿qué ha sucedido? dijo.

—Lo que ha sucedido es que mis veinte duros se has convertido en papel, repuso Blas con indignación, sacando del bolsillo del jaquet un billete de lotería.

La joven se quedó petrificada. ¡Gastar veinte duros en un billete de lotería, cuando no había lumbre en la cocina y estaban faltos de todo, desde vestido hasta zapatos, él, ella y el niño! El joven comprendió en la expresión del rostro de su compañera lo que estaba pensando.

—¿Pero te imaginas, mujer de Dios, que soy capaz de hacer esa locura?

—Pues entonces ¿quién?

—Tu padre, don Ignacio, mi suegro...

—¿Cómo pudo ser eso?

—De un modo muy sencillo. Salimos de la casa mudos y sin acercarnos el uno al otro. El iba delante, muy de prisa, y yo le seguía como iba pudiendo. De pronto, al pasar por el montepío del español don Quintín, que está en la esquina, se paró y me preguntó si había traído mi reloj. Repuse que sí, y me lo pidió con imperio. Tan pronto como lo tuvo en las manos, entró en el montepío, y lo entregó al español preguntándole cuánto prestaba sobre él. Mientras éste lo examinaba, pregunté á don Ignacio qué significaba todo eso, y me contestó que era ridículo trajese yo aquella alhaja cuando no había más que hambre en mi casa, y que iba á empeñarla para darme algún dinero que me sirviese para negociar. Protesté alegando que aquel reloj era la única prenda que me quedaba de mi padre, que lo quería entrañablemente y que no convenía en ponerlo en peligro de que se perdiese. Me contestó con un gruñido, y cuando dijo el prestamista que podrían darse sesenta pesos sobre aquel objeto, pidió tu padre todo ese dineral. Pero yo, exasperado, me negué á prestar mi consentimiento para tan cuantiosa operación, comprendiendo que á medida que fuese mayor la suma que diese el montepío, más difícil me sería rescatar después el reloj. Tu padre insistía en su idea, pero como me negase á

apoyarla, declaró el dependiente que, supuesto que era yo el dueño de la prenda, no daría sobre ella ni un centavo sin mi consentimiento. Tu padre furioso, fué disminuyendo gradualmente sus pedidos y yo continué negándome á acceder á sus exigencias. Así bajó de cincuenta á cuarenta, y de cuarenta á treinta pesos. Al llegar á veinte, no tuve ya valor para resistir, temeroso de que me pegase en el mismo establecimiento. Don Ignacio recogió los fondos y me dió la boleta al salir del montepío. Por el camino me fué apostrofando por no haber querido recibir más dinero, y declaró que con aquella bicoca no se podía emprender nada, y que lo mejor que podría hacer con ella era arrojarla al muladar. Pensaba yo, entretanto, que, siendo así las cosas, no entendía por qué habíamos empeñado el reloj, y que si los veinte pesos no servían para nada, sería lo más cuerdo volverlos al prestamista. Con prudencia le insinué esta idea; pero habiéndome dado por respuesta una mirada feroz, no volví á chistar, y seguimos caminando al acaso. Casualmente pasamos frente á un estanquillo de tabaco. Allí, deteniéndose un momento, me dijo que se le ocurría una idea brillante: invertir mis fondos en un billete de la lotería de cien mil pesos que hoy mismo iba á celebrarse; que así me haría rico de una vez, si la

suerte me era propicia. Agregó tu padre que él mismo había tomado de su caja lo necesario para comprar otro billete. Con esto entro en el estanquillo sin más preámbulo, mientras yo me quedé esperándole en la acera. A poco salió con los dos billetes en la mano. Los números por él escogidos fueron un 3,312 y un 777. Vaciló antes de entregarme uno ú otro, y al fin me dió el 3,312. Hecho esto, me despidió con ironía diciéndome que me volviese á casa á entablar mis vegetales y á remendar mis macetas, mientras se ponía en claro mi suerte. Y aquí me tienes, Genoveva, concluyó Carranza, sin reloj, sin dinero, y con este delgado, trasparente é inútil papelillo por toda compensación de mis desventuras.

—¡Válgame Dios! dijo la joven con manifiesta pesadumbre, ¡y pensar que hubiéramos podido hacer tantas cosas con esos veinte pesos!

—Es lo que digo. En último resultado, una vez empeñado el reloj de mi padre, hubiéramos podido salir de algunas congojas con los veinte duros.

—Yo no tengo fe en loterías, prosiguió Genoveva desdoblando el papel.

—Ni yo, agregó el esposo. Hasta ahora, no he visto que nadie se las saque; y conozco muchas pobres gentes que se han sacrificado toda su vida por comprar estos malditos billetes....

—Sea todo por el amor de Dios, concluyó la esposa con resignación doblando nuevamente el papel y guardándolo en la faltriquera. ¡Reloj y dinero perdidos!

## V.

Comían Blas y Genoveva cuando se abrió la puerta con estrépito y entró Damiana. Ni siquiera se le ocurrió saludar. Fuese en derechura al joven y le dijo:

—¿Por qué haces esas cosas con mi padre?

—¿Qué cosas? preguntó azorado el pobre hombre.

—Estas, continuó la harpia blandiendo en la mano el otro billete.

—¿Esas? insistió Carranza sin saber lo que decía.

—¡Sí! ¡éstas! ¡éstas!, gritó la solterona dando casi con el papel en las narices al interpelado. Parece que no quiebras un plato, riegas macetas, no trabajas, pero sabes abusar cuando puedes de las personas respetables.

—¿Por qué no hablas claro? intervino Genoveva con indignación. ¿Qué derecho tienes para tratar así á mi marido?

—El derecho que me da la defensa de

mi padre.... de tu padre, insistió, dirigiéndose con reproche á su hermana, mal que te pese.

—Don Ignacio no necesita que nadie le defienda, objetó Carranza. ¿De qué se queja? ¿No ha hecho de mí lo que ha querido? ¿No me ha obligado á empeñar mi reloj?

—Y ha hecho muy bien; tú mismo debieras haberlo empeñado desde hace años. Y te has vengado lindamente de ese favor que te hizo.

—¿De qué manera? preguntó asombrado el joven.

—Tomando para tí el billete de mejor número.

—¡Mentira! repuso Blas exasperado; me dió el que quiso. El fué quien escogió el suyo.

—Suponiendo, replicó la solterona. Aceptaste sin chistar ese acto de desprendimiento, y metiste el buen día en casa tomando lo que te ofrecía....

—No hice más que obedecer.

—Anda, mosca muerta; engaña á quien quieras, á esa simple (y apuntó á Genoveva,) pero conmigo no juegas.

—En fin, saltó Genoveva irritada. ¿A qué has venido aquí? ¿A insultarnos? ¿Qué quieres?

—Lo que quiero es que este Juan de buen alma me devuelva el billete que tie-

ne, y se quede con este que traigo. El número 777 es pésimo, porque tiene tres sietes, y siete son los pecados capitales.

—De suerte, protestó Genoveva, que pretendes darnos lo peor.

—Lo que quiero es deshacer la picardía.

—Hacerla, dirás, objetó Genoveva.

—Como te parezca, replicó enfadada la solterona; el caso es que me den el otro número.

—¿Y si no te lo damos?

—Nos oirán los sordos.

—Que nos oigan.

—Vamos, Blas, gritó Damiana con imperio, dame el otro billete.

—Hija, murmuró Carranza dirigiéndose á su esposa, dáselo, vale más.

Era tan sumisa Genoveva, que pronto lo sacó del bolsillo; pero irritada por la injusticia, se quedó con él en la mano, y repuso:

—No, ¿por qué hemos de permitir que jueguen así con nosotros? ¿Porque somos pobres?

—¡A ver acá el billete! ordenó Damiana.

—¡No señor!

—¡Sí señor!

—¡Ni ahora ni nunca!

—¡Lo verémos!

—¡Lo verémos!

Mas de pronto, y antes de que Genove-

va pudiera impedirlo, Damiana por medio de un movimiento rápido, arrebató á Genoveva el billete que en la mano tenía, y dejando caer por el suelo el 777, echo á correr á su habitación. Genoveva la siguió con igual rapidez; pero no logró detenerla antes que entrase en su vivienda.

Perpleja se paró ante la cerrada puerta.

Por más disgustada que estuviese, reflexionó al instante lo que podría suceder si don Ignacio llegaba á intervenir en la diferencia: gritos, vociferaciones, tal vez bastonazos, y la policía, y el escándalo. Así que se limitó á gritar por la cerradura:

—Eres mala é injusta, Damiana: no tienes piedad de nosotros; pero Dios nos juzga.

Y llorosa volvió á su vivienda. Al entrar, recogió el número 777 que se había quedado en el suelo, y refirió colérica á su marido lo que había sucedido.

Blas se indignó de pronto y dijo que aquello no podía ni debía quedar así; pero á poco se calmó y procuró tranquilizar á Genoveva diciéndole:

—No tengas cuidado, no te aflijas; al cabo no ha de resultar premiado ninguno de los dos números.

## VI

El siguiente día por la tarde, ocupábase Carranza en trasladar como mejor le era dable la tierra y las plantas de sus antiguos tiestos á ollas y cazuelas de barro que había tomado de la cocina, cuando fué interrumpido en su faena por Genoveva.

—¿Y el billete de lotería? le dijo.

—¿Qué tiene? repuso Blas con indiferencia.

—Es tiempo de cotejarlo. Ayer se hizo el sorteo y deben estar impresas las listas.

—Es inútil, hija, no nos sacamos nada.

—Pero ya que nos lo ha dejado Damiana, es preciso cotejarlo. Puede ser que Dios la castigue, y que resulte premiado el número que ella no quiso.

—¡Hum! dijo Blas con incredulidad. Pues encárgate de eso; estoy muy ocupado.

—Bueno; el estanquillo no está lejos, y la lista debe hallarse pendiente á la puerta. Servirá de dar los buenos días á Conchita, á quien hace años y felices siglos que no veo.

Blas no acabó de oir lo que decía su esposa, porque andaba ya absorto en apuntalar con una vara el tallo quebrado de una planta.

Genoveva se echó encima el manto, y sin verse siquiera al espejo, como hubiera sido natural, dadas su juventud y su hermosura, salió dejando á Lucianito entretenido en destrozar unas estampas.

—Al abrir la puerta, notó que Damiana llegaba en aquellos momentos de la calle con sombrero de plumas, guantes, sombrilla y todo el equipo de los días terribles, y que entraba de rondón en su vivienda cerrando la puerta con estrépito. Dejó pasar unos momentos, y se deslizó por los andenes calladamente y como á hurtadillas.

A distancia vislumbró la lista pendiente á la puerta del estanquillo, impresa en papel duplo y con caracteres gruesos, como es de estilo en los sorteos rumbosos.

—Dios mío, pensó en su interior con humildad, haz que hayamos acertado un premio de cincuenta pesos. ¡No te pido más que cincuenta! Bien sabes que estamos muy necesitados, y que este auxilio extraordinario nos haría muy felices. En realidad, Señor, no serían más que treinta, porque costó veinte el billete.

En el fondo de su corazón abrigaba tímida é inconfesa la esperanza de buen suceso.

Antes de llegar, tuvo tiempo para hacer castillos en el aire. En primer lugar, si Dios la oía, desempeñaría el reloj de Ca-

rranza; compraría después dos vestidos de lana para Lucianito, un gorro, unas chinelas y dos pares de medias; y finalmente, repondría el calzado de su esposo y algunas macetas con plantas de las que había destruido don Ignacio. No se le llegó á ocurrir comprar algo para sí misma, á pesar de estar necesitada de todo. Así llegó á su destino, absorta en su humilde monólogo.

—Buenas tardes, Conchita, dijo acercándose al mostrador y tendiendo la mano á la dueña del comercio.

—Buenas tardes, Geno, contestó ésta recibiendo y acariciando con sus manos marchitas la blanca, mórbida y suavísima que se le ofrecía.

Conchita era una anciana de cabellos blancos, viuda de un capitán santanista; alegre, parlachina y muy aseada. Habíala dejado pobre su difunto esposo y se ganaba la vida vendiendo cigarros, cerillas, timbres de todas clases y billetes de lotería en un local tan reducido, que no tenía más anchura ni elevación que la de la puerta. Era amable por carácter, pero curiosa y palabrera como pocas. Genoveva la conocía bien é iba prevenida para todo.

—¿Por dónde salió el sol ahora? interrogó la anciana.

—¿Por qué lo dice vd., Conchita?....

repuso la joven, mostrando al reír la blanca y fina dentadura.

—Porque se deja vd. ver, Geno. Hace mucho tiempo que no aportaba vd. por acá.

—Lucianito no me deja poner los pies en la calle.

—Y además, la situación ¿no? Sé que don Blas no gana nada.

—No, Conchita, repuso la joven con aplomo; en verdad que no estamos tan mal. Ultimamente hemos tenido nuestros venturoncitos, bendito sea Dios. Aun pensamos dejar la casa donde vivimos; no lo hemos hecho por no separarnos de mi padre.

—La gente, niña, la gente que inventa. Que sea para muchos años y que ustedes prosperen.

—Dios se lo pague, Conchita. Ahora he venido á consultar la lista de los cien mil. Hicimos la calaverada de gastar veinte pesos en un billete.

—Allí la tiene vd. á su derecha, Geno, acaban de traerla.

Al volver el rostro la joven, cayeron al acaso sus ojos en el centro del papel, y allí, con caracteres enormes, en un gran espacio adornado con piecas radiales como rayos de sol, vió el número premiado con el premio mayor.

# 3,312.

La emoción fué profunda. Le zumbaron los oídos, la sangre se le agolpó al corazón y estuvo á punto de caer.

¡El billete de Blas, el de ellos, el que Damiana se había llevado por la fuerza, ese se había sacado el premio de los cien mil pesos!

Blas, ella y Lucianito habían tenido la dicha en la mano, y les había sido robada. Su miseria, la negra miseria sin esperanza, le pareció ahora más horrible que nunca.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Conchita azorada. ¡Geno! ¡Geno! ¿qué le pasa?

Y por encima del mostrador procuró auxiliarla.

—No es nada, contestó Genoveva procurando serenarse; es que me ha emocionado ver que he tenido en mis manos el 3,312, y que si lo hubiese conservado, hubiéramos salido de pobres.

—Lo que no toca, mi alma, lo que no toca; pero ¡quién quita y otra vez!.... ¿Ya cotejó vd. su billete?

—Todavía no, Conchita, la emoción me había hecho olvidarlo.

—A ver, démelo, Geno, yo se lo cotejaré.... 777.... A ver los setecientos: 710.... 725.... ¡776!.... Por poco se

sacaba vd. diez pesos ¡Por un número no les acertó vd.!.... Vamos á ver las aproximaciones.... No, no hay nada.... ¡Mire vd. que lástima, Geno, lo siento mucho!

Y diciendo esto, devolvió Conchita á su interlocutora el delgado, trasparente é inútil papel. Genoveva lo cogió sin miramiento y maquinalmente se lo echó ajado en el bolsillo, disponiéndose á salir.

Conchita, dolida de su desconsuelo, la detuvo un momento.

—Es verdad que vd. no se ha sacado nada; pero, en cambio, voy á darle una buena noticia.

—¿Cuál? preguntó Genoveva sabiendo apenas lo que decía.

—Que doña Damianita, la hermana de vd., acertó un buen premio.

—¿Sí? interrogó otra vez la joven bajo el amago de un nuevo vértigo.

—Sí, continuó la estanquillera juzgando que la emoción de la joven era producida por el júbilo; pero tenga vd. calma.... ¿Por qué está vd. tan nerviosa, niña? ¿Ha recibido noticia de Francia de que venga en camino otra criatura?

Genoveva hizo con la cabeza una señal negativa.

—Pues es extraño, objetó Conchita, porque está vd. muy asustadiza, y cualquiera diría.... Pero, en fin, el caso es

que doña Damianita acaba de irse con un gustazo de primer orden.... No sé cuánto se sacaría, porque no me enseñó el billete, ni siquiera lo traía en la mano. ¡Es muy desconfiada! Se había aprendido el número de memoria para que nadie se lo viese.... Pero seguro fué muy regular el premio que se sacó, porque al ver la lista se le subió á la cara toda la sangre y le brillaron los ojos.... Por más que quiso disimular la alegría, no pudo.... Cuando le pedí albricias, pretendió negarme su buena suerte; al fin tuvo que confesarme la verdad. Me dijo que se había sacado quinientos pesos, y me ofreció darme poco. No está malo ¿verdad? El uno por ciento, á ser cierto lo que dice.... Ya ve vd., Geno, no les ha ido á vdes. tan mal, porque vd., su padre y su hermana son una misma persona. Lo que es de unos, es de otros. Así pasa en las familias unidas, como la de ustedes.

Para la joven eran aquellas palabras como puñaladas en el corazón: así que, haciendo pucheros y saltándosele las lágrimas, salió bruscamente del estanquillo.

—Tiene vd. razón, Conchita, murmuró al despedirse, tiene vd. razón.

Cuando llegó á su casa se echó á llorar á lágrima viva.

—¿No nos sacamos nada? preguntó Blas.

—Nada.

—Te lo había dicho; pero no llores por eso, mujer. ¿Pues qué llegaste á creer que nos íbamos á sacar el premio gordo?

—No lloro por eso, replicó Genoveva con ruidosos sollozos, sino porque este mismo día hubiéramos debido salir de pobres; Dios lo había dispuesto así.

—No entiendo.

—El número premiado con los cien mil pesos, fué el 3,312, el tuyo, el que nos cogió Damiana.

—¿Cómo? ¿Es cierto? interrogó Blas lívido.

—Cierto, certísimo; anda, ve la lista, anda para que lo veas.

Carranza por la primera vez de su vida sintió los nervios sacudidos por una profunda indignación. Y vociferó diciendo: que había sido robado, que aquello no podía tolerarse, que apelaría á la justicia y que si los jueces no se la hacían, iba á ponerle fuego al mundo. Pero, después de esa explosión, fué cayendo gradualmente en la apatía propia de su poquedad, pero mayor que la de siempre, considerando que su pobreza le inhabilitaba para valerse de abogados, comprar papel sellado y hacer frente á los gastos de un pleito; y sobre todo, que no tenía pruebas del delito.

—Lo que más siento, acabó por decir con voz desfallecida, es el reloj de mi padre. Lo van á rematar en el montepío; me voy á quedar sin él.

Y con las manos hechas puño metidas en los ojos, hizo duo al llanto de Genoveva, como niño crecido y barbado.

## IX

Así fué como quedaron acentuados definitivamente los opuestos destinos de aquellas familias. Porque don Ignacio, económico, buen administrador y listo para los negocios, supo elevar sobre la base de aquellos cien mil pesos, una vasta fortuna, que le ha permitido codearse con los más famosos capitalistas de la metrópoli. Ahora tiene un hermoso "chalet" en la Reforma, y se pasea por Chapultepec en lujoso "landeau" con lacayos de librea, al lado de Damiana, fea y vieja, pero elegante, enguantada y resguardándose del sol con ricas sombrillas guarnecidas de blondas Chantilly.

Entretanto, Blas, Genoveva y su tierno vástago han ido descendiendo gradualmente los escalones todos de la miseria, hasta llegar á los más bajos, tristes y ló-

bregos. Nadie sabe ya de ellos. En su peregrinación dolorosa, han acabado por perderse en la obscuridad y en lo innominado. Inhábiles para resolver los triviales y complicados problemas del alojamiento, la comida y el vestido, sólo Dios sabe si habrán muerto ya, ó habrán hallado abrigo en algún asilo de caridad, ó si andarán de puerta en puerta cosechando harapos y mendrugos.



# EL PRO Y EL CONTRA

A Antonio Zaragoza.



# PROLOGO

La buena sociedad de Guadalajara recuerda todavía, cuando hay motivo para ello, el extraño término que tuvieron los amores de Teodoro Guzmán con la hermosísima Ester Linares. Que se amaron profundamente los dos jóvenes, nadie lo ha puesto en duda; que la familia de Teodoro aprobaba con entusiasmo aquella unión, se caía de su peso; y que todo estaba listo y arreglado para la boda cuando sobrevino el rompimiento, ó más bien, la escapatoria de Teodoro, fué cosa que vieron todos los ojos.

¿Por qué, pues, aquellas almas tan ligadas por el amor volaron lejos la una de la otra? ¿Por qué aquellos destinos gemelos se separaron? ¿Por qué aquel par

de amorosas palomas que cruzaban unidas el espacio, tendieron las alas hacia horizontes diferentes?

Preguntas son éstas que hizo á coro la sociedad guadalajarense, á raíz de los sucesos, y que nunca tuvieron respuesta. Cuando el escándalo era reciente, aunque nadie acertaba á explicar el caso, no hubo quien no reprobase la conducta de Teodoro; tanto más cuanto que las circunstancias en que Ester se encontraba, hubieran debido hacerla acreedora á una consideración y á una piedad muy especiales, pues acababa de perder á su padre y estaba sola en el mundo. La interpretación más común que por aquel entonces se dió á la huida de Teodoro, fué que este apuesto joven había tomado ojeriza á la pobreza de su prometida y aspiraba á realizar un matrimonio de conveniencia. Y como nadie salió entonces á la palestra para defenderle, y hasta sus mismos parientes guardaron sobre el particular estudiado silencio, el anatema público fortificado por tantos indicios, adquirió los tamaños y la importancia de una sentencia irrevocable. Yo pensé lo mismo que todos mis conterráneos sobre el particular, en aquella ocasión, y aun recuerdo que á pesar de haber querido tanto á Teodoro, que era mi amigo de infancia, prorrumpí contra él en severas y amarguísimas censu-

ras. Mi exaltación llegó á su colmo cuando, con motivo de un viaje que hice á Zamora, cuna de Ester, entré en comunicación con su prima Ignacia, y ésta puso en mis manos las cartas que aquella niña adorable le había escrito sobre los hechos que forman este relato. Esa correspondencia era tan hermosa é ingenua, revelaba un cariño tan grande y puro de Ester para Teodoro, y terminaba con acentos tan doloridos, que me conmovió profundamente y arrojó nuevo combustible n la hoguera de mi indignación.

Nunca hubieran vacilado mis juicios sobre el asunto, á no haber sido por una circunstancia inesperada, que aconteció algunos años más tarde, cuando ya la historia aludida había dejado de ser de interés palpitante para la mayoría de sus testigos. Y fué que, al marcharse Teodoro para Europa, me remitió el íntimo libro de sus memorias acompañado de una carta suplicatoria en que me explicaba el motivo del envío. Decía así la carta:

"Querido é inolvidable amigo:

"A raíz de mi salida de Guadalajara, supe que, en medio de la reprobación general que provocó mi conducta, te hiciste notable por tu lenguaje violento, y que no sólo hacías públicos tus juicios, sino que manifestabas vivos deseos de que llegasen á mi conocimiento. Me fué muy doloroso

saber que tus sentimientos de amistad hubiesen cambiado hasta ese punto; pero como sé que eres bueno, comprendí que tu irritación era hija de tu misma bondad; y, por extraño que te parezca, tu misma severidad de criterio me hizo estimarte más y sentir más hondamente haberme enajenado tu estimación.

"He vacilado mucho antes de hacerte mis confidencias, porque implicarán la revelación de secretos de mi casa y familia, que hubiera querido permaneciesen ignorados; pero como no hay otro medio para reconquistar tu amistad, que el de decirte la verdad toda entera, te mando ese libro que he conservado tantos años, y en el cual, á medida que se desarrollaron los tristes sucesos que me obligaron á salir de nuestra ciudad, fuí consignando las impresiones alegres ó angustiosas que cayeron sobre mi corazón en aquellas circunstancias. Pasa los ojos por esas notas, y escríbeme después lo que quieras, sin preocuparte por el efecto que puedan producirme tus palabras. Aunque mi anhelo más íntimo es el de rehabilitarme á tus ojos y recobrar tu afecto, solamente podría satisfacerme la verdad de tus sentimientos cariñosos, y no la fría y estudiada expresión de tu urbanidad.

"Sangra todavía mi corazón cuando evoco los recuerdos de ese período de mi

vida, y la imagen de Ester, envuelta en los nublos del dolor y de la desesperación, permanece grabada en el fondo de mi pecho; pero siento limpia y desahogada la conciencia, y en medio de mi soledad y de la amargura de una existencia frustrada, veo esa acción mía como un acto que me enaltece á mis propios ojos.

"Puedo haberme equivocado; pero, en todo caso, tiene la culpa de ello mi destino, y mis intenciones han sido puras. Compréndelo, y si no apruebas mi conducta, compadéceme al menos, porque ese error ó esa debilidad en que caí, me impidieron ser el más feliz de los hombres.

"Recibe, entretanto, la renovada expresión del inextinguible afecto con que me repito tu viejo y sincero amigo,

"TEODORO."

La lectura del manuscrito me impuso de mil peripecias desconocidas, y aclaró muchos incidentes cuya falta de explicación me había sorprendido. Confieso que al pasar los ojos por las primeras páginas del cuaderno, aguardaba no hallar en él más que frases huecas y románticas, sirviendo de antifaz á la veleidad y á la traición. Habiendo sido mi amigo un sentimental desde sus más tiernos años, me parecía verosímil que alguna impresión inesperada, alguna emoción nueva, le hubie-

sen apartado del camino del deber. Tengo la experiencia de que los sentimentales no son gente de fiar, porque suelen ser juguete de sus pasiones, y carecer de dominio sobre sí mismos. Pero á medida que me fuí imponiendo de aquellas notas, fué cambiando mi criterio de tal suerte, que llegué á ver lo hecho por Teodoro, como el resultado de una resolución generosa, y no de una ligereza punible ó de una odiosa doblez. Hallé cierta grandeza melancólica en el fondo de aquel drama del hogar; un hecho inesperado y congojoso se destacó del centro de la revelación; y me dolí de los juicios precipitados que había emitido contra mi amigo. Así fué que, sin resolver cosa alguna sobre el acierto de su conducta, le volví mi consideración y mi afecto, y le escribí cariñosamente, compadeciéndolo por su desventura. De este modo, nuestra amistad por tan largo tiempo interrumpida, volvió á florecer, y más honda y cariñosa que nunca.

Como la historia sale de lo vulgar, me ha parecido no indigna de los honores de la publicación. Voy, pues, á poner á los ojos de los lectores las dos fases de la cuestión, comenzando por las cartas de Ester, cuyo espíritu noble y cultivado en ellas se traduce. De las notas de Teodoro trascribiré sólo unas cuantas; las necesarias para esclarecer los sucesos. Así quedarán evitadas repeticiones inútiles.



## CAPITULO PRIMERO

### CARTAS DE ESTER A IGNACIA

#### I

No me canso de dar gracias á Dios por su infinita bondad, que á nadie desampara. Ya ves lo que ha hecho conmigo. Muerto mi padre, que era mi único apoyo, y perdido juntamente con él mi bienestar social (pues sabes que nunca hemos contado con más elementos de vida que los sueldos de mi padre,) me sentí sola en el mundo y condenada á la miseria. Echaba ya trazas para ganarme la vida con el trabajo de mis manos, y sólo vacilaba entre dar lecciones de piano ó de dibujo, pues, por fortuna, me perfeccioné bastante en estos dos ramos de educación, mientras fuí alumna del Liceo.

Casi me había resuelto por el dibujo, pues la falta de piano donde estudiar, me infundía temores de carecer de la habilidad necesaria para enseñar á mis discípulas; mientras que para practicar y perfeccionar el dibujo no se necesitan más que papel, un cortaplumas y un lápiz, útiles cuya adquisición no era superior á mis fuerzas. Como recordarás, había comenzado ya á solicitar lecciones entre nuestras amistades, resuelta á llevar á cabo mi programa.

Una carta inesperada del doctor don Javier Guzmán vino á cambiar de todo á todo el rumbo de mis propósitos Este señor, que fué condiscípulo de mi padre, pretende que cuanto es ahora se lo debe á aquel su amigo. quien, durante su carrera, le dió alimentos, vestido, libros y cuanto hubo menester. Mi abuelo vino á menos por culpa de malos negocios; pero en las mocedades de mi padre, había bienestar en la familia, y no fué gravoso para ella tomar bajo su protección al joven Guzmán.

Todo eso me lo decía el doctor en su carta para fundar su pretensión de traerme á su casa como á una hija querida, y deseoso de pagar en mí, la deuda que tenía contraída con mi padre.

Después de mucho vacilar y de varias cartas cambiadas entre él y yo, me resol-

ví á aceptar el ofrecimiento, sumisa á los consejos del señor Obispo y de varios respetables amigos de mi padre. La única condición que puse al doctor al comunicarle mi aceptación, fué que habría de permitirme ser la institutriz de sus dos hijos pequeños (pues, aunque más que cincuentón, aún tiene familia menuda); y habiéndomelo otorgado, quedé satisfecha en lo posible, porque creí contar con algún título para habitar esta casa y recibir tantos favores como sus jefes me dispensan.

No te puedes figurar mi encogimiento cuando llegué aquí. Aunque conocía personalmente al doctor y á doña Tula su esposa, nunca los había tratado. Sólo una vez los había visto, cuando niña, en Zamora; así es que, á mi llegada á este refugio de mi orfandad, no sabía qué hacer de mí, estaba confusa y me sentía fuera de mi centro. Por fortuna el doctor y su esposa son de trato sencillo, propio para ampliar el ánimo é inspirar confianza; de suerte que poco á poco he ido entrando en posesión de mí misma, y ahora estoy aquí tan á gusto y á mis anchas, como si hubiera vivido siempre en esta casa.

La familia del doctor se compone de cinco hijos. La mayor, Marta, casada con un alemán, vive en Hamburgo. De ella siguen Teodoro, que es ya también doctor y anda ahora por Europa, y Gabriel,

comerciante, enfermizo y que vive con sus padres. Separados de sus hermanos mayores por un espacio de cerca de quince años, vienen al último Alejandro y Lupita, que son mis discípulos. Estos niños son muy dulces, no me molestan para nada, y me quieren muy bien. Yo también los quiero y me divierto grandemente en su compañía.

El doctor peca de franco, no es meloso y suele ser rudo; pero es sincero, veraz y noble de sentimientos. Aunque quiere mucho á todos sus hijos, se observa que tiene una gran predilección por Gabriel, sin duda á causa de su delicada salud. Imagínate un anciano alto, fornido, de cutis atezado por el sol, de largas cabellera y barba, anteojos azules, saco de tela de seda color de canela (es muy susceptible al calor), pantalón blanco de dril, zapatos claros y eterno paraguas bajo el brazo. Ese es el doctor.

La señora doña Tula es poco menos que el reverso del doctor en lo físico y en lo moral. Pequeña, delgada, tímida y sumamente cariñosa, habla lo menos posible, es muy indulgente y procura hacer bien á todo el mundo. Viste con modestia, pero anda muy aseada; sus trajes claros están siempre bien limpios, almidonados y planchados. Sus criados dicen que parece una paloma.

El día que llegué, fueron en coche á re-

cibirme á la estación del ferrocarril, los dos señores Guzmán. Cuando bajé del tren, me tendió los brazos el doctor y me estrechó con fuerza contra el pecho, sin decirme palabra; mientras doña Tula, aun antes de saludarme, se ponía á llorar diciéndome:

—No llore vd., hija mía, hay que ser valerosos.

La buena señora ha tenido para mí finezas de madre. Ha habido momentos en que, viéndome llorar, ha enjugado mis lágrimas con su mismo pañuelo. Por lo que hace al doctor, sólo por los ojos y por sus obras manifiesta la compasión que me tiene; nada por medio de discursos. Algunas veces le he sorprendido mirándome con expresión lastimera; pero tan luego como ha notado que le he visto, ha aparentado indiferencia y ha dirigido los ojos á otra parte. Las palabras más dulces que me ha dicho han sido éstas:

—Vamos, no hay que gimotear tanto. La cosa no tiene remedio; debemos ser racionales. ¡Qué demonio!

Su aparente rudeza me enternece, pues adivino que no es más que el antifaz pudoroso de su excelente corazón.

Por lo que te digo, verás que estoy todo lo contenta posible, dadas mi tristeza y mi tribulación. No me canso de dar gracias á Dios por haberme deparado este

abrigo tan honrado y tan bueno. Bien dicen, que Dios aprieta pero no ahorca. ¿Qué haría yo sin el amparo de esta piadosísima familia á quien no ceso de bendecir? Lo que me alarma es el futuro, pues no puedo ni debo aceptar para siempre esta hospitalidad, y ser una carga perpétua para mis bienhechores.

## II

Mi vida continúa invariable: la paso dividida entre la enseñanza de Alejandro y Lu[illegible]ta, que son muy atentos y aprovechados, la iglesia y las faenas domésticas en que procuro ayudar á doña Tula.

La pobre señora tiene bastante quehacer con atender á su hijo Gabriel, que está muy delicado. No te hablé de él en mi carta anterior; ahora tengo que presentártelo.

Es un joven de veinte años, que no sería feo si tuviese salud; pero que en su estado actual, no inspira más que lástima. Es sumamente nervioso y padece unos accesos de asma que parten el corazón. Cuando le da el ahoguío, se oye su respiración angustiosa por toda la casa. Yo, por no oirle gemir, me voy al rincón más retirado, y me tapo los oídos con las manos. Los médicos dicen que su enferme-

dad puede no ser mortal; pero, como quiera que sea, es sumamnete cruel y alarmante. Alto, demasiado alto, flaco, medio encorvado, lívido y con las sienes y los ojos hundidos, parece un espectro. Es también muy aseado, como su madre, y esto le hace aparecer más descolorido y exangüe. Cuando ríe, sus dientes nítidos y de un blanco mate, brillan entre sus labios pálidos como si fuesen de pulida porcelana. Sus manos delgadas y finas, que tienen uñas largas y muy cuidadas, son diáfanas en fuerza de su tenuidad y de su anemia. La pechera, los puños y los cuellos de su camisa, siempre tiesos y albeantes, armonizan á maravilla con su piel clara y marfilina.

Los ojos de Gabriel son lo mejor que hay en su rostro: negros, muy grandes y de largas y obscuras pestañas: pero tan negros y tan profundos, que dan miedo cuando miran con fijeza. Algunas ocasiones me ha sucedido al encontrarme con ellos, que me ocasionen una turbación extraña, y me den impulsos de ponerme fuera de su alcance. Varias veces también he considerado que si su rostro demacrado tuviese alguna lozanía, no dejaría de ser interesante: pues si ahora se ven tan marcadas sus mandíbulas, tan salientes sus pómulos y tan larga su nariz, es porque falta sobre la dureza de la clavera, el gra-

cioso empaste de la carne sana y rosácea, que suaviza líneas, corrije imperfecciones, y echa como un velo de gracia sobre la severidad de la osatura.

El período que atraviesa Gabriel, según los doctores, es crítico, porque andan cerca los veintiún años, que son siempre decisivos para las enfermedades adquiridas durante el crecimiento. Al llegar á la mayor edad, ó sanará ó morirá. Entretanto, apenas puede decirse que vive.

Para entretener su imaginación, le ha puesto el doctor al frente de un establecimiento mercantil, al cual consagra el enfermo una atención inteligente y tenaz. Pasa en el almacén todas sus horas hábiles, y aun á veces, sigue despachando la correspondencia en su misma casa, después de cerrado el comercio. Dicen que tiene ojo admirable para los negocios, y que ha ganado bastante en dos años escasos que lleva de comerciante. Me consta que es un pasmoso calculista: resuelve á la memoria problemas de aritmética muy complicados, y hace en un momento operaciones que cuestan á otros largo tiempo de trabajo y mucho escribir números.

Don Javier y doña Tula procuran rodear á su hijo de todos los cuidados y finezas que están á su alcance para hacerle olvidar cuanto es posible la triste situa-

ción en que se encuentra; pero él es muy melancólico, no cesa de decir que va á morirse, y habla de las cosas todas de la vida con una tristeza tal, que conmueve. Yo le tengo mucha lástima, y, aunque me pone nerviosa su estado y me da miedo su demacración, le acompaño frecuentemente, le leo los periódicos y aun suelo prestarle algunos pequeños servicios. Encuentro una satisfacción verdadera en ser útil á todos, y muy especialmente á los habitantes de esta casa, sobre la cual querría que lloviesen las bendiciones del cielo. Cuando me levanto á deshora, á consecuencia de la alarma que suelen ocasionar los frecuentes ataques de asma que sufre Gabriel, y acompaño á doña Tula en sus faenas, y le ayudo á preparar las medicinas, y comparto con ella hasta donde me es posible su angustia y sus congojas, me siento contenta de mí misma, y hallo un sabor mejor á la vida.

Hace tiempo me aflige la idea de mi inutilidad. Desde que murió mi padre, me veo tan sola en la tierra y tan desligada de cuanto me rodea, que me imagino andar sobrando en el mundo: de suerte que cuando puedo introducirme de algún modo en la vida ajena para aliviarla de congojas, me reconcilio con la propia, porque me forjo la ilusión de que tiene algún objeto.

Los domingos y fiestas, cuando hace buen tiempo y Gabriel está mejor, solemos pasar el día en el campo, en un terrenito encantador de don Javier, llamado Celaya no sé por qué, y que no dista más que tres leguas de la población. Aparte de la explotación de cereales, que es bastante productiva, tiene ese rincón del paraíso la de los árboles frutales, que es tan seductora. Varias fanegas de terreno negro y muy fértil tiene el doctor consagradas á ese giro. Por medio de bombas eleva hasta sus huertas el agua de un riachuelo que corre por una barranca próxima; la recoge en un vasto receptáculo de cal y canto que se eleva en medio de los árboles, y desde allí por zanjas abiertas en la tierra con las coas y las azadas de la comarca, fluye y corre el líquido cristalino por toda la plantación, arremolinándose en torno de los troncos cuyas raíces refresca y vivifica, y haciendo un ruido constante que parece un canto dulcísimo.

Don Javier, que adora la naturaleza, no se ha contentado con fundar y dirigir este negocio, sino que ha querido introducir algo de arte en el plan general de la explotación. Así es que ha distribuido los naranjales con simetría, formando líneas paralelas y dejando entre ellas espacio bastante para transitar. Las copas de los árboles se juntan á poca altura, formando

una bóveda móvil, y es una delicia pasar por aquellas frescas avenidas á la vista de las copas cargadas de frutos y al arrullo de las tórtolas escondidas entre las ramas. A todo eso se mezcla el perfume de los azahares, cuya blancura se destaca sobre el color verdinegro de la hojarasca, y el zumbar de los insectos que andan revolando en torno de los troncos.

De trecho en trecho se abre una plazoleta donde se bifurca la zanja para bañar tallos de rosales que, en gruesas masas tupidas, se destacan en el centro, totalmente cubiertos de grandes, hermosas y balsámicas flores. Y dispersos por aquellos sitios, hay asientos rústicos, formados de ramas flexibles y que apenas parecen hechos por la mano del hombre.

Otra parte del terreno está consagrada al cultivo de melocotoneros, perales, manzanos y platanares. Estos últimos se alinean, como filas de soldados, á lo largo de las zanjas, y producen un fragor de selva virgen, cuando el viento impetuoso levanta y sacude sus anchas y sonantes hojas, semejantes á vastas orejas de elefante.

Los indios hortelanos, descalzos y con los calzones arremangados, cuidan los almácigos, podan los árboles, preparan acodos é ingertos, levantan y apuntalan las ramas demasiado cargadas de fruto y co-

sechan los maduros que asoman entre las hojas de los frutales. Yo los acompaño en todas esas faenas, sintiéndome dichosa en medio de aquella naturaleza risueña y próvida; y echando mano de las cestas de carrizo donde se va guardando la cosecha, me apodero de los duraznos más blancos, de las peras más maduras, de las manzanas más perfumadas y de las naranjas más frescas y jugosas. Y regalo el paladar con aquellos manjares exquisitos, con la simplicidad y la alegría con que solía hacerlo cuando vivía mi padre, y aun conservábamos la quinta de la Virgen á orillas del Duero. ¿Te acuerdas cuánto me encantaba desde entonces la naturaleza? Pues esa afición se ha venido acentuando en mí. á medida que han pasado los años, y ahora es tan poderosa que me subyuga. La verdad es que más me agrada una arboleda que un caserío, y el campo con sus selvas y riscos, que la ciudad con sus templos y palacios. Y te confieso que, si no fuese ridículo, me convertiría en una pastora Marcela, me internaría por las serranías y treparía por las peñas para vivir en constante comunicación con el espacio, con la luz, con el viento, con el campo, con toda la obra de Dios, que es tan hermosa, cuanto piadosa y buena.

Siempre que vamos á Celaya, pasamos el día bajo los árboles. Por fortuna, tanto

el enfermo como mis bondadosos bienhechores, son afectos también á esas mismas cosas; de suerte que nos entendemos á maravilla. Poco á poco he ido ganando desembarazo y osadía en medio de esta sencilla familia. Ahora ya tengo libertad para moverme: voy á la cocina á preparar mis platos favoritos, y arreglo la mesa poniendo flores en el mantel y colocando en el frutero la pirámide de la fruta; y tengo tan buena suerte, que don Javier, doña Tula y hasta Gabriel, todo lo llevan á bien y me lo celebran.

En Celaya hago de las mías con las enormes ollas de leche que salen de los establos. Ese día se disminuye la venta del artículo, que suele hacerse á la puerta de la casa, y me apodero en especie de la mercancía, para hacer mil combinaciones y experimentos. Cuajo la leche unas veces al natural y otras cocida, y les sirvo á mis comensales grandes platos de ese manjar fresco y sabroso; ó bien la dejo agriar, y quitándole el suero y la parte ácida, la bato y le pongo sal, convirtiéndola en una crema suave y untuosa; ó bien, después de cortada, la dejo endurecer y la pongo á colar gota á gota en cestos de mimbre, para hacer quesos blancos y tiernos que forman nuestras delicias.

Estos trabajos y empresas ponen en movimiento á todo el grupo. El doctor

trasporta las ollas pesadas, porque es muy fuerte, y mide la leche con la vasija de hojalata; doña Tula mezcla el cuajo con la leche y pone sal á los quesos; Gabriel espolvorea el azúcar y la canela sobre la cuajada; y yo bato la leche con el molinillo para preparar el jocoque, ó la oprimo y amaso con las manos para hacer el queso. Y todo se vuelve alboroto, risas, carreras y júbilo entre nosotros, con motivo de estas fiestas rústicas.

De esta manera, sin violencia y sin haberme propuesto siquiera agradar á mis bienhechores, he logrado tenerlos contentos, con sólo dar rienda suelta á mis aficiones, y conducirme con sencillez. Casi aldeana me he criado, y no conozco las exquisiteces y finezas de los salones. Soy como las aves, que viven de cielo, sol y campo, y he sentido ensanchárseme el corazón, cuando he visto que mis bienhechores participan de mis gustos.

Pero noto que mi carta va tomando proporciones extraordinarias, y que no te digo nada que valga la pena. Concluyo, pues, aquí, querida prima, prometiéndote dejarte descansar por algún tiempo. No volveré á molestarte con mis letras hasta que haya algo notable que poner en tu conocimiento.

## III

De carrera te pongo estas líneas para comunicarte un suceso importante que se anuncia en la familia. Ayer, inesperadamente, recibió don Javier un mensaje de Teodoro fechado en Nueva York, en el cual le noticia su próxima salida para México. Mis bienhechores creían á su hijo en la Habana, y aun aguardaban que volviese al país por Veracruz; así que han quedado sorprendidos con la nueva.

Según los cálculos del doctor, no tardará Teodoro más que una semana en llegar; de suerte que tenemos que andar muy vivas si hemos de dejar lista la casa para recibirle. Doña Tula ha mandado asear todos los cuartos, desde la sala hasta la cocina, limpiar los suelos, sacudir las paredes, poner fundas limpias á los muebles y hacer una nueva distribución de todo el moviliario. Como soy afecta á trajinar y cuento ya en la casa como persona de confianza, he conseguido que doña Tula me deje trabajar á mis anchas, y desempeñarla en todo lo posible; de manera que ella es la cabeza que dirige y yo el brazo que ejecuta. Y como las dos somos emprendedoras y afectas á novedades hemos volteado la casa de abajo arriba, so pretexto de arreglarla, y esta-

mos pasando unos días deliciosos, llenos de movimiento y de empresa.

El trabajo principal ha consistido en preparar la habitación del nuevo doctor, porque, según dice don Javier, necesita tres piezas: una para dormitorio, otra para estudio y otra para recibidor. Ha sido preciso echar mano del cuarto donde recibían lección Alejandro y Lupita, para hallar local suficiente; de aquí en adelante vendrán á recibirla á mi alcoba.

En medio de mis fatigas, no ceso de preguntarme cómo será Teodoro: si alto, si de corta estatura, si trigueño, si blanco, si serio, si amable, si guapo, si feo; y, además, cómo hallará nuestros arreglos, y si nos hará algún cumplido por nuestros trabajos.

Lo que principalmente me preocupa es si el joven doctor será tan benévolo conmigo como el resto de la familia, ó si irá á encontrarme insoportable. Como mi situación es tan indecisa, todo me alarma y veo dificultades y peligros por donde quiera. Pero estoy firmemente resuelta á defender mi dignidad á todo trance; de tal manera que, si Teodoro me ve con desprecio ó trata de darse humos de hombre superior por la inferioridad de mi condición, ó por estar recientemente vuelto de Europa, dejaré esta casa hospitalaria, ya sea con anuencia de sus dueños ó furtiva-

mente, y me iré á vivir contigo. ¿Verdad que me admites en tu compañía? Procuraré no serte gravosa; trabajarémos juntas, y nos servirémos mútuamente, más como hermanas que como primas.

Pronto volveré á escribirte dándote cuenta del gran suceso que aguardamos.

## II

Ayer por la mañana llegó Teodoro por el Ferrocarril Central. Fuimos á la estación á recibirle, sus padres, Gabriel, yo y numerosos parientes y amigos de la casa. Cuando se detuvo el tren, don Javier impaciente, saltó al pullman para abrazar á su hijo. Poco después aparecieron los dos en la plataforma. Me pareció el joven sumamente alto y robusto, al revés de su hermano, y como si toda la vida que á éste le falta, se la hubiera robado aquél. Cuando bajó al andén, y pasada la confusión de saludos y abrazos cambiados entre él y los que le aguardaban, fijó en mí los ojos. Doña Tula se apresuró á presentarnos:

—Teo, le dijo (así llama á su hijo por cariño y brevedad), te presento á tu nueva hermana, Ester Linares, que forma parte de nuestra familia, como te lo hemos dicho en nuestras cartas.

—Hija de mi querido condiscípulo Linares, á quien debo mi carrera, agregó don Javier.

—Señorita, dijo Teodoro tendiéndome la mano é inclinándose con exquisita cortesía, celebro mucho conocer á vd. personalmente; de nombre la conocía ya, y muy ventajosamente por cierto.

Sentí que un rubor repentino me encendía el rostro, y respondí balbuceando:

—Caballero, es vd. muy amable. Téngame vd. por su servidora.

A pesar de su aspecto atlético, es Teodoro de condición suave. Sus ojos ligeramente azules miran con fina bondad, y el timbre de su voz es blando y cariñoso. Sus grandes bigotes rubios, semejantes á los de un mosquetero, forman visible contraste con la amabilidad de su sonrisa alegre y casi infantil.

Tan pronto como llegamos á casa, don Javier y doña Tula se apresuraron á mostrar á su hijo las habitaciones que le habían destinado.

—Están excelentes, dijo después de haberlas recorrido y examinado minuciosamente; pero noto que me han cedido ustedes una gran parte de la casa, reduciéndose probablemente á vivir con incomodidad. No necesito tanto local; pero felicito á ustedes por el gusto exquisito de la instalación.

—Nada nos falta, repuso don Javier: tu madre y yo seguimos en las habitaciones de siempre.

—¿Y la señorita? interrumpió volviéndose á mí.

—Le he cedido mi despacho, repuso don Javier sonriendo: tengo otro mejor en el centro de la ciudad.

—Por cierto, objeté, que estoy muy apenada por ello. He venido á oprimir á ustedes, á darles muchas molestias.

Sentí la mirada de Teodoro fija en mí de un modo intenso. Algo iba á decir; pero le interrumpió doña Tula.

—Hija, exclamó, no diga vd. eso; vd. ha venido á alegrar nuestra morada y á ser el báculo de nuestra vejez.... Aquí donde la vez, continuó dirigiéndose á Teodoro, es el todo en la casa. Desde que está con nosotros, casi no me ocupo de nada. Ella sacude, cose, guisa, atiende al enfermo y se multiplica de una manera asombrosa. Te lo diré para que se lo agradezcas: ella ha sido quien ha arreglado tus habitaciones. Con razón las encuentras dispuestas con tan buen gusto. ¡Yo qué entiendo de eso! Pero Ester tiene gracia especial para todo; sabe dónde se ha de colocar cada mueble, á qué altura se han de colgar los cuadros, de qué color han de ser las cortinas y las alfombras, y otras mil cosas que tu padre y yo ignoramos por completo.

—Con toda el alma, repuso el joven dirigiéndose á mí, agradezco á vd. sus finezas, señorita, y le doy mis parabienes por su gusto exquisito.

—¡Cómo "señorita"! saltó doña Tula. No la llames así. Dile Ester. ¿No ves que forma parte de la familia?

—Pero ¿tan pronto? madre. No sé qué le parecería á ella que la tratase con esa confianza.

—Me parecería perfectamente, contesté poniéndome de nuevo colorada.

—En ese caso, continuó Teodoro de buen humor, no hay más que decirnos por nuestros nombres. Yo diré á vd. Ester, y vd. me dirá Teodoro. ¿No es esto?

—Vd. me dirá Ester....

—¿Y vd. á mí Teodoro?

—Todavía no, no tan pronto.

—Pues entonces tampoco yo, repuso el joven riendo de buena gana.

—Vamos, intervino don Javier con su rudeza habitual, no hay para qué perder el tiempo en niñerías. Ustedes se dirán por sus nombres, porque nosotros lo ordenamos, y santas pascuas.

Debo confesarte que, en mi fuero interno, no me pareció mal la intimación, pues no me repugnaba tratar con confianza al nuevo doctor. Tanto por eso, como por no contrariar al anciano, no hice ya ninguna objeción, dando así por entendi-

do que me sometía á tan imperioso mandato. Ya sabes lo que significa ese detalle. Apenas comienza el trato "vocativo-nominal," se inicia algo parecido á la intimidad en las relaciones sociales. Una concesión de ese género, aun sin reflexionar todo lo que significa, quiere decir más de lo que se cree: da título para entrar rápidamente en relaciones fáciles y de confianza. Es cosa que se siente más de lo que se explica.

Así fué como Teodoro y yo, desde el momento en que convinimos en hablarnos por nuestros nombres, comenzamos á vernos con mayor naturalidad y confianza, como si de largo tiempo atrás nos hubiésemos conocido.

Durante varios días, nos ha divertido Teodoro contándonos sus impresiones de viaje. Tiene palabra fácil y pintoresca, y retrata tan á lo vivo las escenas que describe, que parece estarlas uno mirando. Es muy observador, y ha traído de las tierras que ha visitado una multitud de datos y noticias del mayor interés. No ha viajado sólo por recreo, sino también por instrucción, y sin perder de vista el porvenir. Ayer nos contó que ha comprado en Londres un surtido completo de instrumentos de cirujía, que debe llegar muy pronto. Es entusiasta por su profesión y tiene esperanza de prosperar en ella.

Como ves, mis impresiones sobre Teodoro no son malas. Comienzo á tranquilizarme, y voy creyendo que el recién llegado no traerá complicaciones á mi vida. Pero no hay que hacer juicios precipitados; ya te seguiré poniendo al tanto de los sucesos.

## V

Voy á confiarte un secreto muy delicado. Me parece que Teodoro me tiene alguna afición. No puedo interpretar de otra manera su conducta, á la vez fina, cariñosa, tímida y reservada. Siendo como es, un joven de sociedad y de maneras fáciles, se turba cuando estoy presente, y mucho más cuando le hablo. Muchas veces, por cualquier pequeñez, se le sube la sangre al rostro de un modo tal, que todos se lo echan de ver. Y lo más extraordinario es que algunas ocasiones nos ponemos colorados al mismo tiempo él y yo, por las mismas causas. Don Javier y doña Tula han caído ya en la cuenta, y se divierten á nuestra costa.

El otro día, cuando nos hallábamos á la mesa, al elogiar Teodoro una compota, observó don Javier:

—No es extraño que te agrade, ¡ya lo creo!

—No señor, repuso el joven, presintiendo tal vez la alusión. No es extraño porque está exquisita.

—Adivina quién la hizo, exclamó el mismo señor sonriendo.

—Madre, contestó el joven con tonc inseguro.

—Nada tienes de zahorí, prosiguió el anciano soltando una alegre carcajada. No has nacido para eso.

—La hizo Ester, saltó doña Tula.

—"Es de la bella mano de Ester," continuó el padre con énfasis.

—Mis felicitaciones, murmuró Teodoro sin volver los ojos á mí.

Yo estaba confusa, sin saber qué hacer ni qué decir.

—No vale la pena, articulé. Son ustedes muy amables. Todo lo que hago es para que ustedes lo elogien.

—Porque lo merece, replicó el doctor secamente; no elogio sino aquello que lo merece. Al pan le llamo pan y al vino vino.

Al tenor de esta escena, pasan otras á cada momento, durante las cuales entra mi espíritu en tales conflictos, que casi no sé lo que me hago. La buena voluntad que ponen mis bienhechores para sujetarme á estas torturas, me hace pensar que no ven con malos ojos la naciente inclinación de su hijo hacia mí; porque, si no la apro-

basen, lo manifestarían de algún modo, y se guardarían bien de darme broma con ella. Por aquí podrás colegir hasta dónde llega el cariño que me tienen.

Naturalmente, me preguntarás cuáles son mis sentimientos para Teodoro.

A tí, que eres casi mi hermana, no debo ocultarte nada. Desde el día que le conocí, me fué profundamente simpático, me hizo la impresión de no ser la primera vez que le veía. Me pareció que le había conocido desde antes, mucho tiempo antes, más bien dicho, que siempre le había conocido. A medida que le he tratado más, he ido encontrando, con asombro, que todo cuanto piensa, dice ó hace, merece mi aplauso, como si se pusiera de acuerdo conmigo antes de hablar ó de hacer cualquier cosa. Tan perfecta consonancia de afectos y de ideas entre él y yo, es cosa sorprendente, me parece una verdadera maravilla. El dice lo mismo respecto de mí, y sucede á menudo que al hacer alguna reflexión ó soltar alguna frase, expresamos la misma idea, con las mismas palabras y al mismo tiempo. Siempre que esto sucede, nos detenemos de repente, nos miramos, y unas veces nos reímos y otras nos ponemos serios.

En fin, querida prima, las cosas no caminan desfavorablemente en esta casa para mí, y sólo me preocupa mi situación

falsa, pues podría creerse que todo este cúmulo de acontecimientos es obra del cálculo, y que me he propuesto explotar á esta familia por todos los medios posibles. Siempre que me hago estas reflexiones, caigo en un desaliento mortal, y me propongo no dar pábulo á mis sentimientos, suceda lo que suceda.

Antes de concluir esta carta, tengo que darte una noticia muy triste. Gabriel se ha puesto muy malo. Casi desde que llegó Teodoro, está encerrado en su alcoba, participando poco de nuestra sociedad. Ha carecido de humor los días festivos para ir á Celaya, como solía; así es que nos hemos repartido en dos grupos las personas de esta casa: uno de mis bienhechores se queda con él, y el otro, Teodoro y yo nos vamos al campo. Teodoro, como sano y fuerte, es menos sensible y romántico que Gabriel, y aunque gusta también de la naturaleza, no la ve desde el punto de vista de aquél, sino desde otro muy diferente. Su preocupación principal cuando vamos á Celaya, es la de analizarlo y clasificarlo todo, como si estuviese en un laboratorio. Es más bien un botánico ó un naturalista, que un artista ó un poeta. Corta los tallos de las plantas y me muestra sus secciones, haciéndome conocer su formación interna. Me habla de las plantas acotiledóneas, monocotiledóneas y di-

cotiledóneas, y de otras muchas cosas que no comprendo ni quiero comprender. Todos para él son ejemplares, y los busca y los admira sólo bajo este concepto, lo mismo en tratándose de árboles que de plantas. Las descripciones que hace de los vegetales me dejan tan ignorante como fría, porque se vale de palabras técnicas cuya significación no conozco.

El examen y desmenuzamiento de las cosas naturales, me parece una profanación, porque esas cosas en su forma habitual, son hermosas y tienen la virtud de conmover profundamente el espíritu; pero descompuestas por el análisis ó sujetas al microscopio, se ven tan feas y descarnadas, que echan á perder todo el encanto. Así pasa con los vegetales: si se ven una por una sus fibras leñosas, sus vasos henchidos de líquidos, sus estambres filiformes, sus hojas sembradas de bocas respiratorias, y sus raíces hinchadas y como enfermas, producen en el ánimo un desaliento indecible, una especie de desengaño doloroso. Todo, visto por dentro, es feo y prosaico. La belleza es cosa exterior y de prospecto. No hay que ahondar nada, querida prima. Es preciso respetar el fondo de las cosas, y contentarnos con su superficie. Así pasa quizás con todo lo que se refiere al corazón humano. Si descompones las acciones más admira-

bles, hallarás en su esencia elementos impuros en lugar de móviles sublimes; el acto más heroico, la abnegación más santa, pueden resultar inspirados por secretos é inconfesables impulsos, si los pasas por la retorta de la crítica.

Perdona tanta filosofía y ténme un poco de paciencia. Te decía, querida prima, que el modo de ver la naturaleza de Teodoro, me inspira desaliento, y que prefiero la manera con que la siente Gabriel, aun siendo tan melancólica y enfermiza.

## VI

El día de ayer ha sido para mí de inolvidables emociones. Tiempo hacía, como te dije en mi carta anterior, observaba que Teodoro me veía con interés. Aquella actitud suya se fué acentuando momento por momento, y ya, á últimas fechas, la conducta del joven ha sido claramente amorosa. Mi decoro y mi situación, en conflicto con mi inclinación natural, me han obligado á ser demasiado reservada con él. Es seguro que Teodoro conoce la simpatía que me inspira, pues por más que procuro ocultarla, siento que me sale á los ojos y traiciona mi gravedad en mil pequeñeces y detalles que escapan á mi vigilancia. Con todo, no creo haber da-

do motivo para ser tachada de ligera ni de coqueta; antes bien, sospecho haberlo dado para que se me tenga por demasiado seria y un tanto orgullosa. Vale más así ¿no te parece? De otro modo, mis bienhechores y el mismo Teodoro se formarían de mí una idea muy mala.

Uno de estos días, al pasar frente á las habitaciones de Teodoro, observé se ocupaba en examinar algunos instrumentos quirúrgicos, que iba poniendo sobre su mesa de trabajo. Al columbrarme, me llamó por mi nombre, invitándome para que pasase á verlos; pero fingí no haber oído, y me pasé de largo sin detenerme. Oí entonces la voz de doña Tula que salía del fondo de la alcoba, y me llamaba.

—Venga vd., Ester, me decía la buena señora, Teodoro la llama; ¿no le ha oído?

—No, señora, respondí mintiendo, no oí su voz.

—Quiere enseñar á vd. los instrumentos nuevos que compró en Londres. ¿Está usted?

Entré en el saloncito con paso tímido, y saludé á Teodoro tendiéndole la mano.

Como doña Tula estaba en la pieza contigua, me contestó á media voz diciéndome:

—¿No quería vd. venir? ¿Me tiene vd miedo?

Pero yo, lejos de admitir aquel tono confidencial, repuse en alta voz para que me oyese doña Tula:

—No era eso. ¿Por qué no había de querer venir? Sin duda habló vd. tan quedo que no pude oírle.

El joven, contrariado, me vió con ojos de reproche; pero fingí no comprenderle, y aparté de él la vista. Suspiró y se consagró á mostrarme sus instrumentos, explicándome su objeto y haciendo funcionar su mecanismo. Parecían de plata por su brillantez y pulimento, y eran tan finos y bien acabados, como simples objetos de lujo.

—¿Y tiene vd. corazón, le pregunté, para hacer uso de esos cuchillos y de esas sierras, y cortar carne y huesos humanos?

—Sí, repuso con seriedad, porque lo hago para alivio de dolores y salvación de vidas.

—Yo nunca me resolvería á ello, repuse; me daría lástima.

—Pero no la tiene de destrozar corazones, objetó bajito y mirándome intensamente.

—No entiendo, contesté en voz alta—á pesar de que comprendía demasiado.

—No hable vd. tan fuerte, suplicó Teodoro.

—¿Cómo quiere vd. que entienda? pro-

seguí en el mismo tono y como aludiendo á los instrumentos; esas cosas sólo los médicos las saben.

—Es vd. muy cruel, murmuró con ira; no quiere vd. concederme nada.

—¿Quiere vd. que le ayude á meter los instrumentos dentro de sus cajas? proseguí por toda respuesta.

—No, repuso, yo lo haré sólo; vd. no entiende de estas cosas. Y me quitó con violencia uno que tenía en las manos.

Sin replicar, me separé de él y pasé á la pieza inmediata á conversar con doña Tula. Desde allí estuve oyendo al joven que nerviosamente y con estrépito acomodaba las cajas.

Como esa escena han pasado otras muchas, que fuera largo relatar, y que han puesto á Teodoro en tal estado de exaltación, que ha estado á punto de hacer flaquear mis propósitos; pero gracias á Dios, he tenido hasta hoy fuerza bastante para seguir observando una conducta reservada. No quiero que mis bienhechores me pierdan el aprecio.

Ayer, de sobremesa, nos quedamos solos Teo y yo algunos momentos. Don Javier se marchó á ver un enfermo de gravedad, y doña Tula fué llamada por Gabriel, que sufre ahora un fuerte acceso de asma.

Teodoro aprovechó aquellos instantes para decirme:

—Ester, ruego á vd. por lo más sagrado tenga compasión de mí.

—¿Por qué? repuse. ¿Le he dado á vd. motivo de queja?

—Socialmente no, repuso; pero no me refiero á eso.

—¿Pues á qué, Teo?

—Al trato afectuoso, al que reclamo para mí.

Sentí que el corazón me daba un vuelco y palpitaba con violencia. Una angustia extraña me invadió el pecho y me impedía respirar con libertad; y sentí las manos trémulas y frías, y en el ánimo la impresión de un miedo indecible. Pero aquel trastorno distaba mucho de ser penoso: me parecía dulce, nuevo, intenso, arcano. Hubiera podido huir, pero no tuve ánimo para dejar á Teo, ni para cortar la corriente de aquella extraña emoción.

—Me sorprende, repuse con acento inseguro, lo que vd. me dice, porque no tiene vd. motivo para reclamar de mí otra cosa más que una profunda gratitud.

—Es inútil, objetó con vehemencia, que se encastille vd. en esa reserva. Vd. me ha comprendido, y sabe á lo que me refiero.

—No, articulé, no sé nada.

—Suponiéndolo, prosiguió, suponiendo que vd. no haya entendido lo que han querido decirle mis ojos, es preciso que lo sepa; y como no tengo tiempo que perder

porque dentro de un momento serémos interrumpidos, voy á decírselo en seguida.

—No, por Dios, supliqué levantándome del asiento; no me diga vd. nada, no me lo diga....

Teodoro me detuvo cogiéndome por la mano.

—No se irá vd. sin haberme oído, protestó con firmeza. Lo que tengo que decirle es que desde el punto y hora en que la ví, hizo en mi corazón una impresión inmensa; que pienso en vd. á toda hora; que su nombre vaga constantemente en mis labios; que no puedo vivir sin vd.; y que necesito su amor grande, fiel y constante, no sólo para ser dichoso, sino para vivir.

—Usted obra con precipitación, le dije.

—¿Cómo dice vd.?

—Que no me conoce todavía.

—La conozco á vd. mejor que á mí mismo, y sobre todo, la adivino.

—Nada valgo.

—Es vd. todo para mí.

El diálogo fué rápido y ardiente, y me pareció terrible.

Poco á poco, no obstante, había ido recobrando el dominio de mí misma. El exceso de la emoción de Teo, superior á la mía, me había ido tranquilizando. Sentía por instinto que mi espíritu dominaba al suyo en aquellos instantes,

—Está bien, Teo, le dije ocupando de nuevo el asiento y desasiéndome de su mano; trataremos este asunto seriamente, si vd. gusta que le demos ese giro.

—Es precisamente lo que quiero.

—En tal caso, proseguí, ruego á vd considere mi situación. He venido aquí llamada por la bondad de los padres de vd., y no debo corresponder á sus favores con ningún acto que pudiera desagradarles.

—Me ofrezco como caballero á demostrar á vd. que cuento con su aprobación; pero exijo una contestación inmediata. El afecto que vd. me tenga ó deje de tenerme no puede depender de esa formalidad.

—Pero, sea como fuere, quiero sujetar una cosa á la otra.

—Pero si vd. no me quisiera, articuló Teodoro despechado, me lo diría francamente, y sin embajes ni rodeos. Déjeme creer que si me exije esos preliminares, es sólo por delicadeza.

Me lastimó su presunción, y repliqué con viveza:

—¿Y no podría ser también que me fuese penoso rechazar al hijo de mis bienhechores?

Teodoro se puso pálido.

—Tiene vd. razón, contestó; perdone vd. mi fatuidad. Avido de su cariño, me forjo la ilusión de que me pertenece. Lo

que acabo de oír, casi me demuestra lo contrario.

Arrepentida de haberle tratado cruelmente, repuse con acento que procuré fuese conciliador, y que resultó cariñoso:

—Yo no digo eso.... ni eso ni nada; sino sólo que reclamo, antes de dar cualquier respuesta, saber lo que opinan el doctor y doña Tula.

En aquellos momentos entró la señora. Aunque acababa de ver al enfermo, y parecía un tanto afligida, sorprendida de la expresión de nuestras fisonomías, fijó en Teodoro y en mí una mirada interrogadora.

—Me alegro, madre, que hayas venido, dijo aquél; te necesitaba. Estaba diciendo á Ester....

Comprendiendo lo que iba á decir el joven, me levanté y eché á correr con presteza; y refugiándome en mi alcoba, me encerré con doble vuelta de llave, como temerosa de ser perseguida.

## VII

He pasado una noche muy agitada. Casi no he dormido pensando en mi situación.

Es probable que la opinión de mis bienhechores me sea favorable. Espero que

Teodoro me lo comunique así hoy mismo; pero ¿si no lo fuese? Debo admitir como posible que ellos no se conformen con la elección de su hijo. Vale tanto Teodoro es tan estimado y goza tal popularidad en la población que, por alta que fuese la idea que tuviese de mí misma, comprendo que sacrificaría una buena parte de su porvenir enlazándose conmigo. ¿Qué ventajas positivas puedo llevar á su lado? Aparte de mi persona, que es un contingente bien pequeño, no ganaría ni riqueza, ni posición social, ni parentela aristocrática, ni nada de lo que pudiera conquistar si fijase los ojos en alguna otra joven de esta ciudad.

Si soy rechazada, daré la razón á mis bienhechores; pero quedaré profundamente lastimada, y no podré continuar aceptando la hospitalidad de esta familia. Tendré que marcharme de aquí, y me marcharé, porque mi vida de otra suerte, sería muy humillada.

¿Y qué haría, después de perdidos este apoyo y esa esperanza? ¿A qué rincón del mundo iría á refugiarme? Me acogería á tu hogar, y me recibirías con los brazos abiertos; pero sólo iría á aumentar tus penas, pues tu situación no es para proteger huérfanos y desamparados. Bien sé, no obstante, que cuento con tu cariño. Esta idea me consuela.

Interrumpo mi carta porque doña Tula acaba de mandarme llamar á su aposento. Temblorosa, fría y llena de confusión, corro á ver á la buena señora.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Acabo de volver de la conferencia, y estaría radiante de alegría, á no ser por un doloroso incidente que se ha mezclado á los sucesos de estos instantes.

Me esperaban doña Tula y el doctor.

Me saludaron con mayor cariño que nunca, y me hicieron tomar asiento en medio de ellos, en el enorme sofá antiguo, que ocupa la cabecera de la habitación.

—Ayer, dijo doña Tula con voz cariñosa, después que salió vd. del comedor, todo me lo dijo Teodoro.

Bajé los ojos y guardé silencio.

—Por supuesto, saltó don Javier con buen humor, que no faltaba más que la formalidad de la confesión auricular, porque todo nos lo había dicho ya por miradas y por señas.

—Sí, prosiguió doña Tula, tanto Javier como yo habíamos caído en la cuenta, y esperábamos la confidencia de un momento á otro.

—Sí, repuse tímidamente; pero también les habrá dicho que no le respondí nada.

—¿Y por qué no le respondió vd.? preguntó el doctor fingiendo curiosidad.

—Porque no debía, contesté.

—¿Y por qué no debía vd.?

—Porque no sabía si ustedes lo aprobaban.

—¡Mire vd. que cosa tan estupenda! objetó el mismo sonriendo; ignoraba yo que para querer ó no querer, se necesitase la aprobación ajena.

—Eso es, agregó doña Tula, para eso no necesitaba vd. nuestra aprobación.

—La necesito no sólo para eso, sino hasta para oír á Teodoro.

—No, hija, vd. no la necesita, concluyó el Sr. Guzmán. Si vd. lo quiere, bien; y si no, lo sentirémos, pero no lo llevarémos á mal, porque los afectos son y deben ser libres.

—No es eso lo que quiero decir, objeté con viveza; sino que, debiendo á ustedes tantos favores, quería poner fuera de duda el respeto y la consideración que me merecen. Para no faltar á ese propósito, reclamé de Teodoro que antes de volver á tocar ese punto, hablase con ustedes.

—Y nosotros, continuó doña Tula, hemos llamado á vd. para decirle que no solamente aprobamos, sino que aplaudimos la elección de nuestro hijo.

—Y que le quedaremos á vd. muy reconocidos, agregó don Javier, si se digna corresponderle.

—¡Señor!.... ¡señora! articulé confusa y enternecida.

—No podía haberse fijado en persona que más nos agradase, agregó doña Tula.

—Ni que quisiéramos tanto, continuó don Javier.

—Conque ya sabe vd., volvió á decir doña Tula, sin dejarme hablar, que aprobamos de todo á todo las pretensiones de Teodoro, que las apoyamos y que las alentamos.

—No tengo palabras, repuse, con que manifestar á ustedes mi gratitud; no merezco tanta bondad.

Y sin poderlo remediar, me enjugué á hurtadillas y con la punta de los dedos, dos lágrimas que de las pestañas amenazaban rodar por mis mejillas.

—Vamos, vamos, articuló don Javier levantándose y dándome palmaditas en el hombro. Ahora falta lo más grave: la sentencia. Lo único que recomiendo á vd. es que no sea demasiado dura.

Y salió de la habitación.

Doña Tula me condujo á la sala, me hizo tomar asiento y me dejó sola.

Por lo pronto no comprendí lo qué iba á hacer; pero no tardó en aparecer Teodoro por la puerta, y caí en la cuenta de que había ido á llamarle.

—Madre acaba de decirme cuanto ha pasado, me dijo el joven tendiéndome la mano. Ahora sí no tiene vd. motivo ni

pretexto para negarme la respuesta que ayer le pedí.

—Sí, repuse, los padres de vd. son muy bondadosos; no sé con qué pagarles lo que les debo.

—Ya habrá tiempo para eso, repuso, si vd. me quiere. Formarémos una familia afectuosa, y vd. será una hija buena y dulce para ellos.

—Sí lo seré, contesté sin darme cuenta de lo que decía, y procuraré con cariño y finezas corresponder á la nobleza de su corazón.

—De suerte, continuó Teo con inmenso júbilo, que acepta vd. mi amor.

—Yo no he dicho eso, repuse confusa.

—Pues no hay remedio; para que vd. pueda mostrarles tanta atención, necesita ser de los nuestros.

—No me será difícil, contesté ya lanzada al terreno de la verdad, porque eso es lo que me dicta el corazón. Al doctor, á doña Tula, á Gabriel, á todos los quiero.

—¿Y á mí nó? preguntó Teo con inefable dulzura.

—Sólo á vd. nó, contesté sonriendo.

—¿Sólo á mí nó? repuso fingiendo despecho.

—También á vd..... un poquito, repuse.

—¿Un poquito nada más?

—Un poquito....

—No me conformo; ha de ser mucho.

—Un poquito.... más que á los otros, terminé.

Lo que hablamos después de esta confesión, lo que nos comunicamos, lo que nos ofrecimos, lo que soñamos, lo que gozamos con nuestras palabras y con la expresión de nuestros ojos, no hay para qué decirlo, ni es posible tampoco expresarlo. Tú, querida prima, que has amado también, y que sabes lo que son estos afectos hondos, sinceros, eternos, podrás comprenderlo é imaginarlo por tí misma, mejor de lo que yo pudiera explicártelo.

Vino muy pronto á sacarnos de nuestro arrobo, un ruido de pasos que se oyó á la entrada de la sala. A poco aparecieron doña Tula y Gabriel, éste muy débil y pálido. Al verlos, me levanté y fuí á ayudar al joven, cuyas piernas parecían vacilar, para que llegase al estrado.

—¿Cómo? le dije, ¿vd. en pie?

—Me ha hecho levantar el gran acontecimiento del día, repuso con acento que que quería ser alegre.

—Sí, intervino doña Tula; tan luego como concluyó la conferencia que tuvimos Javier, vd. y yo, fuí á comunicar á mi hijo lo sucedido, y él se manifestó muy contento, y quiso á toda costa levantarse para dar á ustedes sus parabienes.

—Querido hermano, dijo Teodoro.

¡Cuánta fineza! En el alma te la agradezco.

—Y yo también, proseguí, sólo que temo pueda ser á vd. perjudicial haber dejado la cama tan de improviso.

—Aun cuando así fuera, contestó Gabriel con voz anhelante, lo primero que ha de hacerse, es cumplir con los deberes de cariño, suceda lo que suceda.

—Gabriel, dijo doña Tula, es así por naturaleza y lo ha sido desde muy niño. No hay acontecimiento de la familia que no le interese hondamente.

—En medio de mis sufrimientos, continuó el enfermo con voz más apagada, me sirve de inmenso consuelo pensar que los míos, aquellos á quienes amo, no participan de mi suerte; y con todas las veras de mi corazón deseo caigan sobre mí los sufrimientos que pudieran turbar su dicha.

—Es grande la generosidad de vd., Gabriel, repuse conmovida. Está vd. tan atribulado por las penas, que necesita verdadera grandeza de alma para pensar de ese modo; pero no hay necesidad de lo que vd. dice: Dios le concederá salud, y todos vivirémos contentos.

—Por supuesto, exclamó Teodoro cariñosamente; no estás tan malo como te imaginas, hermano. Te hablo como médico que soy. A mi juicio, saldrás victorioso

de la prueba, con sólo que sigas cuidándote un poquito.

—No lo creo, articuló el enfermo con amargura; estoy convencido de que no duraré mucho. Por otra parte, la vida que llevo no es para desear su continuación. Débil, postrado, sin esperanza de dicha, la muerte, en vez de intimidarme, se presenta á mis ojos como una redención. Ustedes que son los felices, los que tienen ante sí un porvenir risueño y han venido á este mundo á gozar, como predilectos de Dios, tienen razón para amar la vida, porque vivir para ustedes, es amar, y amar es ser dichoso. En momentos de tanto júbilo como los actuales, soy como un punto negro en la familia; formo la nota triste en medio del coro alegre que me rodea. Bien sabe Dios que me causa pena.

—¡Cómo! interrumpió doña Tula, ¡apenarte y mortificarte por eso! Más bien nosotros deberíamos estar apenados por mostrarnos alegres delante de tí.

—No, hermano, no hables de esa manera, suplicó Teodoro con tono suave; eso sí que nos aflige. Piensa solamente que todos te queremos.

—Eso, proseguí, eso es lo que vd. debe pensar; que todos le queremos, y que seríamos capaces de cualquier sacrificio por devolverle la salud.

—¿Para qué la quiero? interrogó con tristeza.

—Para vivir, repuso la buena señora.

—¿Y para qué quiero la vida? insistió Gabriel.

—Para gozar, para ser dichoso, le dije con calor, porque vd. lo merece.

El enfermo me lanzó una de aquellas miradas profundas que tanto me impresionan, y contestó con vehemencia:

—El goce, la dicha, todas esas cosas no son para mí. Cada cual trae á este mundo su destino, y el mío es el del sufrimiento. No nací para la felicidad, sino para el dolor.

A medida que hablaba, iba haciéndose su respiración más ronca y difícil. La contracción de su rostro anunciaba una pena infinita, y su aspecto llegó á ser tan alarmante, que como movidos por un resorte nos levantamos los circunstantes y acudimos á su lado.

—No se molesten, protestó, es el asma que vuelve, es el ansia horrible que me sofoca. Sería menos cruel si me matase de una vez. No tengan ustedes cuidado, no mata. ¿Ya lo ven? De nada sirvo. Ahora que he venido á felicitarlos, los contristo. Perdóname, Teodoro, perdón Ester: no me hagan caso. Sean ustedes dichosos y déjenme aparte.... Si me muero, no se aflijan; tanto mejor, porque lo que quiero es morirme.... Eso.... Eso.

Las últimas palabras del enfermo fue-

ron apenas perceptibles. Siguió á aquel desahogo neurótico, un acceso terrible de sofocación, pero tan repentino y agudo, que fué preciso, además de los cuidados de Teodoro, llamar á don Javier, que estaba en la consulta. Abrimos de par en par puertas y ventanas, le hicimos aspirar éter y empleamos todos los recursos que conocíamos para cortar el mal; pero esta ocasión fué más rebelde que de costumbre. Nunca olvidaré la expresión del rostro de Gabriel en esos momentos: hundidos los ojos y medio velados en la profundidad de las órbitas, plomizo el rostro, extendidas las ventanillas de la nariz, abierta la boca y blancos y áridos los labios. Se sentía hondísima angustia al contemplarlo.

Y angustiaba acaso más el oír su respiración silbante y trabajosa, mezcla de estertor y de gemido.

Perdida la cabeza de don Javier y de Teodoro por el cuidado, no acertaban á prescribir medicina oportuna, y acabaron por mandar recado á dos de sus colegas para que viniesen á darles luz y ayuda. Los nuevos doctores examinaron rápidamente al enfermo, y dieron órdenes breves que fueron obedecidas en medio del azoro de todos.

Después de largas horas de sufrimiento y de zozobra, se ha logrado dominar la crisis, y en los momentos en que te es-

cribo, Gabriel, un tanto repuesto del acceso, reposa con tranquilidad. La inminencia del peligro ha pasado; pero el peligro subsiste. En opinión de los médicos, ha comenzado á interesarse el corazón en el padecimiento, y si siguen así las cosas, irá de por medio la vida de Gabriel.

Imagínate ¡qué fin tan triste del día más dichoso de mi vida!

Así es el mundo: está formado de contrastes.

## VIII

Gabriel sigue muy grave, y la familia muy consternada. Don Javier y doña Tula no se separan casi de la cabecera del enfermo. Por mi parte, he venido á ser inútil en esta casa. Aunque tengo la mejor voluntad para cuidar á Gabriel, me han alejado de su aposento, no sé por qué. Al principio, aunque notaba que doña Tula me ocupaba poco, lo atribuía al estado de su ánimo, muy explicable en el caso; y sin darme por entendida de su aparente desvío, pasaba largas horas cerca de Gabriel. Por cierto que me era muy penoso, porque se ahoga continuamente. No creas; por más que los médicos aseguren que hay alguna esperanza, no la hay. Basta verle para comprender que va á morirse; no se necesita ser médico para eso.

A pesar de todo, el pobre joven no se había olvidado de Teo ni de mí.

Muy frecuentemente me preguntaba:

—¿Dónde está Teodoro?

—¿Se quieren ustedes mucho?

—¿Cuándo se casan?

Y agregaba:

—Dispensenme que amargue su felicidad.... Es contra todos mis deseos.... y será por poco tiempo.... No sé qué sería mejor, si morirme antes ó después de su enlace.... Porque si me muero antes, se retardará el matrimonio.... y si después, se amargará su luna de miel.

—Lo mejor, le respondía yo, será que vd. no se muera ni antes ni después, para que todos seamos dichosos; vd. á nuestro lado, formando todos un grupo cariñoso.

—No, eso no, me respondía con viveza; es imposible.... no puede ni debe ser.

—¿Por qué no? le pereguntaba.

—Porque me llama el sepulcro, respondía, porque quiero descansar, y ese será mi descanso.

Por más esfuerzos que hacía doña Tula para calmarle en tales casos, no lo lograba, sino que iba entrando en tal estado de neurosismo, que se hacía preciso mandar recado á los doctores y apelar de nuevo á las medicinas de los grandes casos.

El resultado de todo ha sido, que al fin doña Tula me haya hablado francamente, diciéndome:

—Ya lo ve vd., hija, Gabriel se excita mucho cuando está vd. presente. Como es tan buen hermano y quiere tanto á Teodoro, ha tomado muy á pechos el compromiso de ustedes. Y como se siente tan malo y está seguro de morirse, sufre quizá por el marcado contraste que nota entre su suerte y la de ustedes, por más que no lo diga....

—¿Lo cree vd., señora? le pregunté consternada.

—No me cabe duda, repuso, y no solamente yo lo digo, sino que lo han echado de ver todos los que le rodean.

—No quiero, repuse, ser motivo de trastorno para él ni para nadie. Haré lo que vd. me diga, aunque me será penoso no servirle de nada.

—Lo creo, lo creo, hija, contestó doña Tula; pero ¡qué remedio! Ya que el pobre la ha tomado por ese lado, lo mejor será que vd. no se le presente.

—Está bien, señora, repuse con sumisión.

—No se aflija vd., Ester, prosiguió doña Tula observando la contrariedad que su orden me causaba, ya mejorará Gabriel y se calmarán sus nervios. Entonces podrá vd. acompañarle. Por lo demás, ya sabe que agradecemos de todo corazón sus atenciones.

Desde entonces no entro ya en el cuar-

to del enfermo, y sólo permanezco en el inmediato, atenta á cuanto se ofrece.

Por motivos idénticos á los que me expuso doña Tula, le ha sido también prohibida á Teodoro la entrada en el aposento de su hermano; lo que mucho le ha contrariado, porque es muy cariñoso, y se interesa vivamente por él.

La preocupación de la familia con motivo de la creciente gravedad de Gabriel, no ha impedido que prosigan los preparativos de mi próximo enlace con Teodoro.

Nos instalarémos en una casa contigua á la que hoy habito. Se abrirá una puerta de comunicación en el muro medianero de las dos casas, y así vivirémos, como dice doña Tula, juntos y separados. Nuestro nido de amor está muy risueño. Tiene las piezas necesarias para que podamos estar con holgura; pero no sobra tanto local que parezca desierto. En una ala tendrá Teodoro su despacho, y en la otra estarán nuestras habitaciones. En la parte céntrica se extiende un jardincito muy lindo con su fuente de mármol, y como esta ciudad es tan propicia á las flores, y son aquí tan perfumadas, toda la casa parecerá un búcaro matizado y oloroso.

Hemos escogido Teodoro y yo el papel tapiz de todos los aposentos, y en esto, como en todo, no hemos discrepado en lo más mínimo. Será obscuro y severo en la

sala, color de cedro en el comedor, claro en mi alcoba, y más ó menos alegre en las otras habitaciones. Los muebles y alfombras serán por su color apropiados al tapiz: todo conforme á mis gustos y aficiones. Como he sido tan amiga de las artes, Teodoro tiene plena confianza en mi criterio, y no compra guardarropa, silla ó espejo, sin consultar antes mi opinión.

Ha llevado su fineza hasta el punto de pedirme dibujos para la hechura de algunos muebles, y habiéndole complacido de mil amores, he tenido la satisfacción de que el ebanista haya hecho grandes elogios de mi talento. Hasta ha llegado á pedirme permiso para construir otros muebles iguales á los míos. Por supuesto, me he negado á ello, porque no quiero que nadie tenga cosas como las que hoy recibo de Teo. Para conformarlo, le ofrecí hacer otros dibujos que podría utilizar como quisiese. Los padres de Teodoro, en vista de los progresos de la enfermedad de Gabriel, han resuelto que se apresure nuestro matrimonio. A decir verdad, fuera mejor que todo se hiciese por pasos contados, y que no diésemos qué murmurar á la gente: pero comprendo que el doctor y doña Tula no quieran que la ceremonia se efectúe cuando el luto haya caído sobre la casa. Por supuesto que Teodoro secunda en todo esas miras.... y yo también, aunque en secreto.

## IX

Faltan pocos días para mi matrimonio, y me hallo en un estado de sobreexcitación indescriptible. Por una parte, la gravedad de Gabriel, que es cada vez más alarmante, por otra, los preparativos de mi enlace, y finalmente, cierto estado de ansiedad y de melancolía que he observado recientemente en Teodoro; todo me tiene fuera de mí. Voy caminando al desenlace de la situación, casi sin conciencia, y como llevada en alto por los acontecimientos.

El traje de bodas, el velo blanco, la corona de azahares, el libro de nácar y los guantes de cabritilla están listos en mi alcoba.

El traje es riquísimo: ha sido hecho en México por la modista más afamada, y es de una tela muy costosa. El velo, fino y trasparente, es tan grande, que me cubre de pies á cabeza. Ayer me lo puse ante el espejo, por vía de ensayo. Creo que no me va mal. Pero siento algo parecido á susto al mirar todas esas cosas. Lo desconocido me causa una inmensa emoción. ¿Qué suerte me reservará la Providencia? ¿Haré la felicidad de Teodoro? Aquí tienes mi única incertidumbre, porque lo quiero tanto, que nunca me perdonaría el

hacerle desgraciado. Me propongo no ocuparme sino de él, y vivir de una perpétua consagración á su cariño. Por este medio hallaré la felicidad. porque nada habrá más dulce para mí que hacer dichosa esa vida, que es fuente, luz y regocijo de la mía.

## X

Pocos días me separan del altar. Al pensarlo me embarga una emoción dulce y triste; pero me tranquiliza reflexionar que me lanzo en compañía de Teodoro á ese porvenir insondable.

La salud de Gabriel continúa empeorando sin cesar. A la vez que la servidumbre se ocupa en atenderle bajo la dirección de doña Tula, hay en la casa contigua, "la mía", otro gran movimiento de operarios que trabajan en los últimos arreglos. Con estas cosas, con estos ruidos tan incesantes y con impresiones tan encontradas, me siento trastornada y febril. Todo se me figura un sueño, y como si de un momento á otro hubiese de despertar á una realidad inesperada.

Según los informes que recibo, está Gabriel de tal modo grave, que tal vez se muera justamente á tiempo para estorbar el matrimonio; así es que aun cuando veo

que los preparativos avanzan, abrigo serias dudas sobre el suceso que anuncian.

Mucho ha contribuido á ponerme en tal estado de ánimo, un acontecimiento inexplicable que pasó anoche. Hubo al obscurecer un gran movimiento en el cuarto de Gabriel: los criados corrían por todas partes, fué llamado un sacerdote, y llegó á murmurarse que el paciente había espirado. Por fortuna resultó falsa la alarma; pero el susto fué espantoso.

Pasada la crisis, los médicos, los padres de Gabriel y Teodoro se encerraron en la sala y celebraron una larga conferencia. Desde mi cuarto estuve observando lo que pasaba, deseosa de saberlo por boca de Teodoro.

No bien oí que se marchaban los médicos, mandé llamar á Teo. Llegó conmovido y con huellas de lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede? le dije, ¿hay algo de nuevo?

—Sí, repuso, Gabriel está atravesando una crisis mortal, y puede espirar de un momento á otro.

—En ese caso, continué, sería conveniente suspender los preparativos de la ceremonia; me da tristeza que nos casemos bajo auspicios tan tristes.

—Tal vez sea lo mejor, murmuró caviloso.

—¿Y los padres de vd.? le pregunté, ¿qué opinan?

—Han perdido la cabeza, no dicen nada.

En esto, sobrevino una nueva crisis, y nos separamos sin hablar más. Después de ella, me pareció Teo más abatido que nunca, y cuando le interrogué sobre la causa de su visible trastorno, me contestó que nacía de la gravedad de su hermano y de la aflicción de sus padres. Pero no sé por qué se me figura que hay algo más que esto en el corazón de Teo, porque está triste, muy triste; suspira á cada momento, y cuando llora, muerde el pañuelo con desesperación.

Algunas veces brilla su mirada con resplandores extraños, crispa los puños y los mueve con ademán como de afirmarse en una resolución; otras, por el contrario, cae en un abatimiento absoluto: parece que no ve, ni oye, ni sabe dónde se halla.

—¿Qué tienes? le pregunto con frecuencia. Algo me ocultas, lo conozco. ¿Por qué no me lo comunicas? Tengo derecho de saberlo, y si lo supiera, procuraría consolarte.

Al fin, después de mucho batallar, he conseguido sólo un principio de confesión. Me ha dicho que no son infundadas mis sospechas, que lleva en efecto un gran tormento en el corazón, y que siente que la prueba es superior á sus fuerzas; pero no ha querido pasar de allí, y ha acabado

por suplicarme por lo más sagrado, no le haga otras preguntas.

—¿Será tal vez que ya no me quieres? concluí. ¿Seré yo la causa inconsciente de tu tribulación?

—Por la Virgen Santísima, me contestó con viveza, no sospeches de mi amor. Te quiero como siempre, más que nunca; pero no me preguntes cuál es la causa de mi congoja, porque no te la puedo decir. La sabrás al fin, porque tienes que saberla. Entretanto, pongo por testigo á ese Dios que nos oye, de que todo mi pensamiento, todo mi cariño, todo mi ser son tuyos, nomás tuyos, ahora y siempre.

Y en el arrebato de su cariño, cogió mi mano, la llevó á sus labios y la oprimió después contra el pecho. En seguida se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó abundantes y silenciosas lágrimas.

La presencia de don Javier interrumpió nuestro coloquio.

—¿Qué noticias? preguntó Teo enjugándose las lágrimas.

—Malas, malísimas, contestó don Javier. Las crisis se suceden á cada momento.

Y luego agregó:

—Mala suerte les ha tocado á ustedes con esta enfermedad. ¡Cuán alegres estaríamos á no ser por ella! Pero Dios lo ha

querido de otro modo; no hay más que tener paciencia.

Sin decir más, cogió á Teo por el brazo y se lo llevó consigo.

Entretanto, me he venido á mi alcoba para trazar estas líneas.

Dentro de poco seré la esposa de Teo y habrá concluido la situación equívoca en que me hallo. Entonces le exigiré que me revele ese secreto que tanto le apena, y lo consolaré con las expansiones de mi cariño......

## XI

Anoche, ya muy tarde, y varias horas después de escrita mi carta anterior, llamó Teodoro á la puerta de mi habitación; y como me tenían en vela las emociones del día y el cuidado de Gabriel, salí á la galería con presteza. Estaba obscura y desierta. Sólo en un ángulo lejano, se veía luz á través de la puerta entornada de la alcoba del enfermo. Reinaba por todas partes un silencio triste y doloroso.

—¿Ocurre algo extraordinario?, pregunté á Teo con no disimulada emoción.

—Que mi hermano sigue agravándose, repuso con voz sorda; madre acaba de decírmelo.

—Válgame Dios, exclamé hondamente afligida. ¿No hay ninguna esperanza?

—Los Dres. aguardan una crisis decisiva. Dicen que cualquier emoción puede pro-

vocarla, y que será mortal ó salvadora.

—Espero en Dios que ha de ser salvadora.

—Así debemos esperarlo. Entretanto, es indispensable suspender la ceremonia, agregó con voz vacilante.

Casi no me sorprendió la indicación, pues varias veces habíamos hablado de ello, y era, además, impropio é inhumano pensar en desposorios, en aquellos momentos terribles.

—Es natural, repuse sin afectación; las circunstancias lo exijen.

—Es natural, pero triste, objetó Teo.

—¿Y los preparativos?

—Todo se ha mandado suspender por orden de mis padres.

No sé por qué, al oír aquellas palabras, sentí un golpe en el corazón, como si en lugar de ser esas, hubieran sido estas otras: "ya no habrá matrimonio." Disimulé la pena, y por no darla á conocer, proseguí con aparente tranquilidad:

—Vale más que se haga todo bajo mejores auspicios, cuando Gabriel esté fuera de peligro... Voy á guardar el vestido, el velo, la corona....

—Sí, es mejor que guardes todo eso.

Me pareció que temblaba su voz, y aun, en mi preocupación, se me figuró distinguir en la obscuridad, sus facciones contraídas por la angustia. Calló algunos instantes, como si vacilase, y luego continuó con voz entrecortada:

—No es eso todo lo que tengo que decirte, Ester mía; ten ánimo para recibir otro golpe.

—¿Qué más? interrogué ansiosa.

—Que me voy esta misma noche.

—¿Para dónde? exclamé. ¿Por qué te vas?

—¿Lo sé yo mismo? A cualquier parte, lejos ó cerca; lo que importa es no estar en este lugar.

—Pero ¿por qué? ¡Irte en estos momentos! ¡Separarte de mí y dejar á Gabriel moribundo!....

—Tienes razón de extrañarlo, repuso con sollozos mal comprimidos; es singular.... parece indebido;.... pero mira, Ester mía, es indispensable.... Va la vida de Gabriel de por medio.

—No entiendo la relación que pueda haber entre una y otra cosa.

—Te lo voy á explicar.... Te dije opinaban los doctores que la vida de mi hermano depende de una crisis decisiva, y que esa crisis puede matarlo ó salvarlo.

—¿Y bien?....

—Que es preciso intentar esa crisis suprema lo más pronto posible, y que yo soy quien la ha de provocar.

—¿Y tú por qué?

—Porque así lo disponen mis padres y los doctores.

—¿Y cómo vas á hacerlo?

—Empleando los medios que acabo de decirte: suspender el matrimonio y marcharme de la casa.

—Inútil, repuse con viva incredulidad; ni una ni otra cosa lograrán conmoverlo en el estado de abatimiento en que se halla.

—Te equivocas, replicó con vehemencia que no puedo explicarme; ambas le harán una profunda impresión....

—Pero puede morirse.

—O salvarse: yo creo que lo salvaré.

Incliné la cabeza, persuadida de que era inútil toda resistencia.

—¿Y cuándo te vas?, le pregunté casi llorando.

—Ahora mismo.

—No, no tan pronto, objeté adelantando la mano en la oscuridad, como si quisiera detenerlo. Pero la retiré con viveza al tocar sus ropas.

—Es preciso, insistió con voz sorda; ahora ó nunca. Dentro de unos momentos sería tarde.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en volver?

—El que sea necesario.

—¿Si se muere?

—Volveré sin pérdida de momento, contestó con tono que parecía impregnado de esperanza.

—¿Y si se salva?

—Entonces mi ausencia será larga....

Pronunció estas palabras trabajosamente. Entretanto, oía yo su respiración anhelosa, y hasta los latidos de su corazón. Las lágrimas de sus ojos caían en gruesas y calientes gotas sobre mis manos.

—¿Por qué lloras?, le pregunté gimiendo. Parece que te despides para siempre.

—No tengas esas ideas; no seas niña.

—Pues asegúrame que volverás pronto.

—Sí.... lo más pronto posible.

En aquellos momentos salió doña Tula apresurada del cuarto del enfermo, pasó sin vernos cerca de nosotros, y siguió hacia la cocina.

—Pobre madre, articuló Teo como despertando de un sueño. Es preciso separarnos.... así lo he prometido. Es ya muy tarde. Ester. Adiós..... No, adiós, no, hasta la vista.

—Un momento, le dije, espérame.

Y entrando en mi cuarto, cogí un ramito de "no me olvides" del florero de mi tocador y un pequeño Sagrado Corazón de seda y oro que había hecho con mis propias manos para dárselo el día de nuestra boda. Luego volví á salir.

—Teo, le dije, antes de que te marches, quiero darte dos recuerdos. Este ramito de "no me olvides," que voy á colocar yo misma en el ojal de tu jaquet...,

Y haciéndolo como lo decía, tomé su saco por la solapa, busqué á tientas el ojal y coloqué el ramito.

—Y este Sagrado Corazón, proseguí, que quiero yo también prender en tu chaleco, para que te acompañe por todas partes y te defienda de todo peligro....

Y aplicando el alfiler que había dispuesto en el extremo superior de aquel objeto piadoso, le aseguré en el chaleco.

—Aquí, continué, sobre el corazón, sobre ese corazón que es mío. (Y acentué mis palabras apoyando la mano sobre el corazón de Teo); aquí está bien, para que te libre de todo daño.... y, sobre todo, de la ingratitud y del olvido.

—¡La ingratitud! ¡el olvido! exclamó Teo. No, ¡eso nunca!... ¿Yo ingrato?... ¿Yo perjuro?.... Ni muerto, Ester.... Te quiero sobre todas las cosas, más que á Gabriel, más que á mi padre, más que á mi madre, más que á todo el mundo.... Cuando me muera, llevaré tu imagen grabada en el fondo de mi corazón, como una marca de fuego, como una chispa de luz.

Y tomándome por el talle, me estrechó contra el pecho, y me besó en la frente con ósculo prolongado.

Luego se alejó por la galería sumida en tinieblas. Yo me quedé atónita en el lugar donde me dejó.

No tardé en oír sus pasos por el portal;

luego el ruido de los cerrojos del zaguán; después continué oyendo el rumor de su marcha por la calle silenciosa, hasta que desvanecida por la distancia, se perdió por completo.

No sé cuánto tiempo después entré en mi alcoba, y echándome sobre el lecho, me entregué al consuelo de las lágrimas, llorando mucho y amargamente, hasta que me sorprendió la luz de la mañana.

No estaría tan triste si diese á este acontecimiento el sentido que oí de los labios de Teo; pero á mi pesar, le doy otro, no sé cuál, pero otro muy malo. Puedo morirme, puede morirse..... U olvidarme.... No, eso no. Me ha jurado amor con acento de verdad.... Es incapaz de engañarme.... Es bueno.... Me quiere.

## XII

Esta mañana, muy temprano, vino doña Tula á informarse de mi salud. La recibí llorando, como había pasado la noche. En cambio, me pareció ella algo más tranquila que de costumbre.

—No he dejado de pensar en vd. desde ayer, me dijo. Consideraba su aflicción.

Respondí afirmativamente con la cabeza.

—Tiene vd. razón, hija: la sorpresa de-

be haber sido muy dolorosa; pero algo se tiene que hacer por los que sufren; más cuando son padres y hermanos.

—Sí, señora, repuse sollozando; Teo hizo muy bien.... yo no me he opuesto á nada.

—Niña, no digo eso, prosiguió la buena señora. Ya se sabe que es vd. nuestra hija y que vd. también es capaz, por nosotros, de las mayores abnegaciones. Dios se lo ha de pagar.... He venido á ver si en algo puedo servirla, y á consolarla, como su madre.... como su verdadera madre.

En esto entró don Javier.

—Pobrecita niña, dijo el doctor acercándose á mi lecho y poniendo su mano enorme sobre uno de mis hombros. ¡Qué noche! ¡Terrible para todos! Por lo visto, vd. no se ha quitado el traje.... Ni ha cesado de llorar.

—Sí, señor, repuse ocultando el rostro entre las manos y derramando nuevas lágrimas.

—Vamos, vamos, continuó el doctor con una ternura que nunca le había conocido: no es para tanto, chiquilla. Y sentí que me acariciaba la frente y me arreglaba la cabellera desordenada.

—Dios se lo ha de pagar, agregó doña Tula con acento inseguro. Todas las buenas acciones tienen su recompensa....,

Ya verá vd., niña, ya verá como Dios la hace muy dichosa.

Y la buena señora se puso á llorar más ruidosamente que yo.

—¿Pero volverá pronto?, interrogué sin ver á mis interlocutores.

Ninguno de los dos respondió. Hubo un silencio de algunos instantes, y yo, creyendo que no me habían oído, volví á preguntar:

—¿Volverá pronto?

—Eso no se sabe, ni puede saberse por ahora.... repuso el doctor titubeando.

—Será lo que Dios disponga, saltó doña Tula.

—¿Por qué dicen ustedes eso?, pregunté dejando de llorar y mirando á uno después de otro.

—Por nada, repuso don Javier; porque si Gabriel siguiese mejor y viniese Teodoro, todo se perdería.... Usted lo comprende.

—Yo no comprendo nada, objeté con alguna irritación.

—Sí, continuó doña Tula, la vuelta de Teodoro sería muy mala señal; significaría que Gabriel hubiese muerto.

—¡Dios nos libre!, exclamé.

—Pues entonces, resígnese vd., dijo el doctor.

—Haré lo posible, señor, repuse con sumisión,

—En cambio, continuó doña Tula, tenemos que dar á vd. una buena noticia.

—¿Cuál?, pregunté reanimada, creyendo que se refería á Teodoro.

—Que Gabriel ha salido regularmente de la prueba, prosiguió el doctor.

—¿De cuál prueba?, insistí.

—De la prueba de la sorpresa, contestó doña Tula; de la sorpresa que le causó la suspensión del matrimonio y la partida de Teodoro.

—Antes de dársela, continuó el doctor, nos prevenimos para un caso funesto. Dos compañeros y el sacerdote estaban conmigo.... Yo fuí quien le dió la noticia. Creí de pronto que no me había oído, porque no dió señales de ello; pero se la repetí dos ó tres veces en voz alta, y al fin abrió trabajosamente los ojos y movió los párpados para hacerme comprender que me había entendido. No le dije ya más, y aguardé lleno de ansiedad. Se le colorearon un poco las mejillas y su respiración se hizo más precipitada. Mis compañeros y yo le hicimos aspirar algunas sales para darle fuerzas, y continuamos en observación. Por fortuna, el estado de excitación fué calmándose paulatinamente. Al fin, entró en reposo y pareció dormir unos instantes. A la madrugada habló algunas palabras incoherentes; pero cuando le pregunté cómo se sentía, pudo reconocerme

y me contestó que algo mejorado. Ahora su pulso está menos débil y menos frecuente, y es más regular.

—Yo también le veo mejor, continuó doña Tula. Aunque no soy doctora ni entiendo nada de medicina, puedo asegurar que está mejor.

—Dios ha de querer que nuestro sacrificio no sea estéril, concluí al ver cuán honda y sentida era la alegría de mis bienhechores.

Pero no pude decir más. En aquellos breves momentos se libraba en mi corazón una terrible lucha. Pensaba que si Gabriel mejoraba, tardaría Teo en volver; y que si se moría, volvería luego. Pero no podía desear que se muriese el enfermo, ni que se prolongase la ausencia de Teo. Confusa, guardé silencio, y procuré no desear nada, confiándolo todo á la misericordia de Dios.

## XIII

He sido engañada, traicionada, burlada. Teodoro no me ama ni me ha amado nunca. No quiere casarse conmigo; nunca seré su esposa.

Al trazar estas palabras, siento que la tierra se hunde bajo mis pies y que el cielo se desploma sobre mi cabeza; se hace

en mi derredor un gran silencio, y me veo sola, infeliz, sin esperanza. No hay mujer en el mundo que haya querido más que yo, que haya sido más sincera, ni que haya entregado más completamente su alma, su porvenir y su vida al objeto de su amor. Vi en Teodoro al joven hermoso, leal y bueno, digno de ser no sólo amado, sino adorado; y lo embellecí en mi imaginación prestándole todos los atributos que pueden hacer grande y noble á una figura amada. Creí en él y en sus palabras como en las de un ángel; y me hubiera dejado martirizar, crucificar, hacer pedazos por esa fe profunda que me inspiraban su bondad y su cariño.

¿Qué le había hecho yo para que me hiriese en la mitad del corazón? ¿Qué acción mía pudo despertar en él la saña despiadada con que me ha atormentado? ¿Por qué me aborrecía más, á medida que yo le quería con mayor arrebato?

Lo que más me sorprende es su habilidad para el fingimiento. Quien le hubiera visto palidecer ó ruborizarse delante de mí, mirarme con expresión apasionada, sonreírme con dulzura, hablarme con lágrimas en los ojos y rodearme de tantas atenciones y finezas, nunca hubiera podido suponer que no me quisiese de veras.

Y luego ¿para qué todo eso? ¿Qué se propuso al engañarme? Nos hubiéramos

tratado como hermanos, nos habríamos estimado como amigos, si él lo hubiese querido; y jamás hubiera lastimado mi corazón ni me hubiera hecho derramar lágrimas. Pero se empeñó en inspirarme otro afecto, y á fuerza de juramentos y de ruegos, acabó por conquistar todo mi albedrío.

Soy una pobre huérfana que debe cuanto es á la infinita bondad de dos almas nobles. No dolerse de mí, no tener compasión de mi suerte, y hacer ludibrio de mi desamparo, es manifestarse indigno de sus padres. Nunca hubiera sospechado que aquel Teo tan dulce fuese capaz de tamaña traición con una mujer infeliz, que no ha cometido más delito que el de quererle.

Han pasado seis meses desde que Teo salió de esta ciudad, y de entonces acá, no me ha escrito una sola carta. Al principio lo atribuí á sus viajes constantes, y á que no tendría tiempo para nada. Supe al fin que estaba en México, y que allí había fijado su residencia. Pero en vano continué esperando sus letras, las que habían de consolarme, las que habían de infundirme aliento, las que habían de darme esperanza. Su silencio ha sido espantoso. Algunas veces pensé escribirle; pero el sentimiento de mi dignidad se ha rebelado. No, no soy yo quien ha debido solici-

tar sus atenciones; es él quien ha tenido que satisfacerme y que buscarme. Entretanto, hace medio año que no veo á la luz de mis ojos y que no endulzo mis labios con el nombre de Teodoro, con ese nombre que me es tan querido y que hace palpitar tan locamente mi corazón.

Siempre que me he quejado con don Javier ó con doña Tula de la ingratitud de su hijo, le han defendido diciendo que es bueno, que están persuadidos de su bondad y que no debo creer de él sino lo mejor. Su lenguaje me ha sorprendido mucho, y más todavía su silencio respecto á la causa de la extraña conducta de Teodoro.

No sólo siguen queriéndome como siempre, sino que parecen quererme más todos los días. Me colman de atenciones, me rodean de finezas, y me tratan en todo como á persona de su casa y familia. Aquí hay un misterio que no alcanzo á descifrar. Porque si los padres de Teodoro son buenos ¿por qué no se indignan de la conducta de su hijo? Y si me quieren ¿por qué no levantan su destierro? ¡Qué horrible es la incertidumbre! Por poco no me han vuelto loca por una parte el silencio de Teo, y por otra, la fe de sus padres en su rectitud, la estimación que le siguen profesando y la serenidad con que ven su proceder. En el fondo de mi corazón bri-

llaba latente una débil esperanza; aguardaba que este cruel misterio llegase á disiparse, y no estimaba imposible que algún día volviese á mi lado el ausente, más cariñoso y rendido que nunca.

Voy á decirte cómo he salido del error.

Para eso, debo poner en tu conocimiento que Gabriel está inconocible. Desde el día en que la crisis predicha por los doctores se manifestó, ha seguido en constante progreso su restablecimiento. Han cesado los espasmos, los accesos de asfixia se han hecho raros y las fuerzas han ido volviendo paulatinamente á su organismo. Así que, puedo ya ver al enfermo y consagrarle mis cuidados, pues mi presencia no le produce ya los antiguos trastornos. Pensando que es hermano de Teodoro, profundamente lastimada por sus sufrimientos, y no hallando otro desahogo á mi anhelo de consagración á nobles objetos, he tomado á pechos velar por su salud y hacerle llevadera su difícil convalecencia. Así también he procurado dominar mis malas pasiones, que solían inspirarme sentimientos perversos contra ese pobre joven exangüe y medio difunto.

Por su parte, se manifiesta Gabriel muy complacido de mi compañía y sumamente reconocido por mis cuidados. Así he pasado á la cabecera de su cama días tras días en constante coloquio con él, ó leyéndole

libros de su agrado, para hacerle menos pesada la inacción.

La gratitud que me tiene es tan grande, que algunas veces, al darle alguna medicina ó prestarle cualquier servicio, se le han llenado los ojos de lágrimas y me ha dicho con acento conmovido:

—Ester, Dios se lo pague; es vd. un ángel.

En el fondo de la conciencia, te confieso que hallo una satisfacción exquisita en aliviar las penas de Gabriel, y mayor todavía en pagarle de esta manera los males que indirectamente me ha hecho. El nunca podrá saberlo; pero yo sí lo sé, y este conocimiento me eleva á mis propios ojos.

Nunca habíamos hablado Gabriel y yo de la ausencia de su hermano. Parecía que había un convenio tácito entre los dos para hacer punto omiso de ello: yo por temor de sobresaltar su sistema nervioso, y él por consideración á mi abandono.

Al fin, como el joven ha recobrado las fuerzas, ha dejado el lecho y está algo más sosegado, me he atrevido á tocarle ese punto. No pudiendo sacar nada en claro de mis conversaciones con el doctor y su esposa, no me ha quedado otro camino que seguir, para salir de mis dudas.

Esperé, pues, un día en que estuviésemos solos, y cuando me hube cerciorado de que nadie nos oía, le hablé de esta manera:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

Se sobresaltó al oírme, y me miró con ojos suplicantes. Yo insistí:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

—Está en México, repuso procurando serenarse.

—¿Bueno?

—Bueno.

Callamos un momento: yo convulsa, él lívido.

—Creí que estuviese enfermo, proseguí con voz velada por la emoción.

—¿Por qué?

—Porque no me ha escrito.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se fué.

Callamos de nuevo, ambos muy agitados. Yo no apartaba los ojos de su semblante, procurando hallar en sus menores contracciones alguna luz que me iluminase. Gabriel, presa de visible malestar, procuraba evitar mis miradas. Al fin, exasperada, abordé el asunto con resolución.

—Por caridad, le dije juntando las manos, sáqueme vd. de la horrible tortura en que vivo. Dígame vd. la verdad, aunque sea muy cruel y dolorosa. Todo es preferible á mi situación.

—No comprendo lo que quiere vd. decirme, repuso.

—No es verdad.

—Seriamente, se lo aseguro.

—¿No quiere vd. ahorrarme el sonrojo? Pues se lo diré con todas sus letras. ¿Qué significa la conducta de Teodoro?

—¿Su ausencia?

—No, su desvío, su silencio, su ingratitud.

—No me pregunte vd. esas cosas, porque las ignoro, repuso con alarma. ¿Qué quiere vd. que sepa desde mi alcoba? Siempre postrado en el lecho, ó recluido en este sillón....

De ese modo, el enfermo, resguardándose con sus dolencias, procuraba como las tortugas, meterse en su carapacho, y no ver, ni oír, ni saber nada; pero resuelta á despejar la incógnita y perdida toda moderación, no le permití gozar de aquel refugio.

—No tienen ustedes piedad de mí, le dije casi llorando. Los padres de vd., todos los de esta casa han formado una liga para torturarme. Hacen bien. ¿Qué compasión merezco? Demasiado hacen con tenerme en su casa.

Mis palabras vulgares é injustas me repugnaban á mí misma; pero decidida á saberlo todo, á cualquiera costa, no me detuve.

Las mejillas del convaleciente se arrebolaron, le temblaron los labios, vaciló un momento, y luego exclamó:

—No sea vd. mala. Usted bien sabe que

todos le tenemos un afecto acendrado; y que yo en particular le consagro una devoción infinita.

—Pero entonces ¿por qué se complacen en atormentarme?

—Nadie tiene esa complacencia.

—Suponiendo que no se complazcan en ello; el hecho es que me atormentan.

—¿Le he dado á vd. motivo de queja?

—Sí: no es franco conmigo. No quiere decirme la verdad, y con sólo eso me hace sufrir mucho.

—Ignoro á qué verdad hace vd. referencia.

—Ya se lo dije: á la significación de la conducta de Teodoro.

—De eso no sé nada; no es cosa mía.

—Sí; vd. lo sabe, pero no quiere decírmelo.... ni le importa verme sufrir.

Ví en el rostro de Gabriel retratada una lucha penosa. Parecía que iba á hablar, pero callaba. Yo continuaba observándole con ojos interrogadores, y él ora apartaba de mí los suyos, ora volvía á verme, presa de visible inquietud.

—¿Lo ve vd.? insistí apoyando la presión en el punto sensible, vd. no se interesa por mí; nada significa para vd. verme en ridículo y desairada; no me tiende la mano ni me protege.

Mis palabras causaron en el ánimo de Gabriel todo el efecto deseado. Le ví po-

nerse pálido y respirar anheloso, como si le comenzara la asfixia. Me miró larga y profundamente, y extendiendo la mano como para hacerme callar, repuso con vehemencia:

—No; le prohibo á vd. que diga eso. Me ofende que lo diga y hasta que lo piense. Bien sabe Dios que muy otros son mis sentimientos.

—Pues demuéstremelo, respondí. No me bastan las palabras: quiero los hechos.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¿A qué preguntármelo tanto? Se lo he dicho muchas veces. La verdad, toda la verdad. ¿Por qué no me escribe Teodoro? ¿Qué significa su silencio?

Pareció vacilar todavía; pero leyó en mis ojos una voluntad tan firme, una interrogación tan apremiante y una súplica tan dolorida, que haciendo un gran esfuerzo, me dijo:

—Pues bien, ya que vd. se empeña en saberlo, se lo diré; pero ¿tendrá vd. fuerzas?....

—No me faltarán, repuse; no tenga vd. cuidado.

—Teodoro calla....

—¡¡Calla!!.... Prosiga vd.

—Porque quiere que vd. entienda....

—¿Qué?

Volvió á vacilar.

—¿Qué no me quiere ya?, proseguí.

No atreviéndose á afirmarlo con los labios, lo hizo con la cabeza.

No pude hablar; me ahogaron los sollozos. Aquella verdad por tanto tiempo entrevista, se me presentó clara y distinta. Pareció que un gran peso se había desplomado sobre mi corazón. Quedé anonadada y lloré mucho, mucho. Entretanto, Gabriel guardaba silencio también, respetando mi dolor, y yo, aunque no le miraba, sentía sobre mí sus ojos compasivos.

Al fin pude desahogar mi angustia balbutiendo:

—¡Ingrato! ¡Quién lo hubiera pensado!.... No hice más que quererle y él me destroza el corazón.... Bien hace en tratarme de ese modo.... ¿Qué consideraciones merezco?.... Soy una mujer infeliz que vive de la caridad.... Conmigo se puede hacer cuanto se quiera.

—Ester, me interrumpió Gabriel con acento de reproche, no tome vd. las cosas por ahí. Y sobre todo, no envuelva vd. á todos en sus acusaciones. Aquí todos la queremos y la respetamos....

—¿Y Teodoro?, exclamé.

Gabriel no respondió.

—Otro favor, proseguí sollozando. Quiero saber la causa del resfrío de su hermano.

—La ignoro; si la supiera, á fe de caballero se la diría.

Alcé los ojos y le ví fijamente. Él me miró también, y leí en los suyos la sinceridad de su respuesta.

—No creo haberle dado motivo de queja, continué. Le quise de verdad y con toda el alma. Tal vez haya sido ese mi delito.... Debí habérselo ocultado, y no haberle dicho todo lo que le quería. Los hombres, cuando se sienten queridos, se llenan de engreimiento.... Pero yo no tengo arte, ni disimulo, y creí que él también era sencillo, y que carecía de doblez.

—Excúselo vd., Ester, en todo caso, es un desgraciado. Suponiendo que mi pobre hermano abandone á vd. por esa causa, ó por ambición, ó por codicia, ó por cualquier otro motivo, perdónele; sea generosa. Usted, que es buena, vd. que es un ángel, no sabe lo que son las pasiones, ignora hasta dónde pueden conducir á las almas más buenas.

—No, repuse; no le perdono. Sería hipócrita si lo dijera. Su falsedad y su felonía no merecen mi generosidad..... Ni ahora ni nunca.

En esto entró doña Tula y cortó nuestro diálogo.

—¿De qué se trata?, dijo alarmada al ver mi actitud.

—Hablamos de Teodoro, repuso Gabriel con embarazo.

—Todo lo sé, señora, exclamé llorando y con voz de reproche.

—¿Qué sabe vd., hija?, volvió á preguntar doña Tula.

—Que Teodoro me ha engañado, que desde que se fué lo hizo con el propósito de romper conmigo.

—¿Cómo lo sabe vd.? ¿Quién se lo ha dicho?, exclamó la buena señora pretendiendo disimular todavía.

—Yo, contestó Gabriel con entereza. Ella lo ha querido: me lo ha exigido, me ha obligado á decírselo.

Doña Tula por toda respuesta me enlazó con sus brazos, y uniendo al mío su rostro marchito y lleno de piedad, se echó á llorar conmigo, confirmando así tácitamente la revelación que su hijo acababa de hacerme. . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya ves, querida prima, cómo he sido engañada y abandonada por el hombre á quien tanto quise, á quien tanto quiero y á quien nunca dejaré de querer.

---



# CAPITULO II

## DIARIO DE TEODORO (1)

### I

He vuelto á mi ciudad natal lleno de alegría. Sólo quien ha pasado largo tiempo en el exterior, puede comprender el inmenso júbilo que llena el corazón de un desterrado al verse restituido á su hogar y á su patria. Mis temores de no tornar á ver á mis padres y de ser sepultado en tierra extranjera, han sido compensados por una dicha inmensa al respirar los ai-

(1) Hemos suprimido de propósito, para no repetir la narración de unos mismos hechos, varios de los pasajes de este diario referentes á sucesos que ya conoce el lector por las cartas de Ester.

res de México y al estrechar entre mis brazos á los nobles ancianos que me dieron el sér.

Nunca olvidaré la impresión que recibí cuando, ya en la estación, asomé la cabeza por la ventanilla del carro y ví en el andén un grupo numeroso de parientes y amigos que me esperaban, encabezados por mis padres. El primero á quien abracé fué á mi padre. Vino á buscarme hasta el pullman, y me ayudó á bajar mis maletas. Le hallé fuerte y vigoroso; tal vez más fuerte y vigoroso que cuando le dejé. Mi buena madre me esperaba al pie del estribo, y tan luego como bajé, me recibió en sus brazos sollozando y besándome. Y todo fué salutaciones, abrazos, apretones de mano y frases cariñosas cambiadas con los circunstantes.

Recibí una sorpresa muy grata al ver á la hija del finado doctor Linares. Ya en sus cartas me habían hablado padre y madre de esta joven, ponderándome con calor sus excelencias morales y las gracias de su persona. Así es que sentía positiva curiosidad por conocerla, teniendo por evidente que los elogios á que me refiero, habrían de parecerme hiperbólicos. Pero noto que no ha habido exageración en ellos, por lo menos en cuanto atañe á la parte física de Ester. Acabo de hacer un viaje dilatado, y he conocido mujeres de casi

todos los países de Europa y de América. Soy, además, afecto al género, y tengo ojo de perito. Dados esos antecedentes, es preciso convenir en que la belleza de Ester es de buena cepa, porque me ha parecido la más acababa que he visto en mi vida. Es alta, esbelta y de andar gracioso. Su cutis es tan blanco como las azucenas, y lleva en las mejillas el color de las rosas. Tiene el pelo rubio como los rayos del sol, y los ojos, grandes, pensativos y azules como el cielo. Sus dientes parecen de nácar, y forman contraste con la rojez de sus labios finos y sonrientes. Todos los detalles de su cuerpo son igualmente perfectos. La mayor parte de las mujeres hermosas son incompletas: tienen unas cosas bellas y otras feas: buenos ojos y fea boca; buen color y facciones incorrectas; cara angelical y cuerpo deforme; talle airoso y pies bastos; ó manos como sarmientos, ó dedos chatos, ó uñas pequeñas y vulgares, ó no falta qué lunar ó qué deficiencia. Ester no adolece de ninguna de esas incorrecciones. Mientras más la analizo, la hallo más encantadora. De los pies á la cabeza es una hermosura; en su conjunto y en sus detalles es primorosa; ha sido hecha con amor por esa gran artista llamada la naturaleza. Y para que nada falte á sus hechizos, está animado el conjunto de su beldad por una

gracia sin igual, por una armonía de movimientos tan rítmica, por un atractivo tan invencible, que parece mentira que en esta ciudad, y en este país, y en este continente, y en este mundo, exista criatura tan maravillosa.

Se me olvidaba un detalle esencial: la voz. ¡Qué voz la suya! Nunca había oído un acento como ese, dulce, canoro, tierno, apasionado; llegan sus ecos al corazón y hacen despertar el ensueño que palpita en el fondo del espíritu.

A pesar mío, y aunque no soy novicio en asuntos femeniles, porque tengo en ellos una dulce experiencia, me siento dominado por la timidez y por la emoción cuando me hallo en presencia de Ester. Parezco un colegial y tengo aprensiones de hacer ante ella una figura ridícula. Pero ¡qué remedio! Cuando me dirige la palabra ó clava en mi los ojos rasgados y tristes, me ruborizo, comienzo á titubear y se me van las ideas.

Entretanto, no debo perder de vista mis grandes propósitos. No en balde he asistido á la práctica de los mejores hospitales de París, Viena y Berlín, y he traído un rico surtido de libros de medicina y de instrumentos quirúrgicos. Necesito trabajar para abrirme paso en la vida, y para demostrar que no he perdido el tiempo en mis viajes, y que algo vale ver otros ho-

rizontes que los del terruño. Mi ambición es no sólo la de formarme una posición honorable por mi trabajo y por mi consagración al estudio, sino aliviar en cuanto lo permita mi pequeñez, los dolores de la humanidad doliente, y contribuir al progreso de la ciencia, en este rincón del mundo.

Dios mediante, todo lo he de lograr, á fuerza de trabajo y de perseverancia.

## II

Observo que Ester me interesa más de lo que creía. Me figuré que la miraba con ojos de dilettante, y resulta que la voy viendo con ojos de enamorado. Pero antes de entregarme á este impulso de mi corazón, debo pensarlo bien, para no echarme ligas que me impidan marchar, ó para no lastimar los sentimientos de esa joven, que debe ser sagrada para mí.

Desde que llegué á esta ciudad, he sido objeto de calurosas atenciones por parte de familias principales, amigas de mis padres. He recibido obsequios y agasajos, y concurro frecuentemente á comidas y reuniones.

Prescindiendo de toda fatuidad, creo que podría hacer un matrimonio brillante, y elegir esposa entre las más hermosas

herederas de esta población. No me permitiré confiar ni siquiera á este papel, los nombres de las jóvenes que parecen dispuestas á recibir con agrado mis rendidos homenajes: pero podría hacerlo. Conozco que me sería dable, mediante un matrimonio de este género, conquistar esposa, elevada posición y gran fortuna de un solo golpe. Así podría consagrarme á la ciencia con descanso, sin verme distraído de su culto por el aguijón de las odiosas necesidades de la vida; y adelantaría mucho en saber, y podría, quizás, hacer algún bien en el mundo.

Pero de estos pensamientos me aparta la imagen de Ester, huérfana, pobre, y sin más posición que la que le han dado mis padres. Unido á ella, me veré obligado á luchar rudamente con la vida, tal vez no lograré salir de la obscuridad; y el trabajo encaminado á la conquista del pan cuotidiano, no me permitirá profundizar esta ciencia de la vida, del dolor y de la muerte, á la que me he consagrado, y que me inspira tanto interés. Pero Ester es única; vale más que todas las otras mujeres juntas; habla á mi corazón como ninguna. Y siento que en medio de mi hogar, llenará de dicha todos los rincones de mi ser y hará de mi vida una fiesta, una alegría y una victoria constantes.

Mas no debo proceder con ligereza; ne-

cesito reflexionar antes de tomar algún partido, para no tener que arrepentirme después. Ya me decida por la riqueza y el bienestar, ó por el amor y la pobreza, he de hacerlo con los ojos bien abiertos.

## III

Me vuelvo todo confusiones: ó Ester es la mujer más perfecta que Dios ha formado, ó estoy loco de remate. Nunca hubiera creído hallar en el mundo una criatura como ella, y me habría reído de quien me hubiese asegurado que existía en carne y hueso. Pero lo estoy viendo con mis propios ojos.

A más de hermosísima, es divinamente espiritual y tiene un gran corazón. Su talento es tan claro, perspicaz y profundo, como el de cualquier gran doctor ó escritor célebre; con la diferencia de que va envuelto en suave modestia y en timidez encantadora. No hay nada más detestable que las mujeres pedantes. Si Ester lo fuese, me parecería atroz, á pesar de sus encantos. Por fortuna no lo es. No dice palabras retumbantes, ni se mete en camisas de once varas, ni habla "ex-cathedra," como las bachilleras lo acostumbran; antes se empeña en ocultar el esplendor de sus ideas, como sonrojada; emplea palabras sencillas en la conversación,

y nunca da su parecer sobre cosa alguna, sino cuando es interrogada. Y es tan natural su moderación, que tengo para mí que ella misma se cree una tontuela y una ignorante. Así resulta su mérito realzado. El otro día, ví por acaso una carta suya escrita á mi padre cuando se trataba de su venida á nuestra casa, y quedé verdaderamente asombrado de la solidez de su juicio y de la belleza de su lenguaje: podría imprimirse como buen modelo de correspondencia epistolar.

Su corazón es tan sencillo y bueno como el de un ángel: tierno y cariñoso, compasivo y dulce. Me encanta su afición á los niños y á los pobres. Siguiendo la costumbre de mi madre, á quien ayuda en las faenas domésticas, consagra todo el día del sábado á los menesterosos que acuden á nuestras puertas al olor de su piedad. Tiene para todos monedas, sonrisas y dádivas. No contenta con remediar sus necesidades físicas, remedia también sus necesidades morales, y les muestra tanto cariño, tanta consideración y tanto interés, que ponen al verla una cara radiante. No es menos expresiva con los niños. Todos le gustan, para todos tiene caricias. Admira la belleza de los querubincitos blancos, rollizos y de cabellera ensortijada que andan en brazos de niñeras elegantes, engalanadas con finos y blancos delanta-

les y cofias tan albas y vaporosas como la espuma; y tiene también complacencia y dulzura par los niños pálidos, enclenques y envueltos en harapos, que andan en brazos de las mendigas que piden pan á la puerta de las casas. Varias veces la he sorprendido lavando y peinando á esos pequeños desgraciados, á quienes, envueltos en lienzos finos y limpios, y después de haberles besado con efusión las marchitas mejillas, devuelve á las madres desgreñadas y encorvadas bajo el peso de la miseria.

Otro de los rasgos característicos de Ester, es su actividad incansable. Arregla la casa, nos prepara guisos y conservas de gusto exquisito, ayuda á mi madre á coser y zurcir la ropa blanca, y lee libros y periódicos. Y le sobra atención todavía para consagrarla á cada uno de nosotros, como si fuese el objeto único de su interés. No sé cómo tiene tiempo para todo. A paso precipitado se le oye cruzar por la casa. Habla con la cocinera, con la doncella, con el jardinero: á todos les da instrucciones, con todos se entiende y es obedecida y querida por todos. Se cuela en nuestras recámaras quién sabe á qué horas, y las arregla con tal arte y gracia, que, como dice mi madre, parecen unos relicarios. Desde que estoy aquí, no he dejado de encontrar un sólo día en mi re-

cibidor, flores nuevas y perfumadas. Lo mismo hace en los cuartos de mis padres y de Gabriel, sin contar la sala, cuyos floreros están siempre henchidos de ellas. Es el alma de la casa; la llena toda, la embellece y la alegra.

Asombrado de lo que veo, suelo preguntarme si las perfecciones de Ester serán reales, ó imaginadas, porque me parecen demasiado grandes para verdaderas. Sé bien que cuando una persona está bajo el encanto de otra, todo lo halla hermoso y excelente en ella; de tal modo que hasta los mismos defectos del ser querido, le parecen gracias y recomendaciones. ¿Me estará sucediendo eso por ventura? Si Ester tiene imperfecciones y lunares, yo no los veo. Esto es grave, porque, si no distingo en ella más que maravillas, es porque me tienen ciego sus atractivos. Acaso, sin saberlo, mi espíritu haya zanjado la dificultad de la situación eligiendo por su propia cuenta.

## IV

He vencido la tentación que me había asaltado de hacer un matrimonio de conveniencia. Una ambición egoísta y poco elevada, de aquellas que da pena confesarse á uno mismo, me había hecho de-

tenerme á considerar las ventajas que me proporcionaría un enlace con joven rica y aristocrática; pero es inútil pensar en musarañas cuando el corazón ya no nos pertence.

Estoy resuelto á dejarme llevar por mis impulsos sentimentales. Consagraré á la joven adorable que la suerte ha colocado en mi camino, todo mi pensamiento y todo mi corazón. Cuando pienso que pudiera enlazarme á cualquiera otra que no fuese ella, y elevarme á una grande altura por el esplendor de mi vida, unido á quien no fuese Ester, siento que se me oprime el corazón, nubla mis ojos la tristeza y todo lo veo descolorido é insignificante en mi torno. No habría triunfos, riqueza ni alhago capaces de llenar el hondo vacío que se formara en mi alma, ausente de esa mujer que reune á mis ojos toda la belleza y toda la gracia con que Dios puede dotar á una criatura. Adquirir una fortuna deslumbrante sin realizar los votos más ardientes de la juventud, que va en pos de la belleza, del ideal y del amor, sería malograr la vida. No cabría en estado tan doloroso, para calmar el ansia de belleza y de dicha que siente el corazón, más que tomar á manos llenas los tesoros adquiridos por la hipocresía y por el engaño, y derramarlos por el mundo en insensatas correrías tras bellezas y amores mer-

cenarios. Esas compensaciones del vacío del hogar, serían bajas y miserables, porque lo es en sumo grado mentir afecto á una mujer que confía en la lealtad del que cree caballero, y engañarla, y llevarla al altar sólo por codicia, y una vez en posesión de sus riquezas, comprar otros amores con su mismo dinero. Siempre sentí profundo desprecio hacia esos mercaderes del amor, que se casan con ricas herederas, sólo por gozar su fortuna, y la malgastan en infidelidades y adulterios. Me parece tan villano, como herir el corazón de un amigo que tuviese los brazos abiertos para recibir en ellos á otro amigo.

Pero cuando me figuro enlazado con Ester, y tenerla á mi lado y verla sentada en mi hogar como una reina, siento el alma llena de alegría, miro la vida como una brillante apoteosis, y me parece que nadie puede ser tan dichoso como yo. ¿Qué vale todo lo demás comparado con la inmensa dulzura de esta felicidad inefable? Los triunfos, la riqueza, la misma gloria son dichas convencionales é imaginadas, que no penetran profundamente en el corazón; sólo el amor correspondido, la armonía de dos espíritus, la entrega cariñosa de dos existencias, la una en brazos de la otra producen esas delicias incomparables que penetran hasta los senos más ocultos del alma, llenándola de luz y de júbilo. Es la

verdadera, la grande, la única felicidad que Dios reserva al hombre en este mundo triste y cruel.

¡Afuera los insensatos proyectos que alimenté durante mi viaje! ¡Bendito el camino ignorado, pero místico y hermoso, de los humildes que se contentan con la inefable dicha de la familia! ¿Qué título tengo para quererme elevar sobre los otros? ¿Por qué no he de contentarme con el modo de ser y con el destino de los demás? ¿Estoy seguro de valer más que ellos? ¿No será que la soberbia me ciegue y me haga creer que tengo un mérito de que carezco? Pasaré inadvertido por el mundo, no dejaré en pos de mi rastro que me recuerde á la posterioridad: pero habré llevado una vida pura y dichosa en medio de las dulzuras y de los éxtasis del cariño. Las mejores existencias son aquellas que no merecen ser historiadas. El que se casa con la mujer que ama, vive honrado en la paz del hogar, y muere cargado de años, libre de remordimientos y rodeado de bendiciones, no da asunto para dramas, ni para narraciones románticas. El héroe de novela lleva una existencia borrascosa, halla ó se cría obstáculos en su carrera, y llega pocas veces á la posesión de la dicha. El drama ó la tragedia, que son la desgracia transitoria ó final, salen al paso de las almas aventureras: las

despojan de la aureola luminosa y de la vestidura blanca; y coronadas de rosas ó de espinas, las entregan al tormento ó las echan á rodar por el abismo.

Una vez tomado este partido, siento aliviado el corazón de un gran peso; todo lo veo llano y fácil. Nada me intimida; el porvenir se me presenta como un arco triunfal por donde voy á entrar con la elegida de mi corazón. No ceso de llevar en el pensamiento, en el corazón y en los labios este nombre dulcísimo: Ester. Al pronunciarlo me acuerdo de aquella hebrea sin par, esposa del rey Asuero, que, en concurso con las vírgenes más seductoras de Persia, se ganó la palma de la hermosura y cautivó el corazón del monarca oriental. Me figuro ver á la joven israelita de cabellera tan negra como el ébano, de piel tan suave como los pétalos de las rosas y de ojos de mirar tan dulce como el de las gacelas, pedir gracia postrada á los pies de su esposo y señor; y á Asuero recio, trigueño y de luenga barba, descender del trono, levantarla del suelo y otorgarle cuanto le pedía. Sin ser yo rey, ni esclava mía esta otra Ester, de quien, por el contrario, soy esclavo, comprendo la blandura de aquel monarca; porque si la mía me pidiese la vida, que es todo lo que tengo, gustoso la dejara á sus pies como tributo de adoración.

## V

Por más modesto que sea, y por más pobre idea que tenga de mi persona, debo confesar que mis primeras manifestaciones de afecto y simpatía hacia Ester, han recibido una acogida benévola. Dado el carácter de la joven, que es leal y sencillo, no puedo ni debo interpretar de otra suerte las atenciones y finezas con que me distingue. Abro, pues, el corazón á la esperanza, y aguardo que en pos de ella, entre la dicha á coronar mis ilusiones.

Hay un punto obscuro en mi situación: mi hermano Gabriel. Me sorprendió dolorosamente con su palidez y su extenuación desde que le ví; pero nunca me imaginé que el estado de su salud fuese tan malo como he podido comprobarlo posteriormente. Por disposición paterna le examiné ayer con grande atención, y quedé espantado. Tiene una anemia profunda, funcionan mal sus pulmones y hay soplos sospechosos en su corazón. Ese pobre órgano de mi hermano tiene que trabajar reciamente, porque está obligado á proveer de sangre á todo el organizmo, y como es tan escasa y pobre, se ve en la necesidad de bombearla constantemente para hacerla llegar á todas partes. Los médicos del lugar tienen la esperanza de que sea favora-

ble la última evolución del organismo de mi hermano, que acabará de efectuarse dentro de poco, al llegar á los veintiun años. También mi padre se forja esa ilusión. Yo veo este punto muy oscuro. Temo que el pobre Gabriel, si no sucumbe, quede condenado á arrastrar una vida penosa y miserable. No he querido hablar con franqueza á mis padres, por no afligirlos, y deseo ardientemente equivocarme en el diagnóstico y en el pronóstico de la enfermedad. Mis padres le quieren con marcada prefencia; es su predilecto. Yo no lo llevo á mal, porque conozco bien el motivo de esa preferencia. La misma desdicha de mi hermano arranca mayor cariño al corazón de mis padres. Es un sentimiento muy natural de su parte. Dice Lacordaire que no hay estado alguno que asemeje más al hombre con su creador, que el de la paternidad. Porque los padres velan por los hijos á toda hora, los alimentan, los visten ,y los salvan de las necesidades y de los riesgos, sin más placer ni más recompensa que los de beneficiarlos y quererlos; y los cuidan y los quieren más, á medida que más sufren y son más desventurados.

Así vino Jesús á padecer por los pecadores, que son los infelices, y tuvo para los pobres y para los humildes más cariño y dulzura que para los potentados, y

soberbios. No es, pues, extraño que los padres prefieran á sus hijos infelices sobre los dichosos. Si no lo hicieran así ¿quién habría de desvelarse por ellos? ¿quién les tendría caridad? ¿quién enjugaría sus lágrimas? No hay para mí espectáculo más tierno que el de esas pobres madres que no se separan del lecho de sus hijos paralíticos, que se consagran á perpétua clausura en compañía de sus hijos enajenados, ó se apartan del trato social para entregarse al sublime placer de cuidar á sus hijos leprosos y cubiertos de llagas.

Bien hacen, pues, mis padres, en querer á Gabriel más que á mí, porque él necesita más que yo de sus finezas; porque él sufre y yo no, porque él es desgraciado y yo soy dichoso.

Lo que no alcanzo á explicarme es esa especie de reserva sombría con que me mira mi hermano. En vez de observar la conducta franca y abierta que sería natural, muéstrase taciturno y huraño para mí. Sólo el día de mi llegada estuvo alegre y expansivo. De entonces acá, ha ido sumiéndose gradualmente en un mutismo cada día más acentuado. No puedo conversar con él; me contesta por monosílabos, y me corta de tal modo su hosca actitud, que pronto se me acaban los asuntos que quiero comunicarle. Sus padeci-

mientos le hacen sagrado. Cuando le acometen los ataques de asma, que no son más que un síntoma de su padecimiento general, casi me vuelvo loco. Me contrista profundamente ver á Gabriel y á mis padres confundidos en un sólo grito sollozante y doloroso. A costa de cualquier sacrificio quisiera remediar esta desdicha para que todos en esta casa riésemos y estuviésemos satisfechos. A no ser por los padecimientos de Gabriel, no habría nube que empañase el cielo de nuestra alegría.

¿No tendrán la melancolía y el retraimiento de mi hermano, más causa que sus padecimientos físicos?

## VI

Me parece que comienzo á encontrar la clave de la taciturnidad de Gabriel. Una sospecha cruel ha herido mi corazón. ¿Estará él también prendado de Ester?

Ayer, hallándome en su alcoba y procurando distraerle de algún modo, le hice mis primeras confidencias.

—Hermano, le dije, ¿qué opinas de Ester?

Me miró sobresaltado y repuso:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, porque quiero que hablemos de ella unos momentos.

—Como quieras.

—Deseaba comunicarte que, pareciéndome una joven cumplida desde todos puntos de vista, he pensado cortejarla.

Nada dijo. Volvió los ojos á otra parte esquivando los míos, y me pareció que respiraba anhelosamente. Aguardé un rato; pero como nó salía de su silencio, volví á decirle:

—¿Qué te parece mi elección?

—Excelente, contestó conmovido y con visible esfuerzo; no podías haberla hecho mejor.

Pasaron otros momentos. Parecía que luchaba por expresar alguna idea; pero no se atrevía. Esperé. Al fin articuló:

—¿Y ella?

—¿Ester?

—Sí. ¿Cómo te recibe?

—No sé á punto fijo qué decirte. Es atenta y fina conmigo, á veces me forjo ilusiones; mas puede suceder que su conducta sea fruto sólo de su bondad, que es muy grande.

Hubo otra pausa.

—No, volvió á decir Gabriel con una entonación que me pareció amarga, no deben ser ilusiones. Eres guapo, inteligente; tienes un título, has viajado, vistes con elegancia. Eres dichoso; no es posible que no te quiera.

Me extrañó su palabra dura y agresiva,

y le dije suavemente, aunque con reproche:

—¿Hablas seriamente, hermano?

—Sí, repuso, ¿por qué lo dudas?

—Me pareció que te bromeabas.

—No acostumbro gastar bromas, contestó secamente.

Y luego añadió sin mirarme:

—Hay también otro síntoma para creer que triunfarás en la empresa, y es que Ester no hace aprecio de nada desde que viniste. Antes me acompañaba horas enteras, me leía, me distraía cuanto le era dable.... Ahora apenas la veo.

—Ella se queja de que tú no le hablas, y de que eres otro para ella.

—En ese caso los dos nos quejamos.

Y no volvió á decir más. Por mi parte, no tuve tampoco deseo de hablará ya, ni hallé qué decirle. Me abstraje haciendo mil consideraciones acerca de lo que todo aquello podría significar. ¿No me querría mi hermano? ¿Estaría su corazón lleno para mí de odio y de rencor? Pero ¿por qué? Por más que buscaba en los escondrijos de la memoria el recuerdo de alguna causa que hubiera podido crear en él aquella mala voluntad, no la encontraba. Desde niños nos acostumbraron nuestros padres á contemplarnos; y yo en particular, como hermano mayor, siempre le vi con vivo cariño, y le protegí y le defendí

cuato me fué dable conta toda agresión, en el colegio y donde quiera que estuvimos juntos.

Otra sospecha cruzó por mi mente. ¿Sería envidioso? ¿Estaría irritado por mi salud, por mis viajes, por mi profesión y por la fortuna con que he caminado hasta aquí, por la misericordia de Dios? Pronto arrojé de mí con indignación aquella idea detestable. No, mi buen hermano Gabriel, mi compañero de infancia, el hijo sumiso que había recibido de mis padres, lo mismo que yo, tan saludables consejos y ejemplos tan santos, no era capaz de caer en aquella vileza. La envidia es la pasión más baja y degradante del corazón humano, y sólo cabe en espíritus miserables.

En ese caso, para explicar la actitud reservada y casi hostil de Gabriel, no me quedaba más que volver los ojos á Ester y considerarla como la causa de su resfrío. ¿Estaría celoso? ¿Me consideraría como su rival? La idea me afectó profundamente. Y bajo esta impresión dolorosa, tuve un instante la visión profética y sombría de graves penas y amarguras con motivo de ese conflicto. Y rogué á Dios con todas las veras de mi alma que no saliesen fundadas mis sospechas, y que apartara de nosotros el cáliz de aquella horrible lucha por la posesión de una mujer.

## VII

La conducta de mi amada se había hecho inexplicable los días últimos. En vez de franca y natural como al principio, Ester se había tornado huraña y casi desdeñosa. Mil incidentes en apariencia pequeños, pero de una alta significación para un corazón enamorado, me habían hecho temer que mis sentimientos no fuesen compartidos por ella; y, no pudiendo soportar por más tiempo una situación violenta, me resolví á provocar una explicación definitiva. Acabo de tenerla de sobremesa, en un momento en que mis padres nos dejaron solos. No sé si habré sido hábil en la forma de hacer mi declaración; pero rebosaba mi amor de tal modo, que, sin poderlo remediar, estallé en el momento menos pensado. Pretendió huir al principio del diálogo, pero la detuve por la mano, y la obligué á oirme. No quiso contestar categóricamente. Me ha exigido, como requisito previo, que recabe el consentimiento de mis padres para mi proyecto amoroso. En vano supliqué é insté para que revocase su resolución; no he podido vencer su resistencia, y me he visto obligado á ceder.

A decir verdad, hallo inútiles tantas precauciones. Aunque no he llegado á ha-

blar categóricamente con mis padres sobre el particular, sé que aprueban mi elección; y todavía más, creo que la han impulsado. Bien han visto el vivo interés que Ester me ha inspirado, han presenciado las escenas deliciosamente pueriles de mis primeras emociones y han leído en mis ojos con claridad mi naciente amor hacia ella; y en vez de detenerme en el camino, ó de hacer cualquiera objeción á mi conducta, han gastado bromas cariñosas y benévolas con Ester y conmigo, poniéndonos á ambos en frecuentes y dulces conflictos.

Con todo, para cumplir lo ofrecido, acabo de pedirles su consentimiento para tratar con Ester seriamente el asunto de nuestro enlace. Con el mayor regocijo me lo han concedido. Todo lo sabían, todo se lo habían revelado mis acciones, y estaban muy contentos de mi elección. Quieren á Ester con muy honda ternura, y dicen estar seguros de que vamos á ser muy dichosos.

Ahora falta únicamente saber de los labios de ella si me quiere, si admite el corazón que le ofrezco.

## VIII

Dos sentimientos contrarios se han apoderado de mi corazón: el de una in-

mensa dicha, y el de una tristeza profunda.

La dicha viene de que Ester me ama. Ayer me lo dijo. Después que mis padres conferenciaron con ella y le dieron á conocer cuánto la quieren y cuán satisfechos están de mi elección, no pudo ya defenderse. Nuestra entrevista fué breve y encantadora. Me dijo que á todos los de esta casa nos quería mucho, y á mí más que á todos. Solamente las mujeres conocen el secreto de pronunciar frases tan breves, tan sencillas y tan llenas de sentido. Sus palabras llegaron hasta el fondo de mi corazón y me convirtieron de un golpe en el hombre más feliz de la ciudad, del Estado, de toda la República. Me quedé extático. Desde ese momento y durante todo nuestro diálogo, apenas supe lo que hice ni lo que dije. Me parecía que soñaba, como si tanta dicha no cupiera en mí, y no fuera digno de ella.

¡Qué joven tan hermosa, qué mujer tan admirable, qué alma tan buena! Vale por sí sola más que todos los triunfos, que todas las glorias, que el mundo entero. Me siento tan satisfecho con su corazón, que no quiero más ni deseo ya nada, sino que Dios me permita llevarla pronto al altar, y tener á su lado una vida oculta, tranquila é iluminada por el sol resplandeciente de su amor.

Por desgracia mi hermano ha tenido un acceso de asfixia en cuanto ha sabido lo que ha pasado. Madre le llevó á nuestro lado para que nos felicitase, y á nuestra vista, después de haber pretendido decirnos gratas palabras y de haber acabado prorrumpiendo en amargas quejas, ha caído en tal angustia y sofocación, que mi padre y yo hemos temido seriamente por su vida, y nos hemos visto obligados á llamar á dos colegas para que nos auxiliasen á conjurar la crisis. Con gran esfuerzo hemos logrado combatirla; pero el estado del paciente se hace más serio á cada momento.

Es una nueva demostración de que mis sospechas no son infundadas.

¡Qué desgracia! No poder gozar la inmensa felicidad de estos momentos, sin la amargura de saber que mi dicha lastima y hiere el corazón de mi propio hermano.

## IX

La incógnita está despejada. Mis padres y los médicos no ignoran ya la funesta inclinación de Gabriel hacia Ester. Atacado por la fiebre de un reumatismo agudo relacionado con sus padecimientos cardiacos, ha pronunciado en su delirio palabras que han traicionado sus sentimientos. Se-

gún me ha dicho mi madre, han sido frases como estas:

—A mi hermano todas las dichas y á mí todos los dolores.

—A él lo quiere y á mí no. Los dichosos atraen la dicha y los infelices la desgracia.

—No he de decir que quiero á Ester aunque me muera.

—¡La muerte antes que verlos unidos!

Como consecuencia de esas revelaciones, mis padres nos han rogado á Ester y á mí no entremos en el cuarto del paciente. A mí me han dicho francamente la causa; á ella no. Cosa extraña, Ester no ha sospechado hasta ahora lo que hay en el fondo de este misterio, y madre no ha querido hacérselo saber, por no aumentar su confusión y las dificultades de nuestro trato. La ha hecho creer que el contraste de nuestra felicidad con sus padecimientos, es lo que exaspera al enfermo cuando nos ve. Ester se queja de no poder ser útil á mi madre en los cuidados del paciente, y permanece en los aposentos contiguos para prestar sus servicios en todo lo exterior y necesario.

Caminaba sin tropiezo por la senda de la felicidad; todo parecía sonreírme; Ester me quería y mis padres bendecían nuestros amores. Tenía absoluta confianza en la realización de mis sueños; alar-

gaba ya la mano para recoger el lauro del triunfo; y en el momento menos pensado, aparece un obstáculo formidable ante mis pasos: la rivalidad de mi hermano. ¡Y qué hermano! Un ser enfermizo y moribundo, que desde que abrió los ojos á la luz no ha dejado de padecer, que todos los días se acerca más al sepulcro, y que parece haber sido destinado por la suerte á un perenne martirio. Querido con predilección por mis padres, compadecido por todos, yace postrado en el lecho del dolor, víctima de su desventura y de mi dicha.

Este aguijón que llevo clavado en el pecho, no me permite entregarme á las expansiones de mi alegría; porque los sufrimientos de mi hermano repercuten en mi corazón de un modo amargo, y siento como remordimiento de ser feliz á costa de su sosiego, y tal vez de su existencia. Y me echo en cara á mí mismo el haber aumentado su congoja y ser la causa de la agravación de sus males. Mis padres deploran tanto como yo esta complicación, y no cesan de lamentarse de que las aficiones de mi hermano hayan tomado ese camino.

Continúan, á pesar de todo, los preparativos de mi enlace con Ester. Hemos tomado casa al lado de la de mis padres, y hemos comunicado las habitaciones abriendo puertas en los muros divisorios.

Ester me ha ayudado á elegir muebles, tapices y vajilla. Creo que viviremos á nuestras anchas y muy contentos en nuestro nuevo hogar. Donde quiera estaríamos contentos, queriéndonos como nos queremos; pero mucho más en una casita tan risueña y tan coqueta como esa.

## X

La crisis de Gabriel se agrava, y con ella la desolación de mis padres y la mía. Me ven con ojos angustiados, y me preguntan con frecuencia:

—¿Qué hacemos, Teodoro?

—¿Cómo salvarémos á tu hermano?

Y yo no sé qué decirles. ¿Está acaso en mi mano devolverle la salud? ¿Puedo cambiar su destino?

Lo único que hago es afligirme. Dios bien sabe cuánto sufro con el espectáculo de sus padecimientos. Y es tanto más penosa mi situación, cuanto que no puedo desahogar mis penas confiándolas á Ester. Me ha interrogado varias veces sobre la causa de mi tristeza; pero no se la he dicho, aunque la verdad asomaba á mis labios. El deber me lo impide.

## XI

Dios mío ¿qué va á ser de mí? A medida que la situación de Gabriel se hace más peligrosa, aumentan las dificultades de la mía. Va mi destino tras el suyo como siervo, obscureciéndose con las mismas sombras que le cubren.

Acaba de pasar una junta, cuyas trascendencias presiento serán muy graves para mí. Los doctores que asisten á Gabriel, mis padres y yo la hemos celebrado á puerta cerrada. En ella se discutió con claridad, sin ambajes ni atenuaciones, el estado del paciente; y todos hemos convenido en que es muy alarmante.

—La ciencia, dijo uno de los doctores, suele curar los dolores físicos: pero nunca los del alma.

—Eso, saltó el otro, la enfermedad de don Gabriel es complexa; de alma y cuerpo. Nosotros somos médicos del cuerpo; no del espíritu.

—¿De modo que?.... preguntó ansioso mi padre.

—Que el enfermo está corriendo un riesgo muy grande, dijo el primero.

—¿Creen ustedes que se morirá? articuló mi madre sollozando.

Los doctores sin responder, inclinaron la cabeza.

—¿No hay remedio? interrogó mi padre con voz ahogada.

—¿Ninguna esperanza? prosiguió mi madre.

Un silencio embarazoso siguió á sus interrogaciones. Entretanto, callaba yo sin saber por qué. Sentía que mi voz sonaría con timbre falso en aquel diálogo. Me sentía como extraño al grupo, como elemento discordante, casi como elemento hostil. Y lleno de compasión hacia el dolor de mis padres y de mi hermano moribundo, sentía no obstante, por instinto, que había llegado el momento de defender mi porvenir á brazo partido.

—¿De suerte, señores doctores, continuó mi madre, que creen ustedes no hay recurso en lo humano para salvar á mi hijo?

—Es muy duro para mí, señora mía, repuso el primer doctor, decir á vd. eso...

—Pues entonces ¿qué hacemos? continuó mi madre retorciéndose las manos.

—Pedir á Dios mucho, señora, dijo el segundo doctor.

—¿Pero á ustedes no les ocurre nada? suplicó mi padre con el rostro trastornado. ¿Nada?.... ¿Nada? A un compañero que sufre, no se le abandona de esa manera.... Vamos, pongan ustedes á contribución toda su sabiduría.... Lo reclamo en nombre de nuestra amistad.

Hubo otra pausa penosa. Los doctores, entretanto, se veían con ojos de incertidumbre. Al fin habló el primero.

—Don Javier, dijo, insistimos en declararnos incapaces de salvar á don Gabriel; pero no desconocemos que puede haber alguna esperanza, aunque de otro orden.... Pero ese remedio no está en nuestras manos.

—¿Cuál? clamó mi padre vivamente. Dígalo usted, compañero.

Mi madre, entretanto, enjugándose las lágrimas, clavaba en los doctores una mirada ansiosa.

—La esperanza consiste, dijo el segundo doctor mirándome fijamente, en que cambien las circunstancias morales que rodean al enfermo.

Tuve la intuición de lo que aquello significaba.

—Explíquese vd., doctor, rogó mi madre.

—No sé si debamos, articuló el primero vacilando. La presencia del joven compañero don Teodoro nos impide hablar con libertad.

—¿La mía? pregunté maquinalmente.

—Sí, continuó el segundo, porque lo que vamos á decir se refiere á vd. de un modo indirecto.

—¡A mí! exclamé con fingida sorpresa.

—Sí compañero, á vd., á vd.

—En ese caso me marcho, dije levantándome.

—No, ordenó mi padre, quédate. Es asunto de familia que á todos nos interesa, y debes oírlo; tanto más si de alguna manera te incumbe en lo personal.

—Está bien, repuse, sentándome de nuevo. Ya lo ve vd., colega, proseguí dirigiéndome al segundo doctor.

—Lo que quería decir, continuó éste, es la consecuencia lógica de lo que todos sabemos. Don Gabriel está enamorado de Ester, y tan grande es la pesadumbre que le causa el perderla, que va pagando su inclinación con la vida. Su enfermedad, grave por sí misma, se ha complicado con esta nueva causa de padecimiento. Es un espantoso combustible que se ha echado en el fuego.

—¿Y bien? exclamó mi madre con angustia.

—Que la única esperanza que hay de que el enfermo pueda recobrarse, continuó el segundo doctor, es que se suspenda el matrimonio del señor compañero (dirigiéndose á mí.)

—Pero eso no sería posible, objeté.

—Noten ustedes, prosiguió el primer doctor fingiendo no oírme, cómo la gravedad de don Gabriel ha seguido una marcha paralela á los preparativos matrimoniales. A medida que se ha ido aproximando la fecha señalada para el enlace, ha ido recrudeciéndose.

—Bien podría ser que muriese el mismo día de la boda, añadió el segundo.

—¡Qué horrible sería! sollozó mi padre.

Mi madre lloraba sin hablar. Yo estaba anonadado.

—Hé aquí cuanto teníamos que decir, prosiguió el primer doctor levantándose.

—Por lo demás, prosiguió el segundo siguiendo su ejemplo, el señor compañero (dirigiéndose á mí,) tiene razón quizás. Suspender la ceremonia es casi inútil: sería nada más aplazar el funesto desenlace. Al volver los preparativos matrimoniales, vendría con ellos una nueva gravedad. Bien visto, el único remedio para aquellos males, sería prescindir por completo del enlace. Pero eso no puede ser....

Diciendo esto, se inclinaron profundamente ambos colegas, y se marcharon dejándonos á mis padres y á mí sumidos en la mayor consternación.

## XII

Hay sombra de catástrofe sobre esta casa. Todo el mundo está azorado, y corre, y jadea. Ha sufrido Gabriel algunos síncopes, y varias veces se han encendido las velas benditas creyéndolo en agonía. El triste olor de la cera llena las habitaciones.

Pero la desdicha que nos amenaza, no ha de caer sobre mi hermano; la siento llegar, oigo sus pasos. Viene á mí en derechura.....

Han vuelto los doctores al obscurecer, y hallando á Gabriel peor que esta mañana, han anunciado que sólo una impresión favorable y repentina podría acaso salvarle.... y que las circunstancias son tan críticas, que debe ensayarse el remedio sin pérdida de tiempo.

Por más que mi corazón lo resista, comprendo que mis colegas tienen razón. Varias veces, durante mi práctica en los hospitales, he presenciado alivios casi milagrosos, efectuados por gratas impresiones morales, en enfermos neuróticos. Quien se entrega á la muerte, muere más pronto que el que no quiere morir. El desesperado es presa más fácil del sepulcro, que el que lleva el alma llena de ilusiones.

Pero no estoy obligado á renunciar á mi felicidad, y á lanzarme en la desesperación, por salvar la vida de otro, aunque sea mi hermano. Sería una acción hermosa, pero suicida. Así, pues, este es el dilema: ó ser dichoso y matar á Gabriel, ó salvarlo y perder la dicha.

¡Dios mío, inspírame! ¡Dios mío, protéjeme!

## XIII

Apenas se habían marchado los doctores, salió mi padre á buscarme por la galería. En aquellos momentos hablaba yo con Ester en la forma triste, penosa y reservada que las circunstancias me imponen. Ella, la pobrecilla, hondamente sobresaltada, se empeñaba más que nunca en hacerme decir la verdad, y yo era presa de una angustia espantosa. Nuestro diálogo fué interrumpido por la llegada de mi padre, quien, después de breves palabras cambiadas con nosotros, me cogió por el brazo y me condujo al salón, donde nos esperaba mi madre.

—Queremos pedirte un favor, dijo mi padre con solemnidad.

—¡Ustedes pedirme favor! exclamé con viveza. Los padres nunca suplican; siempre mandan. Todo lo que ellos quieren, es una orden para sus hijos.

—Según y conforme, objetó mi madre. En tratándose de su educación y de su moralidad, así es: pero no cuando se trata de cosas en que son libres para obrar como quieren, por ley divina y humana.

—Yo no entiendo esas distinciones, repuse. Lo único que sé es que los quiero á ustedes de tal modo, que ya sea por deber ó por afecto, nada hay en el mundo que

más me complazca, que darles gusto en todo.

—Por eso te ha bendecido Dios, dijo mi padre con convicción. Las Divinas Letras han prometido larga vida sobre la tierra á los buenos hijos, y tú lo has sido para nosotros.

—Padre, articulé enternecido y con los ojos llenos de lágrimas, no estoy satisfecho de mí mismo. Me parece que he hecho poco por ustedes; pero ustedes son tan buenos, que todo me lo perdonan. ¡Con razón los quiero tanto!

Y avanzando hacia ellos, los estreché á ambos entre mis brazos, hasta juntar sus rostros venerables con el mío, y besé repetidas veces sus blancas y puras frentes surcadas por las arrugas de la edad y del dolor.

—Tu cariño, hijo, prosiguió mi padre, y la consideración con que nos ves á tu madre y á mí, es lo que nos da ánimo para hacerte la súplica de que iba hablando.

—Súplica no, padre, orden.

—Súplica, sólo súplica, insistió mi padre con firmeza; no tenemos derecho á otra cosa.

—Y muy rendida, agregó mi mabre. Ya ves que se está muriendo tu hermano.

—Y sabes que no tiene remedio su mal.... salvo uno que conoces, agregó mi padre sin atreverse á mirarme.

—Sí, lo sé, repuse con el alma angustiada.

—Eso es lo que venimos á pedirte, dijo mi madre, que seas el médico de Gabriel, que no le dejes morir, que le salves....

—¿Yo? pregunté absorto. ¿Soy acaso Dios?

—Por voluntad de El, continuó mi padre ,estás colocado en situación á propósito para libertarle de una muerte próxima.

—¿Por qué remedio? pregunté maquinalmente, como si no recordase lo que sabía.

—Por el indicado, repuso mi padre con voz sorda.

—No acierto, mentí.

—No casarte, aclaró mi madre,...... al menos por ahora.

—¡Que no me case! murmuré. ¿Qué prescinda de Ester? ¿Que falte á la palabra empeñada? ¿Que abandone á una joven buena y desamaparada que ha confiado en mi hidalguía?

—No, eso no; las cosas no deben tomarse de esa manera, objetó mi padre. Lo que te pedimos es que por un acto sublime de abnegación, dés á tu pobre hermano que se muere, un poco de ese ambiente de vida y de felicidad que respiras á plenos pulmones. Un átomo solo de tu dicha le salvará del sepulcro.... un átomo, sólo un átomo.

—¿Un átomo, padre? ¿Creen ustedes que Ester vale tan poco? ¿que el amor es cosa tan pequeña? ¿que la felicidad es una bicoca? No, Ester es para mí el aire, la luz, el espacio, el sol, que alumbra y vivifica, el mundo entero que me sostiene y me lleva en su seno.....

—Dale á eso el nombre que quieras, me interrumpió mi madre. Lo que tu padre y yo te pedimos es que prescindas de t u enlace con Ester, en obsequio del pobre Gabriel que trajo á este mundo un destino tan doloroso, que ha sufrido tanto, y que, según parece, no hará en ningún caso huesos viejos.

—Padres míos, repuse con amargura, bien veo que ustedes me quieren poco; Gabriel es ahora más que nunca, el preferido. Entre los dos destinos, el mío y el de él, se inclinan ustedes hacia el suyo. Todo su anhelo es favorecerle, y quieren hacerlo á costa mía. Eso no está bien, queridos padres, permitan ustedes que se lo diga.

—No lo vuelvas á decir, replicó mi padre con viveza. ¿Nosotros quererte poco? ¿Preferir á Gabriel? Ni á tí ni á él; Dios bien lo sabe. Los dos son sagrados para nosotros, á los dos los queremos entrañablemente. Lo que pasa es que la situación de ambos es muy distinta: tú sano, alegre, celebrado, con un gran porvenir delante de tí; él enfermo, triste, olvidado,

con la muerte por todo horizonte. Este contraste nos hace ponernos á su lado para sostenerlo y ver si podemos salvarlo. Tú no lo necesitas; vuelas con propias alas y te abrirás paso por donde quieras. ¿Pero el desdichado Gabriel?..... No puede salvarse ni sostenerse; si no fuera por el apoyo de nuestros brazos, ya se hubiera desplomado. No sabes, hijo, no comprendes lo que es el corazón paterno. Siempre se vuelve hacia el lado del hijo más infeliz; no por predilección de cariño, sino por instinto de protección. La Divinidad lo ha dispuesto así para bien de la descendencia. El amor paterno restablece en la familia el equilibrio roto por el capricho de la suerte ó por la injusticia de los hombres, y se pronuncia en favor del hijo feo, tonto, débil, cobarde, tal vez perverso, que todo el mundo desdeña ó excecra, por un acto de sublime compasión que no puedes comprender todavía..... Ese es el motivo único porque tu madre y yo somos aliados de Gabriel; no por que le queramos más, sino porque nos necesita más; no porque sea nuestro predilecto, sino porque es el más desdichado.

—Así es, continuó mi madre con mayor dulzura de la que hasta entonces había yo encontrado en su voz; ¡pero quererte á tí menos! ¡Qué locura! Si tu padre y yo te queremos con decisión... Si eres nuestro orgullo.... Si eres nuestra esperan-

za.... y has de ser nuestro apoyo.... Si tú fueses quien sufriera, sería á Gabriel á quien le pidiésemos te cediese el lugar.

Hice con la cabeza varios signos negativos, y luego continué:

—El aplazamiento de mi enlace sería ineficaz, porque. suponiendo que consintiese en él, tornaría la gravedad tan pronto como volviese á tratarse de mi matrimonio. Solamente que ustedes me exigiesen que.....

Me detuve, no pude decirlo; me pareció enorme. Mi madre, adelantándose á mis palabras, dijo que sí con la cabeza.

—Eso, articuló mi padre con esfuerzo, eso es lo que te pedimos: una renuncia absoluta.... al menos mientras viva Gabriel.

—¡No! protesté, ¡nunca! Ustedes no pueden pedirme tanto.

—Ya se ve que no te lo exigimos, hijito. Ya te lo dijimos, repuso mi madre. Pero sí te lo suplicamos fiados en tu bondad... Por nosotros y por él.

—Nó, insistí, eso nó.

—Reflexionándolo despacio, es lo único bueno que puedes poner por obra, objetó mi padre. Si no lo hicieras, serías testigo de la muerte de tu hermano, y tal vez de la nuestra. Si fueses distinto de como Dios te ha formado, no te preocuparías por ese recuerdo; pero siendo como eres, tan bueno, no te permitirá ser feliz, sería

una sombra que te seguiría por todas partes.

—Padre, no me atormente vd. de ese modo, clamé sollozando.

—Hijito, hijito mío, articuló mi madre enternecida acariciándome los cabellos.

Durante algunos momentos no se oyó en el aposento más ruido que el de mis sollozos y el leve tic tac del reloj de la consola.

—Es preciso tomar alguna decisión, insistió mi padre. Cada minuto que pasa es una pérdida irreparable de tiempo. Gabriel se está muriendo.

—¿Nos haces la merced que te pedimos? preguntó mi madre con suavidad. ¿Nos la haces, hijito?

Sin hablar, hice con la cabeza un movimiento negativo.

—¿No? insistió ella.

—¿No? repitió mi padre.

—No puedo.... no puedo, repuse con voz entrecortada.

Sentí que mi madre se deslizaba de su asiento y me abrazaba las rodillas.

—¡Nó! ¡Tanto como eso nó! dijo mi padre con severidad.

—Todo por Gabriel, repuso mi madre. ¡Esto y más, déjame!

Al apartar las manos del rostro, ví á mi madre arrodillada, y á mi padre de pie, lívido, junto á ella.

—¿Qué es eso, madre? grité dejando de llorar.

—Que te estoy pidiendo de nuevo la vida de tu hermano, repuso llorando.

—Madre, clamé levántese usted. Eso no está bueno. ¡Por Dios, madre!

E hice repetidos esfuerzos por levantarla; pero ella resistía.

—No, prosiguió, no me levantaré de aquí hasta que me lo concedas....

Me horroricé al ver á mi madre humillada delante de mí. Me pareció que era yo un mónstruo, el sér más miserable del mundo.

—¡Madre, madre, levántese! exclamé. Haré lo que vd. quiera.

—¿De veras?

—De veras, se lo juro por Dios.... Pero levántese.

—Dios te lo pague, dijo la santa señora.

Y levantándose, pasó por mi cuello sus brazos marchitos y me besó con trasporte. A pesar de mi aturdimiento, distinguí el llanto grave de mi padre sonar junto á mi oído. El también me besaba, pero en silencio, apoderado de una de mis manos.

Después ajustamos los términos de mi inmolación. Saldría luego de Guadalajara, y no tornaría sino en el caso de muerte de Gabriel. Diría á Ester que volvería pronto, y que aplazaba nuestro matrimonio, y que salia dela ciudad sólo por causar

una sacudida nerviosa, que podría ser favorable, en el organismo de Gabriel. No me dejaron ni el consuelo de escribirle. Mis cartas, dijeron, mantendrían indefinidamente aquella situación penosa, y yo quedaba obligado á renunciar á todo, mientras viviese mi hermano. Había que hacer las cosas en regla, ya que me prestaba á tan buena acción. Pero si mi hermano moría, podría volar á mi casa sin pérdida de momento. Entretanto, quedaba desterrado de ella en lo absoluto. ¿Y Ester? Mis padres me juraron solemnemente que no la abandonarían, que velarían por su suerte, y que procurarían hacerla dichosa.... Para no herir su susceptibilidad, sería preciso ocultárselo todo. Porque sería para ella una humillación saber que, de acuerdo padres é hijo, habíamos dispuesto de su destino como habíamos querido, la habíamos arrancado del altar á donde llegaba ya coronada de azahares, y la habíamos inmolado en aras de un moribundo. Sobre esto insistieron mucho mis padres, haciéndome jurar que no revelaría la verdad á la joven, ahora ni nunca, porque si llegaba á vislumbrarla, seguramente no perdonaría el mal que le hubiésemos hecho. Era, pues, preciso impedir á toda costa que la penetrase. Por lo mimo, ellos también, mis padres, respondían del silencio de los médicos.

Ofrecí y juré cuanto me dijeron, dán-

dome cuenta apenas de lo que hacía; tan aturdido así me tenían mis propias penas. Sólo más tarde, cuando entré en mi aposento para arreglar mis maletas, me he hecho cargo de la inmensidad de mi compromiso y de lo inevitable de mi desventura.

El solo consuelo que llevo en el fondo del alma, es el de renunciar á la felicidad por mi hermano, y el de depositar en el corazón de mis padres una gota de bálsamo: la esperanza. También me confortan las bendiciones que ellos me prodigan. Han invocado cien veces en favor mío el nombre de Dios, y le han puesto por testigo de su amor y de mi obediencia, de su gratitud y de mi inmolación; y poniendo sobre mi frente las manos blancas y trémulas, han llamado sobre mí todas las alegrías, todas las recompensas, todos los bienes que puede el cielo derramar sobre sus criaturas. Tengo fe en que sus palabras habrán de cumplirse y de fructificar algún día en mi camino, como semilla bendita; y en que al fin, tarde ó temprano, bañará mi frente la sonrisa de Dios, como un rayo de luz. ¿Será mientras viva? ¿Será á la hora de mi muerte?

Entretanto, ¡adiós hogar paterno, adiós amor de mi vida, Ester mía, adiós! ¿Os volveré á ver algún día, seres que tanto amo? ¿Tornaré á tu seno, mundo ador-

do de mis hondos, de mis caros, de mis únicos afectos?

Al apartarme de este techo tan querido, desgárranse una á una las fibras de mi corazón, desfallecen mis fuerzas, y no veo delante de mí más que las sombras de la noche. ¿A dónde voy? ¿qué haré? ¿qué luz guiará mis pasos?

Y tú, Ester, alma de mi alma ¿qué vas á pensar de mí? ¿Qué vas á creer de mis juramentos, de mi amor? Me acusarás de ingrato, de pérfido. ¡Y no podré defenderme, ni explicarte las causas de mi conducta, ni abrirte el corazón para que veas en su fondo tu imagen hermosísima grabada con luz de amor y con fuego de pasión, ardiendo única y sola, como el sol en el espacio! Te quejarás de mi falsía, me acusarás de infame, me excecrarás tal vez; y no sabrás que á pesar de mi alejamiento, te seguiré amando con arrebato, y que te amaré tanto más cuanto más lejos me halle de tí, cuanto sean para mí más imposibles tu amor y mi alegría.

Sólo una esperanza me queda: la desaparición de Gabriel; pero ¿debo acariciarla? ¿No es monstruoso desear la muerte de mi hermano y el llanto de mis padres? Triste esperanza la mía, que sólo puede levantarse de la tristeza de una tumba.

Siento, no obstante, sobre mí, la mirada de ese Infinito que nos ha criado y que

engrandece los destinos humanos: ella me guía, ella me fortifica, ella señala mi rumbo en medio de la obscuridad. Amor paterno, piedad filial, dadme fuerzas para el sacrificio. Y tú, amor mío, perdóname.

## CAPITULO IV

## ULTIMA CARTA DE ESTER A IGNACIA

Debe haberte sorprendido la noticia de mi matrimonio. Hace tiempo que no te escribo; no has estado al tanto de lo que ha sido mi vida durante más de un año. Desde que Teodoro me abandonó, caí en un desaliento profundo, y quedó sumida mi existencia en un vacío tan hondo, que no tuve fuerzas para nada, ni aún para tomar la pluma. Además, no hallaba asunto para mis cartas. ¿Qué te hubiera dicho en ellas? ¿Que lloraba? ¿Que me sentía muy desgraciada? ¿Que tenía lástima de mí misma, al verme engañada y despreciada por el hombre á quien había querido tanto? Lo sabías muy bien, no había para qué repetirlo.

Pretendí dejar la casa de mis bienhechores; pero se opusieron á ello con tal decisión, que me dió pena abandonarlos, y, más estando su hijo moribundo y ellos

entrados en años y sin tener quien los auxiliara. Permanecí, pues, á su lado; pero llena de una tristeza de esas que cambian el carácter hasta volverlo inconocible.

Me sirvió de consuelo en aquella situación, observar que la mejoría de Gabriel fué acentuándose gradualmente. Después de algunos meses, volvió el joven á su vida habitual, y antes de un año, parecía más fuerte que nunca. Por supuesto que no ha sanado: la enfermedad cardiaca de que adolece, es de las que no tienen remedio; pero dicen los médicos que se ha establecido una compensación en las funciones de ese órgano, en virtud de la cual vive el joven como si estuviese sano, aunque ese acomodamiento puede desaparecer en un instante, con motivo de cualquier sufrimiento grave. Entretanto, repito, Gabriel cambió de tal modo, que nadie le hubiera conocido. Con la robustez de la salud, mejoró notablemente su aspecto, y sus facciones adquirieron una corrección que había ya sospechado, cuando, analizándolas marchitas, comprendí ganarían mucho con la lozanía.

Con motivo de la transformación de Gabriel, don Javier y doña Tula rejuvenecieron, no cabían en sí de contento, y no cesaban de dar gracias á Dios por la merced que les había hecho de conservarles la vida de su hijo.

En cambio hablaban poco de Teodoro, sin duda por no avivar mis recuerdos dolorosos; pero bien veía que recibían por el correo cartas suyas. Por mi parte, nunca pregunté dónde se hallaba, ni volví á pronunciar su nombre. El orgullo herido produjo en mi ánimo un cambio tal, que había acabado por no sentir más que cólera cuando pensaba en el ingrato. Aunque á decir verdad, nunca le he deseado mal, y siempre he pedido á Dios que lo proteja y lo haga dichoso.

Poco á poco volvió á tomar nuestra vida de familia su curso antiguo, y fuí recobrando la serenidad y al aplomo del espíritu. Pasábamos las semanas en la ciudad, entregados á nuestras diarias ocupaciones, y los domingos en Celaya absortos en los placeres campestres. Resuelta á consagrar mi vida al servicio de mis bienhechores, procuré hacerme de nuevo alegre y comunicativa, y volví á regalar sus gustos sencillos, con mis trabajos de muchacha pobre, hecha á las faenas del campo. Te aseguro, querida prima, que el júbilo que irradió en el rostro de los buenos ancianos, recompensó con creces los esfuerzos que hice para dominar el hastío y la tristeza de mi alma.

Uno de tantos domingos como pasamos en Celaya, nos hallamos Gabriel y yo solos en una de las glorietas de la huerta. Me ocupaba en aquellos momen-

tos en amanojar rosas que destinaba á los floreros del comedor. Gabriel, calado el sombrero de jipijapa, me ayudaba en aquellos menesteres quitando las espinas de los tallos, y atando los mazos con hebras de seda que yo le proporcionaba.

En esto, y cuando yo menos lo pensaba, me habló así:

—Ester, ¿no quiere usted ya á Teodoro?

—Ni pizca, repuse; no hablemos de eso.

—Se lo pregunto á usted porque me importa.

—¿Por qué?, dije con extrañeza.

—Porque la quiero á usted, y si usted todavía le quisiera, no tendría esperanza de ser correspondido.

Me quedé estupefacta. Aunque había notado las atenciones de Gabriel, su asiduidad cerca de mí, sus finezas y aquel mirar intenso que solía sorprender en sus ojos; todo lo había atribuído á la gratitud con que procuraba corresponder á mis cuidados durante su enfermedad. Nunca, por otra parte, había reputado verosímil que el hermano de Teodoro pusiese los ojos en mí. Acaso, sobre todo esto, fué causa de mi ignorancia, el asimismamiento en que había vivido al lado de Gabriel: primero, por mi cariño á Teodoro, después, por mi tristeza.

—Desde el día eternamente memorable de mi vida, continuó, en que vino usted á esta casa, la he querido; pero la

quería sin pretender nada, porque comprendía que no era digno de usted. Débil, enfermizo, destinado á una muerte prematura, no tenía derecho á pensar en usted, ni era posible que usted me quisiese. Así lo comprendí, y callé lleno de amargura. Llegó después mi hermano, en la fuerza de la salud, de la juventud y de la gallardía, y conquistó el corazón de usted desde luego. Y la dicha de ustedes, su amor correspondido y la proximidad de su enlace, acabaron mis fuerzas y me dieron el golpe de gracia. Aquello fué superior á mi voluntad. En vano luché por dominar mi pasión; en vano quise no pensar en usted; en vano traté de hacer mía su felicidad y gozar con el espectáculo de su unión. Todo fué inútil. El dolor me postró y me llevó á las puertas del sepulcro....... De súbito, todo cambió. Teodoro huyó pérfidamente, perdone usted que lo diga; y la noticia del suceso, que oí en mi agonía, de boca de mi padre, me volvió á la vida, me restituyó las fuerzas, y me reconcilió con el mundo..... Milagro de amor, Ester, verdadero milagro. Y fué porque en el fondo de mi corazón brilló la esperanza, como el alba en la noche; y la esperanza es la luz, es la vida, es todo para el corazón. He respetado el dolor de usted por mucho tiempo, y no he cesado de vigilarla, por ver si olvidaba al ingrato; y al verla volver á la vida anti-

gua, recobrar los colores de la salud y ser la que antes era, he creído que la imagen del ausente se había ido borrando de su corazón, y las ilusiones del mío se han puesto á volar como mariposas de primavera.... No valgo lo que vale mi hermano, soy un hombre obscuro y no subiré á usted tan alto como él la hubiera encumbrado; pero la quiero más, mucho más. Porque él no se ha muerto habiéndola perdido, y yo me iba á morir porque la perdía, y he renacido con la esperanza de su amor.... Soy modesto, no le pido el amor apasionado que mi hermano le inspiró, porque no lo merezco. No me comparo con él, ni le pido tanto como él le pedía; pero apelo á su buen corazón.... Sea usted bálsamo para mis dolores y alegría para mis penas; hará usted una buena obra, y Dios se la premiará.

Las palabras de Gabriel, tan rendidas y humildes, fueron cayendo en mi alma como rocío fresco y suave. No sé qué ocultos resortes de mi corazón se conmovieron. Vi abrirse ante mis ojos un blando porvenir de piedad y consagración, que me reconcilió con la vida, é instantáneamente me dije:

—Ya que no pude ser feliz, hagamos dichoso á un ser noble y bueno.

Y sin dar lugar á otra reflexión, repuse:

—Gabriel, si usted cree que puedo ha-

cerle dichoso, mucho me complacerá llevar la alegría al corazón de usted.

Y diciendo esto, le dí una de las flores que acababa de coger. El la tomó con devoción infinita, y la llevó tiernamente á los labios.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El conocimiento intimo de mi marido me ha hecho quererle todos los días más. Es tan simpático y gracioso, tan cariñoso y tan bueno, que me ha ganado la voluntad por completo. Me uní á él por hacerle dichoso, y, sin saberlo, me he labrado mi propia felicidad.

## CAPITULO

## ULTIMA NOTA DE TEODORO

Acabo de saber que Ester y Gabriel van á casarse. Con esto, recibe mi corazón el golpe de gracia. Mientras Ester fuese libre y yo lo fuese también, conservaba en el fondo del corazón alguna esperanza de mejores días. Sin desear la muerte de mi hermano, la juzgaba posible; una vez realizada, habría volado á los pies de Ester, le hubiera explicado mi conducta y me hubiera hecho perdonar. Entonces habría comenzado para mí la verdadera vida, y hubiera llegado al logro de la dicha con la íntima satisfacción de gozarla, des-

pués de haber dado á mis padres y á mi hermano años de vida y de contento. Ahora todo acaba para mí: el imposible se abre ante mis pasos y un abismo me separa de la mujer que tanto quiero, y que me quiso tanto.

Adiós, pues, para siempre, juventud, alegría, amor. Adiós ilusiones de mi alma, adiós llama santa del hogar; adiós fe, luz, aurora. Nunca saldré de la sombra que me rodea. De esta sombra pasaré á la otra, á la infinita, y nunca habré libado el cáliz de la dicha.



# Un Drama en tres horas

*Al Sr. Lic.*
*D. Joaquín D. Casasús.*



# I

# ESCAPATORIA PELIGROSA

Por mera fórmula se había metido en la cama la hermosa Carmen Gámez, esposa del doctor Don Nicolás Salazar, pues ni había dormido un solo instante desde que había entrado en el lecho, ni aun siquiera lo había pretendido. Cada ocho días le pasaba lo mismo.

Todos los jueves entraba en grande agitación y sobresalto desde la hora de la cena. Quien la hubiese observado con atención, la habría hallado violenta, distraída, nerviosa, dándose apenas cuenta de lo que hacía y contestando maquinalmente á las preguntas que le eran dirigi-

das. Entraba en silencios prolongados, pretextaba hallarse dominada por un sueño invencible ó por una jaqueca insoportable, y más temprano que de costumbre se dirigía á su alcoba, mataba la luz, y fingía haberse dormido. En realidad, como lo hemos dicho, no había nada de eso; pues no sólo no se echaba en brazos de Morfeo, sino que ni hacía siquiera el menor impulso para dormirse. Por menos que quisiese á su marido y á su tierna hija, que ocupaban los aposentos contiguos, pensaba porfiadamente en ellos durante aquellas horas de insomnio, inmovilidad y estudiada inercia. Latíanle las arterias como si tuviese fiebre y el corazón, vuelto loco, parecía querer romper la cárcel de su pecho. Prestaba oído atento al reloj que, desvelado como ella, continuaba haciendo "tic-tac" sobre la dorada repisa, é iba contando mentalmente las horas y los cuartos uno por uno, sin duda para orientarse respecto del tiempo.

La noche á que nos referimos, que fué para Carmen tan agitada como la de los otros jueves, pasó las primeras horas en la agitación acostumbrada, aunque sin dar muestras de hallarse despierta, como si temiese que alguien la atisbase y echase de ver su vigilia. No se movía, manteníase obstinadamente en una misma actitud, y cerraba los ojos con fuerza para que no se le abriesen contra su

voluntad. Sólo por su respiración anhelosa y agitada, hubiera podido sospecharse que su inmovilidad era fingida y no correspondía al reposo que aparentaba.

Por de contado eran inútiles tantas precauciones, sólo inspiradas por la zozobra de la conciencia, pues todos los habitantes de aquella casa se entregaban de veras al descanso, y despeñados en las profundidades del sueño, para nada se preocupaban por averiguar si Carmen dormía en efecto, ó si fingía dormir únicamente.

Sería la una de la madrugada cuando se sentó en el lecho, y sin encender la luz, tomó sus ropas, que había dejado al alcance de su mano, en orden y cuidadosamente dispuestas para hallarlas con facilidad; se vistió con la mayor cautela y sin hacer el más leve ruido, y luego, andando de puntillas, se dirigió á la puerta de la alcoba, que comunicaba con la galería. Desgraciadamente, por más precauciones que tomó, rechinaron ligeramente los goznes, y la pequeña Lolita, ya fuese porque estuviese despierta, ó porque hubiese despertado con aquel ruido, gritó con voz cariñosa:

—¡Mamá!

Alarmada Carmen, retrocedió con paso rápido y entró en el aposento de la niña, cuya alba camita estaba contigua á la de una robusta, descuidada y roncado-

ra ama; y dirigiéndose á aquella, le habló bajito con palabras cariñosas instándole para que se durmiese. La niña se abrazó á su cuello, la besó repetidas veces y le dijo:

—Mamá ¿te quedas conmigo?.

—Sí, hija mía, contestó la madre, aqu me quedaré. Duérmete, no tengas cuidado.

—No te vayas mamá; acompáñame.

La graciosa criatura, que parecía un querubín rubio y sonrosado, llena de confianza por la promesa que acababa de hacerle su mamá, entrecerró los ojos, y algunos instantes después se quedó blandamente dormida. Carmen, entretanto, había permanecido inclinada sobre el lecho, y en posición fatigosa, para permitir á la niña que la enlazase con los brazos. El sueño aflojó poco á poco aquellas tiernas ligaduras, y no tardó la madre en quedar libre y poder enderezarse. Aguardó, no obstante, algunos momentos para que se hiciese profundo el sueño de Lolita, y cuando se hubo persuadido de que reposaba ésta con toda tranquilidad, se levantó de nuevo y se dispuso á marcharse. Pero, decididamente, estaba de mala suerte aquella madrugada, porque, al pasar junto al lecho del ama, tropezó con él haciéndola despertar.

—Señora, articuló la mujer medio des-

pierta. ¿Está enferma la niña? ¿Qué anda Ud. haciendo por acá?

—Duérmete, repuso la interpelada. Es muy temprano: aun no me he acostado.

—No tenga usted cuidado, articuló la buena mujer. Está bien dormida: no ha llegado á despertar.

Y apenas hubo acabado de hablar, siguió roncando estruendosamente.

Al volver la joven á su alcoba, se detuvo otro poco. En el cuarto contiguo dormía Nicolás, su esposo, y, aunque había tenido ella buen cuidado de asegurar la puerta de comunicación, temía que le hubiesen despertado las voces del ama y de la niña. Se acercó de puntillas y aplicó el oído conteniendo el aliento. Pronto se persuadió de que seguía el doctor profundamente dormido, libre de todo cuidado.

Desvanecida la alarma, se dirigió resueltamente á la galería, cuya puerta había dejado entornada para no tener que abrirla de nuevo, y se aventuró á tientas por los andenes. Así pudo llegar á la escalera é ir bajando sus peldaños; lo que hizo con el mayor sigilo y sin levantar el rumor más leve. Para eso se asió firmemente del pasamano, y guiada por él, logró poner el pie en el suelo sin tropiezos ni caídas.

Una vez en el zaguán, llamó recatadamente á Bartolo golpeando con los nu-

dillos de la mano la madera de la portería.

—Bartolo, dijo sin levantar la voz, levántate.

—Voy, señora, contestó el interpelado por la parte de adentro. ¿Qué ocurre?

—Que me abras la puerta.

—Pero ¿á dónde va su mercé?

No contestó la joven, fingiendo no haber oído.

A poco apareció Bartolo en la puerta de su cuarto, envuelto en gruesa manta y con los pies descalzos para acudir al llamado más pronto.

—¿A dónde va su mercé?, volvió á preguntar. Es todavía media noche.

—No lo creas, es que estabas dormido; pero ya sonó la primera llamada de la misa de cinco.

—¿Está usted segura? Recuerde su mercé que la semana pasada me dijo lo mismo y al fin resultó que se había equivocado.

—No, ahora no; estoy completamente cierta.

—Tenga mucho cuidado su mercé. Hay gente mala por la calle á estas horas, y le puede pasar un disgusto.

—Nada me pasará: las calles están bien cuidadas por la policía.

De mala gana abrió el zaguán el portero, y al dirigir los ojos á la parte de afuera, murmuró nuevamente:

—Todo está oscuro, parece boca de lobo. ¿Por qué no se espera un poco su mercé?

—No es necesario; lo que has de hacer es hablar bajito y no cerrar la puerta con estrépito, porque si oye Nicolás y sabe que he salido, puede alarmarse. Quiero oir la primera misa para estar temprano de regreso y no hacer falta en mis ocupaciones; pero no se lo digas á Nicolás, porque me reñirá. Dice que puede hacerme mal el aire fresco de la madrugada. Ya ves cuanto me cuida.

Diciendo esto, puso un duro en las manos del portero.

—¿Qué es esto?, preguntó Bartolo. ¿Para qué me da su mercé este dinero.

—Por la madrugada, Bartolo, bien lo mereces.

Con esto echó á andar la joven á buen paso por la obscuridad.

Bartolo se quedó cavilando y mirando la moneda con desconfianza. Lo temprano de la hora, el acento trémulo de la joven, el silencio que le ordenaba guardar y aquella propina que le había puesto en las manos, le infundieron quién sabe qué agudas y confusas sospechas. Sin cerrar la puerta volvió á su cuarto y dijo á su mujer:

—Felipa, levántate y ven á cerrar.

—¿A dónde vas?

—Después te lo diré, no puedo detenerme.... Espérame hasta que vuelva.

Y sin aguardar más, sin sombrero y descalzo, como había salido de su cuarto, se echó á andar en pos de su ama, á la cual columbró bien pronto á la luz vacilante de los faroles del alumbrado público. Iba él recatándose, sigilosamente y sin hacer ruido, como los felinos. Para eso le ayudaban eficazmente el no llevar zapatos, y la sombra todavía densa de la noche. La vía pública estaba desierta; no había transeuntes que hiciesen sonar sus pisadas, á lo largo de ella, arriba ni abajo: los agentes del orden, sentados en los umbrales de las casas y con la linterna al lado, eran los únicos representantes de la vida en la población inanimada.

Siguieron así Carmen y Bartolo, aquella delante y éste á su espalda, marchando por plazas, calles y callejas. Y así pasaron frente á varios templos, cuyas puertas manteníanse cerradas, sin mostrar el más leve indicio de que fuesen á abrirse dentro de poco. En realidad aun no había sonado ningún repique, de ello tenia convicción Bartolo; pero la seguridad con que Carmen le había afirmado lo contrario, le había hecho vacilar por unos momentos.

Después de larga marcha, se detuvo al

fin la joven frente á una casa de apariencia mezquina. Bartolo, que no se hallaba lejos, se ocultó entre los andamios de una casa en construcción, y se quedó en acecho; y desde allí, merced al silencio de la noche, pudo oír á su ama que decía pegando el rostro á la puerta:

—Paco, Paco, abre: soy yo.

En el acto se abrió la puerta, sin ruido, y vislumbró el sirviente al débil resplandor de una luz que brillaba por la parte de adentro, la forma de un hombre envuelto en larga capa española, que salió á recibir á la recién llegada. Y aun le pareció que al encontrarse aquella pareja, se había saludado con un ósculo. Luego se cerró la puerta y todo quedó sumido en el silencio más profundo.

Al salir Bartolo de su escondite, sonaron las dos de la madrugada en el reloj de la torre próxima.

Azorado, aturdido y lleno de amargura, porque quería entreñablemente á su amo Nicolás, á quien había tenido sobre las rodillas tantas veces cuando niño, volvió á su casa á todo correr, y entrando en la portería, confió á su esposa atónita lo que acababa de descubrir. El sencillo y honrado matrimonio entró en consejo para determinar lo que fuera bueno poner por obra, ya que ambos convenían en que algo tenía que hacerse, pues aque-

llo era una infamia y no se podía permitir fuese arrastrada por el lodo la honra del amo.

—¿Pero estás seguro de eso, Bartolo?, le preguntaba Felipa mientras le castañeaban los dientes como si tuviese frío, por la viveza de la emoción. ¿No te habrás engañado? ¿No habrás confundido á la señora con alguna otra mala mujer?

—Por desgracia estoy completamente seguro. No perdí la pista de la señora desde que salió de la casa, y lo he visto todo con estos ojos que se ha de tragar la tierra.

—¡Válgame Dios! ¿Y qué irá á hacer el amo?

—Nada, mientras no lo sepa; pero es fuerza que no lo ignore, ¿es verdad?

—Pero ¿y si fuera á suceder una desgracia?

—Tarde ó temprano se ha de descubrir la maldad, y más vale que el amo tenga tiempo para reflexionar. Así me lo figuro.

Después de un debate no muy corto, convinieron Bartolo y Felipa en que sería oportuno sacar al doctor de la lastimosa ignorancia en que vivía, pero sin hablarle claramente del asunto, para que no obrase con precipitación. Ponerle alerta era un deber de criados leales; señalarle el lugar donde en aquel momento se

hallaba la esposa infiel, hubiera sido un delito.

Bartolo escribía torpemente, pero podía en rigor manejar una pluma ó un lápiz. Así que, ateniéndose de preferencia á este último, por serle más familiar, tomó un pedazo de papel burdo, que hallo á mano y trazó en él las siguientes líneas:

"Una persona que quiere á usté y se interesa por la paz de su buena casa, pone en su conocimiento que la señora doña Carmen sale todos los jueves casi á la media noche, con pretexto de ir á la misa. lo que no es verdad. Averigüe su buena persona lo que haya en esto."

Hecho lo cual, dobló el papel, y atándolo juntamente con un guijarro, formó de las dos cosas un solo cuerpo. Salió en seguida á la calle, se paró en medio del arroyo, y enarbolando el ágil brazo, disparó la piedra contra los cristales del balcón de su amo. Turbó el vidrio roto por un instante el silencio de la noche con las agudas campanillas de su estallido; y la piedra, vencido el leve obstáculo, continuó hacia adentro, é hirió los batientes de madera con rudo y sonoro golpe.

Después, asustado de su propia obra. volvió el criado á su aposento, cerrando tras sí la puerta de la casa; y se metió en la cama y apagó la luz para dar muestras y señales de hallarse profundamente dormido.

II

## HERIDA ALEVOSA.

Dormía profundamente el desprevenido doctor, en los momentos en que rompió el guijarro los cristales; así que despertó sobresaltado al estrépito, y se imaginó de pronto un asalto de bandidos, que desde la calle hubiesen trepado hasta el balcón. Por lo que, levantándose sin tardanza, echó mano al revólver, y á obscuras y de puntillas, se acercó al sitio que juzgaba atacado. Esperaba por momentos ver violentada la puerta, y estaba resuelto á disparar á través de ella á la primera acometida, con el doble objeto de detener á los asaltantes y de llamar la atención de la policía. Pero como después de un rato de espera, no volviese á oir ruido alguno, se resolvió á entreabrir las hojas de madera para enterarse de lo ocurrido. Así lo hizo en efecto, y luego notó que, aunque roto uno de los cristales, no había más novedad que esa en el balcón. Pero ¿qué objeto duro y pesado había sido arrojado del exterior? ¿Quién había sido el malhechor que hubiese ejecutado aquel ac-

to de barbarie? Y ¿cuál pudo ser la causa de aquel atentado? No creía tener enemigos que fuesen á lapidarle por odio ó por venganza; así que se volvía conjeturas, sin hallar la clave del suceso. Por instinto se inclinó buscando el proyectil con la mano, y no tardó en encontrarlo, notando al asirlo, que adherido á él venía un papel á modo de carta. Picada su curiosidad, cerró el balcón, encendió la bujía, y desprendiendo el papel del canto que le había servido de lastre, lo desdobló y leyó rápidamente.

Lo que menos esperaba, fué lo que encontró en aquellas mal forjadas letras. Un golpe eléctrico sacudió el sistema nervioso, se le heló la sangre, se le paralizó el corazón, y le temblaron las rodillas. Aquel papel contenía una acusación embozada contra su esposa. ¡Había en el mundo quien osara pensar mal de ella, y aquel miserable se lo comunicaba por ese medio grosero y salvaje! El delator oculto era un calumniador, porque Carmen era honradísima y le quería con infinita ternura. Nunca le había dado motivo para la menor sospecha; así que él, Nicolás, había vivido confiado en su amor y en su virtud. Tentaciones le dieron de hacer añicos el infame papel, y de no asomarse siquiera á la alcoba vecina para ver á su esposa dormida. Le parecía que hacer tal cosa sería ofenderla, dudar de

ella; y él no dudaba. Mas pensó que si no calmaba los nervios con la contemplación del rostro de su cara mitad, le sería imposible conciliar el sueño; así que se resolvió á entrar muy quedo, á fin de que ella no lo sintiese, para mirarla unos mometnos, quizás besarle la frente, y volverse cautelosamente á su cuarto. Al día siguiente, le contaría lo que había pasado, y pondría en sus manos el anónimo para que lo despedazase ó lo arrojase al fuego, como lo merecía.

Pensó también, animado por un rencor muy hondo, averiguar el origen de aquel aviso infame. Siempre le había inspirado antipatía ese linaje de bastardos documentos; los había tenido por bajos y despreciables, como fruto de corazones venenosos y de ánimos cobardes, que no osando herir ni calumniar frente á frente, se valen de ellos para herir reputaciones, mancillar honras y atormentar espíritus. Eran para él los autores de esos papeles, semejantes á las víboras, que se arrastran por el suelo sin que nadie las oiga, hieren el talón del caminante, y huyen veloces á ocultarse entre las altas hierbas. Y ¡ay del miserable forjador de aquella calumnia! ¡Le buscaría en su madriguera y le aplastaría la cabeza como á reptil inmundo! Así proclamaría que su mujer era superior á todas las sospechas y á todas las mentiras. Para eso estaba él allí, para ha-

cerla respetar de todo el mundo, por bien ó por mal, voluntariamente ó mal del grado de los otros.

Llegó, pues, á la puerta que le comunicaba con Carmen, y pretendió abrirla; pero la halló extrañamente pesada y resistente. Era que se hallaba obstruída por un sillón que tal vez por acaso se apoyaba en ella. Al fin logró vencer el estorbo, haciendo resbalar por la alfombra el importuno mueble; y adelantó por la estancia, llevando en la mano la bujía, cuya luz interceptaba con la mano diestra para impedir que hiriese los ojos de la joven. Así llegó hasta el lecho de Carmen.... Mas con indescriptible sorpresa, le halló vacío..... La impresión fué ruda: palideció, bañáronse sus miembros en helado sudor y abrió los ojos despavorido, como si hubiese visto un fantasma. Mas pronto se serenó. Reflexionó que en el aposento inmediato dormía la niña, y que era evidente que la madre tierna y amorosa, había ido á hacerle compañía y tal vez á arrullarla, ya porque la hubiese oído llorar, ó bien temiendo que estuviese enferma. Le pareció esto tan natural, que, ya tranquilo, se apartó del gran lecho doselado y colgado de ricos cortinajes de su esposa, para trasladarse al sencillo aposento de su hija.

¿Cuál sería su estupor al comprobar-

que tampoco allí estaba Carmen? Una duda punzante, como aspid venenoso, le mordió el corazón: la primera de su vida. ¿Diría verdad el anónimo? Su amor á Carmen y la confianza sin límites que le había tenido y de la que siempre la había juzgado tan digna, se rebelaron enérgicamente contra toda sospecha: podía encontrarse en alguna otra parte de la casa. ¡Estaría enferma, habría ido quizás en pos de alguna medicina! Y se echó á buscarla por donde quiera. Recorrió los aposentos uno por uno, escudriñó cuidadosamente los rinconse, dió voces por todas parra.... Todo fué inútil. Enloquecido y como aterrado, bajó á saltos la escalera, y llegando á la portería, llamó con precipitación. Bartolo, fingiendo un sueño profundo, no respondió sino después de haber sido llamado varias veces.

Nicolás gritó impaciente por la parte de afuera, antes de verle.

—¡Allá voy, señor, allá voy!, dijo Bartolo con voz insegura.

—Busco á Carmen. ¿La has visto?

—Sí, señor, repuso el portero, acaba de salir.

Luego se presentó Bartolo.

.—¿Dónde ha ido? preguntó el doctor con voz alterada.

—A misa, señor, me dijo que para allá iba.

—Imposible, objetó el esposo; aun no

son las tres de la mañana. A estas horas no hay misa.

—Es lo que le dije, señor; pero me contestó que estaba segura de que iban á dar las cinco, y que yo no lo sabía porque estaba bien dormido. La semana pasada sucedió lo mismo, y cuando volvió, que todavía no era el alba, me confesó que se había equivocado. Cuando se lo recordé, me contestó que hoy no se equivocaba. Como no tengo reló, amo, no sé las horas en que vivo.

Las palabras del fiel criado cayeron sobre el corazón de Nicolás con el ardor y con la pesadez de un chorro de plomo hirviente. Una gran obscuridad se hizo en su espíritu, confundiéronse sus ideas, tocaron á rebato sus vísceras; cada una de ellas se puso á sufrir y á temblar, y la sangre toda de sus venas, huyendo de la periferie, se le concentró en el corazón. La sospecha aguda, punzante, crecía, crecía; iba espesándose la sombra, y una angustia indecible iba oprimiéndole el pecho.

—¿Por dónde se fué?, siguió interrogando nerviosamente. ¿Qué rumbo llevaba?

—No se lo puedo decir á su mercé, repuso Bartolo, porque luego cerré el zaguán. Pero no se atormente; no le ha de suceder nada. Las calles están bien vigiladas,

—No es eso, articuló Nicolás, no es eso lo que me alarma: es otra cosa.

—¿Cuál, señor amo? ¿por qué no me la dice?

—Hallo sospechosa su conducta, articuló con agonía el pobre esposo. Y por más desconcertado que estuviese, no dejó de observar que Bartolo nada objetó para tranquilizarle. Así que su silencio hizo las veces de un nuevo indicio, en su ánimo receloso y conmovido.

—Tú piensas lo mismo, Bartolo, ¿por qué no me lo dices?

El criado siguió callando.

—¿Por qué callas?, continuó el doctor. ¿Por qué no me dices la verdad? Algo sospechas ¿no es cierto? Es imposible que no sea así. Estas salidas á la media noche, á excusas mías, no deben haber pasado inadvertidas para tí. No puedo creer hayas dejado de figurarte lo más malo.

—No, amo ¡para qué le he de decir otra cosa!

—¿De suerte que estás resuelto á callar? Siempre te creí honrado; pero acaso también tú me traicionas. ¿Has vendido tu silencio?

El viejo portero se estremeció de pies á cabeza al oír aquellas palabras, y como movido por un resorte, y antes de darse cuenta de lo que hacía, prorrumpió;

—Eso nunca, señor amo, siempre he sido fiel á su mercé, y espero en la misericordia de Dios que nunca dejaré de serlo. Aparte de eso, quiero á su mercé casi como si fuera mi hijo, y por ningún dinero del mundo me dejaría comprar.

—Si es así ¡habla, dime cuanto sepas!

Bartolo, en medio de su excitación, aunque reflexionó que el papel de delator era vergonzoso, creyó también de su deber dar algunas luces á su amo. Así que repuso:

—A mí tampoco me ha parecido nada bien lo que hace la señora. Desde el primer día que lo hizo, serán tres veces con esta, se lo dije ansina, pero no quiso oirme. Yo esperaba que las madrugadas hubieran sido puras equivocaciones; pero ya hoy, visto que la señora se equivoca cada ocho días, yo tampoco puedo creer que sea cosa tan sencilla. Pero puedo equivocarme, y tal vez no haya nada de malo en todo esto.

Por toda respuesta, volvió atrás el doctor, subió de nuevo la escalera, entró en su cuarto, vistióse rápidamente, y poniendo la pistola en el bolsillo y cogiendo el sombrero, salió á la calle disparado.

¿A dónde iba? ¿Qué rumbo seguiría? ¿Qué indicio podría servirle de brújula? No lo sabía; pero eso no le impidió correr febrilmente arriba y abajo por las ca-

lles desiertas, escudriñando las sombras con ojo penetrante, escuchando todos los ruidos, parándose á cada momento para observarlo todo, mudando de dirección á cada momento, desandando lo andado, moviéndose desconcertadamente sin saber apenas lo que hacía; pero saciando de algún modo con aquella actividad, la congoja que llevaba en el pecho.

Después de largo rato de caminar sin norte, á través de obscuras callejuelas y de peligrosas encrucijadas, no encontrando por donde quiera más que soledad, silencio y tinieblas, comprendió que perdía el tiempo. Una chispa de reflexión le hizo ver que, si tardaba en volver á su casa, podría encontrar ya en ella á Carmen, quien tomaría sus medidas para hacerle perder el hilo de aquella historia tenebrosa; porque al enterarse de que él la andaba buscando, procuraría poner en cobro cuanto pudiese delatarla, y dejarle por toda conquista una sospecha muy honda en el corazón, pero sin prueba fehaciente, ni comprobación plena.

Volvió, pues, atrás, con la misma ansia con que había emprendido la exploración, corriendo furioso por la vía pública y dando motivo para que los gendarmes le detuviesen y le interrogasen, alarmados por su precipitación en medio del silencio y de la paz de la noche. Contestaba como po-

día, fingiendo haber dejado en el hogar un deudo moribundo, y llevarle una medicina que urgentemente necesitaba; y seguía corriendo desalado, como si alguien fuese en pos suya.

Al llegar á su casa, preguntó si Carmen había vuelto, y al saber que todavía no, casi se alegró de ello, como si fuese placentera la noticia. Por el camino se había formado cierto plan de investigación, que se proponía llevar á efecto mientras pudiese disponer de algún tiempo.

## III

## CRUEL EVIDENCIA.

Tornó á subir á saltos la escalera, y se encaminó directamente á la alcoba de Carmen. Una vez allí, aseguró las puertas por la parte de adentro, encendió la bujía y se entregó á minuciosas y dilatadas pesquisas. Y así fué removiendo y volcando por donde quiera trastos y muebles, viéndolo y hurgándolo todo, desde las mesas de noche hasta el tocador de luna veneciana; el halajero, el guardarropa, los armarios, y hasta las enormes cajas de cartón donde guardaba la joven sus mantones de la China y su traje de boda. Y todo lo fué dejando por tierra amontonado, en desorden, ajado, tal vez roto.

Después de perder largo tiempo en tan inútiles faenas, pensó que en el recibidor y tal vez en la misma caja del piano pudiese encontrar algún documento revelador. Llegado al salón, se abalanzó al musiquero y examinó uno por uno los libros y cuadernos de óperas, cantatas y reveríes que le llenaban; y los amontonó en el suelo, para ver si había quedado algún papel detrás de ellos ó sobre las tablas.... y nada halló en parte alguna.

Desesperaba ya de dar con la pista del delito, cuando recordó que no había buscado en el escritorio de Carmen: un precioso mueble de laca, de origen japonés, que había comprado su esposa no hacía mucho, y por el cual manifestaba notoria predilección. Había tenido Nicolás tal fe en el cariño y en la rectitud de su mujer, que jamás se había enterado de lo que ella hacía, ni de las cartas que recibía ó contestaba. Las que para ella solía llevar el cartero, las ponía cerradas en sus manos, sin preguntarle de dónde venían. Carmen se encargaba de informarle, cuando quería, de los nombres de sus autores y del asunto que trataban.

El recuerdo de aquel mueble fué como un rayo de luz para el esposo. Si algo había que pudiese comprometer á su mujer, allí debería encontrarlo; estaba seguro de ello. Así, pues, se trasladó sin

vacilar al "boudoir" donde tenía Carmen sus libros predilectos de doradas pastas, encerrados en estantes de cedro, y donde acostumbraba recogerse para leer ó escribir á puerta cerrada. No hallando la llave del escritorio, que la joven debía cuidar mucho y llevar siempre consigo, dió traza de abrirlo por medio de la violencia.

A falta de instrumentos á propósito para forzarlo, hizo saltar la cerradura, valiéndose de un clavo, que golpeó con un enorme mosaico de cristal. A no haber estado tan ciego, se habría dolido del estrago hecho por su brutalidad en aquella obra maestra de ebanistería. Las delgadas y finas tablas se agrietaron en mil partes; salieron de su sitio los clavos llevándose trozos informes de madera; y el vivo y elegante barniz que daba tanto brillo á aquel mueble precioso, quedó resquebrajado y destruído en cien partes distintas.

Pero Nicolás ni aun paró mientes en ello, porque iba derecho á su objeto; y antes se alegró de la destrucción del mueble, porque vió en ello la del obstáculo que le impedía descifrar el enigma que le torturaba. Hecho esto, abrió todas las gavetas, las examinó atentamente, una por una, y virtió por tierra su contenido. Cajas y cubiertas de papel finísimo con el dorado monograma de la esposa, elegantes mangos de marfil, plumas de oro;

todo cuanto aquella mujer joven y á la moda había ido aglomerando allí, saturado de sutiles perfumes y de las emanaciones de su belleza, todo lo sacó de su lugar y lo estropeó febrilmente.

Había ya examinado el mueble con sutil atención, sin encontrar el menor vestigio de lo que buscaba, y empezaba á desmayar, cuando notó con feroz alegría, que uno de los cajones era doble, pues sus dimensiones hacia el interior no correspondían al tamaño de las otras gavetas. Por sí ó por no, golpeó el fondo, y le pareció que sonaba á hueco. No necesitó más. Sin detenerse á buscar el misterioso mecanismo que debía tocarse para dejar á descubierto aquel rincón oculto, hizo pedazos el delgado tabique que dividía en dos aquel espacio, valido de los mismos instrumentos y de los mismos golpes; y sintió una especie de vértigo al comprobar que, tras la tabla rota, se ocultaban diversos y sospechosos objetos ...Y halló allí paquetes de perfumadas cartas atados con cintas de seda, flores secas, un relicario con pelo, un retrato y el borrador de una carta.

Y fué viendo todo eso separadamente y en detalle, analizándolo con desesperada complacencia, para que nada escapase á su examen: ni objeto, ni circunstancia, ni rasgo alguno de aquella horrible traición. Quien le hubiese visto

en esos momentos leyendo los manuscritos y mirándolo todo con ojos extraviados, lívido el semblante, blancos los labios, las manos trémulas, frecuente y breve el aliento, hubiese juzgado quizás que era un pobre demente en momentos de crisis aguda y dolorosa.

Comenzó por el retrato. Representaba á un hombre joven, buen mozo y elegantemente vestido. Llevaba en el ojal del jaquet una flor; acaso condecoración de hombre á la moda, ó bien recuerdo de su amada.

La dedicatoria escrita al reverso de la fotografía, llevaba fecha reciente; databa de hacía sólo un mes. Era breve, pero muy osada y expresiva, y daba á conocer claramente cuál era el género de relaciones iniciadas entre él y su amada. Decía así:

"Llévame siempre sobre el corazón para no cesar de abrazarte."

"Paco."

Al leerla el doctor, lanzó un sordo rugido.

Siguió luego examinando las cartas, con ojos extraviados por la desesperación y por el dolor. Algunas de ellas le exaltaban más, mucho más que las otras. He aquí uno ú otro de los peores párrafos de esas misivas:

"Carmen.

"¿Me preguntas si estoy contento? ¿Quieres saber si me siento satisfecho de tu cariño? Pues bien, debo decirte que no lo estoy, porque, si bien es cierto que me has dado pruebas de tu amor, te observo, en cambio, muy aficionada á tu marido. Me parece que en la comparación, salgo yo perdiendo.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

"Por más extraño que te parezca y por más injusto que lo creas, la verdad es que estoy celoso de tu marido, porque vives con él, estás siempre á su lado, y yo no disfruto de esa dicha sino cada ocho días, que á mí me parece cada siglo. El verdadero amor es egoísta, y yo te quiero para mí solo.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

"¿Por qué no has querido aceptar la propuesta que te he hecho? Si me amas de veras; si, como dices, soy la persona á quien más quieres en el mundo ¿por qué no rompes de una vez los lazos que te atan á un deber que no es el de tu amor? Si aceptas, partirémos lejos, tan lejos, que no se sabrá dónde vayamos á refugiarnos. Y vivirémos contentos, sin que nadie turbe nuestra unión y nuestra ventura. Sólo entonces podrémos llamarnos completamente felices; ahora no, porque los sobresaltos y las zozobras que llenan nues-

tra alma, no nos permiten entregarnos á nuestra felicidad por completo."

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Sin duda Carmen había opuesto á esas instancias, objeciones enérgicas, porque el amante le decía en otra carta:

"La niña no puede ser obstáculo para que hagas lo que tanto te he pedido. No te separarás de ella. Puedes llevarla contigo, é irá por donde vayamos; la querré como si fuese mi hija, y cuando crezca, nunca llegará á saber que no soy su padre. Ya ves que allano los obstáculos y que paso por todo, menos porque continúe la situación falsa, tirante y dolorosa que nos rodea."

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Era de suponerse que la infiel hubiese hecho nuevas objeciones á aquel plan de abandono del hogar en compañía de la niña, para dejar al padre y esposo á la vez viudo y solitario; porque tras esa carta vino otra de fecha próxima en que decía el seductor:

"Bien veo que no tienes para mí el afecto que sueño, que no correspondes con la tuya, la intensidad de mi pasión, pues te niegas á romper la dura cárcel en que vives y á venir á mis brazos para no separarte de ellos nunca. En esto se revela la llama de tu cariño á tu esposo, por más que trates de ocultarla, porque, si no has

de separarte de tu hija ¿qué obstáculo puede impedirte complacer mis deseos? Solamente ese, tu esposo. Ya me era antipático desde antes, por haber tenido la inmensa dicha de llevarte al altar y de darte su nombre; pero desde que he comprendido que le amas, mi antipatía ha ido convirtiéndose poco á poco en honda aversión, en odio grande y profundo. Dices que es hombre bueno, que te quiere, que te trata con gran solicitud y tiernas finezas, y que no encuentras digno de tí el pagarle lo que le debes con el abandono de la casa y con el rapto de la niña. Hablando con franqueza, hallo contradictoria tu conducta, pues la consideración que quieres guardar á tu compañero, es de una naturaleza muy secundaria, comparada con la dulce correspondencia que me dispensas. Persuádete: está dado el gran paso, y no puedes retroceder. Si dejas que las cosas sigan el camino que llevan, un día ó otro se descubrirán nuestras relaciones, y estallarán entonces el drama ó la tragedia. Por de contado que, para ese caso, como en todos los de la vida, me tendrás siempre á tu lado, y no harás más que llamarme para que acuda á tu auxilio."

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Sintió Nicolás como un brote de alegría en el corazón en aquella situación tan té-

trica. Por una parte, le halagaba que su mujer hubiese tenido un escrúpulo, por lo menos aquel. Y sobre todo, la aversión del seductor le llenó de júbilo. Por grande, por inmensa que ella fuese, nunca podría igualar á la suya. Pero ¿quién era él? ¿cómo se llamaba? Ansiosamente buscó algún indicio por donde pudiese averiguarlo. Las cartas iban invariablemente suscritas: "Paco." El nombre era harto vulgar: conocía muchas personas que le llevaban; pero ninguna tenia las facciones de aquel desconocido. Por otra parte, bien pudiera suceder que tal nombre no fuese más que un pseudónimo. ¿Quién le garantizaba que no lo fuese? Con todo, después de mucho buscar, acabó por encontrar una tarjeta litográfica que le dió luz sobre el asunto. Decía: "Ingeniero Francisco Márquez," y llevaba al pie la dirección de la persona. Tuvo por cierto que había aclarado el misterio. Creía saber ya quién era el malhechor, dónde vivía, y á donde debía buscarle para arrancarle las entrañas. ¿De dónde había brotado aquella figura? ¿Quién le conocía? ¿Qué misión le había llevado á la ciudad? Todo lo ignoraba; nunca le había visto, y jamás había oído su nombre en boca de nadie. ¿Dónde le habría conocido Carmen? ¿Cómo se habrían entendido los dos? ¿Por qué medios habría

llegado aquel conocimiento hasta el consorcio criminal hoy existente?

Febrilmente pensaba estas cosas, á medida que se enteraba de aquellas piezas de convicción. El ánimo conturbado, en las ocasiones supremas de la vida, se detiene á considerar detalles pequeños, acaso pueriles, que tienen su lógica en el proceso interno de las ideas; pero que parecen extraños y secundarios cuando se les analiza friamente.

Nicolás se preocupaba por ellos é iba analizándolos uno por uno, con un dolor tan íntimo, con una minuciosidad tan cruel, como si encontrase placer en ser su propio verdugo. Para hacer más agudo su dolor, recordó en aquel instante, como si la tuviese presente, la hermosura de su esposa. Alta, arrogante, de movimientos vivos y graciosos, tenía el cuerpo de una diosa griega, animado por el encanto y el calor del sol de los trópicos. Su cútis trigueño, encendido por vivo color en las mejillas, sus labios húmedos y rojos, su dentadura blanca, la enormidad de sus ojos sombreados por rizosas pestañas, la tersura de su frente, á la que hacía marco y diadema una cabellera de ébano; la sonoridad y la dulzura de su voz, que parecía acariciar y hacer confidencias; la sumisión y timidez de aquella naturaleza eminentemente femenina, que parecía buscar la pro-

tección del ser fuerte y varonil: todo lo recordó con precisión. Y tan pronto como evocó aquella forma otro tiempo adorada, la enlazó locamente con imaginadas escenas de pecado y amor impuro. Y vió juntos á los adúlteros, prodigándose dulces palabras y apasionadas caricias; y mofarse de él, recordando su nombre para escarnecerlo: el seductor para maldecirlo, ella para traicionarlo. Aquellas visiones le hicieron caer en una agitación tan honda, en un delirio tan cruel, que casi no veía los objetos que le rodeaban, y se daba apenas cuenta de lo que iba haciendo.

Leídas las cartas del seductor, llegó su turno al borrador de su esposa. Decía así:

"¡Irme de mi casa, nunca! No cometeré esta última infamia con mi esposo, suceda lo que suceda.

"Con todo, no sé, adorado mío, cómo pones en duda lo que te quiero. ¿No ves cuántas cosas te he sacrificado? Fuí buena antes de conocerte, y Dios es testigo de que jamás falté á mis deberes, de que quise y veneré á mi marido, y de que nunca me separaba de la cuna de mi hija. Te ví, y una nueva vida comenzó para mí desde ese momento. No sé qué extraña impresión hiciste en todo mi ser: latió mi corazón, sentí como un vértigo y me sobrecogió una especie de espanto, que llenó mi alma de angustia y heló toda mi sangre.

No sé qué presentimiento terrible me dijo al oído que había sonado la hora suprema de mi destino, que mi suerte iba á cambiar de rumbo, y que ibas á entrar en la escena de mi vida como conquistador y como rey. Desde entonces huyó la paz de mi espíritu, y no volví á disfrutar aquellos momentos de júbilo inocente que antes pasaba en el hogar. Hallé tediosa la compañía de los míos, y las caricias de mi tierna hija perdieron el hechizo con que antes me regalaban. Por más que estuviese presente á aquellas reuniones íntimas de familia y procurase entregarme á su encanto tan sencilla y cordialmente como antes, mi alma tendía las alas lejos de aquellos sitios, y volaba hasta tí, buscando tus ojos. Todavía entonces no los habías, acaso, fijado en mí. La insistencia con que los míos te iban siguiendo donde quiera que podían distinguirte, atrajo los tuyos tal vez, como el imán al acero. Aun recuerdo el día y la hora en que clavaste en mí empeñosamente las pupilas. Nuestras miradas se cruzaron como espadas, y las tuyas penetraron en mi corazón, muy hondo, muy hondo.—No dudes de mi amor: te lo he probado faltando á todos mis deberes, olvidando cuanto debo á mi esposo y dejando la cuna de mi hija para ir en pos tuya, á través de la obscuridad y de los peligros. Pero no me pidas que

abandone el hogar, porque no he de hacerlo. Me horroriza el escándalo. Antes la muerte que el escándalo. Y quiero bastante á mi hija para no llevarla bajo un techo criminal; ni podría, por mala que sea, separarme de ella jamás. Por más contradictorio que lo encuentres, he de quedarme aquí, aunque me muera, aunque me maten.

"Tengo los ojos bien abiertos, y sé á lo que me expongo. El abismo me espera: allí me despeñaré un día ú otro. ¿Cuál será el desenlace de esta historia culpable? No lo sé; pero sea cual fuere, no dejaré de quererte ni aun en el momento de mis mayores suplicios. El destino me llevó á tus brazos, y no puedo desasirme de ellos.—Ya ves como no tienes motivo de queja, ya ves cómo te he ofrecido en homenaje cuanto en la tierra y en el cielo se oponía á nuestro amor, y que he hollado por tí y por tí he menospreciado todo lo bueno y todo lo noble que me rodeaba.—En cambio tú ¿qué me has ofrecido? Nada hasta ahora, porque el cariño que me muestras, no es acaso más que un capricho pasajero. ¿Qué vínculos has roto por mí? ¿Qué deberes has menospreciado? ¿En qué tinieblas te has perdido? ¿A qué abismo te has arrojado?—Aún queriéndote como te quiero, vivo atormentada por atroces remordimientos.

No puedo ver á mi marido con tranquilidad, porque conozco que le ofendo sin causa, que le traiciono por pervesidad y que pago su cariño y sus finezas con negra y odiosa ingratitud. Fué siempre bueno para mí, repito; tuvo para mí ternuras indecibles, me rodeó de inmensa solicitud, y no ha vivido sino para quererme. La confianza con que me mira, la descuidada tranquilidad en que vive creyéndome la más fiel y la mejor de las esposas, son para mi otros tantos tormentos que me muerden el corazón y me destrozan el alma. Algunas veces pienso en la muerte como en una especie de alivio, pues me digo que si Nicolás se enterase de mi perfidia y me matase, mi culpa quedaría redimida con mi sangre, y disminuiría el peso de mi delito. Pero en medio de todo, tu imagen, tu recuerdo, tu amor, se destacan sobre las sombras de mi espíritu, como un sol de fuego rojo y terrible, que no despide luz, sino llamas, que me envuelven y me queman."

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquella carta de puño y letra de Carmen, llevó el alma de Nicolás al paroxismo de la indignación, porque le reveló claramente lo que era su esposa: qué abismo de osadía y de maldad había en aquel corazón juzgado tan bueno, qué noche tan negra en el fondo de aquella conciencia tenida

por tan pura, qué tendencias tan depravadas en aquella naturaleza de un exterior tan hermoso. Aquella mujer era un monstruo, tanto más odioso, cuanto se disfrazaba con máscara tan bella, con rostro tan angelical; criado para azote y desdicha de las almas buenas; formado de fuego y sombra; obra excluva de Satanás, y no de Dios.

La carta de Carmen era la más elocuente requisitoria de su culpabilidad; era el grito de su conciencia, que con toda claridad exhibía las llagas de su alma, aunque envueltas en repugnantes harapos de hipocresía. Y recordó Nicolás con inmensa amargura lo que él había sido para aquella mujer ingrata, para aquella mujer sin corazón, para aquel monstruo de maldad y de perfidia. Desde su adolescencia la amó, y no sintió nunca más amor que el suyo; ni tuvo otro pensamiento ni otro delirio que el de hacerla dichosa y poner á sus pies todo cuanto valía, cuanto había conquistado en el mundo: su fortuna, sus triunfos y su nombre. No recordaba ocasión grande ó pequeña, importante ó trivial, en que la idea de Carmen no hubiese fulgurado en su espíritu como un astro, iluminándolo todo, llenándolo todo con sus esplendores y sus sonrisas, como el sol que desde el empíreo todo lo baña de luz. Una vez unido á ella, sólo se había preocupado por al-

zarle un trono muy alto á su lado, para que desde él presidiese los sencillos gustos del hogar y la inefable felicidad de la vida. No le remordía la conciencia de haberle cometido la más ligera falta, de haberle sido infiel ni aun de pensamiento. Las mujeres todas, desde que la conoció, había pasado junao á él sin conmoverle, sin atraer una sola mirada de susu ojos, sin apresurar uno sólo de los latidos de su corazón. Porque ella se había enseñoreado de su alma como una reina, sin dejarle un deseo, una emoción sola que no estuviesen postrados á sus plantas

Y ¿era así correspondida su ternura? ¿Era ese el premio reservado á sus finezas, á la devoción con que la había amado? ¡Oh! aquello era inaudito; apenas podía comprenderse! Es cierto que había otras mujeres infieles, que hacían mofa y escarnio de sus esposos; pero esas mujeres estaban unidas á hombres helados é incapaces de querer, ó á bajos y miserables que iban pidiendo á gritos el oprobio, ó á perversos que rompían la fe jurada, y las arrastraban por despecho, por anhelo de venganza, por impulso de la ley del talión, al crimen y á la afrenta. El caso de Carmen era muy diferente, porque ella no podía quejarse de ninguna de esas cosas, no tenía contra él motivo de reproche; sino, por el contrario, razón para

amarle tiernamente y vivirle eternamente obligada. ¡Carmen, sin duda alguna, era peor que todas las adúlteras que habían hundido en el cieno su propio nombre y el de sus esposos!

## IV

## DESESPERACION.

Pronto se repuso: la ira le dió fuerzas. No tenía tiempo que perder, y le era preciso tomar algún partido! No tardaría en volver la esposa, y no debía encontrarle desprevenido!

Fuera imposible relatar los planes y proyectos que aquel cerebro exaltado y febril fué atando y desatando en aquellos breves é irreparables momentos. Sucedíanse en la noche de su pensamiento, como cárdenos relámpagos en noche tempestuosa: todos terribles, todos amenazadores, todos siniestros.

Crimen tan inaudito merecía un castigo ejemplar; empero era difícil hallar el más apropiado. No había que perder la cabeza: era preciso escoger bien para no equivocarse. Lo primero que pensó, fué

buscar al seductor y matarlo de un golpe, sin preámbulo ni advertencia: de una manera alevosa y vil, como él se había colado en su casa y le había arrebatado el amor de su esposa, la paz, la dicha y la esperanza. ¡Pues qué! ¿aquel hombre le había advertido de algún modo lo que iba á hacer, para que se defendiese? Pues qué ¿se le había presentado siquiera? Desde la obscuridad de lo ignoto é innominado, había alargado la mano y se había apoderado de la rica joya que formaba su patrimonio, y se la había arrancado del corazón, al cual la tenía unida, desgarrándoselo, haciéndole perder gota á gota toda la sangre de sus venas. ¿Por qué, pues, había él de atacarle lealmente? ¿Por qué había de prevenirle de la agresión para que se defendiese, cuando él le había herido por la espalda?.... A la verdad, privarle de la vida, sacarle de este mundo que manchaba con su presencia, no sería castigo suficiente para su alevosía; porque morir no es nada, es llegar al término, es poner punto á esta prueba terrible, que se llama la existencia. ¡Qué daría él por haber muerto algunos años antes, cuando aun creía, cuando todavía esperaba, cuando era dichoso! Matarle, pues, sería pequeña venganza; pero ¿qué más podía hacer que eso? Ciertamente, el odio humano dispone de medios muy mezquinos para saciar sus ansias: tiene que de-

tenerse al borde del sepulcro; y el sepulcro traga buenos y malos, amados y aborrecidos: es un rasero que iguala á todos los hombres.

Hundirle, pues, las garras en el pecho y beberle la sangre como lo hacen las hienas, para que tuviese alguna idea, aunque pobre y lejana, de lo que era sufrir, de lo que era retorcerse en un potro de tormentos.... eso era todo lo que podía hacer para vengarse.

Una reflexión le ocurrió. El asesinato se castiga por los tribunales con pena infamante. Realizada su venganza, tendría que sentarse en el banquillo de los reos. ¡Todo por castigar á un miserable! Tenía ánimos para ello: ¡qué le destrozase el verdugo, que le matasen á pausas, quemándolo á fuego lento ó rompiéndole los huesos! Pero, entretanto, ella quedaría impune y libre..... libre é impune. ¿Qué más podría desear la culpable?...... Bien visto, era ella la única causa y el solo origen de todo.... Así lo confesaba en su carta. Y no había sido, no, el amor la fuerza irresistible que la había llevado al delito, sino la perversidad de sus instintos, la vocación al mal y al infierno que llevaba en las entrañas. La pasión criminal á que se había entregado, no era más que el primer aullido de una naturaleza depravada. Después de aquella caída, vendrían otra y

otras. También á él, Nicolás, le había hablado en otro tiempo con aquel mismo lenguaje arrebatado y ardiente, dejándole embelesado con la idea de haber sabido despertar en su corazón una pasión arrolladora y única. Durante sus amores, había sido tan desbordado el ímpetu de Carmen, que la afición que él la tenía, aunque honda y sincera, había parecido pálida y fría á los ojos de todos. Algo había en aquel organismo de anormal y excesivo, que triunfaba sobre los buenos instintos, sobre las reflexiones rectas, sobre las intenciones santas. Eso no tenía remedio. Para hacer de nuevo, de aquella mujer extraviada, una honrada esposa, sería preciso reducirla á polvo y amasarla otra vez, dando á aquellos elementos primos otra organización, y un temperamento nuevo. Aquel amante no era más que un pretexto para la manifestación de una intemperancia natural. En el desarrollo de aquella historia de torpezas, cabrían también la traición y el abandono contra aquel amante, por otros y otros.

No, el remedio no era bueno, porque no tocaba la raíz misma del mal, y dejaba en pie todo el problema. Tenía más visos de premio que de castigo. La mujer que falta una vez á sus deberes, sigue faltando á ellos siempre; porque, roto el dique de sus pasiones, no hay ya nada que

las contenga. Los motivos de conciencia y de temor que hubieran podido detenerla al borde del abismo, fueron insuficientes para ello, cuando aun era casta y pura. Consumada la ruina moral de aquella alma, no habría ya freno que la sujetase y correría precipitada al vicio, sin que hubiese nada que atajase su curso; como el ría que, levantada la compuerta, se despeña en su cauce con la furia de un demente, hasta llegar turbio y ronco al inmenso mar, donde se pierde. Matar á un hombre no sería, pues, suficiente; sería preciso seguir matando otro y otros, á todos cuantos se le acercasen, porque nunca faltarían cómplices á aquella naturaleza criminal. Mientras quedase en pie la causa del mal, seguirían renovándose sus efectos desastrosos.

Era menester, por tanto, atacar la causa en sus mismos fundamentos, y destruirla para siempre; de tal modo, que no siguiese contaminando con sus emanaciones la vida del hogar, la inocencia de los séres queridos.

Así fué como llegó á pensar el doctor que lo mejor que podría hacer, sería poner término á la vida de Carmen; y halló buena, por lo pronto, esta solución de la crisis. Salirle al paso cuando volviese, arrojarle al rostro aquel puñado de papeles y objetos criminales, cogerla por

el cuello, asestarle el revólver á la frente y volarle la tapa de los sesos. Muerta, quedaría cortada la serie de sus infidelidades; muerta, no habría peligro de que siguiese mancillando su nombre; muerta, no continuaría destrozándole el corazón y corroyendo su existencia con la vergüenza y la desesperación. La muerte detiene el curso de todas las maldades. No hay muerto que haga daño: todos los muertos son buenos. Así se desataría aquel nudo apretado, insoluble, que resistía á todas las combinaciones de su mente, á todos los proyectos de su razón.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pero así caería en el abismo juntamente con la culpable: cometer un crimen para castigar otro, es ser arrastrado á la ruina propia por causa ajena. Si ella había querido perderse, que se perdiera; esa no era razón para que él también abandonase el norte y se dejase contagiar por aquella demencia. Debía conservar su puesto, alto, muy alto, como que no estaba manchado con ninguna falta: y dejarla á ella sola revolcarse en el fango de la vergüenza, para que el anatema público cayese duro, inexorable, sólo sobre ella.

Por otra parte, matar á la madre de su propia hija, dar á la niña, como primera impresión de su vida, el dolor de aquella catástrofe ¿no sería cruel y despiadado so-

bre toda ponderación? ¿Se lo perdonaría alguna vez la tierna criatura? ¿Qué pensaría, cuando creciese, de aquel padre que había puesto fin á la vida de la mujer á quien ella debía la existencia, sumiéndola á ella misma en triste y dolorosa orfandad? No pudiendo explicar á su hija las causas que le habían inducido á poner por obra acción tan inaudita, ¿no se enajenaría para siempre su cariño? ¿No sería visto por ella con horror, como detestable uxorcida y padre sin entrañas?

¡Mejor sería arrancarse la existencia á sí mismo, para salir del mar de dolor en que naufragaba! Sonrió casi con delicia ante aquella idea, y en el seno de las tinieblas que le envolvían, vió dibujarse algo como la sonrisa del alba. ¡Salir de este mundo; dejar para siempre esta tierra miserable, que oculta tantos abismos y abriga tantos monstruos; separarse de los corazones ingratos que habían recibido su cariño sin devolvérselo, como las tierras estériles que sorben la lluvia del cielo sin producir flores ni frutos; romper las férreas ligaduras de aquella negra crisis que pesaba sobre él como una mortaja de plomo! ¡Qué promesa más risueña! ¡Qué porvenir tan piadoso! Sería un solaz para su dolor, una redención, una victoria. Puesto que Carmen no le quería, que había comenzado á envillecerse y que iba

descendiendo por la obscura gradería de la afrenta; puesto que no contaba ya con sus brazos para que le sostuviesen, ni con su sonrisa para que le alentara; puesto que no tenía ya la luz de sus ojos para ver el camino, ni la música de sus palabras para mantener encendida la esperanza; y puesto que para él no había mañana risueño, y que el inmenso horizonte que se extendía ante sus ojos era de tinieblas, de sombra infinita, de esa sombra que había comenzado á tragarle y de la cual no le sería dado librarse nunca ¿qué hacer mejor que cortar el hilo de la vida y romper con propia mano las crueles mallas que le sujetaban al infortunio? Extremecíase de júbilo su corazón al considerar por anticipado las consecuencias de su inmolación. Mirábase á sí mismo yaciendo en un mar de sangre, lívida la faz, cerrados los ojos, entreabiertos los blancos labios, clamando con su propia destrucción la fiereza de sus dolores, protestando con su muerte contra la crueldad del destino y contra la infamia de la traición. Carmen al contemplarle, por menos que le quisiese, viendo en aquella tragedia su propia obra, se sentiría conmovida hasta la médula de los huesos, tendría remordimientos, aunque tardíos, por cuanto había hecho, y se arrodillaría junto á su cadáver para pedirle perdón rociando el rostro con sus lágrimas. Aquella escena le parecía muy

hermosa, se presentaba á sus ojos con los esplendores de una apoteosis; tanto, que sus labios exangües se plegaron con amarga sonrisa, ante el espectáculo mental de aquella tragedia. Vengarse de la ingrata de una manera tan honda y patética, para dejar en su corazón clavado como una saeta aquel dolor eterno, aquel recuerdo imborrable: ¡qué ilusión tan tétricamente halagadora!

Acaso la honda conmoción de aquellos momentos, produciría una crisis redentora en la conciencia de Carmen. Quizás el remordimiento la haría volver sobre sus pasos, y la tornaría buena; y la haría pasar el resto de su vida consagrada á la reparación de aquella falta, y, siendo tenida como honrada y fiel, podría ser para la niña una madre cariñosa, que la llevase por la mano á través de los peligros del mundo, sana y salva, como corderillo de blanco vellón nunca mancillado. Así lograría redimir con su sangre la culpa de la esposa, y acaso encender en ella la llama de un amor nuevo, que seguiría brillando sobre su sepulcro como astro de luz casta y piadosa.....

Mas por halagadora que fuese esa perspectiva, no podía menos de pensar otra vez, que la redención de la mujer culpable es siempre problemática, si no imposible. La perdida pureza de un alma no es cosa que pueda repararse. El cristal,

á medida que es más fino. admite menos soldadura; y si, después de roto, tan sus fragmentos para darles la antigua forma, ni tienen la hermosura primitiva, ni la consistencia que perdieron: el choque más insignificante los disgrega, y cada juntura de las antiguas, se convierte en una grieta nueva. Así es la conciencia femenina: una vez manchada, no vuelve á limpiarse del todo, y cuando se inclina al cieno, no vuelve á erguirse hacia la altura.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y como la fiera acosada que, hallando imposible la salvación, se revuelve furiosa sobre sí misma, y acaba por arrojarse al hondo precipicio, sin temor á las puntas de las rocas, ó al río caudaloso de encrespadas olas que mira á sus plantas; así aquel desgraciado, encerrado en los términos pavorosos de un problema insoluble, alentó de súbito una idea espantosa, que le pareció mejor que ninguna otra: la destrucción total de Carmen, de Lolita y de él mismo; de los tres seres que se guarecían bajo aquel techo, y que hacía apenas unas cuantas horas, parecían tan dichosos! Así lo hacen los desesperados. Refiere la prensa de tiempo en tiempo algunas de esas tragedias. Familias acosadas por el hambre faltas de trabajo, hundidas en la miseria, se encierran en sus miserables tugurios, tapan las hendeduras por donde el aire

penetra, encienden el brasero en medio de la estancia, y se acuestan en sus lechos desvencijados á esperar la muerte. Los vecinos, extrañando la inmovilidad y el silencio de la habitación, avisan á la policía; son descerrajadas las puertas, y aparece á los ojos de los espectadores un cuadro indescriptible: los padres y los niños, todos harapientos y escuálidos, muertos á la vez y en trágica compañía. Incapaces de sobrellevar su negro destino, llamaron á la puerta de la tumba y ésta les abrió el seno temeroso.—¿Por qué no había él de hacer otro tanto? La pérdida de las ilusiones, de la dicha y de la esperanza, es desgracia mayor que la miseria, y levanta en el corazón tempestades más negras que el hambre y la desnudez. Si los indigentes se atribuyen el derecho de exterminarse para redimirse de los horrores de la necesidad ¡con cuánto más derecho no podría arrogárselo él, cuando las causas que le impulsaban á tomar aquella determinación, eran de mayor cuantía, más fieras y sañudas! Merced á aquel golpe radical, podrían ser resueltos de una vez todos los problemas que había ido analizando. Así se cortaría la cadena de las liviandades de Carmen, se evitaría la orfandad de la niña, y él mismo pondría término á una vida infeliz, en cuyos horizontes nunca había de levantarse la aurora.

Mas ¡ay!, si bien sobrábale coraje para agostar su existencia y la de su esposa; no se sentía con fuerzas para atentar á la de Lolita. ¿Por qué sacrificar á aquella tierna criatura? ¿Qué culpa tenía ella del diluvio de pecados y de horrores que había caído sobre su casa? Recordaba su belleza, su inocencia, su gracia, y se le oprimía el corazón pensando en la destrucción de aquel haz luminoso de encantos, que Dios había querido colocar en el seno de su vida, para embellecerla y perfumarla.

¿Iba, pues, á quedar impune el delito? Desechada la larga serie de horribles proyectos, ¿no hallaría medio de escarmentar á la culpable? Una oleada de indignación subió de su corazón á su cerebro sólo al pensarlo, y protestó con toda la energía de su voluntad contra aquel desenlace insensato. Su espíritu angustiado por la brevedad del tiempo, entraba en indecible confusión, zumbábanle los oídos como si un huracán soplase dentro de ellos, y sentía la cabeza mareada, cual si fuese navegando á través de una borrasca. Su misma congoja ponía en fuga á las ideas; no bien nacía una, volaba y era sustituída por otra, la cual, igualmente fugaz, se perdía en la obscuridad tempestuosa de los misterios psíquicos.

Tal era su estado cuando, agotadas las fuerzas, dejó el "boudoir" y fué á apostar-

se á la entrada de la casa, determinado á hacer algo terrible, pero ignorando todavía cuál iba á ser su sentencia.

## V

## ¡AFUERA.!

Como fiera enjaulada, paseó largo tiempor por el portal de la casa, como centinela que guarda y vigila un campo atrincherado para evitar las sorpresas del enemigo. Entretanto que así se agitaba presa de ansia febril, viendo todos los objetos como á través de un sueño, no cesaba de oprimir con la mano diestra el mango del revólver, que se había dejado en la faltriquera. Entretanto, seguía avanzando el tiempo, y Carmen no volvía.

Poco antes de las cinco, oyó sonar por la calle, más y más distintos, pasos rápidos y ligeros que se acercaban á la casa. Su corazón al oir aquel rumor, dió un vuelco doloroso, comprendiendo que había llegado el momento decisivo en que tenía que apelar á toda la energía de la voluntad. A poco, sonaron, en efecto, golpecitos recatados en la madera de la puerta.

Secas las fauces, cubierta la frente de sudor viscoso y difícil la respiración, acu-

dió luego á abrirla. Por ella entró Carmen. La mirada que se dirigieron los esposos en el momento de encontrarse, fué indescriptible: aterrada y agónica la de ella, acusadora y terrible la de él. Durante unos instantes nada se dijeron.

Para poner fin á tan terrible situación, pretendió Carmen pasar adelante; pero él se interpuso.

—¿A dónde vas? le preguntó duramente.

—A casa, repuso ella.

—Esta no es tu casa.

—¡Qué dices! exclamó la joven.

—¿De dónde vienes?

Vaciló la culpable.

—De misa, articuló con voz insegura.

—¡Mientes! gritó el doctor con acento colérico. Todavía no se ha celebrado la primera. Van á ser las cinco.

—Hubo otra ya.

—¡Mientes, repito! Desde que á la media noche te ausentaste, furtivamente y á obscuras, estoy en vela. He recorrido buscándote las calles de la ciudad, y sé que no ha sonado todavía la campana de ninguna torre y que están cerrados los templos.

—No puede ser, insistía ella, aunque con la timidez de los reos ante el tribunal.

—¡Inútil hipocresía!, clamó Salazar ¡Lo sé todo!

—No entiendo.

—Demasiado lo entiendes, mala mujer,

mala madre, perjura. Sé que no eres honrada, que me engañas, y que mientras yo te quería tanto y confiaba en tí como en la mejor de las esposas, mantenías amores clandestinos y arrastrabas mi honra por el lodo.

La conciencia manchada de Carmen le impidió protestar con energía.

—Nicolás, por Dios, no me hables de esa manera; te desconozco. No he dado motivo para ello, dijo.

Su cobarde actitud y sus torpes reproches sirvieron de combustible á la indignación de Salazar.

—¡Nada de comedias! repuso. Has jugado conmigo indigna y fácilmente, porque tuve una fe tan ciega en tu amor, que nunca sospeché de tí cosa alguna, ni me precaví contra tus asechanzas. Hiciste bien en escarnecerme: una confianza tan incauta, no merecía otro pago.

Carmen, turbada, siguió aparentando no comprender, pero con torpeza, y aun intentaba, aunque inútilmente, manifestarse indignada; en tanto que la timidez de su acento revelaba á las claras la sumisión de su conciencia á la voz de la justicia.

—Carmen, prosiguió Salazar con creciente irritación, cuando he venido á esperarte á la puerta de mi casa para impedirte que manches con tu presencia por más tiempo este hogar, debes comprender que estoy bien enterado de todo, y resuel-

to á poner á la situación un remedio radical. Cuando saliste de aquí antes de las dos de la mañana, una alma caritativa me lo avisó por medio de un anónimo Al principio rechacé la imputación irritado, porque me parecía imposible cupiese en tu alma tanta depravación; pero no te hallé en tu alcoba, ni en la de tu hija, ni en parte alguna de la casa, y salí á la calle buscándote. No habiéndote hallado, volví acá é hice una pesquisa minuciosa en tus aposentos, examinando y destrozando muebles y cajones, hasta que hallé en una gaveta oculta del escritorio. las pruebas fehacientes de tu infidelidad, las cuales están listas y aseguradas allá arriba para el uso que me convenga.

Carmen había creído que Nicolás sólo abrigaba sospechas, más ó menos vehementes, contra ella, pero nó certidumbre, y se había formado la ilusión de poder engañarle una vez más, haciéndole creer en su inocencia; de suerte que, cuando oyó de su boca lo que había hecho y averiguado, quedó aterrada, comprendiendo que había llegado el momento de la crisis que tanto había temido. Así que, perdido el ánimo, obedeciendo á un impulso irresistible y dominada por los remordimientos y por el pesar sincero, aunque tardío, de su falta, cayó de rodillas ante el esposo con las manos enclavijadas y sollozando:

—¡Perdón! ¡perdón!

—¡Quita allá!, repuso Salazar. Mi corazón no perdona; te quise tanto, que no te puedo perdonar. Mi amor se ha convertido en odio y en desprecio. Tanto como te quise antes, así te abomino ahora; así me causa asco tu presencia.

—Nicolás, gemía ella, por nuestra hija, por la salvación de mi alma, perdóname Te prometo que seré buena.... Haz de mí lo que quieras; pero perdóname.

Diciendo esto, se arrastraba sobre las rodillas caminando hacia su esposo y procurando cogerle las manos para besárselas. Y como él se apartaba cual temiendo el contacto de un reptil, ella se inclinaba al suelo como para besarle los pies.

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡No quiero que me toques con esos labios y con esas manos!

Entonces clamó ella con acento patético:

—Nicolás, no tengo para qué negártelo. Soy culpable, muy culpable; tanto más, cuanto que has sido tan bueno para mí y que no te merezco. Nada hay que me justifique: soy un monstruo y merezco castigo.... Mátame.... Acaba de una vez esta existencia que me pesa.... Tienes razón en odiarme y en despreciarme.... Mátame. Aquí tienes mi pecho. Castígame por tu propia mano; así me quitarás un peso horrible de la conciencia. Me pare-

cerá dulce la muerte que de tí reciba, y moriré bendiciéndote.

Exasperado Salazar, más bien que conmovido por aquella confesión sin embozo y por aquella demanda de sacrificio, sintió surgir de su pecho un impulso irresistible. Una oleada de sangre le subió del corazón á la cabeza, y todo lo vió rojo; tuvo sabor de sangre en la boca, y una fiera ansia de exterminio, nunca antes sentida, conmovió todo su ser. Y antes de darse cuenta de lo que hacía, empuñó la pistola y apuntó con ella á la cabeza de Carmen. Esta, al ver el arma, lanzó un grito de horror, pero no se movió de su sitio; permaneció de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos, para no ver el disparo.... Un momento más, y partía el tiro....

Pero Salazar se contuvo: recordó la carta de Carmen, y se indignó de seguir á la letra sus indicaciones, y de hacer lo que ella deseaba y había deseado con tanto anhelo, como final desenlace de su crímen.

—No, dijo, no te mato: si te matara, acabaría pronto el castigo. ¡Me parece poco matarte!

La joven, en su turbación, comprendía apenas á su esposo.

—Haz de mí lo que quieras, continuó gimiendo; tienes derecho para todo.

—No tocaré un pelo de tu cabeza, no te daré la satifacción de terminar tu infame historia con una tragedia. Lo que voy a

haecr es á arrojarte de esta casa que fué tuya, como á un apestado, como á un leproso, como á una can inmundo. ¡Afuera, pues, á la calle!

Y diciendo esto, extendió el brazo con ademán imperioso hacia la vía pública, todavía obscura, que se veía por la mal cerrada puerta.

La pobre mujer se estremeció de pies á cabeza, y se levantó, con movimiento instintivo, como para defenderse. El desenlace la cogía de sorpresa. Todos se los había imaginado, hasta los más malos, menos ése.

—¡Afuera!, volvió á decir Salazar. ¿Qué esperas? ¿Que te arroje á viva fuerza?

Mas ella permanecía muda é inmóvil. Su inercia obligó al marido á empujarla hacia el exterior, poniéndole en la espalda la mano vigirosa. Entonces se entabló una lucha repugnante entre los esposos: él para arrojarla á la calle; ella para resistirlo.

—No, Nicolás, suplicaba Carmen gimiendo. No hagas eso; piensa en el escándalo. Vale más que me mates de una vez.

—¿Te parece que matarte no sería escandaloso? ¿Estimas que un homicidio es menos alarmante que una expulsión?

—Oyeme, insistió la pobre mujer, déjame vivir aquí. Me tendrás cautiva en el sótano, en el granero, en la perrera, don-

de quieras; pero no me arrojes de esta casa. Traerás la llave contigo para que nadie me vea: así quedarás satisfecho de mi conducta. Me darás por alimento mendrugos de pan, como á tus perros. Dejarás que mi ropa se caiga á pedazos, hecha girones: me tratarás como á un esclavo, ó como á un loco, y no me quejaré ni imploraré misericordia. Pero me dejarás el consuelo de habitar bajo el mismo techo que mi hija, y oiré su voz de cuando en cuando, y alguna vez podré ver su rostro por las hendeduras de la puerta ó por la cerradura de la llave. Y no me perdonarás nunca, si tu corazón no se conmueve, ó lo harás cuando te plazca, después de haberme castigado muchos años, todos los que quieras, cuando estén arrugado mi rostro, cubierta de canas mi cabeza y encorvada mi espalda.... Hasta que estés persuadido de mi arrepentimiento y hayas saciado tu deseo de justicia.

—Eso quisieras, rugió Salazar empujándola con mayor fuerza; eso quisieras, envolverme de nuevo en tus redes, como lo has hecho desde que te conocí, desde hace cinco años que llevas mi nombre. Bien sabes que una vez dada la primera prueba de debilidad, seguirías obteniendo de mí sucesivas ventajas; podrías abrigar la esperanza de que un día te perdonara movido por tus lágrimas, y de volver á sentarte á mi lado, y de participar de nue-

vo de mi cariño, de mi hogar y de mi vida. Pero no lo lograrás nunca. No quiero admitir ni por un sólo instante la posibilidad de que te rehabilites. Has caído para siempre; nunca podrás levantarte, ni he de permitir que te levantes. ¿Sabes por qué quiero lanzarte á la calle?

—Para matarme de vergüenza.

—Sí, para eso, y porque la calle es tu elemento natural. Allí estarás como el pez en el agua. Tu innata perversidad te inclina al arroyo y á la plaza pública. Quiero dar rienda suelta á tu destino, para que de una vez satisfagas tus bajos instintos. Has vivido á mi lado disfrazada de mujer honesta y haciendo creer á la sociedad que lo eras; y yo, sin saberlo, me he prestado á esa comedia infame, amparándote con mi protección, con mi honradez y con mi nombre. Es tiempo de que concluya la farsa. Hoy te quito la máscara para que todos te conozcan y sepan lo que eres. Anoche todavía, contabas entre la gente de bien y te admitía en su seno la sociedad honorable; cuando amanezca el sol de este día, habrás sido rayada de la lista de tus amigos y serás excluída de los círculos donde eras aplaudida. Y los buenos se apartarán de tí con repugnancia, ante tí se cerrarán todas las puertas, y no te quedará más recurso que ir á unirte con los de tu ralea, y seguir hundiéndote en el vicio todos los días más, hasta

naufragar en el fango, y ahogarte en él.

—¡No!, clamó la joven espantada; ¡de aquí no salgo aunque me mates! No tendrás fuerzas suficientes para hacerme abandonar esta casa, que no sólo es tuya, sino también mía. ¿Quieres acabarme de perder? ¿No te importa la deshonra de tu nombre?

—No te puedes perder más; tienes el alma corrompida. Tu carta me ha hecho ver el fondo de tu corazón, y sé que es más negro y depravado que el de las peores mesalinas. En cuanto á mi nombre ¿crees que el miserable que te ha seducido, le haya tratado con respeto? ¿Eres tan necia que te figuras que tu cómplice haya guardado reserva sobre tu debilidad? Los tenorios son jactanciosos y gustan de hacer alarde de sus buenas fortunas. Tanto tú como yo, podemos estar ciertos de que andamos en las peores bocas desde hace tiempo. ¡Acabarte de perder! Pero ¡cómo puede acabar lo que está terminado! ¿No sabes que has llegado al límite de la perdición, y que hiede tu corazón como muerto de tres días? Quiero que sufras un castigo prolongado, humillante: que vayas sintiendo la aflicción del hundimiento poco á poco, sin que halles tabla á que asirte, ni pueda salvarte nadie del vergonzoso naufragio.... ¡Vamos, á la calle!

—¡No!, volvió á gemir Carmen; ¡te he

dicho que sólo muerta me harás salir de aquí!

—Lo veremos, insistió Salazar impaciente, pero cesando de violentarla..... Vas á ver como te obligo á marcharte. Por pasos contados y sin hacer uso de la fuerza, te obligaré á alejarte de este hogar que fué tuyo.

Carmen nada repuso; estába inmóvil y muda como una estátua.

—Tan pronto como salga la luz, te entregaré á la justicia, rugió el doctor.

—¡A la justicia! clamó la joven como un eco.

—¡Sí, á la justicia! ¡Pues qué! ¿habías creído que tu falta no tenía más castigo que los remordimientos de la conciencia ó la tragedia romántica, ó las lejanas penas de ultratumba? ¿Creías que las leyes humanas se hubiesen desentendido de castigar delitos como el tuyo? Pues te equivocas: el adulterio es, aparte de una infame perfidia para el amor y de una venenosa mordedura para la honra, un crimen legal castigado severamente por todos los códigos. La adúltera tiene sobre sí, á más de la mano del esposo burlado, la de los tribunales y la del gendarme. La ley del crimen contiene disposiciones afrentosas y severas contra las mujeres que manchan el tálamo conyugal, se olvidan de sus deberes y entregan al ludi-

brio público la honra de sus maridos; sin excepción de edad ni condiciones. De suerte que el marido ultrajado tiene acción expedita para denunciar la traición, y para obligar á los jueces á proceder á la aprehensión y castigo de los adúlteros. Eso será lo que yo haga, si te resistes á obedecerme.

Carmen quedó como petrificada al contemplar el inesperado abismo que se abría ante sus plantas.

—Si no te allanas á salir de esta casa por tu voluntad, repitió Salazar, te juro por el Dios que nos crió, que dentro de unas horas estarás en poder de los jueces, quienes, custodiada por agentes de policía, te mandarán á la cárcel pública. Allí te harán entrar en los calabozos donde hormiguea la gente perdida de tu mismo sexo: ladronas, ebrias, prostitutas. Vivirás en comunión con ellas, comerás su mismo pan, desempeñarás sus mismas faenas, y estarás bajo el rigor de la autoridad cercelera, que te maltratará y te escarnecerá, como á todos los desechos sociales. Así bajarás de un solo golpe, de la cima que habías usurpado, hasta los abismos de la degradación y de la vergüenza.

La joven horrorizada se tapó la cara con las manos, como si no quisiese ver aquel cuadro ignominioso.

—Tengo allá arriba las pruebas necesa-

rias, para demostrar á los jueces que has sido perjura y perversa, prosiguió Salazar. Obran en mi poder las cartas de tu cómplice, su retrato, y un borrador de tu puño dirigido á tu amante. No necesito más para confundirte ante la justicia.

La infeliz comprendió que estaba perdida. Vió, además, una resolución inexorable pintada en el rostro de su esposo. Así que, trémula, sollozante y más blanca que una muerta, articuló:

—¡No, tanto como eso, nó!

Y extendió las manos como para alejar la horrible visión.

—¿De modo que te vas?

—No hay más remedio; pero ¿á dónde?

—A donde quieras, á la casa de tu seductor, á la mancebía, á donde te lleven tus instintos..... Eso no me importa.

—¡Ay Dios! gimió Carmen, llevándose las manos al corazón, y pudiendo apenas hablar. ¡Ay Dios de mi alma!

Y vaciló como si fuese á caerse.

—¿Te duele el corazón? Pues quéjate á tí misma. Todo es obra tuya: tú lo has querido. Despreciaste la paz de tu vida, la dicha del hogar y el amor que velaba por tí. Has preferido lanzarte en las aventuras de la infidelidad, á vivir venerada y querida en medio de los tuyos. Te sentabas á mi lado, recibiendo mis caricias y aceptando mis sacrificios, como si los

merecieses, y no pensabas que había aquí (señalándose el pecho) un corazón que te amaba; un corazón todo tuyo, que ibas á desgarrar, y que nunca podría perdonarte, por lo mismo que te había adorado tanto. Apura hasta las heces el cáliz que preparaste.

—Al menos, sollozó la infeliz, permíteme despedirme de mi hija.

—Eres indigna de eso; nunca volverás á sentar la planta en los peldaños que conducen á su habitación.

—Un momento solo, concédeme un momento para decirle adiós y besarle la frente.

—Mancha tu contacto; no pueden tus manos ni tus labios contaminados por el delito, rozar las alas de ese ángel.

—Pero ¿la veré alguna vez? insistió Carmen con agonía.

—¡Nunca! La viste por la última, cuando la dejaste para ir al llamado de tu amante. Hazte la cuenta de que has muerto para ella.

—¿Cómo quieres que la deje sin decirle adiós? protestó gemebunda. Soy su madre, y tengo derecho para verla y para estrecharla contra el corazón.

—Las madres como tú, no tienen corazón ni tienen derechos. Son séres miserables que renuncian á todo, y á quienes todo se les niega. Nada hay de común en-

tre ella y tú; has abierto un abismo muy hondo, que te separa de tu hija para siempre.

—Eres cruel; no tienes entrañas.

—Nadie más despiadado que tú...... Pero no perdamos el tiempo en recriminaciones inútiles. ¡Márchate! ¡Afuera! ¡Lejos de aquí para siempre!

Carmen no tuvo fuerzas para resistir ya. Inclinó la cabeza, como flor agostada, y sollozando dolorosamente y con el pañuelo en los llorosos ojos, se acercó á la puerta con tardo paso.

Cuando llegó al quicio, empujóla Salazar para apresurar su salida.

Sin proferir una queja, la desolada mujer se fué alejando poco á poco por las calles todavía obscuras y silenciosas. Nicolás, de pie en el umbral de su casa, la miró entrar á distancia en el seno de la sombra, como Abrham vió á Agar perderse en las inmensidades del desierto, cuando la arrojó de su tienda. Todo lo perdía con ella: paz, amor y dicha. El porvenir se levantaba ante sus ojos más tétrico que la noche del sepulcro. No sabía lo que iba á hacer, ni cómo iba á vivir; pero su resolución era feroz, inexorable.

Con todo, al quedarse solo en aquel hogar, que había sido para él nido de amor

y de dicha por tantos años, se le saltaron las lágrimas, y lloró como sólo se llora en las grandes crisis de la vida; porque en el fondo del corazón no se había reservado una sola esperanza.

Cuando cerraba la puerta, sonaron las cinco de la mañana. Las campanas de las torres tañeron el alba con su lengua de bronce, y los clarines y tambores de los cuarteles sonaron con alegre clamor entonando el himno de la mañana.



# Tres Desenlaces ilógicos



# El Brazo del Coronel

A Manuel Puga
y Acal.

I

La batalla había sido terrible: una de aquellas de nuestras pasadas luchas intestinas, en que los soldados de uno y otro bando político peleaban como leones y casi se exterminaban, aunque sin saber por qué. Nadie ignora que en esos tiempos de Dios, valga el decir, unos mismos peones y ginetes servían á uno y otro partido, y que el grupo victorioso se asimilaba al vencido, y seguía combatiendo con él por la misma bandera, con igual arranque al desplegado en el tiempo de

la mayor pureza de su ser; lo que daba por resultado que únicamente los jefes supiesen á punto fijo lo que traían entre manos, en medio de tantas integraciones, desintegraciones y reintegraciones de guerreras colectividades como en aquel entonces se efectuaban.

La acción á que nos referimos, había sido, pues, muy reñida. El ejército triunfante, apoyando su defensa en el caserío de una hacienda, había atrincherado soldados detrás de los vallados de piedra y situado cañones en brechas y derrumbes abiertos en las cercas. El enemigo había atacado con denuedo, se había apoderado de no pocas trincheras y había estado á punto de tomar todas las posiciones; pero la nutrida fusilería sostenida desde los techos de las casas y secundada firmemente por la artillería, había acabado por inutilizar sus valientes tentativas. Llevado al asalto repetidas veces, otras tantas se había visto obligado á retroceder, como el oleaje que azota las costas, y se retira rugiendo y cubierto de espuma. A cada nuevo empuje, en medio de la fusilería y del rugido de la metralla, había quedado el campo sembrado de cadáveres; hasta que al fin, diezmados los asaltantes y persuadidos de su impotencia, habían emprendido la retirada.

Cargó entonces sobre ellos la caballe-

ría, é introduciendo el pánico en sus filas, completó la derrota. Artillería, carros, dinero, acémilas, hasta las tiendas de campaña y las maletas de los jefes cayeron en poder del bando triunfante.

El coronel don Diego Izábal, famoso tanto por su valor, como por sus ruidosas aventuras, fué uno de los que más se distinguieron en aquella refriega. Al frente de su regimiento, dió cargas furiosas, como si no le importasen las balas, y sin darse cuenta de la mortandad de sus soldados; y seguido de un puñado de supervivientes, llegaba ya al portón de la hacienda, y estaba á punto de apoderarse de los cañones, cuando se declaró la derrota de sus parciales y comenzó la desbandada. Justamente en aquellos momentos, una descarga á quemarropa de las piezas de artillería que iba á capturar, dejó reducido su grupo á unos cuantos ginetes. Y los sitiados, saltando trincheras, cayeron sobre él y los suyos, como manada de lobos.

Así que, comprendiendo el coronel la gravedad de la situación, tomó, aunque con repugnancia, el único partido que le quedaba, y dió voces á los suyos, diciéndoles:

—¡No se pudo, muchachos! ¡A escapar el pellejo!

Y volviendo riendas atrás, principió á

alejarse á escape, en medio de un indescriptible tropel de hombres, caballos, truenos, gritos, gemidos, polvo y humo.

Una segunda descarga hizo nuevas bajas en su séquito, pero no logró detenerle. Con la espada fué abriéndose paso en medio de la muchedumbre, bañada la diestra en caliente sangre y cegado y ensordecido por los disparos que se le hacían.

Cuando llegó á la plaza de la cuadrilla, sólo tres ginetes iban á su lado: su asistente, el mayor del cuerpo y el clarín de órdenes. Para salir al campo, era preciso pasar por una angostura formada por el caserío, sobre el cual había buen golpe de soldados enemigos. No vaciló: por allí estaba la salvación, si la había para él. Detenerse hubiera sido entregarse á una muerte cierta. En pos suya y muy cerca ya, venía el grupo furioso de caballería que iba persiguiéndolo. Las lanzas en ristre, al reflejo del sol moribundo, brillaban con luces de llamas.

Hincó, pues, espuelas al poderoso alazán, y como ráfaga impetuosa, á carrera tendida, cruzó el espacio mortífero.

Las azoteas de las casas contiguas se iluminaron de súbito con el fuego de dos relámpagos simultáneos, y cayó sobre los fugitivos una lluvia de plomo. El asistente fué herido en la cabeza, y cayó co-

mo fulminado. Lo fué también el Mayor, pero pudo todavía abrazarse al cuello del caballo; mas á poco andar, alcanzado por nuevos proyectiles, resbaló pesadamente de su montura. El clarín había salido al campo y pareció haberse salvado; mas no muy lejos de la puerta, comenzó á vacilar, y repentinamente se precipitó de cara hasta el suelo. Uno de sus pies quedó pendiente del estribo, y despavorido el caballo, huyó por la carretera arrastrando por el polvo el cuerpo agonizante.

En el momento de la descarga, sintió don Diego un golpe en el codo derecho, lo que le hizo pensar que hubiese sido alcanzado por algún guijarro. La cabalgadura estuvo lejos también de salir ilesa: acribillada á balazos, no pudo seguir corriendo, y sólo, estimulada por las espuelas del ginete, continuó galopando trabajosamente y con ritmo desigual.

Al verse en pleno campo, se creyó salvado el coronel; y notando que no empuñaba la espada, quiso levantar la diestra, pero no lo logró. Sentía en el brazo un entumecimiento extraño. Sin detenerse, cogió con la mano izquierda el miembro dolorido, y lo elevó á la altura de los ojos. Inerte y tinta en sangre la mano, y como cubierta con guante escarlata, colgaba floja y sin vida, á merced de las sacudidas de la marcha. Una bala enemiga

le había deshecho el codo de aquel brazo. Como pudo, le puso en cabestrillo, echando mano de la bufanda de estambre que llevaba al cuello, mientras la noble bestia, debilitada por las lesiones, podía ya apenas con su carga.

Entretanto, la jauría de los perseguidores seguía avanzando: oíala gritar próxima ya á su espalda. Imposible continuar la carrera; iba á ser alcanzado dentro de breves momentos. ¿Qué hacer?

Una idea se le ocurrió: arrojarse al río. Iba siguiendo sus orillas en aquel punto, con los últimos alientos que le quedaban á la cabalgadura; con sólo torcer á ésta la rienda, sería bastante para hacerla entrar en la corriente. En todo caso, era preferible perecer ahogado.

Hinchadas y furiosas las aguas por las últimas lluvias, llevaban sobre su superficie, como leves pajas, ramas corpulentas desgajadas de los árboles, y gruesos troncos desarraigados de la orilla. La hora del crepúsculo, tiñendo las ondas con tintes carmesíes, dábales la apariencia de un río de sangre, fluido y quejumbroso. Parecía una arteria rota del mundo: como si por aquel álveo estuviese fluyendo toda la sangre nacional vertida en nuestras luchas fratricidas.

Todo lo advirtió; y pensó también que nada más natural que nadar él mismo

en sangre, cuando tanta había derramado su espada, y tanta iba virtiendo de sus propias venas. Así que, volviendo la brida hacia la mugidora corriente, cayó en ella de golpe con el moribundo animal. La luz crepuscular que le hería de soslayo, proyectó sobre la superficie fúlgida y sanguinosa, su sombra agrandada, como la de un gigante caballero sobre un corcel enorme.

Ya era tiempo. En aquellos momentos llegaron á la orilla acabada de remover por las pezuñas de la bestia, numerosos jinetes ávidos de matanza, que blandían lanzas con banderolas, sables, rifles y revólvers. Lívidos, torvos, parecían fieras en pos de su presa. Vacilaron al borde del río. No querían que se les escapase el fugitivo, pero hallaban la corriente harto crecida y furiosa para entregarse á ella.

Al mismo tiempo, caballo y caballero iban luchando débilmente con el ímpetu del agua. Intentaba el coronel cruzar hacia la banda opuesta; pero la corriente no se lo permitía. Muy á poco se les vió no luchar ya: las ondas desarzonaron al jinete, que cayó pesadamente en el río; y éste, embravecido y ruidoso, arrastró consigo al hombre y á la bestia, derribados y dispersos, como simples harapos que hubiese recogido de la orilla.

Con todo, no queriendo todavía los picamuertos prescindir de su sed de exterminio, descargaron, antes de volver atrás, sus armas de fuego sobre aquellas formas náufragas y fugitivas. Los proyectiles, como leves guijarros, quebraron por un momento, al herirlo, el rojo cristal del agua, y perdieron luego calor y fuerza al abismarse en las ondas. Y la corriente precipitada continuó alejándose con aquellos pobres despojos.

## II

A la sazón, río abajo y á no larga distancia del campo de batalla, hallábase la hermosa viuda Rosalía Alvarez, acompañada de algunas de sus sirvientas, como la hija de Faraón, á la orilla del agua. Todas las tardes, á la caída del sol, acostumbraba aquella buena moza meterse en la corriente y refrescar su cuerpo de diosa con la blanda caricia de sus hondas. Aquel día, en el instante en que se disponía á despojarse de sus ropas para tomar el baño habitual, llegó á su oído el rumor de la fusilería y el estrépito de los cañones. La proximidad de esos rumores la sobresaltó; y, comprendiendo que se trataba de una de aquellas refriegas tan frecuentes en la época, se quedó

en observación, prestando oído atento al clamoreo, hasta que, al declinar la tarde, fué debilitándose gradualmente el estrépito, y no quedaron de él más que detonaciones aisladas

Pasaba la corriente tan veloz y estruendosa, que atrajo su atención. Probablemente habían caído fuertes chaparrones en las tierras más altas, y los afluentes habían llegado al cauce común pletóricos y desbordados; pues el río, dejando su caja habitual, se había derramado por sus dos orillas y cubría con su líquido rebotado, una gran extensión de la vega, ahogando entre sus ondas no escasos maizales, cuyos amarillos penachos temblaban sobre la superficie cristalina, como garzotas y cimeras de un sumergido ejército de caballeros medioevales. Una gran parte de los vallados de piedra había sido también cubierta por el agua, y los árboles corpulentos que habían crecido y engrosado cerca de la orilla, se hallaban ahora rodeados por la corriente, y retrataban sus copas enormes en las turbias ondas.

Rosalía, que era un poco romántica, y había quedado muy propensa á la tristeza desde su viudez, echó un vistazo al panorama que la rodeaba, y se llenó al contemplarle, de suave melancolía. Poníase el sol en aquel punto. Su globo enorme,

de una rojez de brasa, parecía hundirse á lo lejos en el agua amarillenta, y desde allá proyectaba sobre la corriente su imagen alargada en forma de cono, que agitaban las olas con vaivén incesante. Todo el horizonte parecía teñido de púrpura, como si los bosques lejanos, poblados de corpulentos árboles, hubiesen sido incendiados. Los sauces y los álamos de la orilla levantaban su follaje sobre aquel fondo candente; y el cielo, á través de su estructura, semejaba el interior iluminado de una catedral gótica, entrevisto por los vitrales de sus rosas y de sus ojivas.

Aquel espectáculo, cantado por el bramido del río, y por el rumor de la batalla, hizo palpitar el corazón de la viuda con una emoción pocas veces sentida, y pensó en su interior que aquella tarde no se parecía á ninguna otra, y que siempre guardaría memoria de ella. La voz de la criada la sacó de la absorción.

—¡Señora! ¡señora!, decía, vea usted.

—¿Qué Toribia?, interrogó la viuda.

—Lleva hombres y caballos muertos el río.

En efecto, al volver los ojos, notó Rosalía que bogaban en la corriente bestias y formas humanas, chacos militares y restos confusos de trapos y maderas.

—De veras, repuso estremecida, se conoce que los vencidos han querido huir, y caído en la corriente. Desgracia-

dos, por salvar la vida, han hallado la muerte. Ea, vámonos: es tarde, y no me agrada ver cosas tan horribles.

—Señora, señora, volvió á decir Toribia deteniendo á su ama, que se disponía á marcharse. Se me figura que se ha enganchado en aquel sauce el cuerpo de un hombre.

—¿Dónde?, interrogó Rosalía.

—Allá, continuó Toribia señalando con el índice un árbol próximo, en aquella rama inclinada. ¿No ve usted un objeto grande junto á la que cae sobre el río?

—Sí, repuso la viuda, me parece distinguir algo.

—¿Y si estuviese vivo ese pobre hombre? observó la criada. Parece que se mueve.

—Es difícil, repuso Rosalía. De no haber muerto de algún tiro, se habrá ahogado en la corriente.

—Bueno será que nos desengañemos. ¿Me permite usted ir á averiguarlo?

—Por supuesto, dijo la señora, que tenía buen corazón. Anda, Toribia; Dios quiera que sea tiempo de salvar á ese infeliz.

La criada se descalzó prestamente, y arremangándose las enaguas hasta más arriba de la rodilla, se metió en el agua, que estaba muy baja por aquellos sitios. Pronto llegó al sauz, y trepando ágil-

mente por su tronco, como buena campesina que era, se deslizó á lo largo de la enorme rama. Muy á poco gritó:

—¡Señora! ¡Señora! es un oficial, y parece que está vivo.

—¡Dios lo quiera! Pues ¡á sacarlo! ¿Puedes tú sola?

—No, necesito que me ayuden.

—Aguarda entonces un poco. Levántale la cabeza para que no acabe de ahogarse, mientras voy á llamar.

Y echó á correr hacia un mogote cercano, tras el cual le esperaban los mozos con las cabalgaduras. A poco volvió seguida por algunos de ellos á caballo.

Sin pérdida de momento los hizo entrar por el agua, que subió hasta más arriba de los ijares de las bestias, en auxilio del moribundo; y no sin trabajo lograron llegar al sitio donde estaba Toribia. Una vez allí, desprendieron al náufrago de la rama, y como pudieron fueron sacándole hasta la orilla, en cuyo blando césped le depositaron. Estaba tan exangüe y afilado, que, de pronto, y á la luz moribunda del crepúsculo, temieron no haber salvado de la corriente más que un cadáver; pero al fin, aplicándole el oído al corazón, pudieron observar que aún había un soplo de vida en aquel organismo.

Con ramas que los vaqueros cortaron de los árboles á machetazos, con lazos que

desataron de los tientos de las sillas y con los rebozos de las mujeres, improvisaron fácil y prontamente una camilla, en la que colocaron el cuerpo del moribundo. En seguida, y sobre los hombros de los mismos sirvientes, se emprendió la marcha hacia la hacienda.

No bien llegada á su destino la comitiva, quedó instalado el náufrago en la cama blanda y limpia de una alegre habitación.

Era mozo el moribundo de como treinta años, robusto, moreno, de nariz fina y de poblada barba. Al notar su belleza varonil y la gravedad de la herida, se avivó el interés de Rosalía por la suerte de aquel desgraciado, y tanto pesar le causó el codo deshecho, como le movió á simpatía aquel rostro no afeado por la agonía.

—Pronto, dijo, que vayan al pueblo á llamar al doctor Zárate: que venga en el acto, cueste lo que cueste.

Y salió luego de la hacienda un mozo casi á escape con dirección á la aldea.

Gozaba la viuda de gran crédito en toda la comarca. Casada con un rico hacendado en edad temprana, había enviudado antes de la madurez de la vida, en los momentos en que su celebrada belleza llegaba á la plenitud de su esplendor. Su esposo, que la había amado con

locura, y que había sido objeto de todo género de atenciones y de finezas por parte de ella (ora hayan sido dictadas por el amor, como la joven lo sostenía, ora por la gratitud y por la piedad, como otros lo pensaban), la dejó al morir todos sus bienes, como manifestación de su amor y de su reconocimiento. Rosalía, que era algo varonil y no escasa de habilidad para los negocios, había continuado por sí misma dirigiendo sus fincas de campo, y bien pronto había ganado notorio ascendiente, no sólo sobre sus sirvientes, sino también sobre sus vecinos y sobre toda la población de la aldea cercana. Juventud, belleza y riqueza son tres palancas poderosas para conmover los mundos.

Dados tales antecedentes, no debe extrañarse que el doctor Zárate hubiese acudido en el acto y como en volandas al lugar de la cita, pues tanto como le interesaba ganar buenos honorarios á la rica propietaria, le halagaba el pensamiento de ver aquellos ojazos de rizadas pestañas, aquella boquita sonriente, y aquel talle simbrador.

Esperábale Rosalía á la puerta de la casa.

—Doctor, doctor, díjole al verle tendiéndole la suave mano. ¡Un pobre oficial que recogimos á la orilla del río, y

que se nos muere! Venga usted, venga usted.

Y precediéndole en la marcha, le condujo á la alcoba del enfermo.

El doctor era casi un viejo: andaba cerca de los cincuenta años; pero tenía el aspecto de sexagenario por el visible deterioro de su persona exterior. Calvo, canoso, desdentado, cubierto de arrugas, nadie le hubiera dado la edad que tenía. Con todo, se conservaba por dentro todavía intacto, como lo demostraba por su actividad incansable, por la lucidez de sus ideas y por su amor á los placeres. Era famoso por todo eso en la comarca. Decíase que había hecho muy buena carrera en la Escuela de Medicina de la capital, y que se hubiera elevado á grande altura en el ejercicio de su profesión, á no haber sido tan afecto á Baco, Birján y Venus, á quienes rindió culto desde su adolescencia.

Con toda atención y con imponente gravedad se consagró el doctor al examen del paciente, abriéndole los cerrados ojos, viéndole las pupilas, auscultándole el pecho, palpándole el vientre y haciendo otra multitud de investigaciones minuciosas, propias del médico entendido y concienzudo. Del examen general, pasó al especial del miembro herido. El proyectil había penetrado por el antebrazo,

cerca del codo, y, caminando á lo largo del radio, había salido por el codo, destrozando las cabezas de los tres huesos que forman la articulación. Hizo Zárate muy mala cara durante la investigación, y, ayudado del estilete, se persuadió de que en el enorme agujero de la herida, andaban los fragmentos de los huesos, separados y hechos añicos. Rosalía atisbaba ansiosa la expresión de sus facciones.

—¡Y bien, doctor!—articuló la joven.

—Respecto del estado general, repuso Zárate, no hay peligro por ahora. El letargo en que se halla el enfermo, procede en parte de la gran cantidad de agua que ha bebido, y en parte de la pérdida de sangre y del agotamiento. No tardará en recobrar el conocimiento; pero vendrá el estado febril.

—¿Y el brazo? volvió á preguntar la viuda.

—El brazo está perdido, prosiguió Zárate: el proyectil ha destruído una parte del radio, y las cabezas de los otros dos huesos. Aquí, lo que convendría hacer, sería la resección del codo.

—¿Qué es eso de resección, interrogó la joven.

—La resección, repuso el doctor, consiste en la amputación de las cabezas de los tres huesos que forman la articula-

ción: el húmero, el radio y el cúbito. Es una operación larga y difícil; pero de resultados excelentes, cuando se hace bien. Desde la segunda mitad del siglo antepasado, la practicaron ya con éxito algunos cirujanos. Conserva el brazo sus músculos, con excepción del triceps, que es preciso sacrificar. Conserva también su longitud natural, sus movimientos y su fuerza, aunque con falsas articulaciones. Y se le puede doblar á voluntad, como en su estado normal. Lo único que se pierde, es la facultad de desdoblarlo. Pero cae en virtud de la pesantez, y no se nota el defecto.

—Pues haga usted eso, repuso la viuda, que no había entendido de aquel discurso pedantesco, sino que el militar podía conservar el brazo en buen estado, en virtud de la "resección."

—Imposible, repuso Zárate; es una operación muy delicada, que conozco sólo en teoría, y que no he practicado nunca. Si tuviese á mi lado algún compañero que me ayudase, podría atreverme á hacerla; pero solo no, porque suele ocasionar muy serias complicaciones.

—No, en ese caso ni pensarlo, saltó la viuda.

—Ni pensarlo, repitió el interlocutor; pero habrá que amputar el brazo. No queda otro remedio.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—¿Y si no se le amputa?, preguntó Rosalía figurándose con angustia en su imaginación la crueldad del remedio y el grave defecto en que la simpática figura del militar iría á caer careciendo de uno de sus remos: falta de simetría, manga vacía, surdez, etc.

—Si no se amputa ese brazo, repuso Zárate, se muere el enfermo.

—Piense usted, doctor. ¿No habría manera de salvarlo de una y otra cosa? No se pare usted por el gasto.

Meditó Zárate unos momentos. La perspectiva de una buena ganancia y de dejar grata á aquella joven encantadora, que tanto le fascinaba, halagábale por extremo. Hizo su composición de lugar mentalmente, analizando el caso, con las probabilidades de buen y mal éxito que podrían presentar: ó bién la resección del codo, ó bien la conservación del miembro y de la vida del paciente. Por todas partes halló obstáculos: comprendió que la transacción era imposible, y con pena tuvo que someterse á lo inevitable.

—Señora, repuso, crea que por usted sería capaz de hacer cualquier esfuerzo, y que no habría cosa que no intentara; no por los honorarios, sino por complacerla, pues no puede usted figurarse cuánto la estimo.

Zárate pensó en aquellos momentos cuán bien le vendría un matrimonio con Rosalía, tan guapa, tan rica, y tan simpática. Así que, al pronunciar tales palabras, veía á la joven con marcada insistencia; pero ella estaba tan preocupada, que no lo notó, y se figuró que aquel viejo la miraba de ese modo sólo por dar mayor énfasis al discurso.

—Pero, continuó el doctor, es imposible: no puede salvarse la vida del paciente conservando el brazo. O el brazo ó la vida: ese es el dilema.

A la joven se le rodaron las lágrimas al oir aquellas palabras, y suspirando, repuso:

—Supuesto lo que usted dice, hay que hacer la amputación.

—Eso, eso, dijo Zárate. Es lo que me aconseja mi conciencia de médico.

—¿Y cuándo será eso?, preguntó Rosalía con timidez.

—Mañana mismo, repuso Zárate, mañana mismo: no hay tiempo que perder. Hoy en la noche no me atrevo, por la debilidad del herido, y, además, porque no veo bien con luz artificial: tengo cansada la vista. Pero mañana sin falta, porque de no ser así, podría sobrevenir alguna infección, que hiciese inútil toda tentativa.

—Pues mañana mismo, repuso Rosa-

lía lanzando un suspiro; pero yo no veré eso, porque no tengo corazón para presenciar lástimas, y además, me inspira gran compasión ese pobre joven.

Zárate recibió mal aquella manifestación de interés hacia el herido; pero anteponiendo sus obligaciones profesionales á cualquier otra pasioncilla de amor propio, dictó algunas disposiciones preparatorias para la operación del día siguiente. Entretanto, lavó y vendó cuidadosamente la herida, y prescribió varios medicamentos que habían de administrarse al paciente durante la noche.

Hecho esto, se despidió de Rosalía, diciéndole:

—Hasta mañana, señora.

—Hasta mañana. ¿A qué hora vendrá usted, doctor?

—A las siete en punto: que todo esté listo para esa hora. Un minuto de retardo puede comprometer la vida del paciente.

—No tenga usted cuidado, todo estará listo para las siete.

Y montando nuevamente á caballo, se alejó el doctor con rumbo á la aldea.

## III

En efecto, al siguiente día estuvo todo listo para la operación aun antes de las siete de la mañana: la enorme mesa en

que debería ser colocado el herido, vendajes limpios y de inmensa longitud, hilas, esponjas, alfileres, todo cuanto había prescrito Zárate.

El enfermo había recobrado el conocimiento á la entrada de la noche, había preguntado dónde se hallaba y se había quejado de grandes dolores en el brazo; pero bien pronto había comenzado á delirar.

Rosalía no se había separado ni un instante de su cabecera. El oficial la había visto á través de su delirio y le había dado el nombre de madre, creyendo ser ella quien le atendía. Y la joven, satisfecha de aquel tratamiento, había redoblado sus atenciones.

Con ansia mezclada de temor, aguardaba Rosalía la llegada del cirujano, pensando con espanto en la ablación de aquel miembro ensangrentado. ¿Qué haría con él después de amputado? Sería una parte muerta de una persona viva. ¡Qué horrible! No podía quedar insepulto, porque se descompondría: era un cadáver, una fracción de cadáver. ¿Lo haría enterrar en la huerta, ó en tierra bendita? Los sentimientos cristianos de Rosalía le hacían pensar que el miembro amputado debía ser inhumado en un camposanto. Lo mandaría, pues, al cementerio del pueblo. ¿En caja ó sin caja? ¿Y como debería ser ésta? ¿Redonda, cuadrada, ancha ó an-

gosta? Tales pensamientos dolorosos é infantiles, la traían fuera de sí.

También le preocupaba por todo extremo pensar cómo quedaría el miembrc amputado, qué aspecto presentaría la herida, cómo se verían los músculos, lo: tendones y el hueso rotos y cortados, como se cubriría todo aquello después d( hecha la operación, y qué aspecto presen taría aquella parte después de operada Y se sentía llena de compasión hacia e infeliz joven que iba á quedar mutilado causándole horror que alguna vez pudie se tocarle las mejillas con el muñón cica trizado.......Pero ¿por qué se las ha bía de tocar?.......Era una loca.

En esto sonaron las siete, y el docto no llegaba. No había qué extrañarlo; ( menor contratiempo puede ocasionar a' gún retardo.

Pero pasaron minutos y cuartos de hc ra, sonaron las ocho, y el doctor seguí brillando por su ausencia.

La viuda comenzó á alarmarse; per aun esperó hasta las diez. Viendo qu Zárate no llegaba, mandó llamarle pc medio de un propio, haciéndole sab( que todo estaba listo para la operació y que sólo él iba faltando.

El mozo volvió poco después, trayer do la funesta noticia de que Zárate hab bebido toda la noche y estaba horribl mente borracho.

—¡Jesús! ¡Jesús!, exclamó la viuda retorciendose las manos y volviendo los ojos al cielo. ¡Qué atrocidad! ¡Qué infamia!

Esto lo decía la joven, porque Zárate era un bebedor intermitente, que sólo bebía de tiempo en tiempo; pero que, cuando bebía, lo hacía á toda conciencia. Sus borracheras no eran de un día ni de dos; sino de ocho, de diez, de veinte. Contaban sus amigos que algunas veces había cogido monas hasta de un mes. La regla era que Zárate bebía hasta caer enfermo. Mientras le duraba la fuerza, seguía menudeando las copas. Durante el día, salía tambaleando por las calles del pueblo, y se metía en los tendajos de peor clase; y en compañía de la gente más baja, bebía los más rasposos alcoholes. En estado de embrutecimiento, jugaba con los mozos y peones de las haciendas todo el dinero que tenía, hasta quedarse sin camisa. Ya entrada la noche, era llevado á su casa en brazos por algunas buenas gentes. Como Zárate era obsceno é intratable cuando se embriagaba, pocos amigos y clientes se le acercaban cuando le veían en aquel estado. Sobre el buró de su cama y al alcance de la mano, tenía por la noche la botella de aguardiente, y cada vez que despertaba, tomaba grandes sorbos para volverse á dormir.

Al día siguiente, tornaba á salir dando

tumbos, á repetir la escena de la víspera; y así continuaba arrastrándose con trabajo, estúpido, balbuciente, sucio, desgreñado, lagrimeante y cubierto de baba, por días y más días, hasta que venía la disentería á postrarle en cama con horribles dolores, ó llegaba el delirio "in tremens" á sacudir su organismo con horribles convulsiones y á espantar su imaginación con visiones diabólicas. Sólo entonces tenía un hasta aquí su desenfreno.

Todo esto lo pensó en un momento la viuda, al recibir la noticia de haberse iniciado uno de los intermitentes períodos de embriaguez del doctor Zárate.

—¡Qué horrible!, clamaba Rosalía. ¡Haberse embriagado anoche! ¡Y precisamente anoche, la víspera de la operación!... ¿Y cómo empezó á beber?... ¿A dónde fué?.... ¿Quién le ofreció copas?

Y así se quejaba, divagaba y conjeturaba la viuda, llena de indignación y de congoja. Pero todo era inútil, no había más que esperar. Ni pensar en acudir á algún otro doctor, porque no los había en muchas leguas á la redonda. La revolución los había ahuyentado, ó los había hecho ingresar á las filas de los combatientes.

¿Pero daría tiempo el estado del militar para aguardar tantos días? Hé aquí el

problema. No, no lo daría: Zárate lo había dicho: ó era amputado el brazo, ó se moría el herido; no cabía otra solución.

—Malvado, clamaba la viuda pensando en el doctor. Su borrachera es un crimen. Si el enfermo se muere, será por culpa suya. Esa desgracia caerá sobre su conciencia.

Pero con esas reflexiones ó maldiciones, nada remediaba.

La situación siguió inmutable todo ese día, aunque con la agravación de que por la noche subió la calentura del enfermo y aumentaron sus dolores.

Rosalía no se atrevió á quitar el vendaje, temiendo no acertar á ponérselo de nuevo, y se limitó á continuar administrando al paciente los medicamentos prescritos el día anterior.

Así pasaron cuatro días, seis, ocho..... A las dos semanas, la situación se hizo insostenible. El enfermo estaba verdaderamente loco de fiebre y de dolor, pedía á voz en cuello una pistola para matarse y profería amenazas y blasfemias. El brazo columbrado entre las vendas arrolladas y sucias, estaba horriblemente hinchado y amoratado; daba horror á la simple vista.

Entretanto, no cesaba de llorar Rosalía, mandaba mozos al pueblo de día y de noche á informarse de la borrachera de

Zárate, y había escrito á varias personas influyentes suplicándoles interviniesen en el caso é impidiesen que continuase el doctor bebiendo de aquel modo. Y aun llegó á escribir al presidente municipal suplicándole por todos los santos del cielo encarcelase al ebrio para poner punto á su borrachera. Pero todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos, porque nadie quería enemistarse con Zárate, y el presidente municipal declaró que no estaba en sus facultades encarcelar á un hombre por vicioso, si no cometía escándalo ni delito.

No había esperanza.

En tal virtud, la desolada Rosalía se resolvió á romper el vendaje, siquiera para proporcionar consuelo al paciente, á fin de que pudiese morir un poco tranquilo.

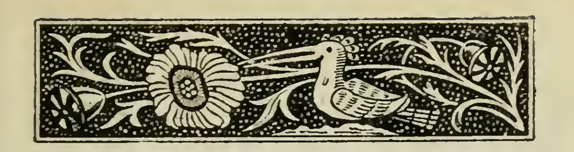
Al aspecto de aquel miembro abotagado, denegrido, deforme y lleno de pus obscuro y pestilente, sufrió un vahido la buena mujer; y como pudo, con agua de malvas, gordolobo y otras hierbas calmantes, labó y aseó aquellas carnes repugnantes y doloridas. Y envolviendo después el brazo en lienzos limpios y suaves, se alejó llorando del aposento, resuelta á no visitar más al moribundo, para ahorrarse la pena de verle sucumbir sin auxilio ni remedio.

## IV

El resultado de todo fué que el Coronel don Diego Izábal, á quien ya habrá reconocido el penetrante lector en la persona del herido, no sólo salvase la vida, sino también el brazo. No se sabe cómo los huesecillos rotos y disgregados, que con el estilete había palpado dentro de la herida el doctor Zárate en absoluta dispersión, se juntaron y apretaron de nuevo. El caso fué que Izábal se levantó de la cama, y que, aunque con el codo anquilosado, pudo seguir haciendo uso de aquel miembro, y escribir, saludar, y hacer otros menesteres tan útiles como interesantes.

Uno de ellos fué el de casarse poco tiempo después, con nuestra conocida la caritativa y hermosísima Rosalía, y no ciertamente "con la mano izquierda."





# Suprema Fineza.

A Francisco Sosa.

## I

La noche estaba hermosísima, era una de aquellas plácidas de octubre, que son tan celebradas en Citala. El cielo inmenso se ostentaba limpio, sin una nube, sin el más leve vapor que empañase su cristal, y la casta Diana, más blanca y brillante que la nieve, bogaba por el espacio, como barca de luz en un océano diáfano y puro. Eran las altas horas de la noche; no circulaban traseuntes por las desiertas calles, y las puertas y ventanas de las casas, estaban bien cerradas. Parecía una aldea encantada, petrificada; ó bien, una

Pompeya exhumada, de población olvidada y desaparecida.

Sentíase que aquella soledad y aquel silencio eran propicios á los amores. Los enamorados del lugar, al influjo de la beatitud ambiente, acostumbraban pelar la pava, como suele decirse, por la reja, á las altas horas de la noche. Después de la cena, cuando el papá y la mamá daban la señal del descanso, obedecía la damita y pasaba hipócritamente dos ó tres horas en su cuarto fingiendo dormir; pero tan pronto como el sonoro roncar de sus progenitores hacía temblar las paredes domésticas, deslizábase sin zapatos y en medias, para no hacer ruido, á través de la alcoba paterna, abriendo cuidadosamente las puertas, cuyos goznes había aceitado por el día para que no murmurasen, y, llegando á la sala que daba al exterior, entreabría la ventana, y, sin más testigo que la casta diva, ni más líneas de separación que el espesor ininterrumpido de las rejas, se entregaba á regalados coloquios amorosos con el predilecto de su corazón. A la mañana siguiente, negábase la desvelada damita á levantarse temprano, pretextando un sueño invencible de clorótica; y, ya casi al sonar las doce, dejaba el lecho y tomaba con desgano el desayuno primero y á poco la comida, con una falta de apetito que alarmaba á sus deudos en alto grado. Entre

tanto, el médico de la casa recibía informes penosos sobre la salud de la niña: adolecía de una falta de apetio mortal, dormía catorce horas diarias, estaba descolorida y ojerosa, y no tenía alientos para nada. Y la quina Laroche, el hierro dializado y la emulsión de Scott andaban al trote por aquella casa, sin que la virgencita pálida recobrase sus colores, ni dejase de tener círculos obscuros en derredor de los ojos, ni durmiese menos que una marmota. ¡Oh, si la luna hablase!

## II

Una de esas noches, pues, digna de despavilar á los druidas y de ser cantada por un coro de Norma, acudió Filiberto Leal á la una de la mañana, á la cita que Angela Castillo le había dado para que charlasen por la reja. Filiberto era un joven trabajador y honrado á carta cabal, y sin otro defecto que el de ser extraordinariamente exaltado y vehemente. Debido á eso, sus amigos le apodaban de loco. No podía explicarse de otra manera el arrebato, la furia verdadera con que se entregaba á cualquier sentimiento. Para él no había términos medios: ó amaba ó aborrecía, ó reía ó lloraba, era soberanamente feliz ó extraordinariamente desgraciado. Angela, su adorado tormen-

to, era de carácter diametralmente opuesto al suyo. Alegre y frívola, pasaba la vida en chacoteos, donaires, fiestas y carcajadas. Filiberto había tomado por lo serio sus amores; para Angela eran asunto de pasatiempo. Tener un adorador, verse seguida por él á todas partes, recibir cartas perfumadas, y encontrar á diario flores en la ventana, como si fuera el altar de una diosa; triunfar entre sus amigas al verse objeto de culto fervoroso, y engreírse con la idea de que había quien la quisiese con locura, mientras ella conservaba aquel grado de equilibrio mental llamado ecuanimidad por los filósofos, era para ella un deleite tan grande, que la ponía fuera de sí. Tanto más cuanto que, á pesar de las relaciones que sostenía con Filiberto, no se privaba de ir soltando por donde caminaba, botafuegos de miradas, sonrisas encantadoras, ó comprometedoras frasecillas, que los mozos más guapos del pueblo recogían y se apropiaban, como los cortesanos de Ana de Austria las perlas de Buckingham.

Eso era precisamente lo que Filiberto no podía tolerar, y hacía que sus amores con Angela, á pesar de la alegre juventud de los protagonistas, tuviesen más de drama que de idilio. No hubo vez que hablasen los jóvenes por la ventana, que no fuese su conversación una borrasca. Siempre tenía él quejas contra

ella; y las exponía con tal calor y con tan grande arrebato, como si se tratase del caso más espeluznante de infidelidad pintado por Tamayo y Baus, ó por los dos Dumas. Pero ella le escuchaba con mohín casi burlón, sin tomarlas por lo serio, y daba explicaciones superficiales sobre lo ocurrido, concluyendo por cegar y aturdir á Filiberto, echándole á los ojos el polvo de oro de sus gracias, y tapándole materialmente la boca con la blanca, tibia y satinada mano.

Así terminaban las requisitorias de Filiberto, por el encantamiento, y no por la persuasión; de suerte que el malestar y las pasiones del joven seguían gritando en su corazón, como los canes que á la voz del amo dejan de acometer al extranjero, pero no de gruñir ciléricos y desconfiados.

De algún tiempo atrás, habría Filiberto reconcentrado sus alarmas en la frecuencia con que trataba su amada á un joven escribiente del Juzgado, llamado Calixto Mendoza. Era Calixto un muchacho alegre y bullanguero, que andaba siempre de fiesta, rasgueaba la guitarra y bailaba como una peonza. Su carácter jubiloso y chancero, sus maneras desenfadadas y su conversación chispeante y graciosa, le granjeaban de continua el favor del bello sexo; y donde quiera que llegase, visita, banquete ó tertulia, era visible la ale-

gre y favorable acogida que le dispensaba el bando femenino. Para todo servíale de vehículo la vihuela, porque la pespunteaba con donaire, y no sólo acompañaba con ella sus propios cantos, melancólicos ó alegres, sino los de todas las muchachas que sabían soltar la voz; y hasta solía formar dúos con ellas, sirviendo su acento grave y profundo, para subrayar los acentos cristalinos y dulcísimos de las primas donnas.

Ultimamente, habíase dado con bastante frecuencia el caso de que Angela y Calixto cantasen juntos en las tertulias. Y como lo hacían á maravilla y se armonizaban perfectamente sus voces, no había reunión en que no les pidiesen la ejecución de aquellos dúos, que todos aplaudían y que tanto hacían rabiar al nervioso Filiberto. Y siempre, después de tales exhibiciones de arte, cuando Angela y su novio hablaban por la reja, había entre ellos escenas violentas, en las cuales éste se quejaba, amonestaba, suplicaba y lloraba; y aquélla se enfadaba, ó reía, ó bien, sin comprometerse seriamente á cosa alguna, acababa por reducir al silencio al desgraciado joven, por medio de halagos y de mimos.

## III

La noche á que nos referimos, estaba destinada á ser de trascendencia en los

amores de los jóvenes. Pocas horas hacía, había concluído una tertulia en la casa del Juez de Letras, y allí, como de costumbre, Angela se había mostrado frívola y casquivana. Las dos horas mortales que había durado la reunión, habían sido de cruel martirio para el pobre Filiberto. Aunque novio titular de la joven, había representado un papel secundario en la fiesta; porque el mismo efecto profundo que á aquélla tenía, daba tal gravedad á su rostro, á sus maneras y á su acento, que en cierto modo chocaba con la ligereza y con el júbilo de los saraos y pasatiempos á que concurría. La palma se la habían llevado los más desenfadados, graciosos y alegres; y en el coro que ellos formaban, y no en el rincón donde se ocultaba Filiberto, había sonado constantemente la voz risueña y jacarandosa de Angela, quien había tenido donaires y sonrisas para todos, menos para su novio. El despecho y la cólera del joven llegaron á su máximum al final de la tertulia, con motivo del dúo, que como de costumbre, fué cantado por Angela y Calixto. A Filiberto le parecieron apasionadísima la letra y candente la música de aquella pieza. Los cantantes se habían lucido tanto, y habían cantado con tal expresión y maestría al interpretarla, que la reunión había aplaudido á rabiar, y los había obligado á "bisarla."

Cuando Filiberto salió de la tertulia, apenas podía respirar, y se sentía enfermo, nervioso, exasperado. Había creído observar que Angela y Calixto se habían dirigido mútuamente las palabras de la canción, que las modulaciones de su voz habían brotado caldeadas por el fuego de su pecho, y que, mientras cantaban, se habían visto con ojos amorosos, completando así el profundo sentido de la letra y de la música que tenían en los labios. Había pensado provocar á Calixto, resuelto á quitarlo de en medio, ya fuese por la intimidación, ó por la violencia; pero sus amigos le habían hecho presente, que nada de todo eso había habido en aquel concierto de voces, y que sólo su suspicacia y su humor sombrío habían podido encontrar cosa censurable en esos pasatiempos. Resuelto á ser prudente, aunque á duras penas, pensó, pues, tentar una vez más los medios persuasivos que hasta allí habían sido ineficaces, para convertir á Angela en joven grave y sesuda.

Obra de las doce de la noche, hallándose apostado en la esquina de la casa de su novia, oyó el leve ruido de los cristales al abrirse, y vió á la luz de la luna la airosa silueta de Angela dibujarse entre las rejas. Luego voló á la ventana, y sin más preámbulo, dió rienda suelta á su enojo.

—¿Qué te has propuesto, Angela?, dijo.

—¿Con qué?, interrogó ella friamente.

—Con lo que haces.

—¿Qué hago?

—Ponerme en ridículo.

—¿Con qué?

—Coqueteando con todo el mundo.

—¿Yo?, preguntó la joven como si se tratase de cosa nueva y sorprendente.

—Sí, tú.

—¿Pero con quién?

—Con todos, grandes y pequeños, solteros y casados.

—¡Jesús!, ¡Jesús! ¿Te has vuelto loco? Vienes muy enfadoso. ¿Te ha dado hoy el ataque de nervios?

—No te burles, Angela, te hablo seriamente.

—Pues seriamente te digo que eres muy ridículo. ¿No sabe mi Filiberto que sólo á él lo quiero?

Y diciendo esto, sacó la pequeña mano por entre las rejas, y cogiendo el bigote castaño del joven, le dió delicados tironcitos. Filiberto sintió como un golpe eléctrico, y casi se olvidó de lo que iba diciendo; pero era tan honda su rabia, que se sobrepuso á su emoción, y continuó secamente:

—No, Angela, ahora no me dejaré envolver como las otras veces. Estoy resuel-

to á que arreglemos nuestros negocios definitivamente, como deben de quedar.

—Válgame Dios, señor, ¡qué malo vienes!

—No lo soy, pero me vas á hacer malo, porque tu conducta me hiere tanto, que soy capaz de hacer un disparate.

—¡Huy! ¡Me da miedo!, exclamó Angela con tono zumbón.

—No te burles, no te rías, rugió Filiberto cogiéndose de las rejas como león enjaulado.

—¿Sabes que ya me voy enfadando?, repuso la joven con tono de disgusto.

—Pues más enfadado estoy yo, repuso Filiberto.... ¿Por qué has cantado con Calixto? ¿No te lo he prohibido mil veces?

—¿No viste cómo me lo rogaron? ¿Qué querías que hiciera?

—Darme gusto: no cantar.

—¡Sólo que hubiera sido tan grosera!

—¿De suerte que todo el mundo está primero que yo? ¿A todos atiendes menos á mí?

—No digo eso; pero no puedo ser mal educada.

—Pues aunque lo fueras, dijo Filiberto con vehemencia, aunque lo fueras. Tienes que complacerme, porque eres mi novia, porque dices que me quieres, y porque te quiero tanto.... tanto.

—Pero tienes unas cosas tan.....

—¿Cómo? ¡Dilo!

—¡Tan extravagantes, tan inaguantables!.....

—¿Con que sí? Pues mira, Angela, te prohibo terminantemente que vuelvas á cantar con Calixto.

—Está bien, señor padre.....

—Angela, Angela, no te rías de mí; me exasperas.

—Cálmese usted, señor.

La cólera cegó á Filiberto.

—No, no te has de burlar de mí, exclamó; no te lo permito.

—¿Y qué vas á hacer?

—No sé, á matar á Calixto, á matar á los que se te acerquen, á matar á todos aquellos con quienes seas coqueta.

El rostro de la joven se tornó torvo y serio al escuchar tales palabras; las comisuras de su boca se elevaron y contrajeron con la expresión de un supremo disgusto.

—¿Y qué derecho tienes para eso?.... Francamente, Filiberto, estoy enfadada de tus genialidades. No quieres que vea, no quieres que hable, no quieres que me mueva. Todo lo que hago te parece mal; no puedo darte gusto en nada.

—Porque no quieres, porque no te da la gana, porque gozas con estarme matando á pausas.

—Yo no gozo con nada; lo que hago

es aburrirme. Estoy cansada de tí; no nos entendemos. Y lo mejor será....

—¿Lo mejor? ¿lo mejor?, repitió Filiberto sorprendido del giro que tomaba la conversación, y sabiendo apenas lo que decía.

—Lo mejor será que rompamos nuestras relaciones. No somos el uno para el otro. Busca otra mujer que te obedezca como esclava; yo no puedo.

—¿Qué estás diciendo, Angela?

—Que esta será la última noche que nos veámos, que lo dicho por no dicho, y que tú y yo quedamos libres para hacer lo que nos dé la gana..... Mañana te mando tus cosas.

Diciendo esto, se retiraba Angela de la reja. Filiberto logró asirla por una mano y la retuvo.

—¿De suerte que no me quieres?, le preguntó con exaltación.

—¡Suéltame!, dijo ella pugnando por desasirse.

—¿No me quieres?

—¡Suéltame!

—Hasta que me respondas. ¿No me quieres?

—¡No!, concluyó la joven logrando al fin soltarse y desapareciendo.

## IV

Salió el joven de su casa la noche siguiente, como de costumbre, á eso de las ocho, hora en que solía pasar frente á las ventanas de Angela, quien en otro tiempo, "cuando Dios quería," se daba mañas para interrumpir la cena, salir un momento á la reja y cambiar con Filiberto algunas palabras, una sonrisa y un apretón de manos.

Filiberto sabía apenas de sí. Había pasado una noche y un día horribles, sin dormir, ni descansar; conjeturando, recordando, llorando, amenazando, rogando. En un momento se había desplomado el cielo sobre su cabeza; en un momento lo había perdido todo. Angela llenaba su pensamiento, su corazón, su pasado, su presente, su porvenir. Faltando ella, faltaba la clave del arco de su vida, el cimiento de la torre de sus sueños, la luz de sus ojos, el calor su sangre. No tenía programa para después.. ¿Para qué luchar? ¿Para qué seguir viviendo? Todo eso carecía ya de objeto. ¡Había formado tantos proyectos de dicha! Había comenzado á preparar la casita que hubiera debido ser el nido á sus amores, y había hablado ya á algunos amigos para que le sirviesen de testigos en su matrimonio. Ahora todo era inútil. A la hora menos

pensada, cuando nada parecía anunciar el desplome, había sobrevenido la ruptura rápida, irremediable......

De pronto, al separarse de la reja, donde tuvo con Angela el último coloquio, había alimentado la esperanza de que todo pudiera arreglarse de nuevo, y de que la joven, pasado el arrebato, volviese sobre sus pasos. Pero se había equivocado. Por la mañana, muy temprano, Angela le había mandado cartas, retratos, relicarios, anillos, pelo, flores, y todo cuanto de él tenía. Filiberto le había escrito una carta muy tierna, rogándole revocase la sentencia, y ofreciéndole ser más razonable en adelante. En ella había vaciado el corazón, y hasta había llorado al escribirla.... ; tanto que en el papel iban letras medio borradas por rondeles de lágrimas. Pero Angela había contestado verbalmente con el mensajero, "que todo estaba definitivamente concluído entre ellos, y que era inútil su insistencia." Y lo más doloroso de todo, lo que más hondamente había lastimado al joven, era que Angela ni siquiera hubiese leído su carta, que se la hubiese devuelto cerrada ¡No había querido oír las últimas palabras de su cariño, se había negado á escuchar la postrer plegaria de su corazón! Estenuado por el insomnio, por el dolor y por aquel trabajar constante de su cerebro, apenas sabía lo que hacía, y por dónde

andaba. El institnto y la costumbre habíanle llevado á la calle donde habitaba la ingrata, y sólo al pasar frente á sus rejas, se dió cuenta de donde estaba. Vió la fachada que le era tan conocida, analizó su arquitectura detalladamente, encontrando significado y tristeza en cada uno de sus detalles; y vió á través de los cristales y de los visillos las luces de la sala, y aun percibió formas confusas agitarse por la parte de adentro. Levantó luego los ojos al cielo y vió la luna redonda, blanca y clara, brillando en el espacio con luz apacible, pero fría é indiferente. Y recordó las incontables citas que á la luz de aquel astro había tenido en las ventanas cerradas ahora para él, con la mujer que tanto amaba, con aquella á quien había dado el alma y la vida. Vacilante, se apoyó en el muro frontero, y doblando la cabeza sobre el pecho, se echó á llorar.

En aquellos momentos, llegó á sus oídos el confuso acompañamiento de una guitarra. A poco, en el silencio de la noche, sonó un canto. Era la popular poesía de Zayas Enríquez, "Primaveral," cara á los enamorados, y que un artista anónimo ha exornado con música ardiente y melancólica, propia del trópico, de la juventud y de la pasión. Y percibió claramente sus versos:

¿Te acuerdas niña, de aquella tarde,
Cuando en el bosque de los naranjos
Juntos tú y yo,
Mano entre mano, nos dirigimos
Hacia el estanque donde sus luces
Quebraba el sol?

Allí encontramos una piragua,
Que se mecía como nenúfar
En onda azul;
Nos embarcamos, tomé los remos,
Y hendí las ondas, mientras cantabas
Mis trovas tú.

Así llegamos bajo las ceibas;
Allí callastes, y yo los remos
Dejé caer;
Tú, soñadora, miraste el agua,
Yo, apasionado, miré tus ojos,
Caí á tus pies.

—¿Me amas?... te dije con voz muy
(queda;
Mas tú, bien mío, no respondiste
Ni sí, ni no.....
Pero en tus ojos encontré escrita
Repuesta amante, como la ansiaba

Mi corazón.
¡Sitios amenos, horas sublimes
Que á mi memoria volvéis radiantes
De amor y luz,

Entre las ráfagas de mis recuerdos
Flotáis hermosos, como nenúfar
En onda azul!

Angela y Calixto cantaban: grave la voz de él, argentina la de ella; aquélla como acento de león, ésta como arullo de paloma. Parecióle á Filiberto que eran dos reclamos amorosos: rudo el uno, suplicante y tierno el otro; que era el llamamiento de dos corazones, de dos naturalezas, de dos almas. Figurósele ver á Angela: morena, de negra cabellera, de ojos fascinadores, de gracia sin igual, enviando, al compás del canto, cernidas por sus luengas y rizadas pestañas, miradas apasionadas á su compañero, y envolviéndole en los efluvios de aquella belleza enloquecedora, que no cesaba de ver en su imaginación, y que había creído sería suya para siempre. Una oleada de cólera subió de su corazón á su cabeza, y le obscureció los objetos; corrió por sus venas como torrente de lava, precipitó sus pulsos, é hizo temblar como azogados todos sus miembros.

No supo de sí. Echó mano al revólver, y de un salto llegó á la puerta de la casa. Empuñó el grueso aldabón y lo hizo sonar con estrépito. Una mano entreabrió la puerta; por ésta se introdujo como una racha, y sin detenerse, se precipitó

en la sala. En medio de la reunión, sus ojos febriles distinguieron á Angela y á Calixto. No vió más.

—¡Infame!, gritó, ¡ingrata! Y levantando el arma, apuntó á la joven y oprimió el fiador.

Partió el tiro, se llenó de humo la estancia, sonó un grito agudo, y se vió á la joven vacilar y desplomarse de su asiento.

Y antes de que los concurrentes se hubiesen dado cuenta de lo que pasaba, cayó de rodillas Filiberto, llorando á los pies de su víctima y besándole las frías y pálidas manos.

Otras airadas y robustas lo sujetaron, lo estrujaron y lo golpearon. Voces indignadas le llamaron asesino y miserable. El no pronunció una palabra, ni opuso resistencia, y se dejó entregar á la justicia lívido, magullado, y con las ropas hechas girones.

## V

La causa de Filiberto fué vista en jurado. Le defendió un abogado joven,. de talento y elocuentísimo, quien logró persundir al tribunal popular, de que su defendido era un desequilibrado. Médicos y testigos habían declarado que aquel joven había adolecido siempre de una exci-

tabilidad enfermiza; que tenía acessos extravagantes de risa y lágrimas; que todo lo tomaba con pasión exajerada; que todo lo veía abultado y deformado; y que siempre había inspirado miedo su exaltación.

Tales hechos, unidos á la naturaleza del impulso que le había determinado á herir á su novia, amortiguaron por modo extremo la indignación pública, que á raíz de los sucesos se despertó contra él. El amor vuelve locos á los hombres, ciega á los más prudentes, arma á los más tímidos, convierte en fieras á las ovejas, y es capaz de incendiar el mundo. ¡El amor! ¿Quién no lo ha sentido? ¿Quién no sabe que es dominante, subyugador y tiránico? ¿Quién de vosotros puede responder de que, bajo el encanto ejercido por una mujer incomparable, no sea capaz de cometer las mayores locuras..... crímenes tal vez? ¡El que esté limpio de vosotros, que tire la primera piedra! Pero si no lo estáis, no seais demasiado severos con el hombre que ha sido víctima de esa pasión arrolladora, irresistible, omnipotente; antes bien, tenedle compasión. ¡Y así no os arrebate su tempestad como á leves aristas!

La herida de la víctima fué grave, mortal. La recibió ésta en medio del pecho y estuvo á punto de costarle la vida; pero se salvó al fin, y ahora aquella joven

hermosísima, gala y ornato de Citala, con el color de las rosas en las mejillas y con el brillo de la juventud en los ojos, sigue deslumbrando á cuantos la rodean, como el sol á cuantos le miran.

Así dijo el joven y elocuente abogado, el día en que se reunió el tribunal popular para fallar la causa de Filiberto. Muy aplaudido fué el orador, y varias veces fué interrumpido en medio de su discurso por las aclamaciaciones de los circunstantes. Las personas sensibles que asistieron á la sesión, lleváronse el pañuelo á los ojos en los períodos más patéticos de la peroración, y en su fuero interno absolvieron á aquel guapo mozo, que, no por perversidad, sino por cariño, no por ferocidad, sino por pasión desbordada é incontrastable, había atentado contra la vida de la mujer que quería sólo para él. Y los graves jurados, (sastres, panaderos y sombreros honradísimos y sencillos) hondamente conmovidos también, sollozantes casi, dieron un veredicto unánime de inculpabilidad en favor de Filiberto......

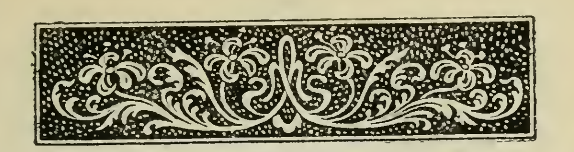
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No bien salido el reo de la prisión, cayó en los brazos de Angela, que le aguardaba á la puerta del tribunal.

Poco despues se casaron los dos jóvenes.

Angela, insensible á las ternezas, flores y músicas con que Filiberto había pretendido ganarle el corazón, no había podido resistir á la suprema fineza con que aquel había interrumpido su dúo con Calixto.





# Orvañanos.

Al Sr. D. José María Vigil.

I

Cual péndulo de reloj descompuesto latía el corazón de don Salvador Orvañanos, cuando llegó á la pobre casita del viejo inválido don Indalecio Troncoso, situada casi en las afueras de la ciudad. Poco adelante verémos cuáles eran los poderosos motivos que tenía para acercarse palpitante de emoción á aquella morada.

La familia Troncoso era muy reducida; se componía del viejo don Indalecio y de su hija Balbina, de diez y ocho primaveras. Troncoso había sido soldado de la República durante la invasión ame-

ricana, y en Churubusco perdió las dos piernas. Incapacitado para seguir la carrera de las armas y aun para ganarse la vida con facilidad y desahogo, se acogió á la munificencia oficial, que le concedio justiciera una asignación anual "de doscientos cuarenta duros," ó sean veinte pesos mensuales. Con esto no le bastaba al pobre hombre, como suele decirse, ni para santiguar el puchero. Es verdad que algo se ayudaba sacando copias de borradores, que solían enviarle a casa abogados y notarios amigos; pero también es cierto que aquellas entradas extraordinarias eran muy eventuales y exiguas, pues, á razón de cincuenta centavos por pliego escrito de papel ministro, que era como se lo pagaban sus favorecedores, nunca pudo terminar más de uno al día, por lo mucho que le cansaba tener el busto en pesada gravitación sobre la mesa y sin contrapeso de miembros inferiores para sostenerlo. Ultimamente, como estaba ya viejo, comenzaba á ver mal y á sentirse trémulo, por lo que sus antiguos clientes dieron muestras claras de abandonarlo, en razón de que su escritura iba tornándose imperfecta y tenía perfiles en zis-zas, como la luz de las centellas. Con esto, fué haciéndose la situación de D. Indalecio más precaria, triste y desesperado todos los días; tanto más cuanto que no había que esperar que la vejez dejase

de seguir avanzando, ni que la mano recobrase la perdida fuerza, sino antes por el contrario, que temer que, acentuada la ancianidad, siguiese cargándose su vista de sombras y tornándose á cada momento más intensa la parálisis agitante de su pulso.

Estas consideraciones eran las que traían fuera de sí y afligidísima á la pobre Balbina, quien tenía verdadera adoración por su padre, y hacía lo imposible por servirle al pensamiento, y porque nada le faltase.

Era hacendosa como pocas. Dios la había criado para las labores domésticas. Aun no perdía los dientes de leche, cuando se desvivía ya por desempeñar diferentes faenas, ora arreglando las camas, ó bien llevando y trayendo platos de la cocina al comedor, ó bien barriendo los suelos. A los diez años de su edad, se había hecho cargo de la casa, y ya desde entonces corrió con todos los quehaceres domésticos, sin permitir que hubiese servidumbre en la casa, tanto por principio de economía, como para hacerlo todo por sí misma. De suerte que barría la calle de madrugada y la casa más tarde, compraba las provisiones, y cocinaba, y cosía; y aun le sobraba tiempo para servir á don Indalecio personalmente, llevándole el chocolate á la cama, guisándole manjares apetitosos, leyéndole periódicos y libros y

amenizándole la vida con afectuosa conversación, solicitud delicada y cantos, risa y esplendores de hermosa juventud. Todo esto hacía que Troncoso la amase con delirio, y la viese como su providencia en la tierra. Y como se las daba de leído y algo literato, llegó cierta ocasión á decirle entre bromista y sollozante:

—Yo soy un nuevo Edipo y tú una segunda Antígona.

—¿Quiénes son esos señores, papá?, preguntó Balbina.

— Eran, niña, no viven; existieron hace miles de años.

—¿Dónde?

—En Grecia. Edipo era rey de Tebas, y Antígona, su hija, una princesa.

Balbina abrió los ojos con pasmo: no hallaba la conexión que pudiese haber entre un rey y el mísero don Indalecio, y entre una princesa y ella, tan pobre y obscura. Troncoso la sacó del asombro.

—Vas á ver, agregó, en qué nos parecemos á esos personajes. Edipo perdió el reino, cegó y quedó convertido en mendigo. Y Antígona le siguió á la miseria, acompañándole por todas partes y prestándole el apoyo de su juventud y de su cariño.

El viejo inválido se enterneció al pronunciar estas palabras, pensando en sí

mismo y en su hija, y continuó con la voz trémula:

—Por eso es vista esa bella princesa como el emblema de la piedad filial, y ha sido cantada por la poesía y sublimada por el arte; por eso ha venido á ser objeto de la veneración, de la ternura y del amor de las generaciones; por eso hace su solo nombre palpitar de emoción los pechos generosos.

—Pero, papá, replicó Balbina mortificada por el elogio, ¡cómo he de parecerme á Antígona, si no hago nada por tí!

—Lo que haces por mí, exclamó el viejo, es sostenerme en tus brazos, como si fuese una criatura, y mantenerme la vida, á fuerza de cariño y de bondad.

No pudo continuar don Indalecio al llegar á este punto, porque le ahogaba la emoción y estaban próximas á saltársele las lágrimas; pero tan pronto como se repuso, concluyó diciendo:

—Dios te pagará todo, hija mía, porque hay allá arriba un ojo que todo lo ve y una balanza que todo lo pesa, y cuando pasa esta vida mortal, tan llena de sobresaltos y de amarguras, la justicia eterna premia á los buenos con recompensas espléndidas. Pido á Dios con todo el corazón te dé una dicha muy grande. no sólo en su reino, sino también en este mundo, porque mereces las dos glorias.

El coloquio concluyó, en medio de las

protestas sinceras de Balbina, con una escena tierna y encantadora de caricias cambiadas entre el padre y la hija.

## II

Don Salvador Orvañanos era un anciano de sesenta y tantos años, aunque todavía entero y guapo á su modo. Alto, delgado, recto como un huso, tenía el andar garboso y ligero de la juventud. Llevaba el rostro afeitado, como el de un cuáquero, y sus facciones limpias y serenas, mostraban pureza excepcional de líneas: frente ancha, cabeza calva y reluciente como esfera de marfil, cercada de níveas canas, ojos graves y de mirar bondadoso, nariz fina y recta, boca de labios risueños y dentadura pareja y blanca. Don Salvador era muy cuidadoso de su persona, y, además de andar constantemente limpio y oloroso á jabón, llevaba camisas inmaculadas y trajes de paño fino y corte esmerado. Desde que había pasado los cincuenta años, había adoptado cierta indumentaria grave y correcta, que no cambiaba nunca, á pesar del ir y venir de las modas. Vestía eternamente de negro, y aprisionaba el talle todavía esbelto, en levitas abotonadas hasta la barba. Bajo ella se ostentaba el nítido cuello de la camisa, alto, duro y

cerrado, á la costumbre de los ingleses. Así, al verle caminar por las calles, cubierta la cabeza por sombrero de copa, y llevando en la mano una caña de bambú con puño de oro, cualquiera le hubiese tomado por un gran diplomático ó por algún político de fuste, pues su tipo y apostura sugerían cierta vaga idea de Guizot ó de Merimée.

En realidad, era un negocionte de respetable fortuna. Heredó de sus padres corto caudal, pero se consagró empeñosamente á fomentarlo, y emprendió uno tras otro diversos negocios, ya agrícolas, ya mercantiles ó industriales, con próspera fortuna. Y el resultado de todo había sido que, al llegar al medio siglo de su edad, se encontrase poseedor de más de un millón de duros en tierras, edificios y valores de todo género; lo que le producía una renta cuantiosa.

Su absoluta consagración á los negocios y una como timidez que le inspiraba el bello sexo, habíanle privado de los goces amorosos durante su larga vida; y aun posible es que la verdadera causa de su celibato más que semisecular, haya sido el no haber encontrado en su dilatada carrera una mujer que hubiese sabido tocar los ocultos resortes de sus sentimientos. Así pasó la existencia, como absorto y distraído, sin apartar el pensamiento de las arduas cuestiones que

entrañaba el incremento de su hacienda; hasta que de pronto, el día menos pensado, se dió cuenta de haber perdido sus mejores años en atenciones secundarias, descuidando el asunto más importante, el de su íntima dicha. Sólo que cuando reparó en este olvido y echó de ver la soledad y la tristeza de su vida, notó á la vez que había encalvecido, que la escasa cabellera que le quedaba parecía formada por hilos de plata, y que su piel floja y marchita, mostraba en frente y mejillas, las tristes huellas de los años. Entonces deploró amargamente la incuria de su juventud, y lanzó un ¡ay! tardío á los tiempos bañados de sol y poblados de músicas, en que su pensamiento era un ensueño y su corazón un ave misteriosa que cantaba el himno de la esperanza. Pero, ¿qué hacer una vez caído en la sima de la vejez helada y obscura? ¿Cómo reconquistar el tiempo perdido? Los instantes son irreparables. Cada uno de ellos tiene alas ligerísimas, y todos en hilera salen de lo desconocido para despeñarse en lo ignorado; los unos en pos de los otros, como queriendo alcanzarse, pero sin lograrlo nunca.

As se sentó Orvañanos á la vera de su vida, como el caminante que á la orilla del río se abisma en la contemplación de sus rápidas ondas, y se llena de melancolía al verlas brillar, pasar y ser substituídas

por otras, de igual modo inquietas, fugaces de igual modo. Y su contemplación le ponía á cada paso más triste, y le tornaba más viejo á cada momento, como los saúces que, á fuerza de ver el agua fugitiva, llegan á tocarla con sus lacias frondas, semejantes á cabelleras destrenzadas.

Tal era la situación de su ánimo, cuando conoció á Balbina y al mutilado Troncoso. Fué la joven á verle cierto día, solicitando en arrendamiento la casita lejana que ahora ocupaban ella y su padre; y su sola presencia, su acento, su actitud modesta y sencilla, impresionaron vivamente el corazón del anciano. Por de contado que Orvañanos accedió á cuanto quiso y solicitó la nueva inquilina: renta baja, reparaciones, mejoras y exensión de fianza. Y aun se excedió don Salvador en lo que respecta á concesiones, pues, aparte de las reparaciones convenidas, hizo otras de mero ornato, como renovar la pintura de piezas y corredores y aun tapizar con bonito papel la salita, el comedor y la alcoba.

Esas obras proporcionaron oportunidad al viejo célibe para ir frecuentemente á la casa de Troncoso, con quien trabó conocimiento, y á quien fué apreciando más y más todos los días, tanto por sus méritos propios, como por el indirecto de ser padre de Balbina.

¿Cómo, dadas las circunstancias, fué infiltrándose en el pecho de don Salvador la llama amorosa, y fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en poderosísima hoguera? ¿Cómo aquel hombre que no había amado nunca, y que había resistido en la juventud y en la madurez de la vida á los halagos y á la seducción de tantas mujeres hermosas, de alta prosapia y gran fortuna, había caído subyugado á los pies de la muchacha pobre y obscura, que no ponía nada de su parte para conquistarlo? No sería fácil explicar el suceso, sino apelando al destino ó á los caprichos de la simpatía, cuya acción es tan real y frecuente en la existencia; pero aun apelando á esos recursos verbales, continuarían velados los orígenes de aquella inclinación poderosa, porque hablar de destino y simpatía, es mencionar dos incógnitas que hasta ahora nadie ha podido despejar. El hecho fué que don Salvador, sin saberlo ni pensarlo, y de un modo gradual é inconsciente, fué abriendo de par en par las puertas del corazón á aquel afecto desconocido, y que éste se coló por allí cautelosamente, instalándose á sus anchas en aquella mansión; como se infiltran en el organismo los venenos atmosféricos con sólo respirar y vivir en determinados lugares, sin que llegue á darse cuenta de ello el paciente, hasta que, bien saturado de la

sutil ponzoña, cuando rueda ya por sus venas y arterias y rebosa en sus entrañas, siente las ansias de la muerte. Así don Salvador, entregado al deleite de ver á Balbina casi á diario, fué impregnándose poco á poco, y sin darse cuenta de ello, del encanto que irradiaba aquella niña incomparable, hasta penetrarse todo entero, de la cabeza á los pies, de una ciega, ardorosa é irresistible adoración hacia ella.

Cuando llegó la reflexión y adquirió la certidumbre de que estaba enamorado, sintió como vergüenza de confesárselo y como espanto de saberlo; y se juzgó indigno, ya no de aspirar á una dulce correspondencia de parte de la joven, sino aun de abrigar tan blando sentimiento al frisar en los setenta años. Pero el caso era que estaba real y hondamente enamorado, que no cesaba ni un segundo de pensar en Balbina, y que el mundo, de improviso, se había vuelto de nuevo para él una mansión deliciosa, llena de luz y de alegría, donde todas las cosas hablaban con lengua misteriosa, de ensueños, de ilusiones y de dicha, y formaban un coro suave y grandioso, que oía el corazón y hacía caer el espíritu en sabrosas languideces. Y pasaba, que hasta la misma melancolía de sus afectos, les comunicaba mayor intensidad y grandeza, porque al considerarse sin título pa-

ra sentirlos y excluído del derecho de proclamarlos, le entraba una congoja tan mortal, que se le partía el corazón y sollozaba á solas; de suerte que las alegrías de su amor se destacaban sobre el fondo de su tristeza, tornándose más grandes por el contraste y adquiriendo relieve patético.

Con todo, como era tímido y discreto, se guardó bien de exhibir su corazón á los ojos de nadie y de hacer vano y ridículo alarde de sus emociones. Así que, con modestia y recato, procuró guardar el secreto de su debilidad para él solo, con el propósito de sofocar su inclinación si era posible; y, si no, de mantenerla en severa y perpétua clausura, como á los criminales para quienes no hay esperanza de perdón.

Sus meditaciones solitarias y la melancolía de su situación, le hicieron sentir la crispatura nerviosa de la poesía; y aquel anciano embargado por la emoción, aislado y sin confidente, fué víctima de una segunda locura: la de hacer versos. Así lo comprobaron más tarde, los papeles emborronados que aparecieron en su escritorio. Sus composiciones, defectuosas como las de todo iletrado, parecieron, con todo, tan sinceras y humildes á sus testamentarios, que no se atrevieron á mofarse de ellas ni á arrojarlas al fuego para que se consumiesen. Nosotros, que

hemos podido tenerlas á la vista, juzgamos oportuno poner á los ojos del lector algunos de sus fragmentos, para completar el bosquejo que hemos emprendido, de la crisis sentimental de aquel buen caballero.

Uno de ellos parece corresponder, según su fecha, al período en que don Salvador, sin hacerse ya ilusiones sobre el estado de su ánimo, y persuadido de su pasión amorosa, la cantaba con tristeza, en versos que, más que confesión, parecen un lamento. Es como sigue:

## LUZ DE OCASO

Alma mía, ¡cuán tarde
En mi pecho tu amor asoma y arde!
Cuando ya por los términos de Oriente,
Entre pálidas nieblas,
La obscuridad creciente
Levanta sus pendones de tinieblas.

Como lluvia tardía
Fuiste al erial de la existencia mía:
Soplo de abril para mi helada bruma,
Alba de noche umbrosa,
Flor que brilla y perfuma
Junto á la noche de la abierta fosa.

Pasé la vida absorto
Siempre aguardando la explosión de un
(orto,

Y al volver de este mundo á las miserias,
Vi que la edad aleve
Cuajaba mis arterias
Y derramaba en mi cabeza nieve.

Mas de la edad el frío
Nunca pudo invadir el pecho mío;
En él, como en capilla santa y pura,
Mi afán solo y oculto
Fué guardando ternura
Y al ensueño rindió férvido culto.

Al fin caigo de hinojos;
Y al resplandor de tus divinos ojos,
Halla otra vez el adormido anhelo
De la dicha los rastros,
Y en mi asombrado cielo
Renace el fuego de extinguidos astros.

Bien sé que es mi querella
Cual trino de ave á refulgente estrella,
Y no merezco de tu amor la palma;
Pero tus huellas sigo
Con las ansias del alma
Y desde mis tinieblas te bendigo.

Otro, muy breve, indica por su tenor, haber sido escrito en los mejores momentos amorosos de aquella alma conmovida y extática.

Dice así:

## ERES MI VIDA.

Como el creyente, recibo
Tu dulce mirar de hinojos;
Eres la luz de mis ojos,
Por tí aliento, por tí vivo.

Soy tu planeta, y despides
Sobre mí, cual sol, fulgores:
Luz seré mientras me adores
Y sombra cuando me olvides.

## III

Ahora se puede ya comprender, aunque todavía no con la debida puntualidad, por qué llegaba nervioso y conmovido don Salvador, la tarde de aquel día, á la lejana casita del mutilado Troncoso. Las siguientes líneas acabarán de aclarar los orígenes de su emoción.

Antes de coger el aldabón, esperó un poco para cobrar aliento, como si la distancia recorrida desde la esquina donde dejó el tranvía, hasta la casa, fuese enorme y la hubiese cruzado de carrera; hizo algunas profundas inspiraciones, elevando bien alto el pecho, para llenar de aire los pulmones, y al cabo se resolvió á llamar, aunque discretamente.

Pronto oyó los menudos y ligeros pasos de Balbina, quien, por la presteza con

que acudió á abrir la puerta, dió muestras de hallarse en espera de su llegada.

—Buenas tardes, Balbina, articuló don Salvador, tendiendo a la joven la blanca mano, helada por la emoción.

—Mejores las tenga usted, señor don Salvador, repuso la joven estrechando con la suya mórbida y tibia, aquella diestra tímida.

Como deslumbrado se sintió Orvañanos al ver á la joven, más hermosa aquel día que ningún otro. Su rostro de piel sedosa y sonrosada, mostrábase como radiante; había en sus rasgados ojos más luz que la acostumbrada; las ventanillas de su fina nariz aleteaban nerviosamente; sus menudos labios de grana, plegados por amable sonrisa, dejaban al descubierto sus dientes limpios, diminutos y blancos. Ni escapó á la observación del anciano, que la joven se había vestido como en los días de fiesta, con aquel vaporoso traje color de rosa que á él tanto le encantaba, y que daba á Balbina el aspecto de una visión de primavera, desprendida del confín del horizonte al ronreír de la aurora. Llevaba el peinado alto, con el pelo todo recogido sobre la cabeza, y entre el negro nudo del cabello, había colocado una flor brillante y perfumada, acabada, sin duda, de cojer en su pequeño huerto.

—Pase, pase por acá, prosiguió la jo-

ven dirigiéndose al fondo de la casa. Padre nos espera en la huerta; ya sabe usted cuánto le agrada estar allí.

—Donde usted guste, repuso Orvañanos con acento ahogado por la emoción.

Iba por delante la joven, seguida de cerca por don Salvador. Su elevada estatura, coronada ahora por la montaña de su pelo, parecía mayor que de ordinario; su airoso talle aprisionado por elegante corpiño, se dibujaba con líneas triunfales; y su andar rítmico y ligeramente ondulado, comunicaba una gracia indecible á toda su persona. Y tal fué la emoción que produjo en el espíritu de don Salvador la contemplación de todos esos encantos, que sintió como un vértigo, y se llevó la mano al corazón para impedir que se le escapase.

Momentos terribles y críticos eran aquellos para él. En tanto que iba de esta guisa, caminando en pos de Balbina, recordaba los sucesos recientes. La fuerza de su amor se había sobrepuesto á todos los propósitos y á todas las consideraciones, y habíase ido manifestando al exterior con mayor claridad á cada instante. Empero, había tenido buen cuidado de no ponerse en ridículo, y de abstenerse de toda manifestación impropia de su edad. Nada de rondas en torno de la casa, nada de músicas ni de flores, nada de actitudes teatrales, ni de miradas volcáni-

cas; sino puro recogimiento, pura humildad, pura reverencia. La pasión que llenaba su pecho, habíase dado á conocer sólo por las palideces ó los rubores que á cada momento pasaban por su frente, por la melancolía de su mirar, por el temblor de su acento y por la asiduidad y fineza con que cultivaba el trato de aquella familia. El mutilado y Balbina habían apreciado en todo lo que valía su conducta caballerosa y correcta; y lenta y naturalmente, habían ido franqueando á Orvañanos las puertas de su estimación honda y sincera.

Dada aquella situación, habían ido cobrando alientos la afición de Orvañanos á la joven, y como trasparentándose el corazón de éste, á través de rendidos, suaves y tímidos homenajes; hasta que no fué ya un secreto para don Indalecio ni para Balbina, el amor del anciano. Es de presumirse que, á pesar de descubierta la incógnita, hubiesen continuado para don Salvador el mismo trato y las mismas cariñosas manifestaciones de siempre, por parte del mutilado y de su hija, supuesto que el enamorado siguió visitando la casa y aun aventurándose á más claras y palmarias demostraciones de su amor. Y es de presumirse también que no hubiesen sido recibidas con desagrado sus veladas insinuaciones, porque, al fin, llegó á creer tan oprtuno co-

mó necesario hablar con toda claridad, y poner los puntos sobre las ies á la situación.

La verdad es que Balbina nunca había sido altiva ni desatenta con él, sino antes bien, siempre buena y cariñosa; y que, aun llegada la vez en que Orvañanos le dió á conocer sus inclinaciones y tendencias de un modo franco, ella jamás se burló de sus pretensiones, ni hizo alusión alguna á su vejez, ni procuró desconcertar ó alejar por cualquier medio á aquel galán de tantos años. ¿Notó don Salvador simpatía y buena voluntad para él, de parte de la joven? ¿Halló en los ojos de la hermosa alguna chispita de cariño cuando le miraba? ¿Echó de ver en las largas horas que pasaba cerca de ella, que no se enfadaba de su compañía, que oía su conversación con agrado, y que aprobaba sus ideas, sentimientos y conducta? Todo eso es de sospecharse, supuestos el buen juicio y la reconocida sensatez de don Salvador.

Como quiera que sea, el caso es que éste, venciendo el terror amoroso que le inspiraba la joven, llegó un día á hacerle formal declaración de su afecto, pintándoselo con colores vivamente patéticos, como correspondía á la realidad íntima y profunda de su pasión. Balbina le oyó sin extrañeza, sin ironía, sin desvío; sino con gravedad y benevolencia, y mos-

trando en la expresión de sus grandes ojos, algo como simpatía reposada, como deliberada convicción y disposición favorable.

—Nada respondo á usted todavía, había dicho la joven. Antes debo hablar con mi padre.

—Como usted guste, había respondido don Salvador. Es muy justo.

Después de la conferencia celebrada por el padre y la hija, habían hablado directamente los ancianos; y Troncoso había pedido á Orvañanos una semana, naad más que una semana, para deliberar. Anuente don Salvador, se había abstenido de visitar á la familia durante el plazo convenido; y al espirar éste, día por día y hora por hora, se presentaba en la casita del mutilado á escuchar su sentencia.

Le hallaron él y Balbina sentado en su cochecito de ruedas, debajo del tejado que miraba para la huerta, y muy divertido al parecer, con la vista de las plantas propias de la estación (que era la de lluvias), que tenía delante de los ojos. Aprovechando la extensión del corral, que era enorme, había sembrado Balbina personalmente maíz en hileras simétricas, y plantado calabazas y chayotes entre los surcos. Ahora, como ya empezaba septiembre, los maizales estaban en espiga, y las legumbres, extendiendo

por el suelo las verdes rúbricas de sus guías, dejaban ver entre sus grandes hojas, ya crecidas, sus lisos ó espinosos frutos. Comenzaba la tarde á declinar, soplaba un viento fresco, impregnado de humedad, que anunciaba la próxima lluvia, y los rayos occíduos del sol, filtrándose por entre las hojas, llegaban rubios y movibles hasta el rostro de Troncoso, marcándolo con luminoso y variable tatuaje. El mutilado gozaba de aquel espectáculo con visible melancolía; en tanto que cabaceaban las amarillas espigas abrillantadas por la luz, y que el balanceo de hojas y tallos bajo el soplo del viento, iba levantando en torno un rumor como de égloga. Grueso y apoplético como todos los mutilados, andaba siempre en busca de aire, ya mandando abrir puertas y ventanas cuando se hallaba en cualquier aposento, ya haciéndose conducir al corredor, ó á la huerta, ó la puerta de la calle. Ahora estaba, como siempre, de color escarlata, y la blancura mate de su cabeza y de su mostacho militar, hacía resaltar mayormente la rubicundez de su cutis.

No le sorprendió la presencia de Orvañanos.

—Bien venido, amigo, le dijo tendiéndole la mano regordeta. Es usted muy puntual.

—Como cronómetro, amigo, repuso

don Salvador, procurando bromear. Al que le duele, le duele.

—Así dicen. Siéntese amigo. Acerque usted su silla para que no tengamos que gritarnos..... Eso es..... Y tú, Balbina, en seguida de don Salvador, para no obligarme á volver el rostro de uno y otro lado.

Hubo una pausa embarazosa. Don Salvador, por su dignidad paterna, no debía ser el primero en abordar la cuestión. Balbina ruborizada, no levantaba los ojos del suelo. Orvañanos, convertido en un colegial, sentía el corazón en la garganta, tenía secas las fauces y no atinaba con la fórmula. Al fin se decidió.

—¿Con que sí, amigo? dijo con acento casi infantil. ¿Se han ocupado ustedes del asunto?.... ¿Qué dicen?

—Nos hemos ocupado, repuso Troncoso, y con toda la atención debida.

—¿Y....?

—Va usted á verlo. Hemos pensado que media una distancia de años muy considerable entre usted y Balbina. Esta tiene diez y ocho.... ¿Y usted? Supongo serán más de sesenta.

—Sesenta y siete, repuso Orvañanos con sinceridad, como quien firma su sentencia de muerte, pues por allí era por donde esperaba la derrota.

—Inconvenientes como este, son de inmensa importancia y trascendencia....

Don Salvador inclinó la cabeza con amargura. Presentía el golpe: estaba seguro de una negativa.

—Pero esto es por regla general, prosiguió don Indalecio. En el caso actual, hay circunstancias atenuantes.

Orvañanos respiró como aliviado de un gran peso.

—Mi hija, continuó el mutilado, no es como todas las jóvenes. A pesar de sus pocos años, tiene un juicio y una discreción extraordinarios.... Lo malo es que yo lo diga..... Pero ¿por qué no he de confesarlo?.... Por otra parte, el aplomo de su conducta tiene su explicación, y muy sencilla por cierto...Desde que tuvo conciencia de sí misma, ha batallado conmigo; siempre á mi lado, siempre velándome el pensamiento. Para ella no ha habido teatros, bailes, ni siquiera visitas; de suerte que su carácter no ha podido malearse por el contacto de los demás, ni tornarse alegre y frívolo. Es seria y circunspecta; parece una mujer de cuarenta ó más años.

Orvañanos se atrevió á mirar á Balbina. Estaba grave é inmóvil; tenía en la fisonomía una expresión, que correspondía á maravilla con lo que iba diciendo su padre.

—Esto hace, concluyó don Indalecio,

que la diferencia de la edad á que acabo de referirme, no sea tan grande, porque de cuarenta y tantos á sesenta y tantos, no median más que veinte años; y esa edad ya puede pasar..... ya pasa sin graves inconvenientes.

—¿De modo que...? artículó don Salvador, lleno de esperanza.

—Por otra parte, siguió diciendo don Indalecio sin darse por entendido de la pregunta, mi hija le profesa á usted un hondo afecto, le estima en lo mucho que vale, y le vive inmensamente reconocida por cuanto ha hecho por nosotros. Pues nosotros, amigo, no valemos nada, y usted nos trata, sirve y distingue como si fuésemos una familia principal. Yo le dije que lo pensara bien, porque la cosa no era para un día ni para dos, sino para toda la vida. Y me ha contestado que ya lo ha pensado, y que su resolución es irrevocable..... Así que, amigo, ella que está presente..... y yo, contestamos afirmativamente.

Don Salvador, sin decir palabra, próximo á dejar salir las lágrimas que le nublaban la vista, se levantó del asiento y cayó en brazos de Troncoso. Este le estrechó afectuosamente entre los suyos, y golpeándole la espalda con la diestra, le decía:

—Vamos, serénese usted. ¡No parece

sino que se ha sacado el premio gordo de la lotería de Madrid!

—Más, mucho más, protestó Orvañanos enderezándose y clavando los ojos en Balbina, que los tenía levantados hacia él, puros, sencillos, sinceros.

—¿Conque de veras, Balbina?, le preguntó con timidez. ¿Me acepta usted? (No se atrevió á decir: "¿me ama usted?")

—Sí señor, repuso ella con modestia.

—¿No es para usted un sacrificio?

—Ni pensarlo; lo hago con todo mi gusto.

—¿Me perdona usted mis años?

—Para mí no tiene usted más edad que la de su corazón, que es tan bueno...Me siento capaz de ser dichosa al lado de uste.... y de hacerle dichoso.

Orvañanos cerró los ojos como deslumbrado. Ante su imaginación se extendió en ese momento un porvenir hermosísimo, lleno de luz, lleno de alegría, poblado de músicas. Se hubiera echado á los pies de Balbina, á no ser por miedo á la ridiculez y por respeto á don Indalecio. No obstante, venciendo su poquedad, se acercó á su amada, y sacando del dedo del corazón de la mano izquierda un rico anillo que llevaba, lo ofreció emocionado á la joven. Balbina vaciló un poco: eran los esponsales. Comprendió la gravedad de la dádiva; pero muy luego la aceptó.

Y no hizo eso solamente, sino que, sacando á su vez de igual dedo una sencilla argolla de oro que en él lucía, la ofreció en cambio al anciano. Este se inclinó profundamente y la tomó, admirando de paso la finura de aquellos dedos sonrosados y de aquellas uñas de nácar.

Pasadas estas formalidades, siguió la conversación más natural y fácil. Y se habló sin ambajes del matrimonio próximo. Don Salvador quería que se celebrase sin pérdida de tiempo. Se habló de la casa donde debieran instalarse él y Balbina, de las personas que debieran servir de testigos, de la iglesia donde se había de efectuar el sacramento, y de otras mil cosas relativas al mismo asunto. Y, sobre todo, quedó convenido que Troncoso viviría con ellos. Este lo resistió débilmente, sin convicción, y pronto se dejó vencer.

—Ya verá usted, amigo, dijo á don Salvador, qué suegro tan malo soy.

—Y usted verá qué yerno tan bueno tiene.

—En tal caso, no habrá conflictos, porque si yo grito y usted se aguanta, no irán mal las cosas.

—Así será, amigo, va usted á verlo.

La conversación continuó en esta forma, hasta que estuvo á punto de cerrar la noche. Había pasado el tiempo sin sentir; el cobertizo estaba casi en tinie-

blas, y bandadas de mosquitos zumbaban en derredor de los interlocutores.

Un trueno lejano vino á sacarlos de su distracción. Habíase llenado el cielo de sombras, y relámpagos rojizos salían de las nubes con fosferencias deslumbrantes.

—Es hora de marcharme, dijo don Salvador levantándose. La tormenta está encima.

—Es verdad, repuso Troncoso. ¿Cree usted que hasta este momento lo echo de ver?

—¿Trajo usted paraguas?, preguntó Balbina con solicitud.

—¡Vaya! ¿Pues no le he olvidado?, repuso Orvañanos.

—Y lo malo está en que nosotros tampoco tenemos uno que sirva, reflexionó la joven.

—No importa, prosiguió don Salvador, el tranvía pasa muy cerca....

—Lo que voy á hacer es á prestarle á usted el mío. Es pequeño y feo; pero vale más algo que nada.

—Por Dios, Balbina, ¿cómo va usted á hacer eso?

—Para nada lo he menester. Mañana me lo trae usted temprano. ¿No viene usted á saludarnos por la mañana?

—Por supuesto que sí.

A don Salvador no le cabía el corazón

en el pecho, de tanta alegría. Aquella intimidad, aquella confianza con que le trataba la joven, casi le volvían loco de júbilo. Le había indicado que volviese al siguiente día, le daba su paraguas, el de su uso, para que lo llevase á su casa..... como si fuese ya de la familia.

Mientras pensaba estas y otras cosas, fué la joven á su alcoba y volvió con el diminuto paraguas en las manos.

—¡A ver!, dijo abriéndolo y poniéndolo ella misma sobre la cabeza de don Salvador, con ademán de librarlo de la lluvia.

Luego se rió viendo que no podría resguardarle más que el sombrero.

—Pero no hay remedio, concluyó con gracia infantil. Ahora se lo lleva usted, quieras que no, y aunque le sirva de estorbo.

—Con mucho gusto, Balbina, repuso don Salvador. encantado de la fineza. Con mucho gusto.... y muy agradecido.

En seguida, se despidió de don Indalecio y se dirigió á la puerta de la calle, acompañado por Balbina. Todavía en aquel lugar le dió la joven nuevas muestras de interés.

—A ver, le dijo, no le dejo salir hasta que se haya levantado el cuello de la levita.... Así está bien.... Conque, ¡hasta mañana, tempranito!

Y levantando el dedo índice de la ma-

no derecha, le sacudió en el aire varias veces con ademán autoritario y gracia infinita. Orvañanos no se cansaba de verla.

—No faltaré, repuso radiante de dicha, vendré á la hora del desayuno.

—En tal caso, será usted nuestro invitado. Verá usted que café tan bueno...

—Delicioso, interrumpió Orvañanos, como si ya le hubiese saboreado, porque no pensaba más que en ella; todo delicioso.

Para concluir, le tendió la mano, y como notó que la joven se la estrechaba cordialmente, correspondió á aquella presión con todo respeto, y se alejó por la calle llena de obscuridad y de relámpagos.

## IV

A poco andar, comenzaron á caer gruesos goterones de lluvia; pero iba Orvañanos tan distraído con sus propios pensamientos, que apenas lo echaba de ver. Ni siquiera apretó el paso para llegar pronto á la esquina donde debía tomar el tranvía; así que, cuando cayó en la cuenta de que andaba despacio, alcanzó sólo á ver el carro que pasaba velozmente por la boca-calle, á distancia de varios metros; y por más que echó á correr, ya no pudo alcanzarlo.

Absorto en sus meditaciones, siguió

adelante pensando alcanzar algún otro carro en cualquier esquina, ó bien detener algún simón circulante. Y así continuó caminando de calle en calle, como autómata, sin encontrar lo que buscaba, ó dejando pasar coches y tranvías sin parar mientes en ellos. Al sentirse bañado por la lluvia, recordaba vagamente los años de su infancia, cuando se lanzaba á la calle de propósito en medio de los aguaceros, ponía la cabeza debajo de las canales y marchaba por el arroyo, con el agua hasta los tobillos, haciéndola chapotear con los pies.

Y así fué adelantando hacia el centro de la población, sin buscar refugio en puerta ó tienda abiertas, mientras pasaba el chubasco. A poco aumentó la fuerza de la lluvia, en medio de estampidos tremendos de las nubes y del intermitente fulgor de los relámpagos. Por darse la satisfacción de usar una prenda de Balbina, abrió el diminuto paraguas que ella le había prestado, y, caminando con él sobre la cabeza, se figuraba un rey marchando debajo de palio. Aquel objeto era de "ella." ¿Cuántas veces habría oprimido Balbina con sus manos de nieve y rosa aquel mango lustroso? Don Salvador le acariciaba con recogimiento, como si fuese cosa santa, y hasta se le figuraba que llevaba consigo una parte de la misma joven. Y seguía mirando, por dentro, las

escenas que había acabado de presenciar: la gravedad de Troncoso, la dulzura de Balbina, los maizales, las guías de las legumbres, las ráfagas del sol tamizadas por hojas y tallos, el rumor del viento y el constante piar de los pájaros que acudían á descansar y á dormir sobre el cobertizo. Todo aquello le parecía como un sueño.

Sería suya Balbina: aquella mujer tan joven, tan hermosa, tan buena, sería su esposa. Y se llevaría á su casa, á vivir bajo su mismo techo, á aquel ángel puro y deslumbrador, ante el cual no se había creído digno ni aun siquiera de doblar la rodilla. Don Indalecio y ella lo habían dicho con toda claridad: su proposición estaba aceptada, y podría tomar todas las medidas conducentes á realizar el enlace. Este recuerdo le hizo pensar en el matrimonio: debía verificarlo pronto, pues no tenía tiempo que perder. A su edad, no podía haber lentitudes ni aplazamientos. Al día siguiente lo arreglaría todo y pagaría las dispensas. No habría más detención que la que demandase la hechura del traje de boda. Quería que fuese regio el de Balbina: obra de la modista más famosa y de la más costosa seda. El velo debería ser de finísima malla, y muy grande, para que envolviese á la novia de pies á cabeza. Lo mejor para Balbina: joyas, trajes, pala-

cios, trenes, fausto y triunfos: todo cuanto puede proporcionar una fortuna colosal. Y sobre todo eso, que no valía nada, su amor sin límites, su corazón palpitante, su alma llena de adoración. ¿Cuánto tiempo duraría aquel deslumbramiento? Poco sin duda. Estaba en el declive de la vida, y por más largo tiempo que se detuviese, no podría tardar la muerte más de tres ó cuatro años en herirle. La edad común de los hombres es la de setenta años, según el Libro de la Sabiduría: los más fuertes llegan á los ochenta; pasada esa edad, todo es trabajo y dolor.

Pero ¡qué importaba la cortedad de su vida, si era dichosa! Un minuto de felicidad vale más que un siglo de hastío. Por ahora no había que pensar más que en su dicha; en la inmensa que el cielo le había concedido con el cariño de aquella mujer sin igual, más hermosa que todas las reinas y princesas de la tierra, más que las concepciones de los artistas, más que las idealidades de los oetas.

Así, pensando en cosas tan gratas, fué cruzando las calles de la ciudad á través de aquel diluvio que se desataba en gruesos y largos chorros desde las negras nubes, y trocaba el suelo en ancha laguna, que brillaba como flavo cristal á la luz de los relámpagos. Cuando lle-

gó á su casa, quedó sorprendido de haber terminado tan pronto la marcha, y consultó el reloj: había empleado en ella cerca de media hora, pero á él se le había figurado de unos cuantos minutos.

Estaba empapado de pies á cabeza: parecía una enorme esponja impregnada de agua. Necesitaba cambiar ropas y calzado en el momento, para evitar un resfriado: á su edad, no había que omitir precauciones. Lo mejor sería meterse en la cama desde luego, y tomar una taza de té caliente para provocar la reacción.

Al entrar, halló en el portal á una persona que le aguardaba; era Tomás Rincón, su ex-dependiente, buen muchacho, inteligente, honrado y de finos modales, á quien hacía mucho tiempo no veía.

—¡Hola, Tomás! díjole tendiéndole la mano. ¿Qué andas haciendo por acá?

—En busca de usted, señor don Salvador, repuso el joven con timidez.

—¿Es algún negocio?

—Sí, señor.

—Pues mira, lo dejaremos para mañana, porque vengo hecho una sopa y voy á quitarme la ropa mojada.

—Si usted me permite... un momento.... Seré breve.

—No, hoy no, hasta mañana. ¿No ves que puede hacerme mal la mojadura?

—Se trata de Balbina....

Don Salvador, que comenzaba á inter-

narse por el portal en dirección á la escalera, se detuvo de golpe. Aquel nombre, en boca de Rincón y en aquellos momentos, le hizo un efecto extraño.

—¿De Balbina? articuló maquinalmente.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decir de Balbina?... Vamos á ver.

—Lo que tengo que decir, señor, es que ha sido mi novia, que la quería con toda el alma, que ella también me quería.... y que va á casarse con usted....

—Mientes, repuso don Salvador tan lívido como un espectro; no es cierto que te haya amado.

—Traigo conmigo las pruebas, insistió el joven alargando una carta á Orvañanos. Lea usted, lea usted, señor don Salvador, para que se convenza de que no miento.

—Suponiendo que así haya sido, prosiguió el anciano cogiendo el papel y sabiendo apenas lo que hacía. ¿A qué venirme á contar pasadas historias?........

—Mi objeto, señor, es el de apelar á su buen corazón, y suplicarle prescinda de ese enlace, que nos hará desgraciados á todos: á mí, porque me arrebatará de un golpe amor y esperanza; á ella, porque hallará frío y tristeza al lado de usted; y á usted, porque no se sentirá querido por ella.... Señor, usted es rico, es bueno;

todo el mundo lo quiere, ocupa una posición envidiable y nada desea..... Yo soy un pobre, vivo de mi trabajo, nadie me conoce y no valgo nada..... Pero quiero á Balbina y ella me quiere, y ese amor es para nosotros la gloria. Con él no desearémos nada, ni envidiarémos á nadie: vivirémos en la obscuridad y en la pobreza, pero nada nos faltará, porque nuestra mútua compañía nos indemnizará de todo.

Estaba el joven como transfigurado en aquellos momentos. Tenía en la voz modulaciones ternísimas, de esas que brotan del corazón; en sus ojos suplicantes y casi llorosos, mirábase fulgurar el fuego de una pasión verdadera; y sus labios contraidos por la amargura, daban expresión dramática y conmovedora á sus juveniles facciones. Orvañanos le analizó vivamente en medio de su agonía. Sí, aquella cabeza de pelo rubio y rizoso, aquellos ojos grandes y azules, aquella nariz aguileña de corte varonil, aquel cutis terso y fresco, aquel cuerpo robusto y gallardo, toda aquella aureola de juventud que rodeaba á Rincón, estaban clamando á voz herida que el mozo sí podía inspirar amor de veras; que para él sí podría haber palpitaciones de corazón, tiernas miradas, dulces sonrisas y pasiones hondas y eternas..... No para él, anciano sexagena-

rio, amarillo, marchito, próximo al supremo derrumbe.

Nunca, en los años que le había tenido á su servicio, había parado mientes en la belleza de Tomás. De veras, era un guapo mozo.. Y ahora recordaba que, de un modo vago, había sabido meses há, que Balbina tenía un pretendiente...; novio no, nadie se lo había dicho....Pero ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Tan pronto iba á caer del cielo donde se cernía? ¿Se desplomaba el mundo sobre su cabeza?

—No me importa el pasado, articuló don Salvador con voz sorda; el hecho es que Balbina y su padre me admiten, me han admitido ya, y que todo está arreglado entre nosotros. Tu pretensión es insensata..... No perdamos el tiempo en niñerías.

—Pero, señor..... objetó aún el pobre mancebo intentando detener á Orvañanos.

—Ea, si tienes algo que discutir, discútelo con ella. ¿Concibes que fuese yo quien le devolviese su palabra?.....Mira ¿conoces este anillo? (y mostró á Tomás el que le había dado la joven). Pues acabo de recibirlo de sus manos. En cambio, yo le he dado otro... Están celebrados nuestros esponsales, pese á quien pese.

La ostentación de su triunfo, devolvió á don Salvador un poco de la confian-

za perdida; así que, sin oir más de lo que Rincón le decía, subió rápidamente la escalera. El joven permaneció un rato indeciso mirando hacia el interior de la casa. Al fin, no hallando cosa mejor que hacer, se alejó con visibles muestras de desaliento, por las calles visitadas aún por el chubasco.

## IV

Tan pronto como don Salvador entró en su alcoba, encendió la bujía. Antes de meterse en la cama, quiso imponerse de lo que decía la carta que Tomás había dejado en su poder. No la había olvidado ni un momento: le quemaba las manos. Temblando la acercó á la luz.... Era la letra de Balbina, no cabía la menor duda; la conocía bien, porque tenía de su puño tarjetas y recados, que guardaba como cosa santa.... Le entró una angustia infinita.

En aquellos momentos retumbó el trueno, un vivo relámpago inundó la estancia y una recia bocanada de aire apagó la llama de la bujía y cerró de golpe los cristales.

Don Salvador se sobresaltó, como si hubiese oido una voz salida del abismo. Acercóse á tientas al balcón, corrió los pasadores y volvió á encender la bujía.

Hé aquí la carta de Balbina:

"Tomás:

"Será ésta la última carta que te escriba. Tiene por objeto anunciarte nuestra eterna separación.

"Para que no me creas mala y coqueta, voy á ser franca contigo. Te dejo para casarme con don Salvador Orvañanos. Bien sabe Dios que no me lleva á ese enlace un interés egoista y que no vendo este pobre corazón que ha sufrido tanto. Me caso por asegurar la suerte de mi padre, por dar años de paz y contento (los últimos que ha de pasar á mi lado) al autor de mis días.

"Nuestra pobreza va en aumento y se hace más angustiosa á cada instante; hemos tenido que prescindir de muchas cosas por falta de recursos, y mi pobre padre, mutilado y anciano, sufre de un modo espantoso en nuestra decadencia. Es verdad que me quieres, y no dudo partirías con nosotros cuanto tuvieses; pero ¡tienes tan poco y tan pocas esperanzas de aumentarlo, que tu corto salario, unido á nuestros recursos, no podría servirnos para sacarnos de ningún ahogo!

"Por eso me he decidido á admitir las proposiciones de don Salvador.... Por de contado que mi padre no se da cuenta del móvil que me guía. Se lo he ocultado de propósito; si llegase á pene-

trarlo, antes se dejaría morir de hambre y de miseria, que consentir en mi matrimonio.

"Pero no creas, tampoco, que me sacrifico. El señor Orvañanos, aunque anciano, es un gran caballero, inteligente, bueno y noble. Siento por él una sinpatía sincera. No voy al altar con repugnancia, ni me aflige la idea de vivir al lado de ese señor, cuya alma infantil y cariñosa, contrasta apaciblemente con los estragos de la edad. Creo que hallaré á su lado honra, consideración y ternura; esto me basta; y aun haré lo posible por tornar mis sentimientos para él, en amor del corazón. Mucho le he de pedir á Dios que me lo conceda.

"No me contestes, no me veas, no insistas en nada; todo sería inútil. Respétame desde ahora, si me has querido un poco. Me lastimarías hasta lo más profundo, si algún día, á pesar de mi enlace, te atrevieses á verme con insistencia. Entonces te despreciaría y te odiaría; te creería malo, y me persuadiría de que nunca me hubieses querido.

"Seré honrada y buena para don Salvador, y he de procurar hacerle dichoso por cuantos medios estén á mi alcance. Aguardo que Dios me premie dándome paz y alegría.... Al menos, me cabrá la íntima, la inefable satisfacción de haber dado un poco de felicidad á dos an-

cianos buenos, que me han querido tanto: mi padre y el señor Orvañanos.

"Adiós, pues, Tomás; adiós para siempre.

"BALBINA."

Con lágrimas en los ojos acabó don Salvador la lectura de la carta. Sí, aquella era la verdad, no había la menor duda. Balbina no le quería; le estimaba. No se casaba con él por amor; sino por pobreza, por abnegación de hija heróica. ¿Cómo había podido él, Orvañanos, pensar otra cosa? ¿Cómo pudo llegar á imaginarse capaz de inspirar amor, á su edad, y á una niña tan tierna? ¿No había sido una insensatez, una locura, admitir la realidad de una dulce correspondencia, de parte de aquel corazón apenas núbil?

La culpa se la tenía él, que se había dejado arrastrar por aquella inclinación extravagante, y había llegado á admitir como natural, lo incongruente, lo ilógico, lo absurdo. En puridad, no tenía nada de qué quejarse. ¿Le había engañado Balbina? No, pues nunca le había dicho que le amase; lo único que le había expresado, era que le aceptaba por esposo. Y él mismo no se había atrevido á interrogarla acerca de sus sentimientos, por cobardía, porque comprendía por instinto, que allí estaba el peligro, que por

allí podría flaquear la torre de sus sueños.

Balbina, pues, le estimaba; iba á casarse con él llena de buenos propósitos y favoreciéndole con su simpatía....; pero no le amaba. A Rincón era á quien quería, y sólo se apartaba de él para remediar la situación de su padre. ¡Qué fría, qué dolorosa, qué humillante era, en asuntos de amor, la palabra estimación! Ese afecto no nace del corazón, sino de la cabeza: no es obra de la inclinación, sino del raciocinio. ¿Para qué le servía eso á él, que buscaba el fuego del alma, la grandeza de la pasión y la miel de la ternura? Aprecio.... se lo había tenido todo el mundo, su honradez se lo había conquistado. Una estimación más ó menos, entre las incontables, que le cercaban.... no valía nada para él, no le lisonjeaba en lo más mínimo. Por consiguiente.....

¡Mas separarse de Balbina y decirle adiós para siempre, cuando le había aceptado por marido y estaban ya concertadas las bodas!..No podía ser tampoco. Ya que las cosas se hallaban tan adelantadas, no había para qué detenerlas: era forzoso llevarlas hasta el fin. Enamorada ó convencida, el hecho era que Balbina iba á caer en sus brazos, y que la tendría en su casa como una amora, co-

mo un sol, como una gloria... Y pasaría él, como en éxtasis, los pocos aaños que le quedaban de vida, siempre á los pies de su amada, siempre rindiéndole el homenaje de su amor, tributándole siempre el culto de su idolatría...

... .. .... ... ... ... ... ... ... ...

¡Pero contentarse con la forma de aquel sér, y no poseer su alma! ¡Abusar de su fortuna para inmolar á aquella infeliz en aras del egoísmo! ¡Hacer desdichada á esa pobre criatura, so pretexto de quererla!

Así se devanó los sesos Orvañanos aquella noche cruel, entretanto que el viento rugía por la parte de afuera, y que, abiertas las cataratas del cielo, no cesaba la tempestad de verter torrentes de lluvia sobre la tierra.

Y lleno de mortal angustia y de indecible tristeza, fué viendo con visión interior, caer una por una todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todas sus dichas; como quien mira la propia casa, los almacenes cargados de mercancías, las fábricas gigantescas, toda una inmensa fortuna, presa de terrible conflagración, y, envuelta en llamas humeantes, desplomarse á pedazos con fracaso espantoso, dejando el suelo cubierto de míseras pavesas. En el fondo del corazón, aquel rey del negocio, aquel hombre poderoso á quien miraba la ciudad

con envidia y respeto, sentía palpitar esa angustia triste y dolorosa que se llama abandono. ¡Era un infeliz, era un paria, y tenía en su torno la soledad del naufragio!

Imposible rehacer su vida; ya la había vivido, toda quedaba á su espalda. Inútil abrigar esperanzas; como las mariposas de pintadas alas, habían pasado las suyas con la primavera de la juventud. Nada podía resarcirle de lo que perdía; carecía de fuerzas para comenzar de nuevo la lucha. Si se hubiese sentido joven, habría podido abrigar la ilusión de curar sus heridas con alguna impresión nueva. Vasto es el mundo, y prosperan en sus climas diversos, como flora variada, múltiples bellezas de tipos divinos. Tropieza el peregrino por donde va, con mil admirables mujeres que hacen palpitar su corazón, y á cuyo lado podrían realizarse los más embriagadores idilios. Difícil es contener la inclinación y reducir el número de las adoraciones de un modo razonable; ¡pero no hallar hermosura, ni atractivo, ni ternura correspondida! Salir del terruño, tender la vista por el horizonte y recorrer ciudades, provincias y comarcas, es ir dejando pedazos del corazón por el camino, como las aves sus plumas al surcar el espacio.

Don Salvador no tenía siquiera ese recurso; ó al menos así lo creyó, encadenado á la pasión que le dominaba. Para él no había más que una mujer. Balbina; más que una belleza, la de Balbina; más que una adoración, la de Balbina. Así son los enamorados: cierran los ojos para no ver, los oídos para no escuchar, y el alma para no sentir; y se encierran dentro de su éxtasis, como en su tema los enajenados, sin fijar los ojos en las bandadas de ángeles que pueblan la tierra, y pasan cantando en torno de los hombres. Así Dante, subyugado por Beatriz, no tuvo versos para las bellas florentinas de su tiempo; ni Petrarca, absorto en la contemplación de Laura, supo estimar los hechizos de las vírgenes de Aviñón, que le miraban con ternura.

No había más que dos caminos: ó dejar á Balbina para siempre, ó casarse con ella á pesar de todo. Lo primero era imposible; infame lo segundo. ¿Qué hacer?

Tendió los ojos al porvenir. ¡Qué páramo, sin la compañía de la joven! ¡Seguir viviendo solo, en aquel palacio de salas enormes, blandos tapices y pesados cortinajes, paseándose como sombra por los aposentos, sin interlocutor, sin confidente! ¡Qué soledad tan tétrica! ¡Qué frío tan doloroso! Aquella soledad y aquel frío se le metían por las venas,

circulaban por su sangre y le congelaban el corazón.

Antes de conocer á Balbina, no hallaba su situación intolerable. Habituado al aislamiento desde joven, apenas lo echaba de ver; pero después de haberla hallado en su camino, después de haber inundado sus ojos con la luz de su rostro y el corazón con la esperanza de su cariño; después de haberse familiarizado con la idea de llevar á sus hogares aquella inmensa alegría, aquella eterna fiesta (la presencia de su amada), érale ya imposible conformarse con la idea del silencio y del abandono de otros tiempos. Su corazón, aferrado á aquel hondo afecto, no podía perderlo sin desgarrarse, como no es posible, sin destrozarlos, arrancar el harpón á los peces que lo llevan clavado.

—Nó, nó, decía en voz alta, sollozando y llevándose las manos al pecho; ¡eso nó, es imposible!

Y cogido entre dos ideas contrarias: la del deber, que le aconsejaba volver su libertad á la joven, y la de la pasión, que no le permitía prescindir de Balbina, se sentía tan temeroso y atormentado, como si se mirase al borde de la tumba. Si hubiese sido un hombre vulgar, de esos que se ven á diario; uno de esos viejos inmundos que se compran mujeres sin escrúpulo, como cualquier mercancía, me-

nospreciando su propio decoro y sacrificando la dicha de ellas, no se habría preocupado en lo más mínimo. Pero, muy lejos de eso, era un idealista, era un corazón puro y honrado; y había soñado, no un mero tráfico, sino un amor compartido, una dicha infinita arraigada en dos almas simpáticas. La llama de la ternura que había guardado en el corazón como fuego sagrado, había hecho explosión al fin, si bien demasiado tarde; pero eso no impedía que se hubiese convertido en una hoguera, viva, roja, inmensa. Cuanto más tardío había sido su despertar á aquellas emociones inefables, había sido también mayor el esfuerzo con que se había levantado su pasión; como los resortes que reaccionan con mayor violencia, cuando han estado oprimidos por más largo tiempo. Y su alma, dolorida, se asía con desesperación á aquel amor de sus amores, primero y último de su vida, con la desesperación del náufrago, que se coge á la tabla que ha de salvarle.

Así, pensando y discurriendo, resolviendo, dudando y comenzando de nuevo su meditación, como Penélope su tela, aquel anciano acongojado, apeló como último recurso al de las lágrimas, y se echó á llorar como un niño sobre la carta de Balbina. Algún tiempo después, cuando fueron puestas en orden sus co-

sas, fué hallada esa misiva sobre una mesa, medio borrada por patéticos rondeles de lágrimas. Ellas revelaron más tarde á cuantos las vieron, los hondos sufrimientos de aquel mísero y buen anciano.

VII.

Más de la media noche sería, cuando volvió en sí Orvañanos, sacudido de pies á cabeza por un frío agudísimo. Creyó de pronto que se hubiesen abierto los cristales; pero habiendo acudido á cerrarlos, vió con sorpresa que no había tal. Entonces recordó que no se había cambiado las ropas. El coloquio con Tomás Rincón, la lectura de la carta de Balbina y las luchas y los tormentos que habían embargado su espíritu después, le habían hecho olvidarse de hacerlo.

Comprendió que el frío que le sacudía, no venía de afuera, sino de adentro, y se metió en el lecho, temblando como azogado y castañeteándole los dientes. Así continuó durante largas horas, sin que bastasen á hacerle recobrar el calor, colchas, cobertores, ni edredones, que se echó encima con mano ansiosa; debajo de aquel hacinamiento de ropas, seguía helado y tembloroso, como si estuviese en el polo.

Cuando, al fin, hubo pasado el calo-

frío, llegó la fiebre recia, aguda, rápida; y su cuerpo se convirtió en plancha seca y ardiente. Tuvo sed insaciable; á cada instante alargaba la abrasada mano á la garrafa del buró, y los largos sorbos de agua que bebía, no aliviaban su martirio. Y se revolvía en el lecho como en un potro, atenaceado por dolores indecibles, embargada la respiración, y tosiendo á cada paso dolorosamente.

Y mientras su pobre organismo se retorcía acongojado, no cesaba su espíritu de seguir repasando los intrincados problemas en que tanto había trabajado, ni su corazón de sentirse despedazado por las mismas angustias que acababan de herirle. Troncoso, Balbina, Tomás, la lejana casita, la huerta, el sol poniente, los píos de los pajarillos, los relámpagos, el chubasco, los estampidos de la tormenta; todo iba pasando y repasando por su imaginación en ronda interminable, abrasándole el cráneo y desgarrándole las entrañas.

Solía tener visiones halagüeñas. Miraba á Balbina vestida de blanco, coronada de azahares y cubierta con el velo nupcial. Y contemplaba el altar, y sobre él las velas benditas chisporroteando con fulgor misterioso. Una alegría infinita le llenaba el corazón, y se sentía triunfante é inmensamente dichoso. Pero luego caía un velo que ocultaba aquella es-

cena, y se hacía una obscuridad espantosa. Y en medio de ella, como iluminada por luz fosforecente, miraba la faz de Rincón, su rival, interponiéndose entre él y Balbina; y oía un estrépito ensordecedor, semejante al de un huracán que pasase sobre el orbe; y luego un inmenso derrumbe en el cual todo se hundía; él, Troncoso, Tomás y Balbina, el universo entero, todo lo que ha criado Dios en el cielo y en la tierra.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando á la mañana siguiente acudió alarmada la servidumbre á la alcoba de Orvañanos, á horas en que éste no acostumbraba quedarse en el lecho, le halló hundido en alarmante delirio. Llamados los doctores, declararon que la terrible dolencia radicaba en los órganos respiratorios, y que ambos pulmones se hallaban espantosamente invadidos por la enfermedad.

—El caso es grave, dijeron, y la edad no nos ayuda. Haremos cuanto esté de nuestra parte; pero tememos un desenlace fatal.

Orvañanos se dió cuenta de todo, en sus ratos lúcidos, y manifestó un júbilo infinito por el diagnóstico. ¿Para qué quería la vida? Era una carga inútil. Los fieles criados que le atendían, oyéronle decir frecuentemente:

—Es lo mejor que puede suceder. ¡La solución! ¡La solución!

El curso del tiempo, en vez de traer algún alivio al paciente, fué acrecentando su mal de un modo rápido. Cada día fué perdiendo terreno la ciencia y ganándolo la enfermedad. Cada día fueron disminuyendo los recursos de la medicina y debilitándose más y más las fuerzas del enfermo. ¿Moría de un accidente ó por causas más hondas y radicales? ¿Le mataban la pulmonía ó su desdicha? Sólo Dios puede saberlo. El caso es que nadie ha muerto con mayor alegría que aquel pobre anciano.

Llegó el momento terrible de que anunciasen los doctores su último fin, y no quedó por hacer más que prepararlo para el tránsito. El notario y el sacerdote reemplazaron á los médicos. Nadie tuvo fe ya en la farmacopéa; el destino de don Salvador quedó sólo en las manos de Dios.

Espiró el anciano una semana día por día, después de aquella tarde encantadora en que había recibido el sí de su adorada Balbina, y en que todas las ilusiones de su vida habían hecho explosión en su alma beatífica. Una tarde, una sola tarde de su larga existencia, había sido completamente dichoso.

## VI.

Cuando los albaceas recibieron de manos del notario el testamento de don Salvador, leyeron con asombro la cláusula siguiente:

"Instituyo por mis únicos y universales herederos, por partes iguales, á la señorita doña Balbina Troncoso y al joven don Tomás Rincón; bajo la condición de que se casen dentro de un año después de mi muerte. En caso de no hacerlo así, pasarán mis bienes á mis parientes más próximos."



# INDICE.

Páginas.

El proscripto. . . . . . . . . . . . . 5
El rector y el colegial. . . . . . . . 25
Pía. . . . . . . . . . . . . . . . . 45
Luz de rayo. . . . . . . . . . . . . 67
Sor María Margarita. . . . . . . . . 85
La horma de su zapato. . . . . . . . 111
El dolor y la honra. . . . . . . . . 141
Egoísmo trágico. . . . . . . . . . . 173
El billete de lotería. . . . . . . . 257
El pro y el contra. . . . . . . . . . 297
Un drama en tres horas. . . . . . . 437
Tres desenlaces ilógicos. . . . . . 503
I.—El brazo del coronel. . . . . . 505
II.—Suprema fineza. . . . . . . . 533
III.—Orvañanos. . . . . . . . . . . 555

# ERRATAS MAS NOTABLES

| Pág. | Lín. | DICE | DEBE DECIR |
|---|---|---|---|
| 10 | 16 | tt'erna | tierna |
| 31 | 9 | po | por |
| 38 | 23 | venas | venas; |
| 44 | 13 | má | más |
| 92 | 1 | cárcel | cárcel, y |
| 99 | 9 | Nimptshen, | Nimptshen, y, |
| 102 | 21 | tiene | tienen |
| 123 | 2 | Ramón | Ramos |
| 127 | 8 | Don Patricio | Don Crisauto |
| 148 | 24 | sostén, | sostén; |
| 167 | 5 | se dirigía | proseguía |
| 177 | 17 | la Libertad y la Victoria la | la Libertad, la Victoria y la |
| 208 | 28 | Pretesto | Protesto |
| 217 | 1 | bien bajaría | bien le bajaría |
| 228 | 7 | eso no, has | eso no; has |
| 235 | 12 | no quedase, | no quedasen; |
| 237 | 11 | su fuerte | una fuerte |
| " | 14 | colunma | columna |
| " | 30 | podrín | podrían |
| 252 | 2 | occipucio | occipucio, |
| 451 | 16 | sacudió | sacudióle |
| 452 | 7 | mometnos | m mentos |
| 479 | 8 | ría | río, |
| 582 | 32 | rociando | rociándolo |
| 484 | 2 y 3 | roto.... tan | roto, se juntan |
| 512 | 21 | hondas | ondas |
| 517 | 27 | rico | viejo |
| 534 | 16 | media | medias |
| 537 | 19 | cilléricos | coléricos |
| ,, | 31 | continua | cont nuo |
| 539 | 10 | efecto | afecto |
| 575 | 22 | ó la puerta | ó á la puerta |
| 600 | 19 | cuando | cuanto |
| 603 | 3 | fosforecente.. : | fosforescente |
| 603 | 9 | hundía; | hundía: |

